EN EL NOMBRE DEL FUEGO



MYRIAM IMEDIO

A VECES LOS SECRETOS FAMILIARES QUEMAN.

Myriam Imedio

En el nombre del fuego

SUMA

A mis padres.
A todos los que arden.
A Tango, que me baila cada una de las letras.

El mal nunca queda sin castigo, pero a veces el castigo es secreto.

AGATHA CHRISTIE

Un Estado donde queden impunes la insolencia y la libertad de hacerlo todo termina por hundirse en el abismo.

SÓFOCLES

El fuego se mantendrá encendido continuamente en el altar; no se apagará.

Levítico 6:13

Al principio, La Llama duele. Luego cura.

Madrid, 3 de diciembre de 2018

Tiene la pila llena de platos y sartenes. Su casa es un reflejo de su vida: caos, desorden y trapos sucios por lavar. Fijo la vista en el portacuchillos. Dice que es una colección de alta calidad: piezas robustas, flexibles y de un corte preciso. Un producto excelente. Aprieto el mango de uno de ellos con fuerza. Lo que daría ahora mismo por clavárselo en la yugular y ver cómo brota la sangre. Hundirlo lentamente y sentir cómo se abre su cuello. Cómo su asquerosa existencia se esfuma ante mis ojos.

—¡Clara! ¿Estás fabricando los hielos? —grita desde el salón.

Suelto tanto el cuchillo como mis ideas psicópatas en un segundo. Imaginar su final se ha convertido en mi manera de sobrevivir. Saco del congelador tres hielos y los pongo en un vaso de tubo. Tomo aire, lo expulso en un soplido y salgo de la cocina. El salón está envuelto en una nube espesa y blanquecina. Dejo el vaso sobre la mesita ovalada, que parece la barra de un *after*. Me siento y desde el sofá analizo las latas de cerveza, las botellas de alcohol, las copas medio vacías, los porros de marihuana… Christian se inclina sobre la mesa y esnifa una enorme raya de cocaína. Menea la cabeza, se toca la nariz. Pongo los ojos en blanco. Él y sus adicciones no me pueden provocar más repulsión. Miro el reloj: las tres menos cuarto

de la madrugada. Cómo ansío que este capítulo de mi vida termine. Voy a escribir el punto final tan fuerte que traspasaré la hoja. Se gira y me sonríe. Es atractivo y joven. Pocas mujeres no sucumbirían a sus encantos y a su cuerpo definido y trabajado. Me estrecha la mano. Yo le doy la mía y tira de mí hasta que me sienta sobre sus rodillas. Me besa con ímpetu. Siempre cierra los ojos cuando nos besamos.

—No sé qué haría sin ti —susurra a orillas de mis labios.

—Lo mismo que conmigo, pero sería menos divertido —respondo de forma pícara y lo agarro del pelo—. En media hora me voy, ¿vale? Mi ex me trae a la niña a las nueve de la mañana. Se tiene que ir de viaje.

—No, quédate.

He entrado en su vida arrasando. En menos de tres meses me he convertido en alguien importante para él, en un faro que lo alumbra cuando piensa en exceso y se hunde en las sombras. Es débil y naufraga con facilidad. Quedamos, nos reímos, follamos como animales y nos contamos las penas. Yo me las invento, él se sincera. Una relación sin ataduras, sin promesas ni reproches. Justo lo que pretendía.

—¿A qué hora entras en el hospital?

—A las doce.

El enfermero guapo con don de gentes y mil amantes, el que se tira a la médica de pediatría y a la camarera del bar de la esquina. Qué asco me da. Espero que tenga guardias y no me reclame en dos o tres días. Tengo que centrarme y estudiar. Alarga el brazo y coge el paquete de tabaco. Le acerco una de las velas que hay sobre la mesa. Enciende el cigarrillo con la llama y, mientras expulsa el

humo, me mira a los ojos. Me acaricia el pecho desnudo y comienza a bajar.

—Te vas a quemar —murmuro en su oído.

—Es lo que quiero.

No sabe dónde se ha metido e ignora que no va a salir. Le clavo las uñas en la espalda. Érase una vez una mentirosa.

1

Mery

Aún tengo el regusto amargo de las navidades en la garganta. Enero está durando un siglo y el frío me recuerda que estoy sola. Estar helada me pone de mal humor. Tener sueño y no poder dormir es un castigo de las horas y de los dioses. Soy una pasajera de la noche con los ojos bien abiertos. Puto insomnio. La ansiedad va a acabar conmigo. Qué cansancio. Bostezo debajo de la manta y del nórdico, que me cubre la mitad de la cara. Ni siquiera sé cómo puedo respirar sepultada bajo tanta ropa. Siento el peso de Lemon sobre mis pies. Es el único que duerme en esta casa. Necesito calefacción en mi habitación, y también una vida nueva y una ventana con vistas al mar. Odio el verbo «necesitar». Un abanico de carencias y ruegos concentrados en una sola palabra. Suena el teléfono. Escucho la melodía sin mover un músculo. ¿Quién me llama a las tres de la madrugada? Me inclino sobre el móvil que reposa en la mesita, cargándose: Manu. Resoplo. ¿En serio, Manu? ¿En serio?

—No me voy a acostar contigo.

—Tenemos un suicida. Estamos a dos minutos de tu casa.

Al escuchar la palabra «suicida», me he destapado y me he sentado en la cama. Ahora me miro los calcetines de colores.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Que vengas a echarnos un cable. Trabajo en equipo.

Activo el manos libres. Me estoy quitando el pantalón del pijama y busco los vaqueros.

—¿Por qué yo? Que vaya el inspector Valero, él es el negociador y el experto. ¡Yo no soy negociadora! Ni siquiera he hecho los cursos.

—A Valero lo acaban de operar de la cadera, ¿te crees que está para estas cosas?

—¿Y yo sí? Te recuerdo que estoy de baja, llevo dos semanas de baja, parece que no os entra en la cabeza… O que no os quiere entrar. —Me pongo los vaqueros y busco las botas forradas de pelo.

—Has trabajado mano a mano con Valero. Siempre dice que, si no está él, debes estar tú, y que tienes un talento innato para gestionar situaciones límite. Ah, y que deberías hacer el curso de negociador. Yo también lo pienso.

—No voy a hacer el puto curso y no sé gestionar una mierda. Si Valero no está operativo, ¿quién te ha dicho que me llames?

Se hace un silencio que habla por sí solo. Estoy de pie frente a la cama con las botas puestas, recogiéndome el pelo en una coleta para hacerme un moño.

—El inspector Martos —pronuncia con cierto temor.

Cierro los ojos y aprieto la mandíbula.

—Será cabrón.

—¿Vas a venir o no, Mery?

—¡Sí, sí! Me pongo el abrigo y voy.

—Viene Mery —dice al tendido, o eso imagino, y también imagino al inspector Martos con una sonrisilla interior, porque él exterioriza

poco las sonrisas.

Ahora sí que estoy de mala leche, lo del frío era una broma. Demasiada dosis de realidad para un sábado de madrugada. Demasiada adrenalina inesperada. Las llamadas a estas horas no traen nada bueno.

—Dame información, Manu.

He salido de la habitación. Voy a la cocina y cojo una botella de agua pequeña. Lemon me sigue sin saber qué está pasando. Me observa desconcertado. Los dos lo estamos. Enciendo la luz del salón.

—Calle Mariano Ribera. Hombre de treinta años. Nula predisposición a colaborar. Estamos en el terrado. Ocho pisos. Está sentado en la cornisa, en un muro de quince centímetros de ancho, con las piernas colgando. Es su domicilio desde hace dos años. Los vecinos dicen que es muy educado y que no da problemas. Tiene una hermana que vive en Alzira y está de camino. Tardará una media hora en llegar.

Pego un portazo y cierro con llave. Bajo las escaleras corriendo con el móvil en la mano.

—Bueno, que no la vea si él no lo pide. ¿Antecedentes psiquiátricos? ¿Enfermedad mental? ¿Va grogui? ¿Está colocado?

—Si estuviera colocado, ya se habría caído. Mery, si se mueve un poco, se acabó. Joder, no quiero ni mirarlo. Sufrió una depresión cuando falleció su madre, nada más. Fue dos veces al psicólogo y no volvió. No se medica, pero su hermana dice que es muy introvertido, un poco antisocial, que no se relaciona mucho con la gente. Puede pasar días, incluso semanas, encerrado en casa. Es la primera vez que actúa así.

Abro la puerta del portal y el frío gélido me corta la cara, pero casi ni lo siento. Echo a correr como si hacerlo fuera lo único importante.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva ahí? ¿Quién está hablando con él?

—Nosotros estamos aquí desde hace diez minutos, ha dado el aviso una vecina de enfrente. Hemos llegado enseguida, pero no sé cuánto tiempo lleva ahí sentado, Mery. Igual veinte minutos o una hora. Un compañero de la Local, que es psicólogo, intenta entablar conversación.

—Por lo que veo, no lo está consiguiendo.

Giro la esquina de la calle Lorca y cruzo un semáforo en rojo. No hay ni un alma por la calle y empieza a chispear.

—No, todo lo que ha dicho ha sido: «Si das un paso más, me tiro». Nos está dando la espalda, no puedo ver su cara.

—Está bloqueado y es hermético. Situación complicada. Deberíais llamar a un negociador. A uno de verdad.

—Bueno, tú ven a ver qué puedes hacer. Sabes cómo funciona esto. O dura cinco minutos más o cinco horas. ¡Ah! Importante, su piso está vacío. Ni un mueble. Nada. Según la vecina del tercero, sacó todo de la casa hace unos días. Le preguntó y el tipo dijo que se iba.

—Joder. Manu, no es una llamada de atención, se va a tirar. Me faltan treinta segundos para llegar, quiero el ascensor abajo.

—Recibido.

2

Leila

Vuela, vuela, vuela, pajarillo. Necesitas desplegar tus alas. Cómo corre esta chica. No me extraña que pasara las pruebas físicas a la primera. Querida Mery, espero que no estés muy inspirada negociando o yo misma tendré que ir a empujarlo. Me siento tan emocionada que me voy a servir una copa de vino blanco y así descanso la vista. No fue una buena idea regalarte esos pendientes, es como ir montada en una montaña rusa todo el tiempo. Malditas cámaras; no estoy para estos trotes, pero son buenísimas. Dinero bien invertido. Casi puedo escuchar los latidos de su corazón desbordado. Le doy una calada al cigarro, aún llevo carmín en los labios. No me he desmaquillado. Estaba revisando grabaciones, cerrando acuerdos y mandando mails cuando ha sonado el teléfono. Trabajo mejor por la noche, hay menos ruido mental y ambiental. Sabía que hoy era el día, lo sabía.

Me levanto de la silla sin dejar de prestar atención a la conversación que mantiene con Manu. Me anudo la bata negra de seda con flores bordadas en los puños. Tienes razón, pequeño gorrión, no es un simulacro. Está decidido a tirarse. Por desgracia, lo conozco desde hace tiempo, sé cómo piensa, cómo actúa y las veces

que se la casca al día. Qué ganas tengo de perderlo de vista. Por fin ha llegado el momento, el bendito momento. Yo también siento el corazón acelerado.

Doy unos pasos hasta mi cocina office. Abro la nevera. Ella sigue corriendo y Manu le comenta que Luis, el susodicho, es informático y que diseña páginas web. Pongo los ojos en blanco. ¿Chardonnay o verdejo? El chardonnay caro, vamos a celebrarlo. Llevo demasiado tiempo en esta misión. El ático donde me alojo es precioso, pero no me acostumbro a la humedad. Y, además, coordinar desde aquí otras operaciones es demasiado complicado. Vuelvo con la copa en la mano a mi lugar de trabajo: una larga mesa de madera pegada a la pared. Tengo frente a mí tres pantallas de ordenador y tres móviles. Le doy otra calada al cigarro. En la primera veo el salón, la cocina y la habitación de Mery. Se ha dejado las luces encendidas y Lemon sigue mirando la puerta de casa. Tranquilo, llegará pronto. Le he cogido cariño al gato, soy una sensible. En la segunda pantalla veo el interior de una gran sala, la alquilé hace unos meses y por ahora está vacía, pero pronto la llenaremos. Miro la tercera pantalla. ¡Oh! Mery ha llegado. Las luces inundan mis retinas. ¿Cuántos policías hay? Vaya circo ha montado el capullo. Me muerdo el labio y doy palmaditas de emoción. Me santiguo. Expulso con lentitud el aire que llena mis pulmones. Dios, que todo salga como tiene que salir, por favor.

—Buenas noches, Mery —le dice el policía que hay en la puerta.

Ella no contesta. Va directa al ascensor, entra y pulsa el número ocho.

—Subiendo. Cuelgo —avisa a Manu.

Está nerviosa. Se estudia en el espejo. Lo que ve es miedo, incertidumbre y desesperación. Como cuando observas el agua de la piscina y sabes que te van a tirar, pero también eres consciente de que tú no sabes nadar y no harás pie. Esta chica tiene un problema con la esperanza. Tendré que hacer algo al respecto, pero no esta noche. Lo bueno de Mery es que sabe mentir muy bien y callarse como nadie. Eso es importante. Y tiene más coraje que sentido común, una cualidad primordial para Morgan.

Sale del ascensor y sube las escaleras hasta el terrado. Vamos, vamos, vamos. Saluda a los compañeros con poco brío.

—Gracias por venir —le dice el inspector Martos.

—De nada.

No lo ha dicho, lo ha escupido. Y seguro que le ha lanzado una de sus miradas intimidatorias. Sus miradas deberían tallarse en mármol. Nadie mira como ella. Coge aire y suspira.

¡Lo veo! El muy desgraciado está ahí sentado. Lleva una camiseta blanca de manga corta y un pantalón de chándal negro. Le doy otra calada al cigarro. No sé quién está más inquieta, si Mery o yo. Me levanto y me vuelvo a sentar. Joder, qué nervios. Me pongo de rodillas en la silla giratoria y pego la cara a la pantalla número tres. Empieza a llover y Mery se pone la capucha del abrigo. Mejor, así no se mojan las cámaras.

—Si consigues que hable o acercarte, será un gran paso —le susurra el policía local, que se retira con poco éxito.

—Es lo que voy a intentar —dice mientras hace un barrido visual mirando a todos—. Diga lo que diga, y a no ser que lo pida, no me interrumpáis. No lleva armas, así que no os preocupéis.

Mueve la cabeza de izquierda a derecha y después de derecha a izquierda. Avanza unos centímetros. Mira hacia el suelo, que es rojizo. Deben separarlos unos siete u ocho metros. Él está sentado en la cornisa como si estuviera en el banco de un parque comiendo pipas.

—¡Luis!

Pasan unos segundos y Luis no responde.

—¡Luis! —vuelve a gritar.

—¿Qué? Habla, pero no te acerques —dice sin moverse.

La madre que la parió. Si me jodes el plan, no te lo perdonaré en la vida, pequeño gorrión.

—Vale, entendido. Escucha, me llamo Mery, tengo veintinueve años, soy policía nacional y yo no debería estar aquí.

Cielo, estás justo donde debes estar.

Por primera vez gira la cabeza. La observa de arriba abajo y luego echa un vistazo a la comitiva de agentes que hay unos pasos detrás de ella. Vuelve a mirar al frente.

—¿Por qué no deberías estar aquí?

—Porque estoy de baja y tendría que estar durmiendo, pero dicen que sé escuchar y también que sé ponerme en el lugar de los demás. Doy confianza y no sé mentir. Así que he salido de mi maravillosa cama por ti, para ayudarte. Ni siquiera me he quitado el pijama de unicornios. Mira, llevo la parte de arriba.

Él se gira y ella se baja la cremallera del abrigo mostrándole el pijama. Luis dibuja media sonrisa. ¿Ha sonreído? ¿De verdad? Me levanto de la silla y doy vueltas sobre mí misma. Resoplo. Vuelvo a la pantalla. Le doy una calada al cigarro.

—Yo sé mentir demasiado bien. Mucho tiempo mintiendo.

No hace falta que lo jures, imbécil.

—Bueno, cada uno tiene sus talentos. Creo que los dos estamos pasando por una etapa complicada.

—¿Tú por qué?

—Si te lo contara, no te lo creerías.

La verdad es que poca gente te creería, nena.

—Lo mismo digo. Mery, eres muy agradable, pero lo voy a hacer igualmente. No hace falta que te esfuerces. Lo tengo claro.

Un relámpago ilumina mi salón y segundos después me sobresalta el sonido del trueno. La tormenta está aquí. Lo que ha dicho no me deja más tranquila. ¡Si lo tuviera tan claro ya habría saltado! ¿A qué espera? ¡Maldita sea!

—Vale. ¿Puedo hacerte una pregunta? Si te parece un poco morbosa, no hace falta que me respondas.

—No será tan morboso como los vecinos que me están grabando.

—¿Lo haces hoy por algún motivo especial, Luis?

—¡Oh! Sí, por supuesto. La pesadilla empezó un 15 de enero y hoy se va a acabar. No puedo más.

—¡Ni yo! —le grito a la pantalla—. Yo tampoco puedo más. Por tu culpa estamos en esta jodida situación. Por tu culpa he rozado la locura. Por tu culpa me convertí en una impostora. Por tu culpa tuve que cambiar mis planes. ¡Tú lo estropeaste todo!

Doy un golpe en la mesa con la mano abierta.

3

MERY

Siento que empiezo a desbloquearlo, a acercarme a él emocionalmente, a hacerle ver que no está solo. Ahora tengo que conseguir que sea más racional. Borrar sus pensamientos suicidas e implantar unos nuevos, pero no puedo invadir su espacio. Debo darle alternativas, una nueva perspectiva del paisaje.

—Oye, ¿puedo acercarme un poco? No quiero que estos se enteren de la conversación.

Oigo un murmullo a mis espaldas. Imagino que mi comentario no les ha gustado nada. Manu llama mi atención. Tiene un paraguas en la mano. Niego con la cabeza. Si él se moja, yo también me mojo.

La verdad es que me parece un chico atractivo. Alto, con facciones marcadas, ojos claros. Un rostro armónico. Lo miro y me pregunto qué pudo pasar aquel 15 de enero. Me intriga saber el motivo por el que ahora mismo está ahí sentado, mirando al vacío. La causa y el porqué.

—Sí, pero no demasiado.

—Lo justo para que no me oigan bien. No te voy a tocar. No haré nada que tú no quieras. Tienes el control, ¿de acuerdo?

Doy unos pasos, ahora debo de estar a dos o tres metros de él.

—Estás muy equivocada. Yo no tengo el control. Ella tiene el control. Ella me ha jodido la vida.

Frunzo el ceño.

—¿Ella… es… tu novia? ¿Una jefa?

Baja un poco la cabeza y niega despacio.

—No sé quién es, pero ella sabe quién soy yo. Ella lo sabe todo. Me persigue, me vigila. Entré en su juego y me ha ganado.

Me quedo desconcertada. Esto es por una mujer, pero lo que dice suena demasiado surrealista.

—Si lo haces, entonces habrá ganado, Luis. No la dejes ganar, que no se salga con la suya. Juntos podemos buscar otra opción. Yo te ayudaré. Siempre hay otros caminos, solo tenemos que encontrarlos.

—No siempre, Mery.

Me clava sus ojos verdosos con furia, con inquina. Me estoy metiendo en terreno peligroso. No puedo permitirme que esto se me escape de las manos.

—Si no quieres ver las opciones, por supuesto que no las habrá. ¿Cómo se llama? ¿Puedo saber su nombre?

Se ríe, una risa ligera como el viento que empieza a soplar. Cada vez llueve con más fuerza y el agua puede hacerle resbalar.

—Eso es muy gracioso. ¿Sabes por qué? ¡Porque no lo sé!

Ríe a carcajadas. A mí el asunto no me está haciendo ni puñetera gracia.

—Vale, vale. Una mujer te está destrozando la vida, pero no sabes su nombre. Puedo ayudarte a encontrarla y acabar con esto de otra manera. Soy policía, tengo acceso a canales que tú ni siquiera te imaginas.

—Ella también. Es lista, muy lista. No la vamos a encontrar, es como un espejismo. Dondequiera que mire, la veo. Sé que ella me está viendo. Seguro que ahora nos está observando. ¡Te odio, hija de puta! —grita.

Respiro hondo. Me giro y hago un gesto con la mano para calmar a mis compañeros. Pensarán que me lo está diciendo a mí.

—Desahógate. Si la odias, puedes gritar todo lo que necesites. Oye, ¿quieres agua? Debes de tener la boca seca.

Saco la botella pequeña de agua del bolsillo de mi abrigo. Parece que ha relajado un poco sus nervios tras el grito. Gira la cabeza y me ve con el brazo extendido y la botella en la mano. Asiente. Avanzo unos pasos hasta que nuestras manos casi se pueden tocar. Me muevo con mucha cautela. Coge la botella y doy un paso hacia atrás.

La abre y se la bebe de un trago.

—Luis, si no la has visto nunca y no sabes cómo se llama, ¿por qué estás seguro de que es una mujer? Quizá sea un conocido o un amigo.

—He hablado con ella por teléfono.

—¿Y qué te dijo?

—No quieras saberlo. Si te cuento la historia, irá a por ti. Te perseguirá, te acosará, terminará contigo. Te volverás loca y acabarás en una azotea queriendo poner fin a tu vida porque te la habrá destrozado. No encontrarás caminos ni esas opciones de las que me hablas.

Me quedo muda. Lo dice tan serio, con tanta calma, que está logrando que me lo crea.

—Piénsalo con frialdad. Ninguna persona puede tener tanto poder sobre ti. Habrá grietas por donde pillarla.

—Déjalo, Mery. No puedes entenderlo. No puedes.

Después de una pausa que se hace eterna, vuelve a hablar:

—Extiende el brazo —ordena.

Le hago caso, sin pensar, pero en realidad es una temeridad. Puede tirar de mí e irnos los dos a tomar por culo. Se gira y deja algo sobre mi mano, que se llena de agua al instante. Lo analizo con detenimiento: es una cadenita de oro con una cruz.

—Me lo mandó ella. Es lo primero que me envió.

—¿Fue un regalo?

—No. Fue un aviso.

Resopla.

—Mery, dile a mi hermana que la quiero y que lo siento.

El horror se dibuja en mi rostro. Él se inclina hacia delante. Yo también. Consigo rozar su camiseta con los dedos. Y en unos segundos ha desaparecido. No está, ha saltado. Oigo los gritos de los vecinos. Se ha suicidado. He fracasado.

Clavo las rodillas en el suelo y lo golpeo con el puño. Me falta el aire. Estoy empapada. Siento que alguien me coge por los hombros. Me abraza por detrás e intenta ponerme en pie.

—Ya está, Mery. Ya pasó.

Es el inspector Martos.

Me levanto, estoy absorta y todo da vueltas. Lo miro a los ojos.

—No vuelvas a llamarme en tu puta vida, papá. ¡Nunca!

4

Leila

Yo también estoy de rodillas en el suelo. Se me caen las lágrimas, pero a la vez sonrío. Siento plenitud, libertad, poder, soy una reina con su corona. Sin embargo, Mery está ahora destronada, rota, miserable. Lo siento por ti, pajarillo. Otra vez será. La oigo jadear y llorar. Camina sola por la calle. Su teléfono no para de sonar; será su padre, el gran inspector, o quizá su exnovio, Manu. Ella ni lo mira. Me pongo en pie y voy de un lado a otro. Una mezcla de nerviosismo y euforia recorre mi cuerpo. Observo mis tres móviles, cojo el del centro.

—Pietro.

—*Ciao, bella.* ¿Novedades?

—Sí. —Me llevo la mano a la boca—. Lo ha hecho. Se ha subido a una azotea y se ha tirado. Mery ha intentado hablar con él, pero no ha funcionado.

—*Sono felice por te.* ¿Le ha dicho algo de ti?

—Sí. Que soy una hija de puta, que lo vigilaba, que le he destrozado la vida…, blablablá. Tonterías. Se lo tengo que contar a Morgan.

—Morgan lo sabe.

Hago una pausa y sonrío.

—¿Operación «Tuono» finiquitada?

—En dos horas, el objetivo será eliminado —dice convencido.

—Pietro, ni un mínimo fallo. A las cinco de la madrugada lo quiero liquidado y quiero además que me llames. Tenemos mucho trabajo.

—*Non ti preoccupare*, Leila. Así será. Todo bajo control. ¿Cuándo crees que acabarás con Mery?

Miro hacia el suelo de tarima.

—En una semana. Y luego me iré. Tengo previsto acudir a la reunión de Marsella. Es importante asentar bases y estrechar lazos con los colaboradores. Conviene que me vean en persona.

—*Certo.* En un rato te llamo. *Ciao.*

Cuelgo y me siento en la silla, frente a las pantallas. Bebo un sorbo de vino, me limpio las lágrimas y le pego una calada al cigarro.

—Hay mucho trabajo —repito mientras observo el recorrido que está haciendo Mery.

Lo que me jode de esta chica es lo abandonada y sola que cree estar. No lo entiendo. Tiene personas que la adoran y pilares en los que apoyarse. También cómplices que la cubren. Y ella no lo valora, no lo ve. Voy a tener que abrirle los ojos. El sufrimiento te hace apreciar lo que tienes, hace que disfrutes los momentos felices al máximo, que los atrapes y los saborees como si fueran el último bocado que probarás en la vida. ¿Estará preparada para sufrir? ¿Lo estará para ser feliz? No sé qué pregunta es más complicada de responder. Veremos qué contesta ella. Aún no sabe qué es pasarlo mal de verdad, mearse en las bragas al oír las llaves introducirse en la cerradura y luego recibir una hostia por mearte en mitad del

pasillo. Qué va, ella no tiene ni idea de qué es el miedo, pero pronto lo sabrá.

Mírala, acaba de llegar a casa. Abraza a Lemon y camina hacia la habitación. Mi vista se dirige a la pantalla número uno. Entra, se quita el abrigo y los vaqueros. Se sienta en la cama y mira hacia la pared un buen rato. Lástima que con estas cámaras no pueda escuchar sus pensamientos. Se levanta y va al baño. Se lava la cara. Apoya los brazos en el lavabo y espira con fuerza. Apaga las luces, vuelve a la habitación y se mete en la cama. Se cubre por completo con el nórdico. Y llora. La oigo llorar. Un lamento sutil, como los maullidos de un gatito abandonado. Duérmete, niña. Ha sido una madrugada dura. En unos días llorarás con motivos de peso. Y, entonces, la muerte de ese gilipollas te parecerá un chiste.

Me levanto y me dirijo hacia la nevera, lleno la copa de vino. Mañana tendré un dolor de cabeza horrible, pero no me importa, *carpe diem*.

Desde la cocina observo una oveja de peluche que reposa sobre la mesa del salón. ¿Soy la oveja negra de esta sociedad? ¿O soy un lobo con hambre? Me da igual la respuesta. Como decía Nietzsche: «Ningún precio es demasiado alto por el privilegio de ser uno mismo». Camino hasta la mesa y me siento frente a la oveja. Doy un sorbo a la copa.

De pequeña vivía en Parla, Madrid, en un tercero sin ascensor con dos habitaciones. Mi hermana y yo, dos años mayor que ella, compartíamos habitación. Había una litera; Clara dormía en la de abajo porque le daba miedo caerse. Yo dormía en la de arriba porque temía morir aplastada por el peso de una cama y de mi hermana. Nuestro padre era camionero. Pasaba semanas fuera,

luego estaba en casa cuatro o cinco días y se marchaba de nuevo. El primer día que volvía, a mi madre, a mi hermana y a mí se nos olvidaba lo cabrón que era porque llegaba de buen humor y nos abrazaba, y luego nos daba algún muñeco o cualquier mierda que nos hubiera comprado. Parecíamos una familia feliz. Mi madre preparaba una cena deliciosa, poníamos la mesa y él nos contaba qué había visto, dónde había ido y cómo nos había echado de menos. Y las tres sonreíamos como estúpidas y lo mirábamos como si fuera un buen hombre que se dejaba los huevos en la carretera por nosotras. Era nuestro momento feliz. Y solo duraba un momento.

Al día siguiente se levantaba gritando, recibíamos una lapidación verbal que aguantábamos de forma estoica. Se quitaba el disfraz de padre y se ponía el uniforme que más le gustaba: el de borracho agresivo. Nos insultaba. Nos tiraba del pelo. Nos miraba como si fuéramos estiércol y se iba al bar. Y así crecían nuestras ganas de que se fuera para siempre. Eran los peores días del mes. Mi madre lo excusaba diciendo que estaba muy cansado, pero más lo estábamos nosotras.

Mi hermana y yo nos encerrábamos en la habitación y tramábamos distintas formas para acabar con él. Una diversión macabra para dos niñas de diez y doce años.

Bebo un sorbo de vino y enciendo un cigarro.

Dios, dos niñas pensando cómo fulminar a su padre, cómo acabar con su vida. Clara apostaba por el envenenamiento, yo por tirarlo por la ventana del patio interior. «Lo tiramos cuando esté borracho», proponía yo, y ella se mordía el labio. «¿Podremos con él?», preguntaba. Y así pasábamos las horas. Al final, desvariábamos

tanto que acabábamos riendo a carcajadas por nuestras ocurrencias. «¿Te imaginas que un día nos llaman y nos dicen que ha tenido un accidente?». Y a mí se me iluminaban los ojos como dos faroles en mitad del bosque. «Sería la mejor llamada del mundo», le decía desde la litera de arriba mientras acariciaba el pelo de una muñeca.

Le doy otra calada al cigarro y me visualizo como una cría delgada, siempre enferma. Mi padre decía que era una debilucha. Cada día era un miedo nuevo, una paranoia nueva, un complejo nuevo. Demasiados complejos para mi edad. Sangraba y sangraba, y no me moría. Solo era un sufrimiento constante que me reconcomía al acostarme y también cuando me levantaba.

La verdad es que nunca fui una niña especial en nada. No destacaba en el colegio, no lo hacía entre mis amigas y tampoco en casa. No sabía qué significaba ser especial hasta que cumplí los quince años, cuando mi mundo dio un giro e hizo una pirueta, y yo sentí el gozo que se experimenta al tener las riendas. Al galopar por la vida en un bello corcel negro. Joder, qué sensación.

Mi padre salió de la cocina con un café con leche y una bolsa de magdalenas. Me lanzó una mirada de desdén. Estaba sentada en el sofá con el ventilador puesto. Hacía un calor que pesaba como mil soles ardiendo.

—Apágalo, que gasta mucho.

Sin decir nada, me levanté y lo apagué. Se encendió un Marlboro y empezó a desayunar. No me preguntó qué hacía en casa. Tampoco por qué no había ido a comprar con mi madre y mi hermana. Ni siquiera me preguntó cómo estaba. Yo lo observaba con desprecio, con atención. Una calada, un sorbo de café, un bocado a la magdalena. Mi padre despertaba mis instintos más oscuros. Y todo

pasó en un instante. Emitió un sonido extraño, se llevó la mano al pecho y cayó al suelo. Lo miré, ahí tendido, todo lo grande, gordo y baboso que era. «Lla…, lla…», decía, pero no podía terminar la palabra. Me puse en pie y me acerqué hasta él. Por primera vez, lo miré desde arriba.

—Llama —dije—. ¿A quién quieres que llame?

No respondió, era incapaz de hablar. Cogí su cigarro y volví al sofá. Le di una calada al Marlboro y presencié cómo se iba sin hacer nada por salvarlo. Lo miraba, boqueando como un pez moribundo, sin ningún tipo de pena. Cuando dejó de moverse, me arrodillé y le tomé el pulso. No tenía. Y sentí la mayor alegría de mi vida.

Salí corriendo a llamar a la vecina haciendo aspavientos y gritando que a mi padre le había dado un infarto. Tan afligida como si lo quisiera de verdad. Recuerdo cómo me observó mi hermana al llegar a casa, se le salían los ojos de las cuencas, incluso le dio un mareo. Cuando pudo, me llevó a un rincón y me preguntó: «¿Has sido tú?». Le contesté que no, que había sido un ataque, pero de alguna forma esa fue la primera vez que maté a alguien.

Me levanto y me acerco a las pantallas. Mery duerme. Lemon duerme. La ciudad duerme. Bebo otro sorbo de vino.

Mi padre me enseñó tres cosas: que nunca debía depender de un hombre para vivir, que no hay que salvar a quien no se lo merece y que nunca, jamás, debía pasar calor.

Voy hacia la entrada del ático y me estudio en el espejo de cuerpo entero que hay en el recibidor. Me miro a los ojos. Con una mano me toco el pelo, mi corta melena rubia. Con la otra sostengo la copa de vino. Llevo el rímel corrido. Me analizo, envuelta en esta bata de seda carísima. Aún tengo una figura esbelta, unas facciones bonitas.

Y pienso que las circunstancias me han convertido en la mujer que soy hoy. Que con el tiempo he aprendido a confiar en mi instinto. Que no siempre soy ética, pero que sí soy justa. Me miro a los ojos y pienso que nunca he ido al compás de la música, pero ahora la música soy yo, y quien pueda, que me siga el ritmo.

5

MERY

Llevo diez minutos despierta mirando la cadena de oro que dejé sobre la mesita de noche. «Es lo primero que me envió». «Fue un aviso». Su voz es como un zumbido cansino que no desaparece. Solo tenía un año más que yo. Siento punzadas de pena y rabia. Me entran náuseas, como si estuviera en un barco que no para de moverse. Me levanto y cojo el móvil. Llamadas de mi padre, de mi hermano, de mi cuñada, de Manu. No quiero hablar con ninguno. No quiero saber nada de nadie. Ahora pensarán que estoy peor de lo mío; de mis ataques de ansiedad y de pánico, de mi tristeza y mi falta de ganas. Sospecharán que me aislaré y me meteré en mi mundo, mi lugar seguro. Puede que estén en lo cierto. Lo de ayer fue otra gota en un vaso desbordado.

Son las diez de la mañana de un sábado nublado de invierno. No tengo planes. Abro la nevera. No hay leche ni zumo, solo una botella de ron y otra de cava. Lemon maúlla mientras se restriega entre mis piernas y se dirige al armario donde guardo su comida.

—Mamá te va a dar de comer —le digo. Hablar con el gato es lo único que he hecho en las últimas dos semanas.

Me siento en el suelo de la cocina, cruzo las piernas y miro al gato devorar el pienso, como si no lo hubiera alimentado en un año. Cierro los ojos. «¿Qué coño estoy haciendo? Mery, reacciona. Sal de donde te has metido». Respiro profundo y niego.

—Es tarde —afirmo en voz alta.

Necesito un café bien cargado y que me dé el aire o mis pensamientos entrarán en el maldito bucle del que me he hecho tan amiga. Ni siquiera me ducho. Me quito el pijama y me pongo unos *leggings*, una sudadera, el abrigo y la bufanda. Le digo a Lemon que volveré enseguida, que se porte bien, y cierro la puerta.

Camino como una autómata, sé dónde voy. Intento no pensar en Luis, pero Luis está en boca de todos.

—¿Has visto el vídeo del chico que se suicidó ayer?

Es lo primero que escucho al entrar en la cafetería. Se lo está preguntando un chico joven a Gorka, el dueño, un hombre de mediana edad, encantador y gentil.

—A mí no me enseñes esas cosas, que me pongo malo —afirma detrás de la barra mientras se acerca.

—¿Y tú quieres verlo? —me pregunta el chaval.

Sacaría la placa, le daría una lección que lo dejaría temblando y le haría borrar el puto vídeo del horror. Pero no lo hago, no tengo fuerzas. Le lanzo una mirada feroz, lo atravieso, lo estrangulo con mis ojos azules. Ahí va mi respuesta.

—Buenos días, Mery. ¿Qué te pongo?

—Una vida nueva, por favor.

Gorka sonríe y yo lo imito para aligerar un poco la escena anterior.

—No le hagas caso, solo es un crío.

—Un crío morboso con muy mala baba. Dos cafés con leche bien cargados y un cruasán, para llevar.

Gorka se acerca con mi pedido, tiene la cafetería llena y aun así muestra calma, como si no hubiera nadie. Su leitmotiv es: «Voy a mi ritmo». Su mujer, sin embargo, no para quieta. Parece que le han puesto un motor en el culo.

—¿Vas a ver a Julia?

—Sí, me imagino que estará —digo mientras acerco la tarjeta al datáfono.

—Dile que se pase antes de irse, tengo cosas para ella.

—Perfecto. —Sonrío—. Gracias, Gorka.

Salgo de la cafetería. El viento me revuelve el pelo y me tapa los ojos. Tendría que haber desayunado dentro. No sabes lo bien que estás en un sitio hasta que te vas. En realidad, no sé si hoy habrá bajado Julia. Aguanta el frío, pero el viento lo lleva fatal. Camino por la calle Chiva hasta que giro la esquina y ahí la encuentro. Su plumífero verde chillón se ve a un kilómetro. Hoy se ha puesto un gorro negro. Tiene cuatro pelos y de mil colores. Mechas de antaño mezcladas con blanco y calvas prominentes en el centro de la cabeza. La primera vez que la vi, le dejé un euro en la bandejita de cartón. Ella inclinó la cabeza y me sonrió dejando ver que le faltaban dientes arriba y abajo. Su dentadura es un festival. Antes pedía en el barrio de Marchalenes, pero hace meses se mudó a mi barrio y no se ha movido.

Está dos o tres horas por las mañanas en la puerta del supermercado. Por las tardes se queda en casa cuidando y haciéndole compañía a su tía abuela, la única que la acogió cuando se vio en la calle de nuevo. Julia no es una indigente al uso. No

monta follones, no bebe alcohol. Se pueden mantener conversaciones interesantes con ella, incluso da buenos consejos y alguna que otra lección de vida. Más de una vez me ha dicho que aquí se siente querida, y se le ilumina la mirada porque la han querido poco y ha sufrido mucho. A su silla de ruedas la llama Rayo. Lo ha perdido todo, pero aún le queda sentido del humor. Quizá por eso sigue viva.

Me acerco y me siento en la pequeña banqueta que tiene al lado.

—Toma, café calentito y cruasán.

—Eres un ángel, Mery. Un ángel.

—Un ángel caído. Por cierto, me ha dicho Gorka que luego te pases, que tiene comida para darte.

—Qué agradable es y cómo se lo agradezco —afirma mientras le da un bocado al cruasán. Parece Lemon, como si no hubiera comido en una semana.

—¿Cenaste ayer?

—Sí, una sopa de fideos con coscurros. Menos mal que tengo muelas. Hoy no iba a venir por el maldito viento del demonio, pero al final me he animado. Mírame —dice de repente—. Tienes los ojos hinchados y estás descompuesta. ¿Qué te pasa?

Suspiro y me retiro el pelo.

—Una mala noche.

—¡Ah! ¿Pues sabes qué me han contado las vecinas? Que ayer de madrugada se suicidó un chico en el barrio. —Se santigua con el café en la mano—. Pobre. Qué mal están las cabezas.

—Lo sé. Estaba allí.

—¿Por qué? —pregunta desconcertada.

—Me llamaron mis compañeros para intentar disuadirlo. Una maravillosa idea. Pero no pude. Joder, otras veces lo he conseguido. Le rocé la camiseta antes de saltar.

Resoplo y cierro los ojos. Noto su mano áspera sobre la mía.

—Mery, no eres una salvadora, solo una simple mortal que lo hace lo mejor que puede. No te martirices. Llevas unas cadenas que no te pertenecen. Mira, o te liberas o serás presa de tus sentimientos. Lo del chico es una pena grande, pero desgracias pasan todos los días y a todas horas. Para muestra, un botón. Además, estás de baja, ¿no? No tendrían que haberte llamado. Bastante tuviste cuando aquel tío se voló los sesos delante de ti con…

—Para —la corto—, no quiero recordarlo.

Le da las gracias a una señora que ha dejado unas monedas en la bandeja y retira su mano de la mía.

—Me podrías haber llamado para desahogarte.

—Claro, o plantarme en tu casa llorando como una magdalena a las cuatro de la madrugada.

—Podrías. Eres la única que sabe dónde vivo, pero el timbre no funciona.

Me quedo pensando. Fui yo la que le pidió el móvil y la dirección de su casa, me daba miedo que le pasara algo y no tuviera a quién llamar. O peor, que jamás nos enteráramos. Al principio fue reacia. Julia es desconfiada por naturaleza. Cuando vivía en Madrid, en la calle, se llevó más de una paliza y sufrió varios robos. Con su historial de adversidades e infortunios, quejarme delante de ella me parece un sacrilegio, y aun así lo hago.

—¿Sabes? Siento la culpa en el estómago y una opresión horrible en el pecho.

—Ay, la culpa. Tengo experiencia en esa disciplina. No eres culpable de nada, Mery. —Baja la voz y se inclina hacia mí—. ¿Recuerdas cuando te conté lo del accidente?

Asiento. El fatídico accidente de coche que le partió la espalda, la vida y la poca esperanza que le quedaba.

—No fui sincera y cada vez que te miro me siento fatal.

—¿Por qué?

—Por miedo y porque es muy doloroso recordarlo. Pero la causa principal es que durante mucho tiempo me sentí culpable. Como tú.

Frunzo el ceño con curiosidad.

—¿Qué pasó? ¿Me lo vas a contar?

—Sí. Quiero que lo sepas. Andaba perdida por las calles de Madrid, con la mochila a cuestas y el carro de la compra destrozado, cuando recibí una llamada. Hacía más de veinte días que el móvil no sonaba. Solo lo llevaba para realizar llamadas de emergencia. Mantenía mis cinco euros de prepago intactos. Sabes que apenas tengo relación con mi familia, pero aquel 10 de septiembre de 2019 mi prima contactó conmigo. De pequeñas éramos inseparables. Pensaba que me llamaba para decirme que mi madre o alguno de mis hermanos había muerto, pero no fue así. Me preguntó dónde estaba y cómo me encontraba. Me extrañó tanto que paré en seco en plena Gran Vía. Cuando vives en la calle, permaneces en una alerta constante y aprendes a mentir como una experta, pero le dije la verdad: que estaba sin casa, mendigando, sucia y desesperada. Y, como si fuera un milagro de Dios, mi prima me ofreció un trabajo: cuidar a una anciana de ocho de la tarde a ocho de la mañana, todos los días de la semana menos el sábado. Y me pagarían setecientos euros en negro.

»—Es la tía de una amiga y nos ha preguntado si conocemos a alguien de confianza para el puesto. Eres legal, Julia. Tienes que salir de la calle y rehacer tu vida, desde cero. La señora vive en Benidorm.

»El cero es el número que mejor conozco y, en aquel momento, Benidorm me pareció el destino más maravilloso del mundo.

»—Sí, sí, acepto. Pero hay un problema. No puedo presentarme con esta facha en casa de la señora y no tengo dinero para ir hasta Benidorm.

»Mi prima suspiró.

»—Está bien. Te hago un bizum con setenta euros.

»—¿Qué es un bizum?

»—¿No tienes tarjeta?

»—¡No tengo nada, Tere! Solo un móvil antiguo que sirve para hacer y recibir llamadas.

»Los ojos se me llenaron de lágrimas.

»—Vale, ¿dónde puedo enviarte el dinero? Dime un lugar seguro.

»—A la parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza. Hablaré con don Fernando. Él me guardará el dinero y me sacará el billete.

»—Cuando lo recibas, pasa la noche en un hostal, aséate y al día siguiente coge el primer autobús que salga. Le voy a dar tu número a mi amiga. Te llamará hoy. Dile que estás muy interesada, que puedes incorporarte en unos días. Y, por favor, no menciones que vives en la calle. Estás en el paro —recalcó.

»—Claro. Gracias.

»La noche en el hostal Delicias fue lo mejor que me había pasado en muchos meses. Estuve media hora en la ducha. Froté mi cuerpo hasta que la piel se enrojeció. Y, por primera vez en años, me miré

desnuda en un espejo. Me faltaban kilos y pelo. Me di pena. Pero estaba feliz porque mi vida iba a cambiar. Y sí cambió, sí.

»Mi prima y su amiga, Maite, me ayudaron a encontrar alojamiento. Empecé a compartir apartamento con Marga, una mujer venezolana, y con Elena, una chica de treinta años que trabajaba como camarera de piso. Las dos eran encantadoras y sentí que tenía un hogar. La señora Encarna no daba demasiados problemas, pero siempre estaba con la cantinela de que la vejez era lo peor que había. En cuanto llegaba a su casa, cenábamos, y a las nueve y media la acostaba. Me llamaba un par de veces para ir al baño y poco más. A las ocho de la mañana, Rebeca me hacía el relevo y yo me iba a desayunar a la cafetería Astros, en la avenida L'Aigüera. Y ahí conocí a Michel. Un hombre de mediana edad, con buena planta y muy educado. Al principio solo nos saludábamos, pero coincidíamos tan a menudo que comenzamos a charlar y al final acabamos desayunando juntos. Era amable, me hacía sentir importante y me daba cariño. Se me había olvidado qué era el cariño y me hice adicta en cuanto lo tuve. No podía creer que aquello me estuviera pasando a mí. Tenía que pellizcarme, pero era real. Le gustaba a un hombre, tenía un techo y un trabajo. Mi vida despegaba, hasta que llegaron las primeras turbulencias.

»Con Michel la relación fue rápida. Sabes que soy muy desconfiada, pero él me trataba bien y me daba amor. Yo estaba en una nube y acepté su propuesta: irme a vivir con él. Los que no tenemos nada nos conformamos con poco. En febrero me instalé en su piso, en la calle Verano. Era pequeño pero acogedor y luminoso. Y no estaba muy lejos de la casa de Encarna. Todo iba de maravilla hasta que llegó la pandemia del demonio.

»Maite nos llamó a Rebeca y a mí y nos comentó que otra prima por parte de padre iba a pasar la pandemia con Encarna, que no fuéramos a trabajar hasta nuevo aviso, cuando la situación volviera a la normalidad. Se me cayó el mundo encima, pero Michel me tranquilizó. Su casa estaba pagada y él trabajaba en el supermercado; me dijo que no me preocupara, teníamos dinero de sobra. Y el dinero no fue el problema, no.

»Pasaba sola tantas horas mientras Michel trabajaba que me cansé de limpiar y de cocinar, y empecé a ordenar armarios. Mi sorpresa llegó cuando en la esquina superior del armario de la habitación, camuflada por ropa y dentro de una bolsa, encontré una caja metálica. Me senté en la cama y la abrí. Estaba llena de sobres y de cartas. Llevaban remite, pero no remitente. Extraje el folio que había en la primera y me quedé alucinada. Decía: "Tus manos están manchadas de sangre. Asesino". Me entró taquicardia. Las letras estaban recortadas de revistas y periódicos, como las que salen en las películas, Mery. Abrí otra carta y leí: "Silencio. Silencio. Silencio". Llené la cama con los folios. Decenas de mensajes y amenazas escalofriantes. En ese instante tendría que haber hecho la maleta y largarme, pero no lo hice y mi cobardía fue mi condena. Durante un par de días estuve distante y seria. No quería que me tocara. La incertidumbre y el miedo se apoderaron de mí. Él me preguntaba sin descanso qué me pasaba. Yo respondía que nada, hasta que en una discusión no pude más, fui a por la caja y la dejé sobre la mesa del salón. Michel se quedó mudo. Le cambió la cara. Palideció y me miró fijamente, quieto como un pasmarote.

»—¿Qué has hecho? ¿Quién eres? ¿Un asesino?

»Apretó la mandíbula, se acercó a mí y me dio una hostia que me tumbó.

»—¡Lo has destrozado todo! ¿Para qué has abierto la caja, puta? ¡Lo has destrozado todo! —gritaba mientras me daba patadas. Me cubrí la cabeza con los brazos y aguanté su ira. Cuando se cansó, cogió las llaves y se fue de casa con un portazo.

»Lloré, lloré mucho. Me limpié la sangre del labio y de la nariz. Me había dejado hecha un cromo. A la media hora regresó y, entre lágrimas, me pidió perdón. Me dijo que me quería, que se le habían cruzado los cables al ver las cartas. Le pedí explicaciones, pero no me las dio. Me dijo que era un asunto del pasado y que no era un asesino, que era un hombre legal. Por supuesto, no me lo creí.

»—Júrame que no le vas a contar esto a nadie —dijo, y agarró mi barbilla con la mano y la aproximó a su cara.

»Negué. Nada volvió a ser lo mismo. No éramos los mismos. Se volvió agresivo, distante, paranoico, y me amenazaba continuamente. Oía cómo recibía llamadas y él asentía sin pronunciar palabra. Cuando se duchaba, cogía su móvil para ver quién era, pero siempre lo llamaban con número secreto. De verdad que quería marcharme, pero no sabía adónde ir. No tenía dinero y, en el fondo, lo quería. Cuando se marchaba, me avisaba: "No mires donde no debes". Yo miraba, y había cartas nuevas con mensajes aterradores. Lloraba desesperada. Al llegar del trabajo, me arrinconaba en una pared y gritaba: "Las has visto, ¿verdad?", y entonces me pegaba y me violaba con tanta fuerza que luego no podía ni andar. Era una pesadilla.

»Fue un 11 de abril cuando se volvió loco. Era sábado y no trabajaba. Después de dar vueltas por la casa como un trastornado,

me dijo que me cambiara, que nos íbamos a respirar aire puro.

»—No podemos salir, Michel. ¿Y si nos paran?

»—Decimos que vamos a trabajar.

»No le discutí, bajamos, anduvimos unos metros y me señaló el coche para que entrara. Me quedé quieta. No quería subir, no quería. Me daba miedo.

»—Entra. ¡Ya!

»Obedecí y respiré hondo. Puso los seguros y bajó unos centímetros las ventanillas. Fuimos hacia la montaña. Era un día precioso, se veía el mar infinito, pero mientras miraba el horizonte tenía la certeza de que iba a suceder algo horrible. Lo intuía, y la intuición es sagrada. Después de cinco minutos en silencio, me preguntó:

»—¿Has contado lo de las cartas?

»—No.

»—¿Has contado que te he pegado?

»—Por supuesto que no.

»—Mejor. Si sobrevives, no lo cuentes nunca.

»Él dio un volantazo, yo grité. El coche se despeñó por un barranco. Recuerdo las vueltas, el movimiento, los cristales. Perdí el conocimiento y cuando desperté estaba en un hospital. Con mil cortes, inválida de por vida, desahuciada. Él falleció en el acto. Yo pasé una semana en coma. Me operaron dos veces. Sobreviví, sí, pero ojalá me hubiera muerto. Maldito hijo de puta.

»Esa es mi historia, Mery. La pura verdad.

6

Leila

Todos tenemos una historia que contar, pero la tuya se lleva la palma. Una mala decisión detrás de otra, transitando el camino más fácil y destructivo. Me enciendo un cigarro mientras repaso las grabaciones: sus gestos, sus expresiones, sus palabras… Mery y yo nos quedamos estupefactas cuando contaste cómo acabaste en la calle, tus malas compañías, las drogas, las malas inversiones, el desprecio de tu familia, las palizas y la nada. Pero lo de hoy ha sido insuperable. Qué maravilla de discurso. Me tienes fascinada, Julia. Confieso que te he cogido un poquito de cariño. El justo, pero os abrazaría a las dos si pudiera. Tan fuertes y, a la vez, tan frágiles como un recién nacido. La verdad es que sois tal para cual, por eso se ha creado un vínculo de empatía y hermanamiento entre ambas. Una pena que vuestra amistad no vaya a durar para siempre.

Mi pajarillo se ha levantado tocado y ha acabado hundido. Como buena policía, ha formulado muchas preguntas, pero ha recibido pocas respuestas. Miro el reloj que hay sobre las pantallas: las dos y cuarto de la tarde. Observo el tercer monitor. Mery está llegando a casa. Viene de la biblioteca, así que ahora hará lo que suele hacer habitualmente: subir a ver al señor Mateo y dejarle los libros.

A veces es tan metódica que da miedo. Al anciano también le tengo cariño. Claro, si le he cogido cariño al gato y a Julia, ¿cómo no iba a sentir ternura por Mateo? Un anciano con agorafobia, que no sale de casa desde hace seis años. Los mismos años que tenía su nieta cuando una mañana la llevó al colegio y en un descuido la atropelló un coche. El pobre hombre no lo pudo superar. Y ahí está, encerrado en una jaula mental y física. Con la fusta de la culpabilidad golpeando su espalda día y noche. Le escuece porque tiene su cuerpo y sus pensamientos en carne viva, chorreando sangre. Qué puta es la vida, siempre acaban llegando las desgracias y a menudo hacen diana en quien no se las merece. Los niños deberían ser intocables, inmunes a la muerte y a las enfermedades.

Cuando Mery se instaló en el edificio y se enteró de la historia del señor Mateo, no dudó en tocar a su puerta. Se cree la abanderada de los débiles y de los maltratados por la dura realidad. Al principio, él no la dejaba entrar en su casa, en su cárcel. Pero después de unos meses la invitó a pasar. Cómo no, se han hecho amigos y confidentes. Se siente especial porque a la casa del señor Mateo solo están invitadas su hija, la chica de la limpieza una vez a la semana y ella. Quizá lo sea; especial, astuta y rápida. Por eso empecé este juego, para comprobarlo.

Mery entra en el ascensor y le suena el móvil. Tengo su teléfono pinchado, pero aun así me pego a la pantalla para ver quién la llama. Entorno los ojos: Susana cuñada.

—Ahora no puedo hablar, Susana… Estoy bien… Sí, esta tarde los llamaré… Adiós.

Su padre y su hermano están preocupados porque la señorita no contesta a las llamadas ni a los wasaps. Está enfadada con el mundo

en general y con su padre en particular. Es rencorosa, lo tengo confirmado. Perdona, pero no olvida. Una actitud peligrosa que me encanta.

Sale del ascensor en el sexto piso y toca el timbre de la puerta veinticuatro. A los pocos segundos, no sin antes asomarse a la mirilla, abre un caballero con el pelo blanco y con gafas, envuelto en una bata azul satinada. Sonríe. Es una sonrisa pueril, pero no de felicidad, sino de agradecimiento. Mery entra y yo cojo uno de mis móviles para hacer una llamada importante. Al tercer tono contesta.

—Sí.

—Sube, por favor. Tercer piso. Déjalo en la puerta once.

—Recibido.

Me concentro en la pantalla. La casa del señor Mateo es una delicia. Conforme se accede, a la derecha, tiene un amplio salón con una decena de plantas. Y en una de las esquinas hay una librería que llega hasta el techo, una mesa baja redonda donde siempre reposa una cajita metálica con caramelos de violetas y dos butacones tapizados en color vino. Su rincón de lectura y estudio. Antes leer era su trabajo, ahora es un pasatiempo que a ratos le da un respiro y un par de alas. Sale de su historia de mierda para meterse en otras. Es la magia de la literatura, que te hace conectar y desconectar a tu antojo. Viajar a otros mundos más apetecibles e inalcanzables o, a veces, más crueles que nuestra rutina.

Mery se quita el abrigo, se sienta en la butaca cercana a la ventana y deja tres libros sobre la mesa. Más que sentarse, se ha dejado caer, derrotada, como si la hubieran empujado.

—Creo que te gustarán.

—*La mujer de blanco*, *El adversario*, *Un fin de semana*. Te diré qué tal. ¿Has ido hoy a la biblioteca?

—Sí. He desayunado con Julia y he ido a comprar porque no tenía ni leche. He subido, he guardado la compra y, como las paredes se me venían encima, me he ido a la biblioteca. Me relaja dar vueltas entre libros y pasillos.

El señor Mateo apoya sus codos sobre las piernas y se inclina hacia delante.

—¿Por qué estás nerviosa?

—Por dos cosas —afirma, y gira la cabeza hacia la ventana.

—Empecemos por la primera.

Mery saca del bolsillo de la chaqueta una cadena de oro con una pequeña cruz y la coloca junto a los caramelos y los libros. Mateo la observa expectante.

—Ayer, a las tres de la madrugada, se suicidó un chico de mi edad. Antes de hacerlo me dio esta cadena. Me dijo que *ella* se la había enviado. Que *ella* le había jodido la vida, que lo espiaba, lo perseguía y que no podía más. Y hasta nunca. Joder… —Se tapa la cara con las manos.

—¿Quién es ella?

—Ni idea.

—¿Tenía un trastorno mental?

—No lo sé. Mis compañeros me dijeron que no. Parecía tan convencido que no puedo creerme que fuera mentira.

—Sabes tan bien como yo que los esquizofrénicos o bipolares inventan personas y situaciones que creen reales. Las viven, las sufren y las transmiten con tanta convicción que resultan muy creíbles. Los trastornos mentales torturan tanto a quienes los

padecen como a quienes los rodean. ¿Qué te han dicho tus superiores sobre la cadena?

Mery se levanta de la butaca como un resorte y da una vuelta por el salón. Se muerde la uña del pulgar.

—Nada, porque no lo saben. Salí de allí corriendo y no he hablado con ellos.

—Pequeña, te cuesta mucho pedir ayuda y te encanta cargar con los problemas tú sola. Háblalo, que sepan qué te contó y que tienes la cadena.

Mateo, Mateo, cómo la conoces. La niña es difícil y reservada. Abrirse en canal es su asignatura pendiente, pero cuando lo haga no habrá retorno. Veremos cómo le escuecen las heridas y cómo grita de dolor, pero curará. Espero que corte de raíz su necrosis sentimental. Tiene que florecer la próxima primavera, extender sus alas y aprender a planear.

Con paso lento, Mery vuelve a la butaca y se sienta.

—Están muy ocupados. Me dirán que estaba loco y a tomar por culo, y yo me sentiré más frustrada de lo que estoy.

—Y empezarás a investigar por tu cuenta porque no puedes quedarte con la duda, ¿no?

—A lo mejor.

El anciano niega con la cabeza y le tiende la cadenita.

—Guárdala, a alguien le pertenecerá. ¿Y la segunda cosa?

—No te lo vas a creer. Esta mañana me he tomado un café con Julia, y me ha visto tan mal por lo del chico que se ha liberado y me ha contado una historia horrible. No se quedó en silla de ruedas por un simple accidente; quisieron matarla.

Mateo escucha el relato con atención. Yo también, otra vez. Está ojiplático ante los detalles de la narración.

—¿No lo denunció?

—No, jamás lo había contado, y cuando ha terminado creo que se ha arrepentido. Dice que no lo hizo por miedo. Que, si la persona que le mandaba las amenazas a Michel descubriera que ella lo sabe, la mataría. Ni siquiera ha querido decirme los apellidos del tipo. Tenías que haber visto su cara cuando me lo contaba, era el vivo reflejo del terror.

—No me extraña. Qué experiencias más traumáticas ha vivido esa mujer. Y su tía, ¿cómo está?

—Perdiendo la cabeza poco a poco y le cuesta una barbaridad moverse. La vecina va por las mañanas a estar con ella. Hacen malabares para llegar a fin de mes, pero, como su tía y ella cobran una paga, aún pueden permitirse tener a Marina. Comida no les falta, entre el banco de alimentos y lo que saca en el súper van tirando.

—Y, cuando no puedan tirar, estarás tú.

—Si puedo ayudarlas, lo haré.

Se levanta y se pone el abrigo. El señor Mateo la imita y se dirigen hacia la puerta.

—Eres demasiado buena, Mery. Ten cuidado, que no se aprovechen de ti.

—No sufras, no lo harán.

—Sube a contarme novedades.

—Vale.

Me gustan las conversaciones entre estos dos. Hoy ha sido una visita breve, Mery no tenía ganas de hablar. Pero los días que se

ponen profundos es un placer escucharlos. Mateo es sabio, cauto y un tanto maniático. Fue profesor universitario de Filosofía y Literatura, y durante bastantes años dio clases en la Universidad de Grenoble Alpes y en la Sorbona. Habla francés e inglés a la perfección. Qué lástima terminar una vida de logros y éxitos así, con tanto sufrimiento contenido y hastío programado. En un abismo lleno de sombras y espadas. Esperando la visita de su joven vecina para que le cuente dramas y milagros del exterior. Su ventana al mundo, su puerta al desahogo.

En realidad, los adultos no me provocan pena, siento más empatía por los animales que por las personas. Sé que me tildan de fría y distante. Dicen que soy de hielo y que ni el sol consigue derretirme. Un alma gélida llena de candados. Y tienen razón. Soy así para sobrevivir. Cada uno tiene sus armas; la mía es forjar una meticulosa insensibilidad porque mi prioridad es la justicia.

Me enciendo un cigarro y me pongo de rodillas sobre la silla giratoria. Mery baja los escalones con parsimonia, su cabeza debe de ser un batiburrillo de ideas sin salida. Una espiral mareante. Frena en el último tramo de escalera que lleva a su descansillo. Observa el paquete envuelto en papel de regalo rojo que hay sobre el felpudo de su puerta. Oigo su respiración agitada. Venga, querida, que empezamos. Aplaudo. Lo cierto es que comenzamos hace tiempo, pero ella no lo sabe.

Baja lentamente y se sitúa a un metro del paquete. Gira la cabeza, se asoma a las escaleras. Se acerca y lo mueve con el pie. Debe de pensar que es una bomba. No lo es, pajarillo, pero dame tiempo. Lo agarra entre sus manos, es un paquete irregular. Saca las llaves y

entra en casa. ¿Se meterá la ovejita en la boca del lobo? Sonrío. Sonrío por lo que está por venir.

7

MERY

Lo dejo sobre la mesa del salón y me cruzo de brazos. No he comprado nada, así que esto es muy raro e inquietante. Cómo odio los regalos sorpresa. Cojo a Lemon, que olisquea el paquete, y lo bajo de inmediato. Su curiosidad y la mía están al mismo nivel. Por más que miro, no encuentro remite ni remitente por ninguna parte. El chiste no me hace gracia.

—Habrá que abrirlo —murmuro.

Con cuidado y precaución, rajo el papel rojo brillante hasta que comienzo a ver el pelo de un peluche blanco. Retiro por completo el papel y me quedo paralizada, mirando atónita la oveja.

—Qué coño…

Esta es mi oveja. Me la regaló mi madre cuando tenía siete años y lleva más de veinte en mi cama, en casa de mis padres. La bautizamos como Luli. Trago saliva, resoplo. La han abierto de arriba abajo y la han cosido con un hilo negro grueso, como si le hubieran hecho una autopsia. La oveja me mira como antaño, con sus grandes ojos y esa dulce sonrisa. Corro hacia la cocina a por unas tijeras. Me acerco al peluche y comienzo a cortar el hilo. Cuando llevo unos cinco o seis centímetros abiertos, oigo un ligero zumbido.

Frunzo el ceño. Me arremango el abrigo y meto la mano hasta el fondo. Noto un papel y como si un pequeño ser con vida propia se moviera y me acariciara los dedos.

—¡Joder!

Saco la mano, me ha picado. Rajo la oveja con todas mis fuerzas y comienzan a salir abejas. Me ha picado una. Hago aspavientos para espantarlas. Soy alérgica. La última vez que me picó una abeja casi sufro un shock anafiláctico y tuvieron que llevarme a urgencias. Me estoy poniendo nerviosa. La mano empieza a hincharse. Me quito los anillos. Siento un picor insoportable y un hormigueo constante. Mi pulso se acelera. Abro los ventanales de par en par y las cortinas vuelan. Un viento agresivo juega a desordenarlo todo. El frío que hace es inhumano. Cojo a Lemon y cierro de un portazo el salón. Me estoy mareando, no sé si por el veneno o por la tensión. Me acerco al armario empotrado que hay en mitad del pasillo, lo abro y arrastro la enorme caja de plástico donde tengo los medicamentos. Me siento en el suelo. Saco vendas, jarabes, una caja de pastillas, otra… y otra más.

—¡¿Dónde estás?! —grito, histérica.

Lo encuentro. El inyector de epinefrina. Me falta el aire. Estoy temblando. Necesito adrenalina. Retiro la tapa de seguridad con la boca y acerco el dispositivo a la cara externa del muslo. Presiono sobre los *leggings* con firmeza, escucho el clic y lo mantengo pegado durante diez segundos eternos. Lo retiro y masajeo la zona del pinchazo con los dedos. Exhalo con fuerza y me tumbo sobre el suelo. En unos cinco minutos debería encontrarme mejor.

Como puedo, saco el móvil del bolsillo y llamo al último número: Susana cuñada. Al quinto tono contesta.

—Hola, Mery. Perdona, estaba atendiendo.

—Susana… —Me sigue faltando el aire.

—¿Qué te pasa? —pregunta, alarmada.

—Me ha picado una abeja.

—Llamo al 112. ¿Dónde estás?

—No, me he pinchado la epinefrina. Estoy en casa.

—Voy, voy. Túmbate y ponte de costado por si vomitas.

Conozco a la mujer de mi hermano desde que era una cría. La adoro y ella me quiere como si fuera su hermana pequeña. Viven muy cerca, a dos manzanas. A veces es una suerte, como ahora, que me domina el pánico y siento que voy a morir. Y otras veces se convierte en una tortura porque tengo a mis sobrinos incordiando cada dos por tres. Aunque me quejo de vicio. Ser tía es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Sigo sus indicaciones y me coloco de costado. El gato da vueltas alrededor de mi cabeza y me olisquea el pelo. Intento controlar la respiración, pero el mareo no desaparece. Tengo la mano como si me hubiera puesto un guante de boxeo, duplica su tamaño normal. Cierro los ojos un instante. Alguien me ha mandado mi peluche lleno de abejas. Repito la frase hasta que la interiorizo y la asimilo.

No sé el tiempo que pasa hasta que oigo el tintineo de unas llaves y la puerta de casa se abre. No me muevo, pero una sensación de tranquilidad me invade y me llena como si me hubieran rescatado a la deriva. No estoy sola. Susana deja el bolso en el suelo, se arrodilla a mi lado y me toca la frente.

—Estoy bien —le digo.

—Deberíamos llevarte a urgencias.

Niego y me incorporo con su ayuda hasta quedar con la espalda pegada a la pared.

—Menos mal que tenías esto —afirma con el inyector en la mano —. Te podías haber muerto, Mery. ¿Puedes tragar bien? ¿Te notas la lengua hinchada?

—Puedo tragar.

Hace un gesto que me parece algo dramático, va a la cocina y me trae un vaso de agua.

—Tienes que beber mucho —dice a la vez que saca un antihistamínico de la caja de las medicinas—. Luego te tomas un paracetamol. ¿Dónde te ha picado?

—Aquí.

Su expresión al verme la mano lo dice todo.

—Tengo que sacarte el aguijón —explica mientras coge una tarjeta de crédito de su cartera. La presiona y la arrastra sobre la mano. El dolor es insoportable y me quejo como si tuviera cinco años. No tarda más de medio minuto en extraerlo. Y acto seguido me unta la mano con una crema que lleva hidrocortisona.

He pasado tanta angustia y tensión que me siento agotada, pero sé que ahora vienen las preguntas, las suyas y las mías.

—¿Cómo puede ser que haya abejas en pleno enero?

Suspiro y le cuento lo ocurrido desde que bajé de casa del señor Mateo.

—¿Me tomas el pelo, Mery?

Susana se levanta y se dirige hacia el salón. Me quedo como traspuesta, con los brazos alicaídos, mirando hacia la pared de enfrente. El corazón me palpita en la mano. Y, de repente, oigo un clic en mi cabeza y dejan de importarme las abejas, la picadura, el

mareo, incluso que hayan entrado en casa de mis padres para coger el peluche. Porque un pensamiento convertido en frase llega hasta mi boca como una náusea incontrolable:

—El juego ha empezado —susurro.

Mi instinto hace que me lleve la mano al bolsillo de la chaqueta. La cadena de oro sigue ahí. Conecto situaciones y personas a toda velocidad. Mi cuñada aparece con la oveja destripada y un pequeño sobre blanco. Se sienta junto a mí y me lanza una mirada estupefacta.

—¿Es una broma pesada?

—No lo sé —niego, pero en realidad sí lo sé. Claro que lo sé.

—Toma. Estaba dentro.

Me tiende el sobre y lo abro. Trago saliva. Saco la tarjeta y leo en voz alta:

> Nunca dejes una oveja al alcance de un lobo.
> No es un regalo, es un aviso.
> Fdo.: La abeja reina

Frunzo el ceño. Se me disparan las pulsaciones de nuevo. Mis razonamientos pelean entre sí. Me vienen decenas de ideas a la mente. Una, otra, otra… Creo que mi rostro refleja tanto el temor como la certeza: La Llama ha empezado la partida.

—Le pregunté si era un regalo y me contestó que era un aviso. Hija de puta…

—¿De qué hablas, Mery?

Me pongo en pie tambaleándome. El mareo no desaparece. Susana me sigue por el pasillo. Noto cómo su preocupación impregna cada rincón de la casa. Llego a mi habitación y me siento

en la cama con el móvil en la mano que puedo mover. Busco a mi padre en el historial de llamadas. Con un gesto le digo a Susana que se calle.

—Por fin, hija. Siento mucho…

—No —lo interrumpo—, déjame hablar. Es importante. ¿Sabes si alguien ha ido a tu casa en estos días? ¿Cuándo fuiste por última vez?

El piso de mis padres está cerrado. Nadie vive ahí porque hace cuatro años, y en contra de nuestra opinión, compró un chalet con su pareja y se mudó al campo.

—Eeeh. No, que yo sepa. Fui el miércoles para comprobar que todo estuviera bien. ¿Qué pasa?

—¿Recuerdas la oveja que hay sobre mi cama? La que me regaló mamá cuando era pequeña.

—Sí.

—Pues alguien ha entrado en casa, la ha cogido y me la ha enviado envuelta en papel de regalo. Estaba en mi puerta, en el felpudo.

Cuando termino la frase, me doy cuenta de que ha sonado a broma, a absurdez, a mentira de colegiala, a llamada de atención.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te encuentras bien?

Expulso el aire con virulencia.

—¡No! ¡No me encuentro bien! ¿Quién ha ido a tu casa?

—¡A casa no ha ido nadie! Te lo repito, estuve el miércoles y todo estaba normal. Igual tu hermano se ha pasado después. Vete tú a saber.

—Pregúntale a Rosa.

—Claro, hija, Rosa ha ido a casa, ha cogido tu oveja de peluche y te la ha dejado en la puerta.

—No estoy diciendo eso, pero tiene llaves, ¿no? Que, por cierto, no sé ni por qué las tiene —añado en un susurro.

Mi padre gruñe. Su pareja es intocable, pero yo no la soporto. Sus aires de reina de los siete mares me provocan un rechazo visceral. Con lo humilde y sencilla que era mi madre.

—Rosa, ¿tú has ido a mi casa? —pregunta, retirando el móvil de su oreja.

—Yo no —contesta.

Pongo los ojos en blanco.

—Vale, papá, déjalo. No vamos a llegar a ninguna parte. Pero que sepas que han entrado en casa.

—Eres muy testaruda, mucho. Esta tarde me acercaré y echaré un vistazo.

—Bien. Escríbeme cuando vayas.

No dejo que conteste y cuelgo. La situación me sobrepasa. Me llevo los dedos índice y pulgar al puente de la nariz. «Piensa, piensa, piensa».

Susana me agarra del brazo.

—¿Por qué no le has dicho la verdad?

—No vale la pena. Además, no estamos en nuestro mejor momento y no quiero tenerlo encima agobiando.

—¿Y cuándo estáis en vuestro mejor momento?

—Nunca. Ni una palabra a mi hermano, ¿eh?

Me lanza una mirada que interpreto como un «ya veremos».

—¿Quién te habrá mandado el peluche? ¿Y quién es la abeja reina?

—Ni idea —miento—. Igual ha sido Rosa. Está tan loca y aburrida que no me extrañaría. ¿Quién si no?

—Joder, sí que está mal. ¿Quieres venirte a casa unos días?

Observo la hinchazón de mi mano.

—No. Mejor me quedo aquí.

—Mery, ¿quién sabe que eres alérgica a las abejas?

8

Leila

Ay, pajarillo, muy a tu pesar no te vas a quedar ahí. Recibo un wasap en uno de los móviles: «Tú no eres la abeja reina, Leila». Sonrío. Tiene el don de leerme el pensamiento. Lo sé, Morgan, lo sé. Con lo que me ha costado meter las putas abejas, me he tomado una pequeña licencia. En La Llama tenemos claro qué papel desempeñamos y en qué escalafón estamos. No hay dudas ni discusiones. Sí existen envidias y recelos, pero se sobrellevan.

Ha salido a pedir de boca. Mejor de lo que esperaba. Cómo me gustan las mañanas intensas que te despiertan de golpe. Confesiones inesperadas, regalos envenenados y un pistoletazo de salida. Sí, señora, oficialmente el juego ha empezado para ti. Me alegra que te hayas dado cuenta, porque para La Llama comenzó hace tiempo y ni te has percatado. Por fin, las dos sabemos que estamos jugando. Espero que me sorprendas, que le des vida a esta partida, incluso que me desesperes y me irrites. Mi exasperación será la señal evidente de que eres un poquito más inteligente que yo. Lo vas a tener difícil, querida jugadora.

Veo en la pantalla cómo se despide de su cuñada. Agarro la taza con las manos. Lo que más me gustaba cuando mi padre venía era

su despedida y el olor a café recién hecho. Traía un asqueroso olor a sudor, pero también el borboteo y el aroma a café, porque mi madre solo sacaba la cafetera cuando él estaba en casa. Ese aroma despertaba mi imaginación, y la imaginación era un camino directo y fugaz hacia la libertad. Me visualizaba en otro país, en otra casa, con otra gente…, y era libre, tan libre que a veces lloraba de felicidad. Desgraciado. Ojalá te hubiera dado el infarto antes, pero cuando desapareciste nos dejaste más tocadas que una guitarra: sin cuerdas, pero con grilletes invisibles.

Me levanto y me asomo a uno de los ventanales. Todo el mundo debería tener una ventana con vistas. Observo cómo el viento despierta a los árboles, que danzan de forma irregular en una coreografía improvisada. No hay ni un alma por la calle. Imagino que a nadie le gusta el viento. La ferocidad del vendaval. Un factor externo que te maneja como quiere. Hacia delante, hacia un lado, hacia atrás. Bailas a su antojo. Te impide caminar. Te paraliza como una táser. Te cierra los ojos en contra de tu voluntad. Imagino que a nadie le gusta que lo controlen, y mucho menos si lo hace un ente intangible.

Vuelvo a la mesa y me siento frente a las pantallas. Soy tu viento, Mery, te voy a despeinar y a zarandear. A ver cuánto aguantas en pie. Tu huracán lleva nombre de mujer y se llama Leila Leclerc.

Leila. Siempre me ha gustado mi nombre. Así se llamaba una de las putas de mi padre. Es la única mujer a la que quiso. Se acostaba con un amplio y diverso abanico de prostitutas cuando trabajaba y viajaba con el camión, pero Leila, de Lyon, era especial. Guardaba fotografías y cartas suyas. Era guapa, sus facciones masculinas la hacían bella e interesante. Llevaba el pelo corto y sus labios eran

finos. Parecía una actriz francesa. Cuando nací, insistió en llamarme Leila. A mi madre no le hizo gracia, no porque fuera el nombre de la prostituta, sino porque quería ponerme un nombre francés. Ella nació en Francia, aunque a los dos años se trasladó a Madrid con toda la familia, incluido mi abuelo, un señor parisino guapísimo al que mi padre odiaba. Se refería a él como «franchute de mierda». Pero a las franchutas bien que se las follaba. Yo adoraba a mi abuelo. El señor Mateo me recuerda un poco a él.

Bebo un sorbo de café y me enciendo un cigarro. Mi pequeño gorrión lleva una hora durmiendo bajo el nórdico, solo se le ve el pelo y un brazo. Su mano da pena. Qué peligroso es el veneno, sobre todo el que llevan dentro las personas, ese también mata y asfixia. ¿Qué hubiera pasado si hubieras muerto? ¿Te habría matado yo o la abeja? Qué dilema más interesante. Se ha tomado un diazepam y no ha tardado en hacerle efecto. He aprovechado para mandar mails y cerrar acuerdos. En La Llama nunca se para. Odio delegar ciertas funciones, pero soy consciente de que ahora mi prioridad es ella y confío en mi equipo. Mis tentáculos. Saben que conmigo no se juega, porque los juegos, los trucos y las trampas los diseño yo. Perro no come perro.

Muy bien que no le hayas contado demasiado a tu padre, muy mal que hayas llamado a tu cuñada. Un giro que no estaba en mi guion, pero entiendo que te hayas asustado. Al final, ha jurado a regañadientes que no dirá nada, pero no tardará en contárselo a tu hermano. En tu familia no tenéis muchos secretos, pero los que hay son brutales. Me ha gustado la pregunta que te ha hecho antes de salir de casa: «¿Quién sabe que eres alérgica a las abejas?». Su familia, sus amigos y yo, que lo acabo sabiendo todo, incluso más de

lo que me gustaría. También sabía que tenías el inyector a mano; no te hubiera dejado morir, aún no.

Observo la pantalla número uno. Mery se está despertando. Bosteza, se incorpora y apoya la espalda en el cabezal acolchado. Dirige la vista hacia los pies de la cama, donde está la oveja destripada. No ha sido una pesadilla, querida, es real porque duele. Parece anestesiada, como cuando un cachorro se despierta después de una operación. Intenta abrir y cerrar la mano, pero está tan hinchada que le resulta imposible. Mira hacia su derecha, donde se encuentra la mesita de noche. Contempla la cadena, la tarjeta y el reloj. Son las cinco y media de un sábado atípico. Se queda un rato como en trance, no sabe muy bien qué hacer.

Sigo sus movimientos igual de atenta que su gato, observador y con los sentidos afilados. Se muerde la uña del pulgar izquierdo y se cruje los dedos. Cómo lo odio, Mery, y no paras de hacerlo. Se levanta y coge el portátil que tiene sobre la silla. Me desplazo hasta la pantalla número tres. ¿Qué vas a buscar, nena? Le doy un sorbo al café. Estoy a dos palmos de la pantalla, quiero ver bien qué escribe. Abre Google y teclea: «Accidente Benidorm barranco abril 2020».

Me río. Ella lo tiene que comprobar todo, a veces se cree investigadora del CSI. Qué curiosa e incisiva es. Clica en el segundo resultado y lee de forma intermitente:

«Muere un hombre y una mujer resulta herida muy grave al caer su coche por un barranco en el camino de la Cruz de Benidorm».

«El accidente ocurrió a las 11.30 horas de este sábado; la pareja se había saltado el confinamiento».

«El cuerpo de ella salió despedido tras el impacto y quedó tendido en el suelo, mientras que el varón, de 52 años, permaneció atrapado

en el interior del turismo».

«Por razones que se investigan, el conductor del vehículo perdió el control».

«Los bomberos informaron de que una de las personas accidentadas estaba ya muerta y la otra herida de extrema gravedad».

«El rescate fue complicado, al tratarse de un barranco donde no podía acceder la ambulancia».

Junta las palmas de las manos y se las lleva a la boca, como si fuera a rezar un padrenuestro. Se queda callada. Hace una respiración profunda. Entra en otras dos páginas donde lee más de lo mismo. No hay mucha información, en esa época casi todo lo copaba el coronavirus. Deja de buscar, cielo, el accidente sucedió, él murió y Julia estuvo muy grave. Lo que ves es lo que hay, aunque sea difícil de asimilar.

Su móvil suena. Es una melodía de piano que invita a no responder. Mira la pantalla: papá. Cógelo, anda, que tiene noticias interesantes.

—Dime.

—Estoy en casa. En tu habitación. Y tu oveja sigue sobre la cama. No sé si estás de broma, si me estás castigando por lo de ayer o si has enloquecido, pero me parece de muy mal gusto que me hagas venir aquí e intentes convencerme de que alguien ha entrado. Por un momento he pensado en cambiar la cerradura. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo, sí. Deberías cambiarla —susurra.

—¿Y sigues, Mery?

—Vale, se acabó. Gracias por ir.

—No hay quien te entienda, hija. Desde que pasó aquello pareces otra, en tu mundo e inventando cosas sin sentido. Quiero ayudarte, pero no sé cómo.

—¡Si quieres ayudarme, no hagas que me llamen cuando un tío está a punto de tirarse desde una azotea!

—Te he pedido perdón.

—Ya sabes lo que opino sobre el perdón. Hablamos, papá.

Opino lo mismo que tú. Estamos en el mismo bando. El perdón no revierte los acontecimientos. No repara la pérdida, ni las ausencias, ni las palabras vomitadas con crueldad. El perdón es un vocablo inútil que utilizan de escudo los cobardes para silenciar su conciencia. Una moneda de cambio que no compra nada, papel mojado. Que me lo digan a mí, que ni quiero ni puedo perdonar. ¿El perdón de tu padre te ha devuelto a tu cama y te ha ahorrado ver a una persona suicidarse? Por supuesto que no. El mío nunca nos pidió perdón y lo agradezco. No hubiera aliviado ni un ápice el dolor de su indiferencia y sus hostias.

Lanza el móvil sobre la cama. Su respiración se vuelve más rápida como si pisara el acelerador a fondo. Gruñe, ahora es una perra enfadada. Coge el reloj que tiene sobre la mesita y lo estrella contra el suelo. Grita. Y sus gritos suenan a coro celestial.

—Grita, Mery —vocifero—. ¡Grita! Llevas el fuego en tu interior. ¡Eso es lo que quería ver! La rabia encendida. Utilízala como motor. ¡Grita y estalla!

Se levanta como un vendaval y va hacia el baño. Da un portazo. Ha sido magnífico ver a la fiera que lleva dentro. Todos llevamos una, solo hace falta que la persona adecuada la despierte. Se apoya sobre el lavabo con la cabeza colgando. A los pocos segundos, la

levanta y se mira al espejo. Ojalá supiera qué estás pensando. Pero, sea lo que sea, la del reflejo eres tú: la mezcla de furia y tormento, frágil como una bomba, un águila majestuosa que se cree un gorrión. Mi pequeño gorrión.

Me vuelvo a sentar; por un momento me ha contagiado su ira. La ira se contagia más rápido que la alegría y es un estimulante maravilloso. Voy de la pantalla uno a la tres. Se está lavando la cara cuando su móvil suena de nuevo. Se seca con la toalla y va a la habitación. Coge el teléfono, tendido sobre la cama. Es un número que no tiene grabado. Duda, pero contesta.

—¿Sí?

—Buenas tardes, ¿hablo con la agente Mery Martos?

—Sí, ¿quién es?

—Perdone que…, que la moleste. Soy Esther Ramírez. La hermana de Luis, el chico que se suicidó.

Nuestra jugadora se queda muda y se lleva la mano a la frente.

—¿Quién le ha dado mi número?

—Un inspector, fue muy amable conmigo. Cuando llegué, me dijo que una policía había hablado con Luis antes de…, de saltar. Insistí para que me diera su teléfono.

Aprieta el puño y se muerde la lengua. No sé por qué le sigue sorprendiendo que su padre se salte las reglas y vaya por libre, imponiendo su criterio y sus leyes.

—No debería habérselo dado. Siento mucho lo de su hermano.

—Entiéndame, por favor. Estoy destrozada, era mi único hermano —afirma y se pone a llorar.

—Lo entiendo.

—Me gustaría hablar con usted, en persona. Por favor, se lo ruego. Mi hermano no estaba loco. Era muy introvertido y asocial, pero no estaba loco —susurra sollozando.

Mery resopla y contempla la cadena con la cruz sobre la mesita.

—Está bien, está bien. ¿Mañana puede quedar?

—Sí. Donde me diga.

—A las doce en la calle San Vicente, cafetería El Terral. Y hágame el favor de no decirle a nadie que nos vamos a ver.

—No lo haré. Lo juro. Muchas gracias.

Cuelga y se queda inerte a los pies de la cama. Maldice a su padre, pero en el fondo está encantada porque quiere información y descifrar el enigma. Su instinto tira más que su cabeza. Vas por ti, querida, no por ella. Y yo me siento feliz, porque me muero por saber qué tiene que decirte la hermanísima. Estoy eufórica porque seguimos jugando.

9

Mery

«El riesgo y el peligro existen, pero los asumimos». Me he despertado con la frase favorita de mi padre haciendo eco a mi alrededor. Por una vez, tenía razón. Hoy tengo más miedo que ayer, mis pensamientos se han asentado, han encontrado su sitio y estoy en alerta máxima. Las dudas asustan, pero las certezas matan. Lo asumo, pero no me gusta que me acechen. Me giro hacia delante y hacia atrás. Me he cruzado con un chico con gafas de sol, gorra y bufanda, y lo he seguido con la mirada hasta que he dejado de verlo.

El día ha amanecido desapacible y me ha saltado una notificación en el móvil: aviso amarillo por viento. «Rachas máximas: 90 km/h. Se pueden producir daños moderados a personas y bienes, especialmente a aquellos vulnerables o en zonas expuestas al fenómeno». Me siento vulnerable y expuesta porque lo estoy. Por eso, en vez de quedarme en casa observando la lluvia desde la ventana, me dirijo a mojarme y mantener una charla con la hermana de Luis.

—Jugó con él y ha empezado el juego conmigo. Para jugar bien necesito información, un as en la manga —digo en un murmullo.

Me faltan cinco minutos para llegar a la cafetería. No quería que me vieran en mi barrio con esa mujer. Suena mi móvil. Lo saco del bolsillo del abrigo. Me resulta raro y repelente leer su nombre en la pantalla.

—Hola, Rosa. ¿Pasa algo?

—No. Te llamo por lo de ayer, porque le preguntaste a tu padre si había ido a vuestra casa.

Freno y me resguardo bajo un soportal.

—¿Y?

—A ver cómo te lo explico. —Se hace un silencio que me enerva —. Resulta que vuestro padre ha puesto la casa en venta.

—¿Cómo? ¿Sin nuestro consentimiento? Este hombre es imbécil.

Siento que una flecha con una punta de cuatro cuchillas me atraviesa.

—Bueno, solo lleva dos semanas en el mercado. Os lo iba a decir.

—Cuando se lo cuente a mi hermano, te aseguro que la casa no se vende. Se lo puedes comentar de mi parte.

Rosa da un bufido. No le gusta hablar conmigo ni a mí tampoco con ella. Pero sé que su larga espiración oculta información.

—¿Y qué más?

—Pues que el otro día…

—El otro día, ¿cuándo?

—El martes por la tarde. Me llamó la chica de la inmobiliaria porque tu padre no contestaba al móvil. Y me dijo que había una mujer interesada en ver la casa, pero que ella no podía acompañarla porque tenía tres visitas. Me pidió que me acercara yo y fui.

—¿Qué pasa? ¿Gestionas tú la venta de mi casa?

—No te enfades, Mery. Se encarga tu padre, pero tenía médico. Lo acompañó tu hermano. Y yo le enseñé la casa a una mujer.

Me llevo la mano a la boca y se me cierran los ojos.

—No tocó nada, de verdad, en los diez minutos que estuve con ella.

—¿Cómo era?

—Rubia, con melenita, una mujer de mediana edad. Educada y elegante. Te repito que no cogió nada, y menos tu oveja —dice con desprecio y con una risa contenida que se me enquista en el alma.

—¿Cómo se llamaba?

—Olga, creo.

—¿Dónde está la inmobiliaria?

—¿Para qué? ¿Vas a ir a liarla?

—Tranquila, no te voy a dejar mal si es lo que te preocupa, doña Apariencias.

—Lo que hay que oír. Está en la Gran Vía del Marqués del Turia, número ciento cinco.

Me cuelga. Me cuelga indignada, cuando la indignada tendría que ser yo. De hecho, lo estoy. Y enfadada. Bullo por dentro. Me pongo la capucha y echo a andar a paso rápido, son casi las doce.

Dejo atrás una joyería que se ha puesto de moda, una casa de comidas con paellas en el escaparate y una clínica de fisioterapia. Cuando estoy llegando a la puerta de El Terral, veo a una mujer vestida de negro de pies a cabeza. Lleva gafas de sol y el pelo rubio recogido en una coleta baja. El paraguas y los guantes también son negros. Me acerco sin muchas dudas.

—Hola, ¿eres Esther? Soy Mery.

—Sí. Encantada.

Se quita las gafas de sol y uno de los guantes para estrecharme la mano. Y cuando lo hace suelto un quejido.

—¡Lo siento! ¿Qué te ha pasado?

—No te preocupes. Me ha picado una abeja y soy alérgica.

—Debe de haber sido la abeja reina.

—¿Cómo has dicho?

No separa sus ojos hinchados y claros de los míos.

—No sé. Creo que son las que más reacción provocan.

—Yo creo que las reinas no pican, solo ordenan. Vamos.

La invito a pasar. La cafetería es muy grande y colorida; del techo y de las paredes cuelgan plantas y en el centro está la barra, cuadrada y amplia. Hay dos chicas dentro preparando desayunos y tostadas, y un chaval con la bandeja va de un lado a otro. Nos acercamos. Yo pido un café con leche y ella una infusión de cúrcuma y jengibre. Nos sentamos al fondo. A unos metros, una pareja se hace arrumacos y un hombre lee un periódico deportivo.

—Siento mucho lo de tu hermano, Esther. Hicimos lo que pudimos, pero su decisión era firme. No era un acto impulsivo. Fue difícil disuadirlo.

—Aún no lo asimilo. Lo hemos incinerado a primera hora. Pienso que estoy viviendo una pesadilla de la que no he despertado. Puede que te parezca una insensible por llamarte tan pronto y querer quedar contigo, pero necesito saber qué te dijo.

El camarero viene con el pedido y ella empieza a llorar en silencio. Va a ser una sesión lacrimógena. Escuchándola me da la sensación de que busca una respuesta concreta.

—Me dijo que te quería y que lo sentía.

Ahora llora con más ímpetu.

—¿Te…, te habló de la mujer?

Me deja noqueada, pero reacciono con naturalidad.

—Sí. Me contó que una mujer lo perseguía, lo espiaba y lo sabía todo sobre él. Que lo había vuelto loco y que no podía más. —Hago una pausa y la miro fijamente—. Me confesó que, si me contaba la historia, iría a por mí y acabaría como él, en lo alto de una azotea.

Cuando termino la frase me entra un escalofrío.

—Dios mío… Me decía lo mismo. Que una mujer quería acabar con él. Y que era mejor que no me contara nada. Quería ayudarlo, pero se cerraba en banda. Mi hermano es introvertido y reservado, pero también muy sensible. Mi marido decía que tenía un trastorno mental, que esa película se la imaginaba en su cabeza. Que era porque no se relacionaba con la gente y el aislamiento le había pasado factura. Pero yo sé que no mentía.

Bebe un sorbo de la infusión y agarra la taza con ambas manos.

—¿Cuándo te habló por primera vez de ella?

Clava la vista en el suelo de mosaico sin parpadear.

—En el verano de 2019 vino a pasar una semana al apartamento que tenemos en la playa —dice mientras no deja de estudiar el pavimento—. Con nosotros y los niños fingía estar normal, pero yo lo conozco bien y lo noté inquieto y distante. Casi no dormía. Le pregunté y me dijo que seguía afectado por la muerte de la médica, pero sabía que esa no era la razón principal.

—¿Qué médica?

Vuelve en sí y me mira.

—Luis llevaba dos años viviendo en Madrid. Como es informático y freelance, puede trabajar desde donde quiera. Ha vivido en Bruselas, París, Lisboa… Le encanta viajar. Se mudó a Madrid y allí estaba muy

bien. Hizo buenas migas con su vecina, yo me ponía supercontenta cuando me hablaba de ella. A veces tomaban café y salían a dar una vuelta. Era médica, trabajaba en el servicio de pediatría. Pero la desgracia se cebó con la chica. La asesinaron en su casa. Seguro que te suena el caso porque fue bastante mediático: Sandra Burgos. Treinta y nueve años. Detuvieron a un enfermero del hospital. Se ve que tenían una relación sentimental y a saber qué pasó. Cuando lo encontraron, iba de droga hasta arriba. Violencia de género.

Lo recuerdo. El crimen abrió telediarios. Incluso hicieron un reportaje en la televisión. Fue antes del covid.

—Siete puñaladas en el torso, una de ellas en el corazón.

Esther abre los ojos asombrada.

—¡Sí! Mi hermano vivía en el tercero y ella en el quinto. Pobre chica. Después de aquello, no volvió a ser el mismo y se trasladó a Valencia. Decía que no aguantaba estar allí.

La historia me parece confusa. Voy a salir de esta conversación con muchas puertas cerradas. Me pongo de pie y saco del bolsillo del pantalón la cadena con la cruz. La dejo en la mesa. Y, en cuanto la ve, se lleva las dos manos al pecho y evoca un gesto que mezcla ilusión y sorpresa.

—Me la dio Luis. Me dijo que ella, la mujer que lo perseguía, se la había enviado.

Esther frunce el ceño.

—¡No! Esta cadena era de mi madre. Es lo único que se llevó de ella cuando murió. La cadena y unos cuantos álbumes de fotos. Lo pasó fatal cuando la perdimos.

—¿Y por qué me dijo que se la había mandado?

Niega con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Bueno —doy el último sorbo de café, quiero irme ya—, es lo que te puedo contar, Esther. Siento no poder decirte más. Quédate con lo importante: que te quería. Por cierto, ¿tu hermano te nombró alguna vez a una mujer llamada Olga?

—No.

Ante su negativa, me cuelgo el bolso y me levanto. Ella me imita.

—¿No lo vais a investigar? —pregunta, escéptica y dolida.

Inclino mi cuerpo sobre la mesa y bajo la voz:

—Tu hermano se suicidó. No interpuso ninguna denuncia. No existen pruebas. Su casa estaba vacía. No hay nada que investigar.

—Se suicidó porque lo perseguían. Hay un delito de acoso y de coacción. Delito de inducción al suicidio —susurra, muy seria—. Sabes tan bien como yo que él no quería quitarse la vida —afirma a escasos centímetros de mi boca.

Aprieto los dientes y echo a andar. Se acabó. Necesito salir de aquí. No quiero volver a ver a Esther, no quiero indagar en la historia de Luis porque solo me va a complicar la existencia.

Cuando abro la puerta de la cafetería y piso la calle, el frío me corta la cara. Han apagado el cielo. Un techo de nubes negras me persigue y va a explotar en cualquier momento. La oscuridad se instala en mi pecho, lo oprime. Me ha dejado mal cuerpo. Estoy descompuesta y contrariada por lo que ha ocurrido ahí dentro. Hay palabras que te desarman como una ola que arrasa un castillo de arena. Y hay personas con las que no tienes ningún tipo de conexión. No nace ese *feeling* que no se puede explicar, solo sentir. Entre Esther y yo se ha levantado un muro extraño, infranqueable. Había aspereza en su mirada. Cuanto más hablaba, más me alejaba.

Ha brotado un rechazo instintivo. Si de verdad quería mi ayuda, ha sido demasiado mordaz y mentirosa. Puedo oler las mentiras, incluso las que me cuento a mí misma. No ha elegido la mejor estrategia. Aunque es cierto que a veces se puede llegar a la verdad tirando del hilo de la calumnia.

Volverá a llamarme.

10

Leila

Me gustan los mentirosos. Son personas que tienen un punto de perversión e intriga que despierta mis sentidos. Inteligentes y hábiles como una araña, capaces de desarrollar nuevas estrategias para resolver un problema inesperado. No sabe mentir cualquiera, es un arte, y ahí reside la magia del engaño. En camuflarlo tan bien que no se sepa dónde está la línea que separa la verdad de la falacia. No verlo venir, como un disparo por la espalda. Normal que no te haya causado buena impresión. Es una cabrona con mil aristas y muy poca vergüenza.

Mery llega a casa; parece cansada, demasiadas emociones en veinticuatro horas. Se quita el abrigo y lo tira sobre la cama. Se descalza y se planta en medio de la cocina, en silencio. Me gusta cuando habla sola o con el gato, porque entonces puedo saber lo que piensa. Pero así, callada, no puedo adivinar qué está pasando por su mente caótica y abrumada. Sale igual que entró, con las manos vacías. Vuelve a su habitación, coge el portátil y se tumba en la cama. Sonrío. Aún no ha escrito en el navegador, pero sé qué va a buscar.

Sandra Burgos era una mujer joven y atractiva, tenía un trabajo que le encantaba y en el hospital gozaba de muy buena reputación. Tratar con niños le resultaba muy gratificante, le llenaba y poco a poco se fue ganando el cariño de padres y profesionales. Algunos compañeros decían que, en ocasiones, se mostraba altiva, como si estuviera en un pedestal o tres escalones por encima del resto. Y era cierto. En el fondo brillaba su arrogancia, pero, por lo general, era querida. Sandra Burgos venía de una familia pudiente: su padre, empresario hostelero, y su madre, decoradora de interiores. Solo tenía un hermano que vivía en Holanda. La habían criado entre algodones y malcriado desde que tenía uso de razón. Desconocía qué era una negativa y le molestaba enormemente no cumplir sus objetivos. Exigente y consentida. Desde muy joven supo que quería estudiar Medicina y así fue.

La médica de treinta y nueve años se había comprado un piso en la Guindalera, un popular barrio madrileño que se encuentra en el distrito de Salamanca. Le gustaban su solera y el encanto que tenía, sus tiendas, su ambiente y sus restaurantes. En definitiva, era feliz. Una de esas personas que nunca han tenido grandes problemas, que han disfrutado de la vida porque todo les ha venido rodado y sin contratiempos. Hasta que llegó uno muy grande.

Sucedió el 15 de enero de 2019. Su último día sobre la faz de la tierra. A las dos de la madrugada empezó a recibir wasaps de Christian, un enfermero del hospital con el que mantenía una relación sexual y afectiva, pero sin compromiso. Él la quería, aunque ella no estaba enamorada. Y sus desaires le producían muchísimo dolor al joven de treinta y dos años.

Sandra, necesito verte. Estoy muy agobiado. Llevo días sin dormir. Esto me va a matar. ¿Puedo pasarme por tu casa?

La doctora leyó el mensaje cuando ya estaba metida en la cama. Suspiró y le contestó.

Es muy tarde. No te agobies tanto, no va a pasar nada. Entro a las ocho al hospital. Mañana hablamos.

A los pocos segundos recibió una respuesta:

Me da igual. NECESITO HABLAR CONTIGO o haré una locura.

Sandra se incorporó y se sentó sobre el colchón.

Joder, ¿se te ha ido la pinza? Pásate, pero cinco minutos.

A las dos y media de la madrugada, el portero automático sonó. Aún somnolienta y envuelta en su bata, vio a Christian en la pantalla del interfono. Había ido en moto y aún no se había quitado el casco. Abrió un poco la puerta de casa y esperó apoyada en la pared, bostezando y preparando el discurso que le iba a soltar. Pero no tuvo tiempo de hablar. Cuando se quiso dar cuenta, vio que una persona se abalanzaba sobre ella y le daba un cabezazo con el casco. Sandra cayó al suelo de espaldas. La puerta de su casa se cerró.

Christian se levantó la visera del casco y la observó, tendida y semiinconsciente. Las gotas de sudor le caían por la frente y por la espalda. Separó las piernas y se sentó sobre ella a horcajadas. La agarró de la pechera, de la bata y del pijama, intentando despertarla.

—¡Mírame, hija de puta! ¡Mírame a los ojos!

Con una mano aún cubierta por un guante de moto, le tapó la boca. Sandra volvió en sí lentamente y, cuando se recuperó del golpe, miró a su asesino. Intentó hablar, pero no pudo. Se retorcía en el suelo como un animal atrapado en una red, sus ojos negros gritaban.

—Si haces el mal, recibirás el mal —le dijo.

Entonces sacó un cuchillo de quince centímetros, robusto y afilado. Levantó el brazo y le atestó la primera puñalada. Y luego otra, hasta siete. La última en el corazón. Relajó sus hombros, tenía la respiración acelerada, y apretó los dientes. Luego, se levantó y contempló el cuerpo destrozado. El suelo se había teñido de rojo, la sangre brotaba de su torso como si fuera un manantial maldito.

Se dirigió a la cocina, lavó el cuchillo hasta que no quedó ni rastro del color rojo. Lo metió en una bolsa de basura y esta dentro de la cazadora. Salió al pasillo y visualizó la escena unos segundos. Admiró su obra. Después, cerró de un portazo y bajó las escaleras a toda prisa. Lo había hecho. No lo podía creer, pero sí, la había matado con crueldad y premeditación. Como quería y había imaginado decenas de veces. Tenía un nudo en el estómago, pero la conciencia tranquila. Antes de llegar a casa, paró frente a unos contenedores y tiró la bolsa con el cuchillo. A las tres de la

madrugada, Christian estaba en su casa, en calzoncillos, haciéndose una raya y bebiendo cerveza. Se quedó KO en el sofá.

Las alarmas saltaron cuando Sandra Burgos no acudió a su puesto de trabajo. Su amiga y compañera Nieves no paraba de llamarla. El móvil estaba apagado o fuera de cobertura. A las once de la mañana consiguió el número de Joaquín Burgos, su padre, y le informó de lo sucedido. Este no dudó en acercarse a su casa y abrió la puerta con sus propias llaves. El horror, la consternación. Los gritos desesperados alarmaron a los vecinos y al portero, Juan Antonio Torres. Empezaba el show.

Tan pronto como la policía encendió el móvil y vio los últimos mensajes y llamadas, se personaron en casa de Christian Ibáñez. No tardaron en descubrir que eran compañeros de trabajo y que mantenían una relación. Al joven lo despertaron las continuas llamadas y los golpes en la puerta; casi le funden el timbre. Cuando abrió, aún medio colocado y en ropa interior, vio cómo la policía irrumpía en su casa. Él gritaba: «Pero ¿qué pasa? ¡No he hecho nada!». Lo repetía sin descanso y de forma insistente, hasta que se puso violento y la situación se descontroló. En el interior del domicilio hallaron un alijo considerable de droga, además del mono de motorista, guantes y casco tirados por el suelo. En los guantes y en las botas encontraron sangre de Sandra. Revisaron las cámaras y el videoportero de la joven, que lo tenía en modo de grabación, y ahí estaba él. Un caso espeluznante, pero sencillo de resolver.

Christian Ibáñez fue detenido y acusado de asesinato con ensañamiento y alevosía. Veinte años y un día de condena. Cuando le preguntaron por los últimos mensajes que intercambiaron, donde decía que no podía más y que iba a cometer una locura…, él

aseguró que no sabía a qué se referían. Que no recordaba ni los mensajes ni que hubiera ido a su casa. Que él era incapaz de matar, y menos a ella, porque la quería. «¿Cómo pude ir hasta su casa en moto así de drogado? ¡Es imposible!», se preguntaba desesperado. Pero en esta vida pocas cosas son imposibles, y lo cierto es que tenía más de una multa y falta de puntos en el carnet por conducir ebrio y poseer sustancias ilegales.

Su abogado, Rafael Blasco, interpuso un recurso que el Tribunal Supremo rechazó, pues se determinó que Christian sabía perfectamente qué hacía la noche del crimen.

El asesinato de la joven médica Sandra Burgos copó espacios en noticieros y periódicos. Sus compañeros de trabajo hicieron un minuto de silencio que salió en los medios de comunicación. Qué lástima. Una desgracia más en este mundo de locos.

Después de estar una hora leyendo información sobre el caso, Mery cierra el portátil. ¿Qué opinas, querida jugadora? Doy un sorbo al café mientras ella permanece inmóvil en la cama. Alarga el brazo y coge una libreta que hay a su izquierda. La abre y comienza a escribir:

> 2022, 15 de enero de madrugada se suicida Luis (vecino de Sandra).
> 2019, 15 de enero de madrugada matan a Sandra Burgos.
> Portero: Juan Antonio Torres.
> Abogado de Christian: Rafael Blasco.

Piensa como si tratara de descifrar un jeroglífico sagrado. «Esto no puede ser casualidad», murmura al fin. Sonrío. Se lleva los dedos al

puente de la nariz y respira hondo.

Ay, pequeño gorrión, respira, porque en breve te va a faltar el aire. Me recuesto sobre la silla y miro hacia el techo, blanco inmaculado. Las casualidades no existen. Quiero creer que todo pasa por algo, incluso las desgracias que te hunden en el averno más profundo. Porque ahí, en el subsuelo infecto, también conoces a personas que te cambian el presente, que te reconducen, que te sacan de las llamas y aplacan tus gritos. Nadie se cruza con nosotros por casualidad. Nuestros pasos están escritos. Da igual el camino que elijamos, porque tarde o temprano acabaremos donde estamos. Yo aquí, mirando el techo decorado con vigas y volviendo loca a una joven con el alma incendiada.

Mery se levanta de la cama y camina descalza hasta el comedor, rebusca en el bolso y saca el móvil. ¡Oh! No puedo creer que la vayas a llamar. ¿Ves? Esto es lo que tiene la vida: que debemos tratar con gente que aborrecemos, tragarnos el orgullo y el asco, y ceder. ¿Y sabes qué pasa? Que las conductas que desempeñamos contra nuestra voluntad van recargando las baterías de odio que llevamos en nuestro interior. Hacer lo que no queremos nos adentra en un terreno peligroso llamado cólera.

Al tercer tono, contesta.

—Qué bien que me hayas llamado, Mery. Lo siento, aún estoy en shock y he sido muy prepotente contigo.

La voz aguda y dulce de Esther le provoca malestar, hace que Mery ponga los ojos en blanco.

—No te preocupes, te llamo para comentarte dos cosas. La primera, que no sé si eres consciente, pero tu hermano se ha suicidado el mismo día y a la misma hora que mataron a la doctora.

Esther la corta de inmediato:

—¿Qué quieres decir? ¿Que tuvo algo que ver?

—No. Solo digo que no creo en las casualidades y que esta es tremenda. Por otra parte, he leído en una noticia que en el edificio, que se llama Pirámide, había portero. Juan Antonio. ¿Tienes su número?

—Sí, ¿para qué lo quieres?

—Para hacerle un par de preguntas.

—Vale. Lo tengo apuntado en una libreta. Mi hermano me lo dio por si había alguna emergencia, por si no lo localizaba. Mery, ¿significa eso que me vas a ayudar?

—Solo si eres sincera conmigo.

Se hace un silencio lleno de vacilación.

—Está bien. Seré honesta. Tengo cartas y otros documentos que la mujer desconocida le enviaba a mi hermano —afirma bajando la voz—. Te los puedo enseñar, pero no los guardo en casa. Están en un bajo cerrado que es propiedad de mi marido, en Valencia. Lo gestiono yo, él ni siquiera sabe lo que hay dentro. ¿Puedes quedar mañana por la tarde?

—Sí. ¿Dónde?

—Calle Fray Junípero Serra, al lado de Tres Forques. Tiene un cartel negro y naranja en el que pone «Se alquila». Nos vemos a las siete.

—Perfecto. Hasta mañana.

—Gracias, Mery. De verdad, gracias.

Mi salón se ha quedado a oscuras. Anochece demasiado temprano en Valencia. Aspiro el humo del cigarro mientras noto cómo se llenan mis pulmones. Enciendo el mechero de nuevo y estudio la llama:

naranjas, azules, violetas. La Llama me da oxígeno, me acoge sin prejuicios ni penitencias, me da calor cuando tengo frío y me ilumina en la noche opaca. Formo parte de ella y ella forma parte de mí.

11

Mery

Lunes nublado. Noto acidez en el ambiente y, desde primera hora, la indignación me domina. Veo el plumífero verde de Julia desde lejos y apresuro el paso. Cuando llego a su altura, me siento en la pequeña banqueta de madera que tiene al lado. Mascullo y protesto como una anciana quejica. Necesito descargar mi frustración, expandirla como excrementos que sirven de abono.

—¿Así se dan los buenos días ahora?

—Estoy muy enfadada.

—Se nota. Has venido pisando la acera como si la quisieras romper.

—Mi padre ha puesto en venta el piso sin nuestro consentimiento. Ha ido una mujer a verlo. Quería saber su nombre y me he acercado a la inmobiliaria. ¿Y qué me dice la tía? Que por la protección de datos no me lo da. Pero ¡si es mi casa! Hay que joderse.

Una señora mayor le deja una moneda y observa desconcertada lo encabronada que estoy.

—¿Para qué quieres saber su nombre?

—Porque robó.

—¿En serio? ¿Algo de valor? —pregunta espantada.

—Para mí, sí.

—Cómo está el percal, Señor. —Se santigua y pone los ojos en blanco.

Recibo un wasap que leo en voz alta:

—«Mery, me voy al pueblo unos días. ¿Te apetece venir? Nos vendría bien a los dos estar solos y charlar». Mi padre siempre tan oportuno —afirmo con desprecio.

—¿Desde cuándo te llevas tan mal con él?

—No sé, desde siempre. Pero la muerte de mi madre terminó de separarnos. Fue la gotita que colmó el vaso. —Me quedo en silencio, pensativa, y le respondo al mensaje—: «No, gracias. Pásalo bien».

Guardo el móvil y me recuesto sobre las rodillas.

—Una escapadita te sentaría de lujo. Estás muy agobiada, criatura. Demasiado para ser tan joven.

—Si es que la vida es un puto asco. Cuando no es una mierda, es otra. Siempre metida en una espiral sin fin. Ahora no puedo irme, tengo asuntos pendientes. Y esta tarde he quedado con la hermana del chico que se suicidó.

Julia dibuja una mueca de asombro.

—¿Para qué?

—Eso me gustaría saber. Oye, respecto a lo que me contaste ayer, ¿seguro que no quieres que investigue al cabrón que te hizo esto?

Niega con fuerza, como si le hubieran puesto un muelle en el cuello.

—No, no, Mery. ¿Estás loca? Prométeme que no lo harás. ¡Es un milagro que no haya venido a por mí!

Se pone muy nerviosa.

—Pero ¿quién?

—¡El que le mandaba las cartas! Podría pensar que tengo información, ¡y yo no sé nada!

—Vale, vale. No te preocupes. Te lo prometo.

Me levanto y le doy un beso en la mejilla.

—Ten cuidado y no te metas en líos —me dice.

—Ya estoy metida.

«Y en uno gordo», pienso mientras me alejo. El juego avanza y la situación me tensa. Todo pueden ser trampas y jugadas maestras. No debo dar pasos en falso y he de tener ojos hasta en la nuca. El humo mata más que el fuego; no te asfixies, Mery. Ha llegado el momento que esperaba, pero sé que lo de la oveja va a ser una anécdota comparado con lo que harán conmigo. Por suerte, tengo las alarmas puestas y las piernas preparadas por si hay que correr.

La inquietud me puede y a las seis en punto de la tarde salgo de casa. Solo Julia sabe que voy a verme con Esther. No sé si estoy intranquila porque es un encuentro que no deseo o por la documentación que me va a enseñar. Hace cinco días que no cojo el coche, lo tengo aparcado a dos calles. Cuando llego a mi Fiat Tipo rojo, lo analizo como si lo estuviera escaneando. Me meto entre mi coche y el que hay al lado, un Seat Ibiza azul. Me arrodillo en el suelo mojado y me asomo todo lo que puedo a los bajos. No veo ni temporizador ni artefacto que antes no estuviera.

—¿Se te sale la gasolina?

Levanto la cabeza y veo a un chaval de unos veinte años, con pantalones vaqueros anchos, gorro negro y melenita castaña.

—No, no te preocupes. Solo miraba una cosa.

Me levanto y abro el capó. El chico sigue observándome desde unos cinco metros.

—Oye —le digo—. ¿Puedes venir?

El chaval se acerca sin titubeos.

—¿No arranca?

—Sí, arranca. ¿Ves algo raro?

Va directo al líquido de frenos, luego al tapón de aceite, saca y mete la varilla. Lo deja y analiza el alternador. Durante un rato escudriña mi coche.

—Está bien. ¿Te han puesto una bomba? ¿Eres de la secreta? —pregunta a la vez que sonríe.

—Sí, lo soy. ¿Te atreves a arrancarlo?

Me mira dubitativo.

—No —contesta al fin.

Sonrío.

—Yo tampoco. Mejor me voy en taxi. Gracias.

Doy media vuelta y comienzo a andar. Cuando me giro, él sigue ahí. Lo he visto antes. Cuando subí a casa de Mateo y me asomé por la ventana, estaba frente al edificio con una bolsa en la mano. Luego, cruzó. Y al rato me encontré el regalo en la puerta de casa. Si querían darme otro susto, han fallado. Sé que había un dispositivo minúsculo y redondo al lado del motor. ¿Creen que no soy observadora? Ya tengo su cara memorizada, su lunar en la mejilla derecha, el hoyuelo en la barbilla, el tono exacto de su pelo. Tendrán que cambiar de chico. Cabrones.

Miro el móvil. Seis y cuarto. Me da tiempo a ir andando y necesito que el aire gélido me dé en la cara.

La noche ha caído sin avisar. Así llegan las noches en invierno, como una hostia que no esperas. Cuando empecé a trabajar odiaba este horario, las horas se escurrían entre mis manos, no me daba tiempo a nada y la nada me comía. Me agobiaba el reloj y el negror que traía su minutero. Hasta que empecé en el turno de noches. Di un salto y caí de pie. La noche y yo nos recorríamos hasta fundirnos en un ente fuerte e indómito. Conocí el lado oscuro, quizá pertenezca a él. De madrugada advertí la sordidez de las cosas, la desesperación del ser humano, su amargura y su abismo. Descubrí que el dolor cambia a las personas. Distingo mil tipos de aullidos y gritos, menos el mío, pero lo llevo dentro porque lo siento. Demasiados años alimentando al lobo. Ahora es una bestia que quiere atacar. Eso sí lo sabe La Llama.

Dejo atrás el parque del Oeste. Me resulta familiar, he intervenido en esta zona de Valencia decenas de veces. Qué día más desapacible. El frío se agarra a la piel como si fuera una sanguijuela hambrienta, pero los perros tienen que salir a cagar igualmente y los pequeños deben volver a casa del colegio. La vida en movimiento. Me cruzo con niños y perros, algunos rabiosos, otros en paz. Hace tanto tiempo que no siento paz. ¿Cómo era la sensación? Seguro que placentera, parecida al silencio después de un orgasmo con la persona que amas. Como cuando tienes mucha sed y bebes agua. Respirar tranquilidad y plenitud. O como cuando un recién nacido te mira sonriente y te contagia su calma y su inocencia. Lástima que yo perdiera la inocencia tan pronto. Sí. La terminé de perder la tarde que mi madre falleció. Después de una conversación llena de palabras entrecortadas, ella se fue serena y sin cargas. Usó su

último aliento para confesarse y sin querer me convertí en un cura que puede dar la absolución. «Tenías que saberlo», susurró.

Qué peligro tiene desvelar secretos en el último minuto de partido. Llevé su muerte como pude y como quise. Pero, sin ella, yo cambié, todo cambió. La echo tanto de menos. Es un alivio saber que no puede verme, porque no estaría orgullosa de mis actos y eso me mataría antes que la ira y la decepción que habitan en mí.

Recorro Músico Ayllón y atravieso una pequeña plaza con un parque. Observo cómo se mueven las palmeras y los cipreses. Hay aparatos urbanos para hacer deporte y tres adolescentes en camiseta de tirantes se ejercitan. Los miro de reojo. Hay que tener ganas y voluntad con este frío. Se ríen y cronometran los ejercicios mientras hacen bíceps en las barras. Dejo atrás las casitas bajas que hay a la izquierda de la calle Virginia Woolf. Las puertas están decoradas con plantas y flores preciosas. Julia no vive muy lejos de aquí, quizá luego me acerque a su casa. Compruebo el móvil. Llamadas de mi hermano y de Susana, pero ningún mensaje de Esther. Espero que no me deje tirada. Necesito información para ir atando cabos, porque no veo tierra firme. Cuando llego a Tres Forques, entro en el primer bar que encuentro y pido un café con leche para llevar. El camarero centra su atención en mi mano.

—Me ha picado una abeja.

Pone cara de asombro. Puta abeja. Cuando sepa quién me la envió, le voy a meter una colmena por el culo. Al salir de Casa Andrés, una cafetería vacía y con olor a fritanga, empieza a chispear de nuevo. Me pongo la capucha, bebo un sorbo y me dirijo hacia la calle Fray Junípero Serra. Camino menos de un minuto y espero a que el semáforo se ponga en verde. Desde aquí veo el bajo y el

cartel en negro y naranja: SE ALQUILA. Está descolorido por el tiempo y el sol. El local parece más grande de lo que pensaba. Camino a paso rápido y me planto delante. Me termino el café mientras observo la fachada de ladrillo en tonos tierra. Ni idea de lo que sería antes. No hay ningún nombre.

—Perdone. —Pillo a una vecina al vuelo—. ¿Sabe usted qué negocio había aquí?

La señora, con gorro y bufanda, analiza concentrada el bajo. Se muerde el labio, desvía la mirada.

—Sí, ya me acuerdo. Un salón de belleza, pero lleva cerrado mucho tiempo.

—Ah. Gracias.

La verja negra está abierta hasta la mitad. Veo parte de una puerta de cristal opaca y un pomo de acero. Se percibe una luz tenue tras ella. ¿Entro? Sí. Doy unos pasos, me agacho y la abro. Imagino que estará esperándome.

Piso el suelo marmóreo y me incorporo, y, una vez que lo hago, la persiana metálica comienza a bajar. Giro la cabeza. Me están encerrando. Estudio la estancia sin moverme. Es una sala enorme. A la derecha hay un gran mostrador lleno de suciedad, periódicos gratuitos y revistas del corazón. A la izquierda, una pequeña habitación cerrada con un estor echado que no deja ver el interior. A continuación, cuatro lavacabezas con sillones rojos reclinables. ¿Por qué los habrán dejado? Al fondo, una bombilla titila y se abre un pasillo hacia la derecha. Huele mucho a humedad. Un desagradable olor a cerrado invade mis fosas nasales.

—¿Esther?

Nadie contesta. Respiro hondo el tufo podrido. Comienzo a andar y justo empieza a sonar una canción. Levanto la vista hacia el techo. Qué coño… Es «Tout l'Univers», de Gjon's Tears, una de mis favoritas. Me recorre un escalofrío. Quiero irme de aquí. Este lugar no me da buenas vibraciones, pero no puedo salir. Solo tengo una opción: seguir hacia delante. Me llevo la mano al cinto. He cogido mi arma, no la reglamentaria. Camino entre los lavacabezas y las sillas situadas frente a espejos verticales. Es raro, no tengo miedo, pero estoy perpleja. No esperaba esto. Parece que no aprendo. El único consejo que me dio mi padre cuando empecé a trabajar fue: «Espera lo inesperado». A veces se me olvida, pero ahora que juego con La Llama va a ser mi nuevo mantra.

—¿Esther?

No responde nadie. Avanzo hasta llegar a la bombilla desnuda que se enciende y se apaga a intervalos rápidos. Hay un pasillo corto con una puerta a la derecha y luego otro pasillo que gira a la izquierda. La música sube de volumen. Me paro frente a la primera puerta, que roza con el marco pero no está cerrada. Le doy una patada y compruebo cada rincón con un primer golpe de vista. Hay una camilla de masajes y una estantería de cuatro alturas vacía. Sigo y giro a la izquierda. Al final del pasillo, veo una puerta blanca cerrada. Mi respiración se acelera. La música sube de volumen. Saco el arma y avanzo pegada a la pared. Pongo la mano sobre el pomo helado. Me concentro y hago una cuenta atrás mental. Tres…, dos…, uno. Abro la puerta con fuerza y levanto el arma.

—¿Qué coño es esto? —susurro.

Entro en una habitación amplia y cuadrada. Un foco con una luz potente apunta hacia un gran objeto rectangular tapado con una

tela negra de raso. No sé qué habrá ahí abajo, pero es enorme. Debe de medir tres metros de largo. La canción vuelve a empezar. Observo dos sillas verdes de plástico; en una de ellas hay una caja de madera, y en la otra, un sobre blanco. Me aproximo hacia lo que cubre la sábana. De altura me llega por el pecho. Pasan los segundos y la música suena cada vez más alta. Miro de reojo las sillas. Con el pulgar y el índice sujeto la tela, suave y liviana. El foco me alumbra. Sin pensar, tiro de ella y doy unos pasos hacia atrás, como si fuera un mago.

La imagen me congela, me atrapa, me paraliza. Cristal. Es una enorme pecera de cristal. Y Esther está dentro. Tumbada en posición fetal, con los ojos cerrados. Desnuda y amordazada. Con las manos atadas a la espalda. Lo único que lleva puesto es la cadenita con la cruz. Mi corazón se desborda. Joder. Comienzo a golpear la pecera con los pies, con las manos, con rabia y desesperación.

—¡Esther! ¡Esther! —grito intentando que mi voz supere el volumen de la canción, que alcanza niveles estridentes.

Me quito el abrigo. Me arrodillo y golpeo con los puños a la altura de su cabeza. Percibo un ligero movimiento en sus párpados y de repente abre los ojos de golpe como si le hubieran inyectado una droga que la ha resucitado. Me asusto yo y se asusta ella. Estudia su alrededor con espanto y desconcierto. No sabe qué hace aquí y yo tampoco. Su mirada es de pánico. Sus pupilas se dilatan. Jamás he visto una mirada así, tan profunda y escalofriante que me atraviesa. Tambaleándose, se pone de rodillas. Quiere gritar, pero no puede. La canción sigue y sigue. De repente, oímos un ruido y Esther y yo miramos hacia la esquina inferior derecha. Un potente chorro de agua comienza a entrar en el habitáculo. Parece que han abierto una

presa. De rodillas, ella se dirige a la esquina contraria. Golpea el cristal reclamando ayuda. Soy la única persona que la puede salvar y me lo hace saber, impaciente y angustiada.

—¡No te muevas! —grito vocalizando.

Me levanto y saco el arma. Apunto y disparo. El cristal se agrieta, pero no se rompe. Ya hay unos diez centímetros de agua. Esther tiembla. Lo voy a intentar de nuevo. Apunto y disparo. Corro hacia la pecera y paso mis dedos sobre los impactos. Es un cristal blindado. Gruño. Grito. Bordeo el rectángulo y sin querer tiro una de las sillas. Observo por dónde entra el agua. Hay cincuenta centímetros de una especie de tubería desde la pared hasta la pecera. El agua sale con una presión fuera de lo normal. Lo toco. Es un material durísimo. No es una tubería. ¡No sé qué es! Me retiro y vuelvo a disparar. Nada. Apunto y disparo. Nada.

—¡Joder!

Expulso el aire con virulencia.

—¡Que pare la puta música!

Esther se acerca hasta donde estoy. Con la cabeza, nerviosa, señala el suelo. Hay decenas de llaves por el piso. He tirado la caja de madera y se ha abierto. Cojo una de las llaves y recorro la pecera en busca de una cerradura. Ella me sigue con la mirada. El agua le llega por los muslos. Veo cómo intenta desatarse las manos. Está llorando. A mí me falta el aire. En un lateral, en la parte superior, encuentro la cerradura. Pruebo, no abre. Corro hacia las sillas. Cojo del suelo todas las llaves que puedo, las lanzo sobre el abrigo y lo arrastro hacia el lateral. Pruebo con otra, no abre. Las analizo. Son parecidas y del mismo tamaño. Pruebo con otra, no abre. El tiempo

pasa y el agua sube de nivel. Esther se mueve como si fuera una serpiente.

—Por favor, por favor —susurro con la mano temblorosa.

Tampoco abre. Resoplo y me sitúo en el punto de partida. Apunto y disparo. Grito. Grito como en mi vida lo he hecho. Vuelvo a por más llaves. Esther se ha puesto en pie. Ahora está encorvada con la cabeza hacia abajo. El agua le llega por encima de la cintura. Pruebo con otra llave. Ni siquiera entra. Me levanto y me apoyo en la pecera, me impulso con los brazos y subo a la parte de arriba. El foco me alumbra la cara. Intento ver si en la parte superior hay una abertura. Esther intenta girar la cabeza para comprobar qué hago. Es una superficie lisa y sin cerraduras. Salto. Salto. Salto. Pero la pecera no se rompe. Entonces me bajo. Quedan unos veinticinco centímetros para que se acabe de llenar. El agua no para de salir. La cadenita con la cruz flota. Pruebo con otra llave. Ya no sé qué hacer. No sé qué hacer.

Esther consigue desatarse la cuerda de las manos y golpea con los puños el cristal. Sigue encorvada. Su espalda casi choca con la parte superior. Me transmite su histeria. Se le van a salir los ojos de las órbitas. Cambia de posición porque el agua le toca la barbilla. Se estira hacia arriba e intenta quitarse la mordaza. No deja de mirarme. Sus ojos claros me van a engullir. Cuando el agua está a punto de rozar su nariz, coge aire y se sumerge. Su pelo suelto se mueve como si fuera el de una sirena. Con el dedo señala su pecho y luego dice que no, menea el índice de un lado a otro. Lo repite. Lo repite. «Yo no». La pecera está llena. Con la poca fuerza que le queda pone las palmas de las manos sobre el cristal. En su mano derecha, con tinta negra, leo: CO. Y en la izquierda: RRE. A los

segundos despega las manos y su cuerpo gira, flota. Me tiemblan los labios. Cojo el abrigo del suelo y salgo corriendo, pero antes de abandonar la sala, aún con la música a todo volumen y el foco cegador, veo el sobre blanco en la silla que sigue en pie. Me acerco, lo hago una bola y lo meto en el bolsillo. Me voy sin volver a mirarla. Atravieso el salón de belleza, la persiana eléctrica emite un sonido metálico y sube. Apenas ha alcanzado el medio metro cuando me tiro al suelo y me arrastro hasta que llego a la acera. La persiana para y un instante después empieza a bajar.

CORRO.

12

Leila

Vuela, vuela, vuela. La de carreras que te estás pegando estos días. Nuestra querida jugadora corre y llora. No puedes ser tan débil, cielo. ¡Si ni siquiera te caía bien! Qué complejo es el ser humano. Un día odias a una persona y al día siguiente la quieres salvar de la muerte. Así no funciona, Mery. No cambies de pensamiento y de actitud en mitad de la partida. Si odias, odia hasta el final.

Saca el móvil, me acerco al monitor. Va a llamar a papá. Apagado o fuera de cobertura. Vaya, vaya. ¿Qué estará haciendo el inspector Martos? Hago un clic en el ratón y en la segunda pantalla aparece una nueva imagen. Me enciendo un cigarro y la observo. Parece que papá no está muy a gusto. Se le ve incómodo… Hum, puede que aterrado. Y quizá tenga frío, porque solo lleva puestos los calzoncillos.

Paso a la pantalla número tres. ¿A quién vas a llamar ahora, gorrión? ¿A tu amiga Julia? ¿A tu ex? ¿A tu cuñada? Vaya, a Tete.

—Rubén, ¿has hablado con papá?

—Sí, hace una hora más o menos, ¿por?

—¿Dónde estaba? ¿Qué hacía?

—¿Estás llorando?

—Rubén, ¡contesta!

—¿Qué te pasa? Está en el pueblo, me ha dicho que había hecho una ruta de diez kilómetros por Villar del Arzobispo y que se iba a duchar.

Sonrío. Me da a mí que la ruta la ha hecho en otra dirección. Qué acelerada y estresada estás, Mery. Deberías parar a pensar, a reflexionar, a asentar ideas. A digerir la escena que has vivido. No estás respirando y te vas a ahogar, como la imbécil del acuario.

—Si vuelves a hablar con él, dile que me llame. Tiene el móvil apagado.

—Vale. Por cierto, me ha contado Susana lo que pasó. ¿Desde cuándo tienes más confianza con ella que conmigo?

Mery resopla o bufa y jadea a la vez. Igual no es el mejor momento para una escena de celos entre hermanos.

—Ahora no. Mañana te lo cuento. Te quiero.

Sale a una gran avenida. Hay bastante tráfico, pero poca gente por la calle. Diluvia y hace frío. Debe de estar empapada. Y yo aquí, calentita. Con mi bata negra de seda, mi copa de vino y una preciosa música francesa de fondo. Tan pronto paso de Édith Piaf a Zaz o a Charles Aznavour. Una gozada. La música amansa a las fieras. Aunque a ti poco te ha tranquilizado una de tus canciones favoritas en el salón de belleza.

Va rebajando el ritmo. Ahora no corre, marcha rápido como una deportista de élite. Guarda el móvil y saca del bolsillo el sobre. Una bola de papel arrugada con prisas. Lo desdobla y frena:

JUAN ANTONIO TORRES
775 69 38 87

De nuevo trota como un caballo salvaje hasta que llega a su portal. Le tiembla la mano. No sé por qué está tan afectada, si lleva años viendo muertos, sangre y vísceras asquerosas. Entra al ascensor, resopla, se mueve nerviosa. Marca el sexto piso. Frunzo el ceño y me incorporo. ¿Qué vas a hacer, estúpida? No, no, no. Sale del ascensor y toca el timbre de la puerta veinticuatro. Cierro los ojos y me llevo las manos a la cara.

El señor Mateo, en batín como de costumbre, abre la puerta. Mery se tira a sus brazos, llorando, como si le hubieran clavado un puñal en el pecho o hubiese fallecido un familiar.

—¿Qué te pasa, hija? Estás como una sopa.

Ella entra y se quita la chaqueta a la vez que grita:

—¡Matan a gente! ¡La matan de verdad!

Da vueltas por el salón, hace aspavientos de un lado a otro, como si fuera un ratoncillo en una jaula de laboratorio. Dios mío, claro que los matamos. ¿Qué te creías?, ¿que esto es un reality show o una función de teatro? Me vas a joder el plan, capulla.

—Mery, siéntate.

Sigue dando vueltas, estresada y asfixiada por la situación. Cabeza de chorlito, ten cuidado con lo que vas a decir. Todo lo que salga de tu boca tendrá repercusiones y, una vez dicho, no hay vuelta atrás. El anciano insiste y consigue que siente su culo inquieto en el sofá que hay en el rinconcito de lectura.

—¿Qué ocurre?

—Joder. Joder. Joder. ¡Estoy metida en un lío horrible y perverso!

Tú sí que me vas a meter a mí en un lío y voy a ser más perversa de lo que piensas.

El señor Mateo se inclina y entrelaza sus manos con las de ella.

—Cuéntamelo y te sentirás mejor. Liberada.

Cuidado, señor Mateo, la libertad de unos suele convertirse en la condena de otros.

Mery respira hondo y empieza a hablar:

—Vale, vale. Puf. ¿Sabes qué es la *dark web* o red oscura?

—Más o menos.

—Es la parte del iceberg que no se ve en internet. Está llena de delincuentes que ofrecen servicios criminales, se mueven actividades ilegales, ventas de armas, drogas, falsificaciones de billetes… y esas mierdas. Pero, en especial, hay una organización conocida como La Llama. Es una asociación que no se puede comparar con el resto; es única y el acceso a ellos es muy muy complicado. Solo es posible hacerlo a través de contactos con el crimen organizado, pero a veces hay alguien en la red oscura que los conoce y puede mover algún hilo. Por lo que sé, tienen un esquema estructurado a la perfección, son muy profesionales, rápidos, y disponen de medios avanzados para llevar a cabo su trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Son sicarios, asesinos profesionales a sueldo. Matan directa e indirectamente, pero tienen una premisa importante. Lo que los caracteriza es que no están dispuestos a matar a cualquier persona. Quiero decir, por mucho dinero que les ofrezcas, no van a cargarse a un hombre o a una mujer porque se lo pida una expareja enfadada, ni… No sé, por un ajuste de cuentas o porque te deban dinero. No funcionan así. Valoran cada caso de forma minuciosa, lo analizan durante semanas. Solo aceptan el encargo si la persona merece morir. La Llama son los abanderados de la muerte justa. Se vengan y llegan donde la justicia no es capaz de llegar. Eso dicen, pero no sé

si es del todo cierto —afirma, gimoteando—. ¡Han matado a una mujer inocente delante de mí y no he podido salvarla!

Se levanta y camina por el salón. De repente se para.

—Joder, es que no tiene sentido —susurra—. ¿Qué habían hecho los hermanos? ¿Merecían morir? ¡No lo entiendo!

En un arrebato da media vuelta y se sienta en el sillón. Cada centímetro de su cuerpo tiembla como una gelatina. Mateo le tiende un pañuelo de papel.

Nena, no llores tanto, que te van a hacer falta lágrimas después de esta charla.

—¿Y qué tienes que ver tú con esos sicarios?

—El Centro Europeo de Ciberdelincuencia de Europol, policía española e italiana, en concreto, va detrás de ellos desde hace una década. Pero cuando están a punto de cazarlos se vuelven invisibles. Se apagan, como una llama. Se han convertido en un reto y en una obsesión para ellos…, y también para mi padre. Él me metió en esto. No sé cómo me dejé convencer. Siempre digo que no lo haré y luego… ¡cedo, cedo, cedo!

—Voy a traerte un vaso de agua.

Mery levanta la vista hacia lo alto de la estantería repleta de libros. Le pego una calada al cigarro. Tergiversas los hechos. Qué manía tienes de contar verdades a medias. ¿Qué intentas? ¿Confundirme? Las dos observamos los lomos de las obras hasta que llega el señor Mateo.

—Bebe y respira. Empecemos por el principio.

—Vale. Después de muchos meses y al margen de las autoridades, mi padre y un compañero retirado de Madrid, uno de sus mejores amigos, consiguieron entrar en un sitio web alojado en la red TOR.

Hablaron con uno de los enlaces externos de La Llama. Estoy segura de que no era nadie de la propia organización. Mi padre es un embaucador y una persona muy turbia si se lo propone y al final lo logró. Fueron decenas de conversaciones, pero no sé qué narices les diría para convencerlos de que eran idóneos para colaborar con ellos. En La Llama no son gilipollas y, menos aún, confiados; no se arriesgarían por dos tipos que ni siquiera conocen. —Para y bebe un poco de agua—. El caso es que después de unos meses les pidieron una colaboración. No me explicó el qué, pero la hicieron. Y a los meses, otra, y también la hicieron, pero de esa manera no conseguían acercarse a La Llama. Y ahí entré yo en escena y, sin quererlo, me convertí en protagonista.

Toma una gran bocanada de aire y sigue:

—Mi padre le habló de mí al enlace que tenía contacto con la organización. No sé, le diría que era joven, comprometida y perfecta para formar parte del equipo. A saber qué se inventó. Tras unas semanas, el enlace sin nombre le dijo que La Llama lo valoraría. Mi padre vino a mi casa eufórico, como si nos hubiera tocado la puta lotería. «Hija, si entras, los tenemos». «Hija, es nuestra oportunidad de desarticular la banda». «Hija, seremos héroes». Hija, hija, hija. Aggg. Su jodida manía de arrastrarme y meterme en sus asuntos.

—¿Y qué pasó?

El señor Mateo está tan intrigado como yo.

—Pasó lo que nunca pensé que pasaría. Tres meses después de la visita de mi padre, ellos se pusieron en contacto con él. No por la *dark web*. Un miembro de La Llama lo contactó por teléfono con número privado. Era una mujer. Según me dijo, fue breve. Les interesaba mi perfil, me habían observado y analizado. Se me paró

el pulso cuando me lo contó. No era consciente de la magnitud de la situación hasta que me eligieron. Pero entrar en La Llama no es *peccata minuta*. Me pondrían a prueba, me examinarían, lo sabrían todo sobre mí. Un juego llamado Acción Ingreso es la primera fase que debes pasar para ser miembro de La Llama. Y la mujer que habló con él puso mucho énfasis en una afirmación: «El juego puede empezar en cualquier momento. Si lo supera, entrará en una segunda fase: Acción Instrucción. Y, si aprueba, formará parte de La Llama».

—¿En qué consiste la primera fase?

—Pasar retos de todo tipo, descubrir enigmas y mantenerte con vida.

El rostro del señor Mateo es la perplejidad absoluta.

—¿Y el juego ha empezado?

—¡Sí! He estado muy atenta, esperando una señal. Y, por fin, la recibí. El juego empezó cuando el chico saltó desde la azotea. Joder, ya han muerto dos personas. No quiero seguir con esto. No quiero jugar.

Que Dios me ampare, nuestra jugadora se muestra aturdida y devastada. Justo lo que odiamos en esta familia de bien y de lazos irrompibles. Mírala, un árbol que el viento ha derribado. Le doy una calada al cigarro. Bueno, le has hecho un buen resumen al pobre hombre, pero detrás de las palabras que has pronunciado hay un mundo entero, alianzas férreas y lealtad extrema. Deberías saber que lo que sale de nuestra boca es ley. En La Llama no existen los débiles, ni titubeos, ni pasos atrás.

Sí, sí quieres seguir, pajarillo. Te encanta jugar.

—Habla con tu padre o con la policía. Mery, ¿no te das cuenta? Pueden hacerte daño.

—Lo sé. El móvil de mi padre está apagado y me da miedo contárselo a la policía. Ni siquiera te lo tendría que haber contado a ti, lo siento, pero estoy desbordada.

Se pone en pie, se limpia las lágrimas y se dirige hacia la puerta.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada. Por favor, nada. No se lo cuentes a nadie. ¿De acuerdo?

El anciano asiente y le da un abrazo paternal. Imagino que echa de menos dar abrazos, sobre todo a su hija y a su nieta.

Me levanto y me asomo a la ventana. Llueve. «Singin' in the Rain». Si vas a cantar, hazlo en el tono correcto. Me has jodido la noche, Mery. Ahora me toca trabajar.

13

MERY

Bajo las escaleras con el corazón en la boca y una niebla mental que me impide pensar. Eres tonta, Mery. No tendrías que habérselo contado. Ni siquiera nombrar a La Llama. Su nombre me ha quemado en el estómago y ha llegado hasta mis labios. Lo he expulsado como un dragón rabioso que escupe fuego en una situación de peligro. Sí. Hablar de ellos en voz alta me ha liberado. He vomitado un alimento que me sienta mal, pero ahora la culpabilidad rebota en cada rincón de mi cuerpo.

Llego al descansillo y paro. Mi pie se queda paralizado en el último escalón. El colgante de oro con la cruz cuelga del pomo de mi puerta. La cadena que hace un rato flotaba en el agua.

—Maldita sea —susurro.

Saco las llaves de casa, cojo el colgante, abro y cierro de un portazo. Enciendo las luces del pasillo. Me espero cualquier cosa: que hayan entrado, que estén escondidos, que me maten porque no me ven apta. Lemon sale de mi habitación y se acerca para ronronear entre mis piernas. No doy ni un paso. Miro a derecha e izquierda. Ni un ruido. Solo un maullido reclamando atención. Me acerco lentamente a la mesa del salón. Dejo la pistola, el papel

arrugado con el número de teléfono y la cadenita. Llamo a mi padre. Me informan de que el teléfono está apagado o fuera de cobertura. Mi ánimo se desploma. Resoplo preocupada. Algo ha salido mal, lo presiento. De nuevo llamo a mi hermano.

—Rubén, ¿has hablado con papá?

—Me has preguntado lo mismo hace un rato. ¿Desde cuándo te importa tanto saber de papá?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Has hablado con él o no?

—Ya te lo he dicho. He hablado antes y está en el pueblo. ¿Me puedes explicar qué te pasa?

—Pero ¿te ha llamado él o lo has llamado tú?

Mi hermano se ríe.

—Esto es la leche. Me ha llamado él.

—Vale, gracias.

Cuelgo y corro hacia mi habitación. Me siento en la cama y abro el portátil. Tenemos dos cuentas de correo secretas. Quedamos en que solo las utilizaríamos en caso de urgencia o para contarnos novedades sobre La Llama. Me crujo los dedos mientras el ordenador arranca.

—Vamos, joder.

El minuto de espera se me hace interminable. Escribo mi correo electrónico y mi contraseña. Aparece la bandeja de entrada. Tengo un mail de «Papá». Sonrío aliviada y me llevo la mano al pecho. En el asunto leo: «Actualización». Abro el mensaje que me ha enviado. Me sorprendo porque no veo nada escrito. Me inclino sobre el portátil. Hay un documento adjunto. No, no es un documento, sino

un vídeo. Clico y me salta un rectángulo en el que pone «Contraseña» y un espacio en blanco.

—¿Qué contraseña? —resoplo.

Cuando aún no he dejado de expulsar aire, me entra un mensaje de texto. Sostengo el móvil. Es de un número privado, pero lo abro sin dudar: XLNB98*. Trago saliva, miro hacia el techo de mi habitación, sobre las estanterías, encima del armario. Observo la televisión apagada. Escribo los dígitos que me han enviado en el campo de contraseña. Si no me mata la incertidumbre, lo hará la taquicardia que ahora mismo tengo. Estoy como si fuera a saltar desde el trampolín más alto de una piscina olímpica.

Una pantalla se activa y aparece un vídeo. No parpadeo. Veo unas piernas desnudas, las rodillas huesudas y parte de los muslos de un hombre, blancos como la nieve. Ese no es mi padre. El plano se amplía a la vez que yo abro la boca.

—Mierda. Mierda. Mierda —susurro.

Se me revuelve el estómago. Es Ángel, el policía jubilado de Madrid que ha acompañado a mi padre en la investigación sobre La Llama. Un hombre amargado, divorciado y sin hijos que seguiría a mi padre hasta la Antártida porque está hastiado de que el tiempo pase sin que suceda nada interesante. Está sentado en una silla de madera; solo lleva puestos unos calzoncillos de color oscuro. Le han atado las manos a la espalda y le han cubierto la boca con cinta aislante. Su mirada desorbitada y su pecho subiendo y bajando a la velocidad de la luz me lanzan un mensaje: MIEDO. El miedo del final, el que provoca haber cometido una locura y que te hayan pillado. El pavor de estar tambaleándote al borde de un precipicio.

Tras él veo una pared gris y rugosa. Es imposible saber dónde está, puede ser una nave, una cueva o un búnker en mitad del campo. El plano comienza a ampliarse de nuevo, me pego a la pantalla hasta que la tengo a cinco centímetros de mi cara. Inclinada sobre el portátil, contemplo la parte derecha de otro cuerpo desnudo. Y este sí lo reconozco. Mi barbilla casi roza el teclado. Es mi padre. A unos tres metros de distancia de Ángel, en las mismas condiciones. Con unos bóxers blancos y la misma mirada de pánico que su amigo.

Joder. Me muerdo el labio. La viva imagen de la desesperación. Mudos de horror, tan desvalidos y humillados que me falta el aire al observarlos.

Entra en escena una persona que se sitúa frente a mi padre. Da la espalda a la cámara que me muestra el terror de dos hombres que han jugado y se han quemado. No sé si es una mujer. Un gorro negro le tapa la cabeza y lleva un plumífero que le llega hasta debajo del culo. No se oye ni un sonido, ni siquiera sus pasos, que van decididos hacia mi padre. Estira el brazo y de forma agresiva le quita la cinta de la boca. Mi padre gruñe y gesticula.

—Habla con tu hija, que te está viendo y te ha llamado. Debe de estar preocupada, o quizá perdida. Esto es lo que pasa cuando no se hacen bien las cosas.

—Perdida tu puta madre —le digo a la pantalla.

Sí, es una mujer, su voz es armoniosa y parece que tiene acento polaco.

—¡Mery! —grita—. ¡Huye! ¡Nos van a matar! No hables y vete del país.

Chilla con angustia e impaciencia. Sus palabras se pegan a mi piel. Demasiado tarde, papá. Muy tarde.

—Con lo desobediente que es tu hija y solo se te ocurre darle una orden. Eres más tonto de lo que pensaba, inspector Martos. Bueno —pone los brazos en jarra—, has malgastado la oportunidad de darle un consejo productivo. Ahora me toca a mí y solo te lo voy a preguntar una vez. Piensa bien la respuesta. ¿A quién más le has hablado de La Llama?

Cuando mi padre va a contestar, ella se adelanta y pone la mano en alto.

—Shhh… Piénsalo bien.

—A nadie, lo juro por lo más sagrado.

—¿Te crees que tus juramentos nos sirven, indeseable? Dile adiós a tu hija.

—No, no, no —dice de forma nerviosa y atropellada.

Ángel se mueve tanto que la silla se tambalea y emite fuertes sonidos incomprensibles. Acapara mi atención y la de ella.

—¿Tú también quieres hablar con Mery?

Él asiente con ímpetu y la desconocida parece esbozar una risa. Se acerca y le despega la cinta de la boca de un tirón.

—¡No llames a la policía y encuéntranos! ¡Nos vigilan dos hombres!

La chica le coloca la cinta de nuevo y le asesta un puñetazo. Mi padre se sobresalta y Ángel intenta ponerse en pie, lo que le resulta imposible, para plantarle cara a la secuestradora, vigilante o quien sea. Está acojonado, pero su vena arrogante le sale al recibir una hostia de una mujer. Sin embargo, observo a mi padre paralizado, en

shock, como jamás lo había visto. Contempla la escena con un estupor que traspasa la imagen.

—Mejor consejo. Demasiada información. Tú —le dice—, Mery dejará de verte en tres, dos…

—¡Lo siento, hija! —vuelve a gritar.

El vídeo desaparece. Se convierte en un punto negro que deja de existir. El mail se esfuma. Dos hombres. Bajo la pantalla del portátil de un golpe seco. Siento que acabo de salir de una realidad paralela, como me ha ocurrido al marcharme del local de la calle Fray Junípero Serra. Estoy sudando, una ola de calor me invade en pleno invierno. Me dirijo al baño y me lavo la cara con tanta fuerza que parece que quiero borrármela. Hundo las mejillas en la toalla. Pienso en Manu, me muero por llamarlo y contárselo para que me consuele y me apoye, pero es imposible. No debo. No puedo.

Regreso a la habitación y, nerviosa, bordeo la cama mientras miro el móvil de reojo. Barajo mis opciones. Intento mantener la mente fría. Tengo que ganar como sea.

Mi móvil suena. Llevo una hora esperando la llamada.

—Hola, bonita. Perdona, estaba en el hospital. Vaya lunes de mierda, me he mojado entera y estoy congelada.

—¿Qué te ha pasado?

—A mí no, a mi tía. Se ahogaba, pensaba que se me moría. Y ha venido una ambulancia a por ella. Ahora me ha hecho el relevo Marina, esa mujer es un ángel. No sé qué haría sin ella. ¡Cinco horas, Mery, cinco horas he estado allí!

Parece alterada y cabreada, casi tanto como yo.

—¿Qué querías, cariño?

—Ayuda. Me he metido en un lío horrible, Julia. ¿Puedo ir a tu casa?

—Claro. Pero no funciona el timbre. Cuando llegues, hazme una perdida y te lanzo las llaves por la ventana.

—Vale.

Durante los veinte minutos de trayecto, mi cabeza funciona como una cámara fotográfica, de las que hacen cien instantáneas en cinco segundos. Una imagen enlaza con otra como los eslabones de una pulsera. Mi padre secuestrado y desnudo. Esther diciéndome «Yo no» antes de morir. La cadenita con la cruz en mi puerta. Las abejas. Aguijones. Mi mano rozando a Luis antes de saltar. Mi coche con un dispositivo extraño. Y, cuando los cinco segundos finalizan y las cien fotografías se han clavado en mis retinas, me entran ganas de gritar. Tirar el paraguas al suelo y gritar con todas mis putas fuerzas. Y que mi grito congele el tiempo y el mundo se pare, y que todas las personas se queden inmóviles.

Una presión inhumana me aprieta el pecho, como si me lo estuvieran arrancando a bocados mientras me aplastan contra una pared. Siento que mi corazón deja de bombear sangre, de suministrarme oxígeno. Y esto es el principio. Cuando esté al límite, me agarraré a una frase: «El principio es la mitad del todo», porque, si no hay escapatoria, solo queda una opción: cumplir con tu palabra y confiar.

Cuando llego a la avenida Tres Cruces con la calle José María Mortes Lerma, paro delante del portal de Julia. Estudio el miniparque abandonado y desvalijado que hay frente a su casa. Observo el único columpio que queda, el otro se lo han llevado. Levanto la vista

hacia el segundo piso. La barandilla del pequeño balcón es verde y la persiana está bajada. Es la tercera vez que vengo, pero nunca he entrado en su casa. Le hago una perdida. Al instante, la persiana sube, un brazo se asoma y unas llaves vuelan y aterrizan a dos metros de mis pies. El llavero es de la parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza. Allí se refugiaba cuando vivía en las calles de Madrid.

El portal es antiguo y estrecho. Huele a moho y el suelo está lleno de pisadas dejadas por la lluvia. Subo en el ascensor, pequeño y acorde con el tamaño del portal. Se cierra con una doble puerta de cristal. Hacía mil años que no veía algo así. Cuando llego al segundo, da un pequeño bote y hace un ruido, como si tosiera y me expulsara de su garganta.

Salgo y veo a Julia en la puerta. Solo hay dos casas por rellano. La suya queda enfrente del ascensor. Lleva un batín granate, un gorro negro y una mantita marrón sobre sus piernas. Su rostro está apagado y cansado. Ninguna de las dos ha tenido un buen día.

—Gracias por dejarme venir —le digo mientras la abrazo—. Qué bien hueles.

—Es la imitación a un perfume caro. Me he rociado para no oler a hospital. Odio los hospitales y el olor que desprenden. Consecuencias de pasar tanto tiempo en uno. Venga, entra.

Lo primero que veo a la derecha es la cocina. Tiene los armarios de roble; es antigua pero está recogida.

—¿Dónde dejo el paraguas?

—En el fregadero mismo.

Veo dos vasos y un plato hondo sobre la mesa. Al salir está el salón. Los muebles son distintos, como si cada cierto tiempo les

hubiesen regalado uno o visitaran diferentes mercadillos para decorar la casa. Hay un sofá de dos plazas y una butaca azul petróleo. También una estufa del siglo tres que se cae a pedazos, pero que funciona.

—Dos habitaciones y el baño. —Señala el pasillo y se pasa de la silla a la butaca. Tiene una fuerza descomunal en los brazos—. Siéntate. —Indica con el dedo el sofá biplaza cubierto por una funda de flores.

—Está muy bien —digo mirando las estanterías con fotos y adornos diversos.

—Para mí, sí. Lo malo es que es una casa muy fría y no tenemos calefacción. Así se ha puesto mi tía, con una neumonía para morirse.

Hace una pausa y me analiza con atención.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? —repito—. De todo y nada bueno. Quiero contártelo, Julia, pero sabiendo esta información puedo ponerte en peligro. Lo más razonable y justo es avisarte.

—Me estás asustando, Mery.

—Si no quieres, me levanto y me voy. Lo entenderé.

—Siempre estoy en peligro. Dale.

Le narro los hechos con detalle. Menos lo crucial. También omito que tienen a mi padre desnudo y atado a una silla en algún lugar del mundo.

Cuando termino, la observo con detenimiento. Tiene los hombros alicaídos y las mejillas flácidas. Su rostro se muestra petrificado, como si estuviera posando para un artista. No dice ni una palabra. No sé si la he dejado muda o si está procesando la surrealista, pero cierta, historia que le acabo de contar.

—Habla, por favor.

—Es una locura. —Niega con la cabeza—. Es una locura. No tendrías que habérmelo dicho, Mery. Los sicarios no tienen corazón ni conciencia y no se andan con tonterías.

—Lo sé.

Las dos nos quedamos en silencio. El silencio más intrigante de mi vida.

—Tienes dos caminos —suelta de repente, y se me ilumina la mirada.

—¿Cuáles?

—O vas a la policía y te ponen seguridad hasta que el asunto se solucione o empiezas a investigar. Sigue o abandona. Y, hagas lo que hagas, asume las consecuencias.

Hincho mis pulmones con aire frío y lo expulso.

—Vale.

—Y ahora es mejor que te vayas. Estoy agotada y necesito descansar.

Me levanto del sofá.

—Lo siento, y muchas gracias. Espero que tu tía mejore pronto. Si me necesitas, llámame.

Asiente sin despedirse ni acompañarme hasta la puerta. Bajo por las escaleras estrechas y desgastadas. Cuando salgo del portal, cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y sonrío. La lluvia cae sobre mí y me parece una bendición. Como si me estuvieran bautizando de nuevo y estuviese en el regazo de Dios.

14

Leila

Son las cuatro y media de la madrugada. Detesto llegar a estas horas, cuando la humedad de Valencia te deja inmóvil y te traspasa hasta los huesos. Y más después de haber estado donde no quería. Con el tiempo he aprendido a no hacer lo que no me apetece, pero la vida está hecha de excepciones. No enciendo las luces. Dejo el móvil y la tablet sobre el sofá. Se han convertido en mis mejores amigos cuando no estoy en casa. Controlo y sigo a Mery sin problemas. Me quito el plumífero y el gorro, he dejado la calefacción puesta y el calor me da una bienvenida maravillosa.

Me acerco a los ordenadores. Toco el ratón y las pantallas iluminan la estancia. Todo en orden. El pequeño gorrión se ha tomado tres pastillas para dormir. Daba vueltas por el piso como una desquiciada, miraba los techos de las habitaciones, murmuraba frases que no entendía, sostenía el folio con el número de teléfono, lo dejaba, volvía a dar vueltas… Hasta que se ha drogado con pastillas y ha caído rendida, como si la hubieran hipnotizado con un chasquido de dedos. Esta niña necesita dormir y comer. Ha adelgazado dos kilos en tres días. Qué duro es jugar con La Llama y bailar con la inestabilidad, pero también qué gratificante. Yo me

ahorré el juego y pasé a la casilla ganadora sin pretenderlo. El comité decidió convalidar mis actos por la primera fase. Salté directa a la segunda, a la Acción Instrucción. Cuando esto ocurrió, se corrió la voz por La Llama a una velocidad trepidante. Murmullos, corrillos y móviles que explotaban con la buena nueva. Un acontecimiento inaudito para la gran mayoría. Una decisión disparatada para algunos miembros, que tomaron el dictamen como una burla hacia ellos y como una deshonra a la institución. Porque todos los integrantes de La Llama sin excepción tienen como requisito indispensable superar el juego. Así ha sido durante décadas y así seguirá siendo. Lo mío fue una dulce y arriesgada excepción, y poco importaba qué pensaban: el acuerdo fue unánime y, si lo dictamina el comité, es ley sagrada. Entré por la puerta grande y no tuvieron más cojones que aplaudirme y aceptarme.

Miro la pantalla y veo que los dos desgraciados en calzoncillos tiemblan y cabecean. Con suerte, dejaré de verlos pronto; me provocan náuseas y unas ganas infinitas de meterles un tiro en la cabeza. Esta gentuza saca lo peor de mí.

Me voy a la habitación, que huele a lavanda y a limpio. Me desnudo y me pongo el pijama de manga corta. A mí también se me cierran los ojos. Activo una alarma para las ocho de la mañana. A las nueve tenemos función.

Sueño con Luis y con Miguel. Me analizan. Soy una presa enjaulada, detectan mi respiración acelerada. Desprendo miedo como si de un olor se tratara. Me observan las manos y después se miran con complicidad entre ellos. Me tiran al suelo y me desnudan con

violencia. Oigo sus risas histriónicas y malévolas. Mientras Luis me quita la ropa, me retuerzo y grito desde el suelo. Soy un gusano infame al que van a aplastar. Miguel sostiene una fusta, la levanta con ímpetu y la lanza contra mi espalda. Ni siquiera coge aire. Me fustiga sin piedad. Noto cómo mi piel se abre, el escozor de la herida, la sangre recorriendo mi costado. El dolor es insufrible. De repente, para y aparece mi hermana. La observo desconcertada, tendida en el suelo, y ella me mira desde arriba. Va vestida con una túnica blanca vaporosa. «¿Has sido tú?», grita. Yo no contesto. «¿Has sido tú, Leila?».

Me despierto y me incorporo en un segundo. Me llevo la mano a la frente. El corazón se me va a salir por la boca. Me limpio el sudor.

—Están muertos, Leila. Están muertos —susurro con la boca seca.

Compruebo la hora en el reloj que tengo en la mesita. Las nueve menos veinte de la mañana. Miro el móvil, tengo un mensaje del sistema de vigilancia. Me informa de que el sujeto ha salido de la habitación. Me levanto y corro hacia el salón como una desquiciada. Apoyo las manos en la mesa y observo las pantallas. Se está duchando. Joder, va a salir.

Marco un número en el teléfono y me contesta una voz grave:

—Buenos días, se adelanta la hora de entrega.

—¿Cuándo?

—Ya. ¿Factible?

—Sí, allí estaré.

—Gracias.

Me siento y me recuesto sobre la mesa. Escondo la cabeza entre los brazos. Estoy desgastada, no puedo más con esta operación, ni con las pesadillas, ni con los cambios horarios, ni con las malditas

cámaras. No puedo fingir más. He cruzado todas mis líneas rojas. Me lo advirtió Morgan: «Va a ser duro», y lo acompañó de un «pero si hay alguien que pueda hacerlo, esa eres tú». Sabe cómo convencerme y ponerme en un pedestal. Es consciente de que necesito sentirme valiosa y querida, porque pocas veces me han hecho sentir así. Ojalá tuviera mala memoria, sería mi salvación.

—Morgan, te juro que jamás volveré a aceptar una operación de este calado. Aunque me prometas la luna. ¡Nunca! —grito.

Desde algún lugar me estará oyendo. Me levanto y me preparo un café bien cargado. No me da tiempo a ducharme ni a cambiarme, así que veré el show en pijama. Hoy los sucesos van a ir rápido para mí y para ti, querida jugadora. Mientras se hace el café, abro el primer cajón del aparador y saco el palosanto. Enciendo la maderita, necesito que se vayan las malas energías, que la tranquilidad sea mi segunda piel. Decreto y deseo que todo salga bien. Como si fuera un director de orquesta, me muevo por el salón con el brazo arriba y abajo hasta que la estancia se impregna de un olor amaderado y cítrico. Qué horror, parezco mi madre, que creía que con velas e inciensos se arreglarían nuestros males. La querré siempre, pero odio parecerme a ella.

De reojo, miro las pantallas. Mery ha salido del baño y se está cambiando. ¿Dónde pensabas ir, pajarillo? ¿A ver a Julia, a buscar a tu padre, a la policía? Quién sabe qué está maquinando tu cabecita. Dejo la madera en el soporte y me acerco con el café hasta mi lugar de trabajo. Bebo un sorbo que me sabe a gloria bendita. Le doy una calada al cigarro y observo a los dos energúmenos. Se han hecho pis encima. Y James, que siempre he pensado que es demasiado gentil

para este trabajo, les ha cubierto los hombros con una manta finita. Aun así, siguen temblando.

Suena el telefonillo de Mery y el estómago me da un vuelco. Pero ¿por qué estoy tan nerviosa? Será la pesadilla que me ha llevado al pasado de un salto, y allí no encuentro ni un rayo de esperanza ni felicidad.

Aún descalza, en vaqueros y con el pelo mojado, se dirige hasta la puerta de casa. Se queda parada mirando el videoportero. Ve a un chico moreno, de mediana edad, con un chaleco azul de la compañía de transporte y un móvil en la mano. Duda unos segundos. El chico vuelve a llamar.

—¿Sí?

—Hola, tengo un paquete para Mery Martos —indica con acento latino.

—Lo siento, pero no he pedido nada.

El repartidor enumera su nombre completo, dirección y teléfono móvil. Mery resopla. Debe de estar maldiciendo a alguien. A mí, aunque no sepa quién soy.

—Está bien, sube.

Tan pronto como cuelga, sale corriendo hacia su habitación. La sigo con la mirada a través de la primera pantalla. Se arrodilla frente a la cómoda blanca de Ikea, abre el último cajón y mete la mano hasta el fondo. Saca la pistola y la introduce entre los vaqueros y su espalda. Lo que faltaba. ¿Qué piensas? ¿Matar al pobre mensajero?

El timbre suena y de nuevo corre hacia la puerta. Se lleva una mano atrás y con la otra abre.

—Buenos días, su paquete. —El repartidor se lo extiende con la mejor de las sonrisas y ella lo coge, con reticencias, pero lo sostiene

—. ¿Me puede decir su DNI?

Se lo dicta y el amable mensajero lo apunta en una maquinita.

—Gracias. Buen día.

Así me gusta. Rápido, que no pueda pensar demasiado; reflexionar arruina cualquier situación. Mery entra en casa con el paquete. No mide más de veinte por quince centímetros. Lo retira de su cara, alarga el brazo y lo mueve. Suena un objeto metálico, hace ruido. Observa que no hay remitente y rompe el plástico. Saca una cajita de cartón y la deja sobre la mesa. Se cruje los dedos. Qué dentera, joder. El gato se acerca y ella lo baja de inmediato.

Miro el reloj. Venga, nena, es para hoy. Abre la caja, analiza en un primer vistazo qué hay dentro y se queda inmóvil. Sonrío y me meto en la boca un caramelo de violetas. Me he vuelto adicta a estos caramelos. Saca una caja metálica de color morado. La tapa está decorada con una ilustración: unas mujeres de época recostadas sobre la hierba del campo y unas flores junto a naranjas y limones. Levanta la tapa morada con sumo cuidado.

—No, no, no —murmura.

Sí, sí, sí. Me pongo de rodillas sobre la silla y me acerco a la tercera pantalla. Ha salido de casa como alma que lleva el diablo. Sube las escaleras de dos en dos con la caja en la mano. No le puedo ver la cara, pero seguro que es de terror. Está subida en la montaña rusa y llega la caída más grande, larga y vertical. No tiene dónde agarrarse ni a quién mirar. El pánico más puro, sin escapatoria, cuando sabes qué va a ocurrir, pero no quieres que suceda. Cuando recurres a la fe y esperas que sea un mal sueño. Llega al sexto piso y aporrea la puerta veinticuatro. Le falta oxígeno y le sobran nervios.

—¡Mateo! —vocifera.

Qué manera de llamar la atención, Mery. Si algún día trabajas conmigo, aprenderás que los gritos no son nuestros aliados y que los silencios forman parte de nuestro código. Los segundos le pesan, la están desarmando. Siente que el suelo vibra bajo sus pies descalzos. Abre la caja y saca la llave. Tiembla, y no es por el frío. En este caso son las dudas, la espera y la incertidumbre las que le roban el aliento. Introduce la llave en la cerradura, da tres vueltas. Y, cuando entra y pisa el suelo de tarima y su vista se dirige hacia la derecha: el horror hecho carne y hueso. Una desolación profunda e hiriente envuelve su mente y su cuerpo. La náusea escalando hacia su boca. Un reloj detenido marca la hora exacta. Simplemente, la muerte.

15

MERY

Me llevo las manos a la boca y empiezo a balancearme adelante y atrás. Oscilo como un péndulo. No puedo mirarlo. La escena es gore e inhumana, me desborda. Giro la cara, cierro con fuerza los ojos, pero las lágrimas brotan.

—No pueden haberlo hecho, no han sido capaces. Están locos. Están locos —repito.

Sí, son unos dementes, pero ahí está mi vecino Mateo, tirado en el suelo en posición fetal, rodeado de sus plantas, con las manos y los pies atados con cinta aislante y una bolsa de plástico cubriendo su cabeza. Dejo la caja de caramelos y la pistola sobre la gran mesa de madera. Me aproximo despacio hasta el cuerpo, expulso el aire de mis pulmones como si quisiera borrar la escena de un soplido. Me arrodillo, estoy tan mareada que veo estrellas fugaces frente a mis ojos. Acerco mis manos temblorosas a las suyas: blancas, huesudas y heladas. Su temperatura me conmueve y, de nuevo, mi cuerpo se balancea como un columpio.

—Lo siento. Lo siento, Mateo. Lo siento tanto —murmuro con pena y rabia.

Me quedo en silencio, observando la bolsa blanca de plástico. El reloj de pared suena y me arranca del ensimismamiento. Son las nueve y cuarto y hoy es martes. La chica de la limpieza llegará sobre las once. «¡Joder!», grito para mis adentros. No puedo dejar esto así.

Me levanto y corro hacia la cocina. Abro los cuatro cajones blancos que hay junto a la nevera y recorro con la vista todos los utensilios. En el segundo están las tijeras. Las cojo, vuelvo al salón y me tiro en el suelo. Me trago la angustia, la tristeza y la ira, y me centro en lo que tengo que hacer. Corto la cinta aislante y de un tirón la arranco de sus pies y de sus manos. Hago aspavientos y aprieto los dientes. Siento angustia, me dan punzadas de dolor en el estómago. Rajo la bolsa y su cara queda al descubierto. Dios mío. Me giro y tomo aire. Su boca está sellada con la misma cinta aislante marrón y no lleva las gafas, tiene los ojos entreabiertos, el iris y las pupilas alzados hacia los párpados. Intento cerrárselos, pero vuelven a su posición original. No puedo ni tragar saliva. Me sube una arcada hasta la garganta. Las gotas de sudor me caen por la frente. Coloco la mano sobre su barbilla y le levanto un poco la cabeza. Analizo el cuello con detenimiento. Ninguna marca. Solo sus arrugas y una nuez prominente.

Sacudo los brazos y me tomo un momento. «Vamos, Mery», me digo. Le quito con cuidado la cinta aislante de la boca. Joder, ¿qué tiene dentro? Es una hoja de papel. Intento separarle las mandíbulas, pero me cuesta sacarlo. Esto es demasiado hasta para mí, que he visto decenas de muertes y accidentes. Cuando por fin tengo la pelota arrugada entre mi pulgar y el índice, comienzo a desdoblarla y leo en letras grandes y negras:

SI TÚ HABLAS, OTROS CALLARÁN.

El desconsuelo me atrapa como si fuera una red. La insensatez me da una patada en la espalda y mi cuerpo se pliega hasta que mi cabeza descansa sobre la cadera de Mateo. Su colonia, con notas de cedro y ciprés, me envuelve.

—Te voy a matar, hija de puta. Te juro que te mato —susurro.

Me incorporo y dejo en un mismo montón la cinta aislante, la bolsa, las tijeras y la nota. Echo un vistazo al salón. Todo está como siempre, menos él. Localizo las gafas sobre el aparador. Me levanto y voy a por ellas, recorro el pasillo hasta que llego a su habitación. El último cuarto a la izquierda. Las persianas están bajadas hasta la mitad y la cama está hecha. Los cojines de color mostaza, en diferentes tamaños, perfectamente alineados. Pongo las gafas sobre la mesilla y advierto que no está el vaso de agua. Mateo siempre se lleva uno por las noches. Corro hacia la cocina y lleno el primero que encuentro. Al volver a su habitación tengo claro qué voy a hacer. Dejo los cojines en el suelo junto al armario de madera. Retiro la colcha, la pesada manta en tonos marrones y las sábanas blancas de franela. A paso rápido me dirijo al salón. Me muerdo el pulgar. Me arde la cara y el sudor inicia una carrera desde la nuca hacia el coxis. Noto cómo las gotas resbalan por mi piel.

—Vale, Mery, saca fuerzas.

Coloco a Mateo boca arriba. Me inclino y lo agarro por el cuello de la bata azul y el pijama. Apenas llego al pasillo y tengo que parar. Me duelen los brazos y el alma. ¿Cómo puedo estar haciendo esto? Soy un jodido monstruo con la sangre helada. Me quito la sudadera y la lanzo al suelo. Cojo aire y vuelvo a tirar de Mateo. Doy unos

pasos hacia atrás y paro. Estoy a la altura de la cocina. Entro y me dirijo hacia la despensa de madera. Saco una botella de agua precintada y, de un trago, me bebo casi la mitad. Aún con el pelo mojado me hago un moño alto y deshecho. Vuelvo al pasillo y, al tirar de Mateo, expulso un grito que me acompaña hasta que llego a la puerta de su habitación. No recuerdo haber hecho tanta fuerza en mi vida. Me siento en el suelo y me limpio el sudor de la cara con el antebrazo; apenas estoy a veinte centímetros de su cuerpo. Me viene a la mente cuando falleció mi madre. Murió en casa, en su cama, rodeada de quienes la queríamos. Aparecieron dos hombres con una funda negra y cerraron la habitación. Cuando abrieron, me encontraron ahí, observando, con los brazos cruzados.

—Es mejor que no lo veas, no es agradable —dijo el mayor.

Pero miré, miré igualmente. Mi madre estaba dentro de la funda y los dos hombres la llevaban doblada, igual que se dobla una sábana, cada uno sosteniendo un extremo. Tenía que haberle hecho caso al señor, porque desde entonces me acompaña la imagen del cuerpo de mi madre hecho un acordeón. Siempre mantengo los ojos abiertos incluso cuando debería cerrarlos. Lo que no se ve no existe.

Me levanto; queda lo complicado. El reloj da las diez menos cuarto y me pongo más nerviosa de lo que estoy. Le quito la bata, lo sostengo por las axilas y tiro con fuerza hasta llegar al borde de la cama, junto a la mesilla de noche. Hago un esfuerzo sobrehumano. Me siento sobre el colchón y observo el cuerpo de Mateo, su pijama verde a rayas. Si lo dejo ahí, pensarán que se ha desmayado. No. Tengo que meterlo en la cama como sea. Mi vecino va a morir en su habitación, tapado y tranquilo. Ese «como sea» me lleva más de diez minutos. Me he quitado la camiseta y voy en sujetador. Quería

dejarlo en posición fetal, pero me ha resultado imposible. Está boca arriba. Lo cubro con la sábana, la manta y la colcha. Cuelgo su bata en el perchero. Estudio la escena desde el marco de la puerta: el vaso de agua, las gafas, los cojines en el suelo. Me acerco y le saco el brazo izquierdo. «Así mejor», piensa mi mente enferma, porque he dejado de ser Mery para convertirme en una psicópata que no quiere ni debe asumir responsabilidades.

—Vamos, tienes que irte —susurro, sabiendo que la chica puede llegar en cualquier momento.

Recojo la camiseta del suelo y me la pongo. Entro en la cocina, busco donde guarda las bolsas y abro una de plástico. Meto la botella de agua. Me dirijo hacia el salón y, junto a la botella, dejo mi sudadera, la cinta aislante y la nota. Sostengo las tijeras y de nuevo corro hacia la cocina y las guardo en el segundo cajón. Antes de irme, vuelvo a la habitación de Mateo, aprieto los dientes y le pido perdón. Muchas muchas veces. Ya en el salón, me guardo la pistola entre los vaqueros y la camiseta, y dejo la cajita de caramelos de violetas en su lugar habitual, en la mesa junto a la librería. Nunca tendría que haberse movido de ahí.

Con la llave en la mano y la bolsa colgando del brazo, me asomo a la mirilla. No hay nadie. La señora Lidia sale de casa a las ocho de la mañana para llevar a sus nietos al colegio y luego se va a desayunar y a comprar. Abro la puerta con cuidado y cierro con el mismo sigilo. Echo la llave. Y corro escaleras abajo como si estuviera descendiendo a los infiernos con un pase preferente.

16

Leila

Aplaudo emocionada mientras baja al galope por las escaleras. Qué bien lo has hecho. Sabía que tu cabecita privilegiada y resolutiva orquestaría un plan en menos de un minuto. La verdad es que es uno de tus puntos fuertes: trabajar bajo presión te favorece, te creces como si fueras un brote. Has tenido la mente fría y has olvidado sentimentalismos innecesarios. Tenías que actuar rápido y no vacilaste. Has obedecido a tus demonios, te has puesto como prioridad, te has querido salvar. Así debe ser si juegas en nuestro bando.

Paso de la tercera a la primera pantalla. Me enciendo un cigarro. Al llegar a su casa, cierra la puerta con fuerza. Entra al salón y lanza la bolsa sobre el sofá. Presiento que está muy enfadada. Ahora va a transformar la pena en ira y los nervios en fuego. Se detiene en el centro de la estancia y grita. Dos largos gritos que retumban en el edificio. Y, acto seguido, llora. Llora, gime y grita. Y todas las emociones le suben desde el estómago, que debe de tener revuelto. Economía del llanto. Imagino que llora por Mateo, por la sirenita, por su padre, por Luis, incluso por su madre. Yo también he llorado mucho, pequeña. Un llanto que nació de mis entrañas cuando me

arrancaron el corazón. De hecho, pensé que jamás volvería a sonreír. Y aquí estamos, enseñando los dientes y siguiendo la línea del destino. El que se para muere, lo despedazan, se lo comen. Hay muchos cuervos y buitres hambrientos en busca de presas moribundas.

Cuando se calma y recupera el aliento, da una vuelta muy lenta sobre sí misma. Observa las baldas y el techo del salón con minuciosidad.

—¿Dónde las habéis puesto?

Jamás las encontrarás, querida jugadora. Contamos con un equipo de especialistas en seguridad: ingenieros en telecomunicaciones, hackers y un genio que no estudió nada pero sabe más que nadie. La planificación y una fase previa de configuración en cuestión de videovigilancia es la clave en un juego. Gastón ha entrado en tu casa tres veces y ni te has enterado. Ha manipulado tus muebles, tu ropa, tus bolsos… Y *voilà*.

Coge una silla y la arrastra hasta las dos repisas que están sobre el televisor. Se sube y comienza a tirar cada uno de los objetos y adornos al suelo como si le hubiera dado un ataque. Ha entrado en cólera. Niego con la cabeza. El mismo circo, distinto payaso. Luis lo hizo antes de vaciar su casa y lanzarse desde la azotea. Lo rompió absolutamente todo. ¿Para qué? Para nada. Al menos, así se desfogan.

Arrastra la silla de un lugar a otro. El suelo está cubierto de libros, fotografías, cristales rotos, jarrones hechos añicos… Qué cuadro más surrealista. Debes de estar muy ida, porque has estrellado contra el piso las matrioskas de cerámica que tu madre te trajo de Rusia. Y para ti son sagradas.

Después de diez minutos de locura extrema, se detiene, saca la pistola que lleva entre el pantalón y su espalda y la apunta contra su sien derecha.

—No me jodas, Mery —exclamo.

—¡Se acabó! ¿Me oís?

—Sí, señora. Alto y claro —afirmo.

—¡Lo que habéis hecho ahí arriba es inhumano! ¡Se acabó el juego!

Así no funciona, nena. Aquí hay unas reglas. Si empiezas el juego, debes terminarlo. ¿Sabes? Es un poco parecido a *Jumanji*. Una vez que tiras los dados, suenan los tambores, tiembla el suelo y la partida da comienzo. Estás dentro. Y tú tiraste los dados con fuerza. No puedes volver atrás.

—¡Decidme que ha terminado! —grita, desesperada, y presiona con tanta fuerza el cañón de la pistola que se le va a quedar la marca.

Pero si acabamos de empezar. Me da por reír. Ha enloquecido y no sabe ni qué está diciendo. Recibo un wasap de Morgan:

La has puesto al límite, Leila. La quiero viva.

Al leerlo, me pongo furiosa. Reproches. Lo que me faltaba por leer. La que ha cruzado los límites soy yo y sigo haciendo bien mi trabajo. Si Mery está enajenada y ha perdido los papeles no es mi problema.

Tú me dijiste que la pusiera al límite.

Lanzo con rabia el móvil contra la mesa después de contestarle. Miro la pantalla. Mery sigue observando las alturas. Se piensa que va a salir una voz del techo. No separa la pistola de su cabeza. Le queda una bala, pero no se va a volar los sesos. Somos conscientes las dos.

—¡Quiero ver a mi padre! ¡Ya! —grita.

Qué dramática es cuando quiere. Le doy una calada al cigarro y, antes de que Morgan me mande otro mensaje, que me enervará hasta el infinito, cojo el móvil y llamo a James.

—James —lo miro en la pantalla mientras le hablo—, sal de plano unos minutos. Voy a conectar en directo.

—Bien. ¿Algún problema, Leila?

—No. Mery tiene una pataleta, quiere abandonar el juego y ver a su padre. Le gusta el drama. Mueve la mesa y deja el periódico de hoy encima, por favor.

—Hecho.

Me acerco al teclado. En menos de treinta segundos le mando el mail con el enlace y ella recibe un mensaje en su móvil. Lo escucha y baja el brazo con la pistola. Va directa hacia el bolso. Tiene llamadas de Julia, de su vecina del pueblo, de su hermano y de su cuñada. Una chica solicitada. Al ver el mensaje con el código, corre por el pasillo hacia la habitación y se lanza al portátil. Qué ganas locas de ver a papá. Localiza mi mail en la bandeja de entrada. Esta vez no solo hay un enlace. Como muestra de caridad y cercanía, le he dado un consejo. Mery se acerca a la pantalla y lee:

RESPIRA Y SIGUE. HOY NO ES UN BUEN DÍA PARA MORIR.

—Te odio, zorra —grita.

Vaya, gracias. Una intenta dar lo mejor y la tratan así. Bebo un sorbo de café y miro hacia la ventana. Otro día nublado y desapacible. Pienso en mi hermana. Soñar con ella me desequilibra, mis emociones se revolucionan, los recuerdos cobran vida. Si estuviera aquí, diría que va a llover, que casi puede oler la lluvia. Sonrío con cierta tristeza. Hace años que no hablamos, pero sé cómo está, y también sé cómo están mis sobrinas. Con ellas sí tengo contacto, aunque no tanto como quisiera. Cuando estoy en Madrid, me pueden las ganas, cojo el coche y, desde lejos, observo cómo sale de la universidad o de su casa para pasear a los perros. Se cortó el pelo y está guapísima, ahora me recuerda más a mi madre. Mi hermana y yo éramos una. Mi pilar, mi hombro en el que llorar, mi impulso. Se me cae una lágrima y aprieto los dientes. Tomo aire. Tengo que volver a la realidad.

Mery abre el enlace y aparece su puñetero padre en la pantalla del portátil. Qué grima me dan estos dos piltrafas. Amplío el plano hasta que solo se ve al señor Martos, la mesa y el periódico. Mery respira aliviada. Se serena. Después, entorna los ojos y no pierde detalle, está memorizando cada imagen. Ella lo memoriza todo: la portada del periódico, la pared, el torso desnudo de su padre, la cinta aislante que tapa su boca, su mirada perdida —pero no arrepentida —, la mantita marrón echada sobre los hombros.

Venga, nena, ya lo has visto. La película se acaba. Tres, dos, uno…, pulso una tecla y la escena se evapora. Abro una nueva ventana en el ordenador y borro el mail. En este trabajo, la eliminación de pruebas es tan importante como la eliminación del objetivo. Nos lo graban a fuego cuando entramos en la organización.

Su decálogo es claro, y sus normas y procedimientos, rígidos. En La Llama tienes cabida si acatas las reglas impuestas desde hace más de dos décadas. Y, si lo haces con creatividad, mejor.

Mery cierra el portátil y se queda meditabunda, como si un pensamiento inesperado acabara de cruzar su cerebro. ¿Qué maquinas ahora? Se dirige hacia un extremo de la cama y desdobla el folio arrugado. Va a tirar de nuevo los dados. El juego continúa. Camina descalza hacia el salón. Lemon la sigue dando saltos. La sombra de esta chica tiene forma de gato. No se detiene a mirar el desastre que ha liado hace apenas diez minutos. Coge el móvil y marca un número.

—Dígame.

—Buenos días, ¿es usted Juan Antonio Torres?

—El mismo. ¿Con quién hablo?

—Soy Carla Martín, policía nacional de Valencia. Le llamo para hacerle unas preguntas. ¿Sigue usted trabajando de portero en el edificio Pirámide?

Juan Antonio emite una risilla irónica.

—No cuela. Si es usted periodista, que sepa que estoy harto y que no voy a dar ni una sola declaración.

—No, escúcheme, no soy periodista. El pasado sábado un antiguo vecino del edificio se quitó la vida en extrañas circunstancias.

—¿Qué me dice? ¿Quién? —la corta.

Mery parece calmada y profesional. El tono del portero ha cambiado. No hay nada como darle un cotilleo o una noticia morbosa a alguien para que se despierte de golpe su interés.

—Luis Ramírez, treinta años, informático. Vivió durante un tiempo allí.

—Me deja de piedra —afirma conmovido—. Pobre chico, con lo joven que era. Oiga, ¿y quién le ha dado mi número?

—Esther, su hermana.

—Acabáramos… Sí, sí. Hablé con ella un par de veces. No localizaba al hermano y me llamó. Pero ¿cómo ha sido?

—Se ha quitado la vida. Estamos investigando el caso, pensamos que formaba parte de una secta e intentamos descubrir en qué momento empezó a relacionarse con este tipo de personas.

Ay, Mery, qué mentirosa eres y qué natural te sale.

—¿Usted notó que se relacionaba con gente extraña cuando vivía allí?

—No, siempre lo vi solo. Conmigo era amable y, de vez en cuando, entablábamos conversación. En alguna ocasión salía y entraba con la difunta doctora. Eran amigos…

—¿Con Sandra Burgos?

—¿Seguro que no es usted periodista? Me tiene muy cansado la prensa. Hace unos días fue el aniversario de su muerte y esto se llenó de cotillas haciendo reportajes. De hecho, mi teléfono lleva semanas sonando —afirma, visiblemente hastiado—. Ni descansar en paz la dejan.

—No, le juro que no. Intento descubrir cuál era el círculo cercano de Luis antes de que volviera a Valencia.

—Ninguno, que yo sepa. Cuando asesinaron a Sandra, Dios la tenga en su gloria, se mudó y no he vuelto a saber del chico.

—Sí —continúa Mery—, me explicó su hermana que le afectó mucho su muerte.

—Bueno, ¿y a quién no? Fue horrible, un suceso inesperado y trágico. Aquí todos nos quedamos destrozados. De hecho, Luis no

fue el único que se marchó. El vecino del segundo también hizo las maletas y se largó. No me extraña; yo porque tengo una edad y llevo veinte años trabajando en esta portería, que si no también me hubiera ido. No hay un solo día que no recuerde a la doctora, y los putos periodistas tampoco es que nos dejen pasar página. Perdone mi vocabulario, es que me pongo nervioso cuando hablo del tema.

Mery frunce el ceño.

—¿No es el único vecino que se fue?

—No, no. El del segundo B también voló. Es que usted no se imagina la que se lio. No hemos vuelto a vivir tranquilos —suspira.

—¿Cómo se llama ese vecino? ¿Sabe si tenía relación con Luis?

Mery se sienta en la silla, alarga el brazo y coge un bolígrafo.

—José Miguel Tarancón, dos años y pico llevaba aquí. Hum… No, nunca los vi juntos. A mí me da que no tenían relación. Era un hombre muy suyo, salía por la mañana y no volvía en todo el día.

—¿Y sabe usted adónde se fue?

—No sé, no sé. No me quiero meter en líos. Que luego mi mujer me echa unas broncas de órdago. No he vuelto a saber de él. Agente, lo siento mucho, pero tengo que dejarla: vienen los repartidores y el electricista, y he de seguir con mis labores.

—Claro, no se preocupe. Muchas gracias por la información. Si recuerda algo de interés sobre Luis Ramírez, no dude en llamarme, por favor.

—Lo haré. Un saludo.

Al colgar, mira el folio, el nombre, la nueva información. Se cruje los dedos de las dos manos y a mí me entra dentera. Respira hondo. Ahora que está más sosegada sí se toma un tiempo para observar el suelo. El destrozo es importante. Hay que ver de lo que somos

capaces cuando la situación se nos escapa, cuando nos sentimos perdidos y las piedras del camino nos hacen caer. A veces, destruir libera y la libertad es necesaria para vivir con plenitud y no sobrevivir encorsetados.

Se acerca esquivando cristales. Ni siquiera siente el frío, aún lleva dentro la llama del fuego. Se ha encendido y dudo que se apague. Se arrodilla y sostiene entre sus manos los pedazos rojos, verdes y negros de las matrioskas, y se le vuelven a saltar las lágrimas. Ya está hecho, cielo, no se puede volver atrás.

De nuevo, coge el móvil y repasa las llamadas perdidas. Le extraña la de la señora Ana, su vecina del pueblo. Sonrío porque me anticipo a sus gestos. Un tono, dos tonos, tres tonos…

—¡Hola, cariño!

—¡Hola! ¿Me ha llamado? ¿Qué le pasa?

—No, no te preocupes, que estoy bien —afirma con una voz cándida que le ha regalado la vejez, llena de parsimonia—. Solo que tu padre me ha dicho que vendrás mañana y Simón va a ir a hacerme la compra. Por si quieres que traiga manzanas y te prepare la tarta que tanto te gusta.

Mery abre la boca y baja la mano con la que sostiene el móvil. Me pongo de rodillas en la silla y estudio su cara catatónica en la pantalla. Hago zoom. Parece una escultura, una bella imagen congelada y cincelada. ¿Ves? Es que no me queda otra que sonreír y disfrutar de su aturdimiento. Estos lapsos de confusión en el jugador me dan la vida.

De nuevo se acerca el teléfono a la oreja.

—¿Mery?

—Sí, perdone, se me ha caído el móvil. ¿Cuándo ha visto a mi padre?

—Ayer me asomé y vi cómo llegaba en el coche. No me acerqué a saludar porque me dolían muchísimo los huesos, hija. Una ya no vale para nada. Llegar a viejo es un suplicio. Y esta mañana temprano he visto cómo salía a caminar y le he preguntado desde la ventana. Qué alegría me dio cuando me dijo que vendrías. Los ratitos que pasamos juntas soy tan feliz que ni te lo puedes imaginar.

Mery se queda muda. Inerte.

—Eeeh. Sí, mañana iré, señora Ana —le dice—. Prepare la tarta. Yo también tengo muchas ganas de verla.

—Es que hace un mes que no vienes, bandida. Te he echado en falta estas navidades.

—Lo sé. Yo también.

—Te noto triste, Mery. No os habéis arreglado, ¿verdad?

Me cuesta unos instantes darme cuenta de que se refiere a Manu.

—No, de momento, no.

—Bueno, mañana nos damos un paseo hasta el mirador de la Baranda, nos sentamos un ratito en el banco y nos ponemos al día.

—Sí, señora Ana, la ayudaré a subir la cuesta. ¿Qué más le ha contado mi padre? ¿Estaba solo?

—Está solo. Me ha dicho que Rosa ha preferido quedarse en casa. No la culpo, aquí hace un frío del demonio. Trae ropa de abrigo.

—Lo haré.

—Adiós, cariño, adiós.

Qué encantadora es esta mujer. La vecina y la abuela que todos desearíamos tener cerca. Dulce, atenta, dispuesta. Y la soledad es su fiel compañera. Un tipo de soledad no buscada, una okupa que

provoca una sangría sentimental desagradable y letal. Mi tía Chloe decía que la soledad impuesta era una enfermedad devastadora, invisible. Y que estas enfermedades son las que más duelen y menos se tratan. En fin, quien diga que la vida es justa es un inconsciente que no ha vivido nunca, que no ha observado con atención, que no ha padecido las hostias del destino.

Mery permanece de pie, en el centro del salón arrasado por un huracán. El mismo que arrasa ahora sus pensamientos. Pasa minutos en Babia. Lejos de todo. Transitando una dimensión donde suceden cosas con poco sentido. Hasta que el timbre de casa suena y la sobresalta. Le pego una calada al cigarro. ¿Quién será? ¿Quién será? Camina despacio hacia la entrada y acerca el ojo a la mirilla. Después, apoya la cabeza sobre la puerta.

—Dios mío —susurra.

Dios se ha olvidado de nosotras, cielo.

17

MERY

Me tiemblan las piernas, como si hubiera estado cinco horas haciendo deporte. Lemon maúlla con un sonido corto y suave, y da golpecitos con la pata en la puerta. «Vale, Mery, respira. Respira y sonríe como si hubiera amanecido un día espectacular».

—¡Hola, Andrea!

La hija del señor Mateo tiene los ojos llorosos y el semblante serio y desencajado.

—Hola, Mery. Bajaba a darte una mala noticia. —Su pausa me hiela la sangre—. Mi padre ha fallecido.

Sus palabras retumban, se distorsionan en mi cabeza como vocablos lentos y pesados. Escucharlo de su boca me deshace en miles de partículas. Me pongo extremadamente nerviosa. Se me saltan las lágrimas, y no son fingidas, son tan reales que se las contagio a ella.

—¿Qué? Lo siento mucho. —La abrazo. Un gesto lleno de culpa y de dolor que me hace sentir una persona despreciable, sin escrúpulos ni conciencia. Y me jode tanto que aún lloro con más fuerza porque sé que yo no soy un monstruo.

—Venga, Mery. Descansa en paz. Y se ha ido de la mejor forma, durmiendo.

Nos separamos y doy unos pasos hacia atrás, hasta que apoyo mi espalda en la pared.

—Pero si ayer lo vi —le digo conmovida.

—Lo sé. Hablé con él sobre las nueve de la noche y me contó que te habías pasado un rato.

Mi inquietud se multiplica por cien al oírla. ¿Le nombraría a La Llama? ¿Le contaría mi situación? ¿Estará la pobre mujer en peligro?

—Sí. —Me limpio las lágrimas—. Estaba un poco agobiada. Él siempre me calmaba con sus consejos.

—Me comentó que estabas pasando por un bache. —Se acerca y posa su mano sobre mi brazo—. Se solucionará, ¿vale?

Asiento y de nuevo me pongo a llorar.

—¿Lo has encontrado tú? —pregunto intrigada.

—Sí. Hoy Carmen no podía venir, tenía cita con el médico, y me he acercado yo. Mira, así tenía que ser. Casualidades de la vida. Me he podido despedir de él en soledad y decirle lo que nunca quería escuchar. —Hace una pausa que pesa como una losa—. Mery, tengo que darte las gracias.

—No, no —la corto. No voy a soportar un agradecimiento.

—Sí. Desde que llegaste le has hecho los días más llevaderos. Has aligerado su carga y le has dado compañía y felicidad. Lo necesitaba. Te quería mucho.

Aprieto los labios hasta que me duelen.

No puedo hablar.

—El velatorio será en el Tanatorio Las Artes, el que abrió el año pasado. Me han dicho que se podrá acudir a partir de las seis de la

tarde. El responsable es mi amigo, así que todo será más fácil y rápido. No estás obligada a venir, Mery. Sé que para ti es duro y te trae demasiados recuerdos.

—Iré.

—Está bien. Voy a subir a terminar de hacer gestiones, que he dejado a mi marido solo un instante para decírtelo.

—Lo siento mucho, Andrea.

Sonríe con aflicción, también con pesadumbre, y me dice adiós con la mano mientras sube las escaleras. Cierro la puerta despacio, como si de repente todo fuera a cámara lenta.

Me siento en el suelo. Lemon se acurruca entre mis piernas. Me palpitan los ojos, parece que los tengo llenos de agujas. Estoy exhausta. Oigo la bonita melodía del móvil, pero permanezco impertérrita. Mi gato es lo único que me ancla a la realidad; el resto me parece un espejismo, como si todo estuviera sucediendo en una dimensión lejana y desconocida. Como si fuera la protagonista de un videojuego y los mandos los tuviese otra persona. En cuatro días he perdido un par de vidas y me han caído treinta años encima. Tengo las ojeras marcadas y violáceas, la cara demacrada. El móvil sigue sonando. Retiro a Lemon y me pongo de rodillas para poder levantarme. Hoy la fuerza me la he dejado en el sexto piso de mi edificio.

Esquivo lo que hay en el suelo para no clavarme nada en la planta de los pies y cojo el móvil. Es Julia.

—¿Estás bien?

—Te he llamado tres veces, Mery. Me tenías preocupada —dice con agitación.

—No estoy bien. Ha fallecido Mateo.

—Qué me dices. Lo siento mucho.

—Y yo. Lo echaré de menos.

—Mery —susurra—, ¿no habrán sido ellos? ¿Le hablaste a tu vecino de esa gente?

Pienso y me quedo callada.

—No. Él no sabía nada, solo te lo he contado a ti.

—Ayer fui una imbécil. Reaccioné fatal, pero entiéndeme: me entró el pánico. Me recordó a las amenazas en la calle, a las palizas y a todos los problemas que he tenido durante tantos años. Intento no meterme en jaleos y vivir tranquila —gimotea—. Pero eres mi amiga y te quiero, acudiste a mí con un problema grave y no te ayudé. Tú siempre me has ayudado y yo no he respondido igual. ¿Estás enfadada?

—No estoy enfadada, Julia. La culpa es mía.

—Voy a estar contigo —afirma entre un hipido y otro—, en lo que necesites. Sea lo que sea.

—Lo único que tienes que hacer es no hablar con nadie de este asunto. Por cierto, ¿dónde estás? ¿Has ido al súper con este tiempo?

—No, no. Estoy en el hospital. Marina se ha marchado a las ocho de la mañana y me he venido a estar con mi tía. Igual en dos o tres días le dan el alta. Me he bajado a por un café y quería dar una vuelta por el jardín, pero ha empezado a llover y se ha levantado un viento horrible.

—Espero que se recupere pronto y volváis a casa. Esta tarde iré al tanatorio.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no te preocupes, no estaré mucho tiempo. Nos vemos mañana un rato.

—Vale. ¿Han hecho algo más, Mery? —pregunta en un murmullo.

Pongo los ojos en blanco.

—Mejor no hablamos de esto por teléfono, Julia.

Nos despedimos y cuelgo. Estoy sudando y no hace más de diez grados. Lo único que debo intentar es mantener la mente fría. Priorizar, ir respondiendo preguntas, deshacer nudos y avanzar casillas. Ni un paso atrás. Encontrar a mi padre es lo único importante.

Me levanto, cojo el arma y el bolso, y cierro la puerta del salón para que Lemon no se lastime ni juegue con lo que hay por el suelo. Voy hacia mi habitación. Me pongo unos calcetines gordos, las botas de pelo y el abrigo largo forrado. Aún llevo el cabello húmedo, pero coger una pulmonía es el menor de mis problemas. Me arrodillo frente a la cómoda y del último cajón saco un puñado de balas. ¿Quién coño está en mi casa del pueblo?

Me enrollo la bufanda gris, me despido de Lemon y bajo por las escaleras. Se oye revuelo en el último piso. Me hago la sorda, la tonta, la muda. Cuando me cruzo en el portal con la señora Lidia e intenta hablarme, la esquivo y salgo corriendo. Ahora mi edificio me parece maldito y aterrador. Cuando pase todo esto me iré donde las paredes no me griten que soy culpable y una egoísta indeseable. Camino por la calle con una prisa que el juego me impone, haciendo caso omiso al viento y a la fina lluvia que acabará calándome entera. En mi cabeza rebotan nombres e ideas: Juan Antonio Torres, Sandra Burgos, José Miguel Tarancón, Luis Ramírez, su hermana y la zorra que me lleva loca desde la madrugada del sábado. Y también mi padre. Su imagen está clavada en mi cerebro como una estaca que me va perforando los pulmones, el corazón y los sentimientos. Soy

un vaso hundido en un mar de dudas. HUYE. ¿Adónde, papá? ¿Adónde? Me he cansado de huir.

Cuando llego a la avenida Pérez Galdós a la altura de la calle Cuenca, paro un taxi. Le digo que me lleve a la avenida Juan XXIII. Saco el móvil y llamo a Manu. Contesta después del quinto tono.

—Hombre, mucho has tardado.

—Manu, necesito que me hagas un favor. Es urgente.

Me conoce tan bien que me da miedo hablar con él.

—¿Qué favor?

—Mi coche no funciona. Necesito que me dejes el tuyo. ¿Estás en casa?

—No, estoy trabajando. ¿Qué te pasa?

—Estoy agobiada, tengo que ir al pueblo a hablar con mi padre.

—¿De lo que ocurrió el otro día?

—Eeeh, sí. Y de otros asuntos. El tipo que tiene las llaves de repuesto estará en el garaje, ¿no?

—Me imagino. Estará en la garita o dando vueltas por ahí.

—Vale, llámalo y dile que voy a ir, que tiene permiso para darme la llave.

—Bueno, déjame terminar con unos papeleos y lo aviso.

Resoplo.

—No, llámalo ¡ya!

El taxista me observa por el retrovisor.

—¿Qué narices te pasa? —pregunta con una mezcla de indignación, preocupación y sorpresa.

—Nada. Que necesito el coche.

—Vale, venga, luego hablamos.

—No, espera, espera. Escúchame, Manu, ¿habéis encontrado el cuerpo de una mujer ahogada?

El taxista vuelve a mirarme pasmado. Me entran ganas de ser tan descarada como él. Tiene los ojos pequeños y la cara más redonda que un panquemao. Debe de estar alucinando.

—¿Una mujer ahogada? No, que yo sepa. ¿Por?

—Cuando la encontréis, llámame.

—¿Qué hostias está pasando? ¿De qué mujer hablas?

Intuyo sus gestos, la mueca innata que dibuja cuando sabe que oculto información, que las cosas no están yendo bien.

—Te tengo que dejar. Llama al hombre del garaje, por favor.

18

Leila

No sé yo si la encontrarán. Me estiro y analizo las vigas del techo. La madera es oscura y tiene nudos; parecen remolinos con ondas, como las que se forman en el agua cuando tiras una piedra. Maravillosos defectos. De verdad, estoy exhausta. Tengo los pulmones llenos de nicotina, cansancio y palosanto. Morgan no me ha vuelto a escribir. Se habrá quedado satisfecha con mi actuación improvisada. Necesito ducharme y cambiarme. Dejo de estudiar el techo y mi vista se dirige a la pantalla. Mery se ha bajado del taxi y camina bajo la lluvia. Una fantástica idea que se le haya antojado ir al pueblo antes de lo previsto. Cojo uno de los móviles.

—Nena, ¿cómo va?

—Calma y frío. Cero movimientos destacables. Él en casa y yo también. Al lado de la chimenea, tomándome un chocolate calentito. Me quedaría aquí una semana más. No va a poder ser, ¿verdad?

—Por mi salud mental, no. Oye, hay un pequeño cambio de planes. A Mery le ha entrado la prisa. Llegará en una hora. Estate pendiente.

—A tomar por culo mi momento de película.

—Empieza otra película. Actúa si lo ves necesario.

—Lo que usted diga, jefa.

Lo hace adrede. Odio que me llame jefa.

—Por cierto, ¿todo claro con el contacto del Anatómico Forense?

—Sin problema. Thelmo lo ha arreglado. Esperando la llamada.

—Bien. Hablamos en un rato.

La Nena, como la llamamos, es la integrante más joven de la familia de La Llama. Me consta que hizo un juego impoluto, una entrada triunfal. Incluso Marc, un hombre áspero y distante, le dio la enhorabuena por su trabajo limpio y preciso. Me ha contado más de una vez cómo fue y cientos de anécdotas. Las noches de guardia con ella nunca son aburridas. Tiene aspecto de niña buena y dulce, el pelo castaño y la cara angelical. Nadie imaginaría jamás que forma parte de una organización criminal, y ahí radica su éxito, su habilidad para conseguir lo que se propone. No pesa más de cincuenta kilos, pero su fuerza es brutal. Puro músculo. Podría estar perfectamente al mando de uno de los cuatro equipos que forman La Llama, como yo, pero huye cuando se lo proponen. No le gusta mandar ni coordinar. Es un tanto pasota, pero nada despistada. Sarcástica, fría y tan directa que en ocasiones tengo que recordarle que se dé un punto en la boca.

Me enciendo un cigarro y mi memoria da un salto en el tiempo, años atrás, cuando vi a la Nena por primera vez en el salón dorado de la sede. Ella miraba por un gran ventanal, giró la cara y me observó desde lejos. Tenía los brazos cruzados. Comenzó a andar hacia mí. Llevaba un vestido negro con leotardos verdes oscuros y mocasines. Todos me miraban. La historia de Leila Leclerc era un secreto a voces, pero Morgan aún no me había presentado en sociedad. Ella caminó, lenta, como un felino estudiando a su presa,

sin quitarme la vista de encima. Y, cuando llegó hasta mí, me dijo: «Yo en tu equipo». Y sonrió. La Nena tiene la sonrisa más dulce del mundo.

Expulso el humo y analizo las pantallas. Mery ha entrado en el garaje. Zigzaguea entre los coches hasta que llega a la garita. Está vacía y cerrada. Es un cubículo acristalado hasta el techo con un mostrador central. Abre la puerta, entra por el lateral izquierdo y se sitúa delante de un tablón blanco anclado en la pared lleno de pósits y llaves. A su derecha, hay dos monitores y uno de ellos está dividido en dieciséis recuadros pequeños. ¿Te estás estudiando el tablón o qué? Vuelve a mirar las llaves. Vamos. Cógela, que no tenemos el día entero. Se gira y hace una panorámica del garaje. Por Dios, Mery, con lo decidida que eres y la de vueltas que le estás dando. Tú verás, pero el que duda no gana.

Descuelga una llave y sale a paso rápido, como si hubiera robado un diamante en la plaza Vendôme de París. Atraviesa el garaje y va hacia las escaleras. Tengo que acercarme a la pantalla. No he visto un aparcamiento con menos luz en mi vida. Desciende dos tramos. El coche está en la planta baja. Cuando da unos pasos y lo visualiza, corre hacia el Land Rover negro. Es un todoterreno bonito y bastante nuevo. Entra y se acomoda. Respira el olor a nostalgia. Cada coche tiene un aroma único y peculiar. El de Manu huele a él, es un aroma dulzón y elegante.

Me levanto y voy a por la tablet que dejé sobre el sofá de madrugada. Me desperezo y muevo el cuello de un lado a otro. Necesito un masaje integral, una ducha relajante y otro café bien cargado. De camino al aseo, sintonizo las pantallas en el dispositivo. Subo el volumen al máximo. Me pegaría un baño de hora y media,

con sales, aceites esenciales y mucha espuma, pero hoy no toca relajarse.

Dejo la tablet sobre la encimera de mármol, entre los dos lavabos. Me quito la bata y el pijama. Observo mi desnudez, las clavículas marcadas, los brazos con pequeñas quemaduras de los cigarros que mi padre apagaba sobre mi piel. Las marcas son recuerdos. A mí me recuerdan que antaño fui un cenicero. Yo también he adelgazado unos cinco kilos y he ganado estrés y ansiedad.

Es el segundo juego que organizo con La Llama. Todos acabamos haciendo alguno. Hay que pasar por el aro, y son tan duros como necesarios. En La Llama no puede entrar cualquiera. Hay que estudiar, analizar, hacer un trabajo de campo impecable, poner a prueba al sujeto. Tras la investigación acabas extenuada, pero cuando empieza el juego te ves consumida por las horas, las guardias y los imprevistos. Los juegos te hacen pasar buenos ratos, pero te expones demasiado. Prefiero las misiones. Fulminar a una persona es más fácil. Te marcan un objetivo, investigas su entorno, preparas el plan, vigilas, te vuelves invisible, actúas, aniquilas, limpias el escenario y pasas página. Es una acción metódica, sencilla en la mayoría de los casos, pero el juego es irregular. Por muy bien que lo tengas atado, siempre hay un jugador que te acaba cambiando el diseño del tablero con sus movimientos. Y ahí está la gracia. En jugar, adaptarse y ser resolutivo.

Me asomo a la tablet. Mery ha salido del garaje y conduce por una avenida. Aprovecho para meterme en la ducha y disfrutar del agua caliente, del gel de caléndula, de las vacaciones imaginarias que voy a tener en cuanto termine con Mery. De repente, la oigo hablar.

Joder, una no puede estar tranquila ni en el baño. Cierro el grifo y me siento en el saliente de la bañera.

—Hola, corazón —dice sin mucho ímpetu.

—Pedazo de cabrona, te he llamado mil veces y te he escrito por WhatsApp.

Doy fe de ello.

—Soy lo peor, pero he tenido muchas movidas. Ya te contaré con detalle.

—¿Cuándo? ¿Dentro de un año? ¿De dos?

—No, estoy de baja, así que tengo tiempo.

—De baja, ¿por qué? ¿Por lo de aquel tipo?

Ay, aquel tipo. Por aquel tipo estamos ahora mismo jugando.

—Puf… —Mery bufa con desgana; imagino que no le apetece recordarlo—. Por aquello, por ansiedad, agobio. Salir de la cama se me hace un mundo, tía.

—No sé qué pasa, pero estamos todos con ansiedad y empastillados. Viva la evolución. Jorge lleva dos meses de baja también. Pues tú descansa y tómate el tiempo que necesites.

—Oye, si te pido un favor, ¿me vas a mandar a la mierda?

—No, estás deprimida, así que no voy a ser tan zorra. ¿Qué necesitas?

La chica es graciosa y su voz grave.

—¿Hoy trabajas?

—Sí, me estoy metiendo en el coche, voy de camino a una agresión en un bar con apuñalamiento. Un maravilloso martes de mierda.

—Ni que lo digas. Necesito que me mires si hay una denuncia de desaparición de una mujer.

—¿Eso? ¿Por qué no se lo pides a los tuyos?

—¿Tú qué crees, Sara?

Se hace un silencio.

—Dime cómo se llama.

—Esther Ramírez Vega. Vive en Alzira. De mediana edad. No sé, unos cuarenta. No tengo más información.

—Vale, gorda, apuntado. Te dejo, que tengo jaleo. Cuando llegue te lo miro.

—Gracias. Te quiero.

—Y yo. *Ciao.* —Alarga la a y la o, y cuelga.

Me levanto, cierro los ojos y de nuevo dejo caer el agua sobre mi espalda. Sara es guardia civil, y Jorge, su novio. Tengo controlado a todo su círculo de amistades. Qué pesadita te estás poniendo con Esther. Al final, la voy a tener que revivir.

19

MERY

«Aquel tipo», «aquello», «lo que pasó». Eufemismos que definen la escena que me partió en dos. La que me mostró, sin filtros ni caretas, la parte más cruel, desalmada e incomprensible de una persona. Si es que podemos llamarlo así. Intento no recordarlo, pero cada segundo que pasé en casa de Ignacio Ortiz Bonet lo llevo tatuado en mi piel. Es como una pegatina asquerosa que no puedo dejar de mirar por horrenda, ni quitarme por mucho que frote.

Eran las siete de la tarde de un domingo. En la avenida del Puerto un hombre de cuarenta y cinco años les había quitado la vida a sus dos hijos: Gonzalo, de cinco años, y Lucas, de tres. Él mismo había llamado al 112 y lo había confesado. «He matado a mis hijos, llevan dos horas muertos, que vengan a por mí», dijo, y apuntó su nombre completo, su edad y la dirección del domicilio.

Ese día Manu y yo hacíamos el mismo turno. No sé si fue una casualidad horrible o un milagro de Dios. Si hubiera ido con otro compañero, seguramente no habría hecho lo que hice. No hubiese desatado el lazo de mi ira ni sacado la agresividad que llevo dentro, pero la rabia me pudo. Me venció.

Fuimos los primeros en llegar, estábamos cerca del campo del Mestalla tomando un café. Manu y yo ya lo habíamos dejado, pero nos entendíamos bien trabajando juntos. Cuando entramos al portal, el ascensor estaba abajo, pero Manu me indicó las escaleras con la cabeza y subimos hasta el segundo. Los dos empuñábamos el arma. El silencio abrasaba, yo estaba nerviosa y expectante. Era la primera vez que me enfrentaba a una situación así: un parricida confeso, dos pequeños muertos. La puerta número cinco estaba unos centímetros entreabierta. Manu la abrió de golpe y gritó: «¡Policía!». Apenas unos metros a la derecha se veía la primera estancia, una cocina grande, con una mesa pegada a la pared. Ignacio Ortiz estaba sentado en un taburete, mudo como un cabrón que se ha dejado el último hilo de voz en una llamada de teléfono. Tenía los codos apoyados sobre el hule verde y blanco de la mesa y sostenía una pistola. Un cigarro se consumía en el cenicero a rebosar de colillas. La calma y el olor a tabaco reinaban en aquel piso de noventa metros cuadrados. Parecía relajado, su expresión impasible me asombró. No sé. Se mostraba como si no hubiera hecho nada, como si llevara un siglo esperándonos. Tenía el pelo rapado, las facciones marcadas, los ojos azules y los labios finos. Ojalá pudiera olvidarme de su cara, pero la recuerdo tan nítida que podría dibujarla.

Desde la puerta de la cocina, Manu le aconsejó que dejara el arma en el suelo. Es bueno dando confianza, restando importancia al asunto, aunque la tenga. Desconozco qué más le dijo. Yo seguí por el pasillo. Quería encontrar a los niños, y eso hice. El mayor estaba tumbado boca arriba en el centro de la cama de matrimonio; tenía las manitas y los tobillos atados con bridas. Solo llevaba puestos unos calzoncillos con dibujos, y una almohada ocultaba su rostro. Su

pequeño cuerpo no mostraba marcas. Ni un arañazo ni un moratón. Lo había asfixiado. Posé mi mano en su brazo. Estaba frío, pero aun así le tomé el pulso dos veces. Salí de la habitación y recorrí la casa. Encontré a Lucas sumergido en la bañera, desnudo y boca abajo. Varios patitos amarillos de goma flotaban a su alrededor. Había juguetes en el suelo y el gel de Mickey Mouse seguía abierto. Por el walkie pedí refuerzos e informé de la situación de los niños y del padre. Recuerdo que dije: «Máxima prioridad». Al escuchar: «Recibido. En camino», volví corriendo hacia la cocina. Empujé a Manu y entré como una galerna hasta que estuve a un metro del asesino.

—¡Mery! —gritó Manu e intentó cogerme.

—Eres el mayor hijo de puta que me he encontrado. Eres escoria. Maldito ser repugnante, ¿cómo has podido matarlos, desgraciado?

Ignacio Ortiz abrió los ojos de golpe y se inclinó hacia atrás empujado por mi furia. Su expresión neutra viró a la de sorpresa. Aún sostenía la pistola, pero me dio igual porque estaba como poseída. Manu no logró apartarme de él. No sabía si había hablado ni qué le había dicho, pero tampoco me importó.

Delante de su cara, mi boca arrojó todo tipo de frases amenazantes. Le dije que en la cárcel le pegarían tales palizas que gritaría de desesperación, que lo violarían hasta abrirlo en canal, que a los cabrones como él se los rifaban, que pasaría unos años tan horrendos que querría morir. Y seguí y seguí. Hasta que le ordené que se quitara la vida.

—¡Mátate, hijo de puta! Eres muy valiente para asesinar a tus hijos, pero ¿no tienes huevos para pegarte un tiro en la cabeza?

Manu gritaba mi nombre, me agarraba con fuerza, suplicaba que parara. Pero yo continué, continué… Hasta que, en una milésima de segundo, Ignacio Ortiz levantó su brazo derecho, se metió el cañón de la pistola en la boca y disparó. Cerré los ojos, todo mi cuerpo vibró. Él cayó al suelo. Cuando los volví a abrir, vi la sangre, salpicaduras en la pared, en mi camisa, en mis manos. Vi dos dientes volar. Dos putos dientes.

Respiré tan hondo que me dolieron los pulmones. El silencio volvió a la cocina como una brisa suave. Di unos pasos hacia atrás. Choqué con Manu, me giré y fue la primera vez que nuestras miradas se encontraron. El estupor en sus ojos. La perplejidad dibujada en su rostro.

—¿Qué coño has hecho, Mery?

Negué.

—No… No lo sé.

Se me habían secado los labios. No mentí. No lo sabía, no sabía qué clase de cólera se había apoderado de mí y me había arrebatado la sensatez. Quizá me dolieron como si fueran mis propios hijos.

—Escucha —dijo muy serio—. Suicidio por arma de fuego. Tienes sangre en la cara. Escucha, Mery —repitió—. Te has acercado porque la situación estaba bajo control, permanecía calmado y había dejado la pistola en la mesa. Había bajado los brazos. Querías retirarla cuando de repente se ha abalanzado sobre el arma y se ha quitado la vida.

—Vale —susurré y asentí con un leve movimiento de cabeza.

—¿Lo has entendido?

—Sí.

Todo sucedió rápido. No nos dio tiempo a hablar mucho más. Me sacó de un empujón de la cocina. Entraron los refuerzos. Me vieron descompuesta pero serena. El protocolo siguió su curso sin problemas, el procedimiento habitual en estos casos: policías, ambulancias, forenses, autopsias, prensa, una madre destrozada que llevaba dos horas esperando que el padre le devolviera a los niños. Una pareja recién separada. Un parricidio de manual. Una venganza. Un suicidio. Una locura. Sí, todo siguió su curso. Menos yo. Yo había cambiado. Su disparo cambió mi trayectoria.

Mi hermano me llama y me arranca de la nube negra que me perseguirá donde vaya. Patitos amarillos flotando alrededor de la muerte. Mi boca gritando. Salpicaduras de sangre y carcajadas ahogadas.

—Dime.

—¿Estás más calmada?

No contesto de inmediato. Pienso en Mateo.

—Sí, un poco.

—Me alegro, ayer parecía que estabas trastornada. ¿Has hablado con papá?

Enarco las cejas. No sé ni qué decir.

—Eeeh… Sí.

—¿Ayer comiste lengua y hoy estás muda? ¿Por qué titubeas? He hablado con él hace un rato. Me ha dicho que está en casa, que hace mal tiempo y que mañana irás.

Cada vez que mi hermano dice que ha hablado con mi padre, me entran los siete males del universo.

—He cambiado de planes —afirmo—. Voy hacia el pueblo, tengo que contarle unas novedades sobre un caso. ¿Cómo está Susana?

—¿Y te vas hasta el pueblo? ¿No puedes decírselo por teléfono?

—No, Rubén. Ciertos temas hay que tratarlos en persona.

—Vale, vale. Susana está bien, en la farmacia, pero preocupada por ti. No le coges el teléfono. ¿Por dónde vas?

—Acabo de pasar el hotel Puerta de la Serranía. Hay un montón de niebla.

—No corras. Cuando llegues, me avisas. Por lo visto, ha caído una buena granizada.

—Bien, hasta luego.

Al colgar, suspiro. Una masa oscura se abre ante mí en el cielo, como si me dirigiera a Mordor. Siento que llevo cuatro días bajo una granizada constante que me está provocando heridas y cortes de tensión. Espero que no se destruya lo que he sembrado. Mateo ha sido un rayo que me ha atravesado. Cómo han sido capaces. Cómo he sido capaz.

No me gusta mentirle a mi hermano, pero lo llevo haciendo tanto tiempo que la mentira forma parte de nuestra buena relación. La farsa y los embustes son el vínculo de muchas parejas y así sobreviven: en la cuerda floja del engaño, haciendo equilibrismos para sostener las máscaras y las sonrisas. Me da pena, pero a veces no hay salida y aparentar acaba siendo la mejor opción.

Cuando dejo atrás Bodegas de Vanacloig, una sonrisa aparece en mi boca. Me sale de forma natural al ver el manto de casitas blancas a los pies del imponente cañón y las montañas, como si dijeran: a sus pies, bendita naturaleza. A una hora de Valencia se encuentra mi particular paraíso. Veo algún pico nevado y el cielo sigue bastante

negro. Comienzan a caer gotas. A mi izquierda, el cartel de BIENVENIDOS A CHULILLA me llena de un nerviosismo extraño. Ni siquiera me ponía así con mi primer amor de adolescencia. Nos escribíamos cartas con corazones y el primer día que nos veíamos en verano actuábamos como dos pasmarotes. Sin saber qué hacer. Con el corazón palpitando a dos mil por hora, hasta que nos dábamos la mano y sentía una electricidad desde la cabeza hasta los pies. Juan Morilla. Se casó hace dos años con una búlgara. A su madre le hizo tanta gracia que aún se está riendo.

Resoplo. Hay un desconocido en mi casa y estoy a punto de descubrirlo. ¿Habrán buscado a un doble? Joder, ¿qué tropelía se les habrá ocurrido? Al entrar al pueblo dudo, pero enseguida decido dejar el coche en el aparcamiento de arriba, junto a la Oficina de Turismo. Subo la cuesta y giro a la derecha. Solo hay tres coches aparcados y uno es la furgoneta blanca de Samuel. Es un chico de mi quinta y trabaja en una fábrica de lápidas en Villar del Arzobispo, pero siempre va en moto, incluso cuando hace un tiempo de mierda.

Estaciono en batería junto a los sauces llorones del señor Cambre. Me quedo un momento mirando la casa, el pueblo envuelto por la hoz que forma el río Turia, las montañas y, a lo lejos, la iglesia de la Virgen de los Ángeles. Es como un trance que precede a la adrenalina más pura. Sé reconocer estos momentos. Ahora mismo nado en un silencio absoluto y punzante, pero pronto el oleaje me arrasará. En Chulilla siempre me siento diminuta frente al paisaje.

Antes de salir, meto la pistola entre los vaqueros y mi espalda. Me pongo el gorro y la bufanda gris. Cojo el abrigo verde y la bandolera, y salgo del coche. Cuando vengo en invierno pienso lo mismo: que este frío no es normal, que han abierto la puerta del Ártico. Si Manu

viera que «abandono» aquí su coche, le daría uno de sus parraques. Y a mí también me va a dar como lo roben o le pinchen las ruedas. Echo una última mirada al vehículo y desciendo por la calle de las Eras con las manos metidas en los bolsillos. Apenas he andado unos metros cuando freno junto a la Tourist Info Chulilla. Está cerrada. No se oye ni un suspiro. Solo las gotas y los truenos lejanos. Observo un cartel tras un cristal que dice: UN RÍO DE SENSACIONES. A RIVER OF SENSATIONS, junto a códigos QR de planos y folletos, una gastroguía, una audioguía y todo lo necesario para que el turista no se pierda ni un detalle. «¿Cuántas veces me habré bañado en ese río?», me pregunto.

Sigo y bajo la primera tanda de escalones de la calle de las Eras. La casa de Belén se alquila; han puesto un cartel que hace un mes no estaba. Antes de bajar el segundo tramo de escalones puedo ver la plaza del pueblo. La plaza de la Baronía parece detenida en el tiempo. Distingo la fuente y los cuatro bancos de piedra. «Vale, Mery. Rápido». Bajo las escaleras corriendo, como un toro que sale del redil. A la izquierda dejo la Casa de la Villa y a la derecha la casa rural, pero no miro. Creo que, si no miro, no me verán. Acaricio la fuente que me ha visto crecer a mí y a mi familia. Tenemos cientos de fotos en esta plaza, junto a la fuente. Distintos años, distintas estaciones, pero siempre juntos. Ahora esa palabra ha perdido el sentido que tuvo antaño. Ya no hay una familia ni un «juntos» al que aferrarse como un clavo ardiendo. Ya no existen el alboroto ni las risas de la niñez y la juventud. Ni los bocadillos a media tarde. Ni la ilusión por que vinieran los primos. Ahora, cuando unos llegamos, los otros se van.

De reojo, observo que el estanco está abierto, y el bar de la esquina, cerrado. Lo que también está abierto es el Hogar-Bar del Jubilado. Hay luces, pero, como es lógico, ni un alma en la terraza. Dejo atrás la carnicería, el autoservicio y la calle Santa Bárbara y avanzo a paso rápido por la calle Maestro Amblar, que es la mía. Camino entre casas blancas de dos plantas decoradas con tiestos. Aquí predominan las calles estrechas con desniveles, escalinatas y plazas encantadoras. Hay un Audi azul aparcado en la puerta del restaurante Hoces del Turia. Sigo caminando, me encantan los pequeños balcones negros que adornan muchas de las fachadas. Rezo para que la señora Ana no esté en la ventana. Hoy se me va a hacer tarde para comer tarta.

Observo a la izquierda el cartel que indica la dirección de los Puentes Colgantes y aminoro el paso junto a las buganvillas de los Calados, una familia con solera. El árbol ha perdido la mitad de sus hojas y aun así sigue siendo precioso. Me llevo la mano a la espalda de forma automática. Expulso una bocanada de aire que se convierte en vaho, una nube blanca fugaz. En breve, voy a ver mi casa.

«Vamos, Mery, haz lo que has venido a hacer».

20

Leila

Para delante de la puerta de su casa con las llaves en la mano. Mira de nuevo hacia arriba. Las persianas están bajadas. Hace el ademán de abrir, pero se lo piensa mejor y da unos pasos hasta la puerta marrón chocolate del garaje. Decide entrar por la puerta pequeña. Se toca la espalda. Piensa que la pistola es su refugio, su salvación. Pincho las cinco cámaras que hemos instalado: una en el garaje, otra en el salón, dos en las estancias del primer piso y otra más en el patio interior. Cierra la puerta y me acerco a la pantalla. Ahora mismo veo una imagen negra. Frunzo el ceño. Manipulo la cámara desde el teclado. Todos los comandos están activados de forma correcta. Vamos, Mery, enciende la luz. La oigo caminar. Me llega su respiración atolondrada. Agudizo el oído. Manipula un objeto. ¿Una caja? ¿Un papel? Joder. Cojo el móvil y llamo a la Nena.

—Nena, ¿tú puedes verla? ¡No funcionan los infrarrojos del garaje!

—Negativo. ¿Intervengo?

—No.

Cuelgo. Miro el reloj. Lleva casi un minuto en el negror más absoluto. ¿Qué estás haciendo, cabrona? Bufo. Me levanto. Me siento. Me estreso. Minuto y medio. Sigue en el garaje. ¡Por fin!

Cuando ya voy a interceder, enciende las luces. Aparece al lado del coche de papá. Quieta, como si se quisiera mimetizar con el BMW plateado. Lo recorre con la vista, del capó al maletero y vuelta. Entonces lo bordea y entra. Huele bien. El coche está recién lavado. Abre la guantera y mete la mano con sumo cuidado. Ve las llaves del coche y una pequeña linterna. Las guarda en su bandolera. No están los papeles del seguro ni la documentación. Baja los parasoles. Nada. Sale del coche y se dirige al maletero. Lo abre despacio, como si lo acariciara. Comprueba qué hay dentro: los triángulos de señalización, un chaleco reflectante, una rueda de repuesto y herramientas en una bolsa impermeable. Sigue estudiando el maletero, pero de repente levanta la cabeza. Ha oído un ruido y se pone en guardia. Mi vista se va a la parte superior derecha de la pantalla. Al papanatas le ha dado un ataque de tos y va a la cocina a beber agua.

Me enciendo un cigarro y bebo un sorbo de café. Después de hacer una panorámica del garaje con la mirada, decide cerrar el maletero y salir. Ahora sí que se dirige hacia la entrada de la casa. Debe de tener el corazón en la garganta, como yo. Los imprevistos me tensan. Gira la llave y la puerta se abre. Cierra de una forma tan ligera que ni siquiera lo oigo. Saca la pistola de su espalda y pega su brazo derecho a la pierna. Seguro que está oliendo a tabaco, este imbécil enlaza un cigarro con otro. Camina por el pasillo dejando atrás las escaleras que suben al piso de arriba. Oye el crepitar del fuego. Sabe que está en el salón. La doble puerta de madera con partes de vidrio templado está cerrada. La oigo susurrar: «Tres, dos, uno». Le da una patada que me sobresalta y apunta con la pistola.

—Manos arriba —dice él con sorna.

Mery sigue apuntando. Se queda petrificada. Tiene un *déjà vu*. Puedo ver su gesto de estupefacción.

—¿Tú?

«¿Quién si no, Mery?», pregunto al aire.

—Anda, baja al arma y ven a darle un abrazo a tu tío.

El hombre se levanta y extiende los brazos con una sonrisa. Es increíble el parecido que tiene con su hermano. Cuanto más lo miro, más veo al inspector Martos.

—Siéntate —ordena ella sin bajar el arma—. ¿Qué haces aquí?

Él obedece y de nuevo toma asiento en el butacón, junto a la chimenea.

—Mi sobrina favorita está enfadada. Muy sencillo, Mery. Hago lo que me dijo tu padre que hiciera: venir a ayudarte si las cosas se ponían feas. Y, viéndote, intuyo que se han puesto muy mal.

—Lleváis más de diez años sin hablaros, sin veros, y pretendes que crea que te ha pedido ayuda… ¿a ti?

—Tu padre y yo retomamos el contacto hace un año. Me llamó para felicitarme las navidades y volvimos a hablar, nos pusimos al día. No pienses que fui a buscarlo. ¿Puedes dejar de apuntarme?

Mery baja la pistola, pero no la suelta. Arrastra una de las sillas que hay junto a la mesa y se sienta frente a él, a unos tres metros de distancia. El panoli parece tranquilo. A su derecha, sobre una mesita auxiliar, tiene una copa de vino tinto y un cenicero lleno de colillas.

—¿Cuándo has llegado? —pregunta muy seria.

—Ayer por la mañana. —Mery se calla. Su cerebro es una esponja. Está procesando la información, uniendo fechas y horas—. Me

mandó un wasap claro y escueto: «Fonsi, ve a la casa del pueblo. Ayuda a Mery». Puedes verlo, si quieres.

Alfonso mete la mano en el bolsillo y saca el móvil. Se lo tiende a Mery, pero ella no lo coge.

—Me importan una mierda los mensajes que te haya mandado. Esta mañana ha hablado con mi hermano. Le dejan utilizar el móvil cuando es necesario, pero está secuestrado, amordazado y meándose encima. Sigo sin entender qué haces aquí. —Mery se levanta—. ¿Estás con ellos?

—¿Con quién?

—Me estoy cansando, se me acaba el tiempo y tengo que encontrar a mi padre. ¿Estás con ellos? —grita como una loca.

Me aproximo a la pantalla. A él le cambia el semblante. Cómo ha evolucionado tu sobrina desde la última vez que la viste, ¿eh? Dejaste a un potrillo y te has reencontrado con un corcel indomable.

—¡No sé quiénes son ellos! Tu padre me dijo que andaba detrás de un asunto complicado, que seguía los pasos de una organización peligrosa y que te había metido en el lío. Que, si el tema se torcía, me avisaría para que te ayudara. Puedes ver mi móvil. Tengo conversaciones con él desde hace meses y un montón de llamadas —dice nervioso, atropellado.

—¿De dónde has sacado las llaves de mi casa?

—La llave. Solo tengo la de la entrada. Me la mandó por correo, junto a esa nota de ahí. —Señala la mesa de madera.

Mery da unos pasos hacia la derecha y sostiene la hoja cuadriculada.

> Fonsi, aquí tienes la llave de la casa. Si te pido ayuda, utilízala. Tarde o temprano, Mery irá al pueblo. Gracias, hermano.

Levanta la vista. Su expresión me hace gracia. A esta chica le salen subtítulos cuando no habla. Y los de ahora dicen: «¿Me estás vacilando?».

—Te lo juro, Mery. Te lo juro.

—¿Has salido mucho de casa? ¿Cuántos vecinos te han visto?

—Hum. —La pregunta lo ha descolocado—. Ayer no pisé la calle. He salido esta mañana a por tabaco. Me ha hablado desde la ventana una señora, me ha preguntado por Rosa y por ti.

—¿Por qué le has dicho que vendría mañana?

—No sé. Por decirle algo.

—No te muevas ni un milímetro.

Mery camina de espaldas hasta salir del comedor. Corre y entra en la única habitación que hay en la planta. Abre el armario. Yo me pongo de rodillas sobre la silla y me pego a la pantalla. ¿Qué estás haciendo? Pasa una chaqueta y otra, hasta que encuentra el cortavientos impermeable de su padre. Abre el cajón que hay dentro del armario y saca una gorra. Vuelve al salón. Le lanza la chaqueta y la gorra.

—Vamos a dar un paseo.

—¿Por qué?

—Porque la casa está llena de cámaras.

Él se pone el impermeable y la gorra sin rechistar.

—¿Y el fuego?

Mery observa los troncos y las llamas parpadeantes.

—Déjalo. Vamos.

Al salir, ella se mete las manos en los bolsillos y comienza a bajar por la calle San Juan. Él la sigue, unos pasos por detrás al principio, pero luego se pone a su altura.

—¿Dónde vives?

—En Zamora.

—¿Tienes hijos, familia, trabajo? ¿Qué haces allí?

Mery utiliza un tono tan áspero y seco que me asombra.

—No, no tengo hijos. Trabajo en una fábrica de embutidos. Me alegré muchísimo cuando tu padre me llamó.

—Seguro.

—Sí, me contó lo buena policía que eres y lo bien que está tu hermano con su mujer y sus hijos. También lo feliz que estaba con su pareja.

—¿Y por qué crees que mi padre no me ha hablado de ti?

—No lo sé. Quizá pensó que te enfadarías. Nunca he tenido buena reputación en tu familia. Tu madre me odiaba.

—Ni la nombres —lo corta en seco.

Hace una pausa. Le ha metido el dedito en la herida.

—Ella te odiaba porque solo aparecías para dar por el culo. Para pedir dinero que no devolvías y para que mi padre te sacara de embrollos porque eres un pinta de cuidado. Igual no tienes buena reputación porque durante años fuiste un camello de poca monta que recibía palizas y venía lloriqueando. Lo complicabas todo.

—Fueron tiempos difíciles. He cambiado.

—Me alegro.

Caminan por la calle San Juan hasta que Mery gira hacia la derecha por la calle de las Cuevas; no tiene salida, así que intuyo que va al mirador. Descienden en silencio hasta llegar al final de la calle, estrecha y desierta. Se acaba el asfalto y la naturaleza toma el relevo, con una ruta para senderistas. Ella se apoya en una gran piedra donde una placa roja con un QR indica que el mirador de las

Cuevas es el punto número dos de la audioguía. Alfonso apoya las manos en la firme barandilla de madera y contempla el monumental paisaje. Ella le clava los ojos en la espalda.

—¿Conmocionado por las vistas?

—Sí. No recordaba bien el gran cañón del Turia. Impresiona.

—Cien metros de altura, cuatro kilómetros desde la presa de Loriguilla.

—¿Siguen escalando?

—Claro.

Alfonso mira hacia la izquierda.

—La cueva del Gollizno y, en el barranco, la cueva del Tesoro —dice ella.

—Íbamos cuando eras pequeña y te contaba la leyenda del capitán cristiano que se enamoró de la princesa Zoraida.

—Lo sé.

—¿Y allí? —Señala su tío hacia la derecha.

—La Peña Mosen.

Qué momento más emotivo. Alfonso se da la vuelta y se apoya en la barandilla. Están frente a frente, como en un ring de boxeo. Sin mucho público, pero contra las cuerdas.

—Dame el móvil, quiero leer los mensajes de mi padre.

Pasa más de diez minutos leyendo. Alcanzo a ver la pantalla, pero me sé las conversaciones de memoria. La primera es del 25 de diciembre, y la última, del lunes de madrugada, y pone exactamente lo que Alfonso le ha dicho.

—¿Ahora me crees?

Lo analiza. Él ni parpadea.

Nadie mira como esta chica.

—¿Estás con ellos?

—Mery, no sé quiénes son ellos. Solo sé lo que tu padre me ha contado. Él me ha salvado en infinidad de ocasiones, me pidió ayuda y aquí estoy.

—¿Y cómo piensas ayudarme a encontrarlo?

—Ni idea. Haré lo que tú me digas. Te acompañaré donde sea, pero tendrás que contarme qué está ocurriendo. Lo único que he descubierto hoy es que la casa está llena de cámaras. ¿Nos siguen?

—Nos siguen.

Mery se levanta y lo estudia desde arriba.

—Tengo que irme a hacer unas cosas, pero mañana te lo contaré. Quedamos a las diez en el Charco Azul. No habrá nadie y podremos hablar con tranquilidad. No quiero que nos vean juntos.

—Hace mucho tiempo que no bajo al Charco Azul. No sé si encontraré el camino.

—Sigue las flechas; hasta los niños hacen la ruta. Solo dudarás una vez porque se bifurcan dos caminos. Elige el que va hacia abajo.

—Ha llovido y va a seguir lloviendo. El río estará crecido.

—Sí, pero no tanto como para que esté inundado. He mirado el tiempo. Estará embarrado. Cúbrete bien los pies y mira dónde pisas. Lo único que puede pasar es que te pegues una hostia. Mi padre tiene botas en su habitación. Coge unas. Y no salgas de casa, por favor. Ni a por tabaco.

Alfonso asiente, aunque sin mucha convicción. Mery avanza un par de metros, pero se detiene, retrocede y se inclina junto a su oído.

—Te voy a dar un consejo —susurra cerca de su oreja—: si estás con ellos, reflexiona y abandona, porque no te dejarán salir con vida del juego.

Doy una calada y expulso el humo.
Mery tiene el don de sacarme sonrisas.

21

MERY

No ha contestado. Tampoco yo me he girado para ver sus gestos. Tiene la misma mirada que mi padre. Estoy cansada de mirar hacia atrás. Camino con la cabeza baja, como si tuviera un peso colgado en la nuca. No quiero tener contacto visual con nadie. Mi madre no lo odiaba; mi madre lo temía. Mi madre era demasiado buena y no sabía odiar. Un privilegio o un castigo reservado a unos pocos. Ese verbo no formaba parte de su vida, pero de la mía sí. Alfonso era sinónimo de problemas e inestabilidad. Siempre lo ha sido y sospecho que lo sigue siendo.

—¿Ha venido para ayudarme o para entorpecer? ¿Se lo has contado a un miserable, papá? ¿Has acudido a unos brazos que solo saben asfixiar? Normal que no tenga familia. Si la tuviera, la habría matado a disgustos —susurro.

Bajo por la calle San Juan. La lluvia empieza a caer con fuerza. Veo a Bella, una gatita carey, la minina de los Castaña. Entra y sale a su antojo, pero sabe dónde tiene que volver, dónde están el calor, el refugio y la comida. El instinto es el instinto. Cuando llego a su altura, me paro.

—No te abren, ¿eh? —le digo mientras se restriega entre mis piernas.

Me mira con cariño. Creo que hoy no le he dado de comer a Lemon, creo que no he desayunado y creo que estoy jugando con fuego y me voy a quemar. Me estoy alimentando de creencias y ayunando certezas, una dieta con efecto rebote. Siempre haciendo lo contrario de lo que debería hacer. La Llama es una moneda con trampa y, da igual cómo la tire, va a salir cruz.

Toco la puerta de los Castaña un par de veces con los nudillos y echo a correr. Cruzo la plaza y durante unos segundos vuelvo a mi niñez, cuando los niños del pueblo tocábamos las puertas y corríamos como si hubiéramos cometido el mayor de los delitos. Bendita inocencia, cuando nada importa y todo cala. Voy frenando y me dirijo hacia el coche. Pienso en mis delitos y tropiezos, y me escuecen como el arañazo que provoca un gato. He vivido con ese escozor en el alma durante buena parte de mi vida. Pienso en Mateo. No sé si aguantaré en su velatorio. De hecho, no sé si alguna vez podré pensar en él sin verme arrastrando su cuerpo por el pasillo entre sudores y lágrimas.

Abro el coche, me siento y apoyo la cabeza sobre el volante. «¿Dónde te has metido, Mery?». Dejo la bandolera en el asiento del copiloto y saco el móvil. Sara no me ha contestado y tengo dos llamadas de mi hermano y de Susana. No les he avisado al llegar. Da igual. Arranco y salgo del pueblo.

Cuando llevo diez minutos de trayecto en completo silencio e intentando poner la mente en blanco, suena el móvil. Desvío la mirada. Qué raro, es un número que no conozco. Descuelgo y pongo el manos libres.

—¿Sí?

—Hola, ¿eres Carla Martín? —pregunta una chica.

Frunzo el ceño. ¿Dónde he dicho yo ese nombre? Mi cerebro se dispara.

—¿Estás ahí?

Y la bombilla se enciende. A Juan Antonio Torres, el portero de Sandra Burgos y Luis, esta mañana.

—Perdón, sí. Es que voy conduciendo y se corta. ¿Quién eres?

—Esther Ramírez.

Doy un frenazo sin pensarlo. Mi cuerpo permanece pegado al volante, lo sujeto tan fuerte que me duelen las manos. Hiperventilo, me quedo sin saliva. Estoy en una pequeña carretera local de doble sentido, a la derecha hay olivos y a la izquierda almendros, pero yo solo veo estrellas fugaces. Puntitos de luz que se mueven en todas las direcciones frente a mis ojos.

—Eh, ¿estás bien?

—No puede ser —murmuro mientras visualizo a Esther flotando en la pecera gigante—. ¡No puede ser!

—Oye, no me grites. Me da igual que seas policía.

Intento volver en mí. El coche sigue clavado en mitad de la carretera. Estoy sola y envuelta por un manto de niebla. Cojo aire por la nariz y lo expulso por la boca.

—Tú no eres Esther.

—Porque tú lo digas. Desde que nací. Me ha dado tu número el portero de Luis. ¿Qué es eso de que mi hermano estaba metido en una secta? ¿Sabéis cosas que yo no sé? ¿Estáis investigando?

Me llevo los dedos al arco de la nariz.

—No puedo hablar del tema por teléfono.

—¿Que no puedes? Pues voy a llamar a los policías con los que estuve el sábado de madrugada para que me informen. Les daré tu nombre y les contaré qué vas diciendo por ahí.

—Vale, espera, espera. Tu hermano no estaba en una secta. Solo quería saber si el portero lo veía con gente extraña y cómo era su comportamiento.

Ahora es ella la que se calla.

—¿Por qué?

Me entran ganas de gritarle: «¡Porque estaba metido en una mierda muy jodida!».

—Es difícil de explicar. A tu hermano lo coaccionaban e intuyo que Sandra Burgos y él eran más que amigos.

—Sí, se acostaban.

Me quedo muda.

—Vale. —Respiro hondo—. ¿Podríamos vernos en persona? No te robaré mucho tiempo. ¿Dónde vives?

—Bueno…, de acuerdo —afirma poco convencida—. ¿Yo? En Alzira. Puedo quedar contigo, pero no pienso ir a Valencia.

—No te preocupes. Iré yo. ¿Mañana por la tarde puedes?

—Lo miro.

Mientras lo comprueba, me doy cuenta de que estoy siguiendo la conversación por inercia, pero no soy capaz de integrar la nueva información en mi archivo mental, que está lleno de datos.

—Oye, pues sí. Puedo a las cinco. Quedamos en la puerta del MUMA, el museo que hay en el centro.

—Vale. ¿Puedes hacerme un favor?

—¿Qué favor?

—No le digas a nadie que vamos a vernos.

—¿Por qué?

Pongo los ojos en blanco.

—Porque yo no debería estar hablando contigo.

—Vale. Cuánto misterio —masculla.

Sin mucha dilación, nos despedimos y me visualizo con los hombros alicaídos y la mirada fija en los campos que me rodean. Bajo las ventanillas. Necesito aire. Si yo no vi morir a Esther Ramírez, ¿quién era la mujer de la pecera?

—Qué bien lo estás haciendo, zorra —susurro entre dientes.

22

LEILA

Cuando sabes lo que quieres, te conviertes en una zorra hábil y astuta. Tú tampoco lo estás haciendo mal, no del todo. Con el tiempo se aprende, la vida te enseña. Estudio una de las tres pantallas y las diferentes cámaras. Los recuadros con gente que no para quieta se multiplican. Cojo el móvil y llamo a la Nena.

—Me estoy volviendo loca. Aquí no encuentro nada, Leila. Está como lo dejé. Cada objeto y cada marca en su sitio. Y ahora los infrarrojos, los sensores de movimiento, todo funciona a la perfección. Lo he comprobado —me explica antes de poder hablar. A menudo se les olvida que puedo verlos.

—Lo sé, pero algo ha tenido que hacer, dejar o cambiar. Ha estado más de un puto minuto.

—Aggg —gruñe—. Ya.

—No te preocupes. Llamaré a Sabater y se lo comentaré. Sal de ahí, va el tío de la criatura hacia la casa.

—Yo lo llamo. Recibido.

La Nena mira hacia la cámara encogiéndose de hombros con las palmas de las manos hacia arriba. Me provoca ternura. Acto seguido, apaga la luz del garaje y sale. Cuando le diga que mañana tiene que

ir al Charco Azul y hacer una ruta entre las montañas, me va a maldecir. Caminar no le va mucho, pero hacer desaparecer cuerpos es su fuerte. A ella se le da mejor lo más complicado. Es virgo: quejica pero metódica. Resolutiva, insistente y muy perfeccionista. Hasta que no sepa qué ha hecho Mery en el garaje no parará. Escarbará como un perro trufero. Llamará al ingeniero y lo volverá loco. Si tuviera que poner la mano en el fuego por alguien de mi equipo, lo haría por ella.

Me concentro en Mery. Permanece callada. Me gusta romperle los esquemas y confundirla como si fuera un trilero. Ahora no respira de forma acelerada. Qué susto me has dado. Con esos tremendos frenazos, te acabarás estampando.

Me levanto y voy a la cocina. Saco las tostadas del armario y la mermelada *supreme* de mandarina al ron. Sería mejor idea beberme un ron con hielo. Me espera un día complicado pero divertido. Esta tarde voy a estar con Mery, hombro con hombro. Va a ser emocionante. Es la parte más entretenida del juego: un chute excitante y de subidón, como cuando haces puenting sin estar seguro de si la cuerda se va a romper por accidente. No sabes si volarás o te estrellarás. Estás bien sujeta, atada con tres cuerdas, y aun así puede suceder una desgracia. Ahí está el riesgo, y también la diversión.

Doy un bocado a la tostada y oigo los tonos de un móvil. Me llevo el plato hacia la mesa de trabajo y me siento frente a la pantalla para estar pendiente de la conversación:

—Manu, ¿puedes hablar?

—Sí, ¿qué pasa? No te habrás cargado el coche.

«Pues casi», le digo a la pantalla.

—No. Una cosa: el otro día, cuando el chico se suicidó, ¿fue la hermana?

—Claro.

—¿Cómo se llama?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Manu, joder, limítate a contestar, por favor —exige, pero no levanta la voz.

—Se llama Esther —contesta a regañadientes.

—Vale, ¿y hablasteis?

—Un minuto, tu padre fue el que se encargó de estar con ella y todo el rollo.

—¿Cómo es?

—¿Cómo es de qué?

Mery resopla.

—Cómo es físicamente, cuántos años tiene, cómo habla, cómo se comporta…

—Si no me cuentas para qué lo quieres saber, no te lo digo.

—Mira, que te jodan.

Mery cuelga y yo me río. Qué par, no sé por qué dejaron la relación, la verdad. Están hechos el uno para el otro. Una pareja que, por ser tan opuesta, se atrae sin poder remediarlo. El caos de ella es la tranquilidad de él, y viceversa. Yo tuve un amor así; duramos cinco años y fueron los mejores de mi vida. Rebosábamos complicidad. Cuando me enervaba, él me calmaba. Sabía manejar mi carácter explosivo, tomar las riendas si me desbocaba. Lo echo de menos. Nunca debí haber roto con él. Pero mi deseo de ser madre lo rompió todo, incluso a mí. Estaba escrito en el libro del destino que mi vida era una bomba que iba a explotar. Mejor que le pillara lejos.

La melodía de piano suena en el coche. Ay, Manu, sigues más enamorado que un tonto. Si te pidiera la luna, se la bajarías con un lacito.

—¿Qué? —dice ella.

—Madre mía, cómo estamos. A ver, tiene treinta y cuatro años, pero no los aparenta. Es medio hippy y lleva el pelo castaño con rastas. Ojos claros. Es una chica guapa y con tatuajes en las manos. Es lo único que pude ver.

—¿Se mostró compungida?

—¿Tú qué crees, Mery? Su hermano se había tirado desde una azotea. ¿Qué pretendes? ¿Que aplaudiera y se riera?

Querido Manu, no sabes la de sonrisas y aplausos sordos que he presenciado cuando ha fallecido un ser humano.

—Vale, gracias.

—Cuando te dé la gana, me cuentas qué está ocurriendo.

—Sí, lo haré. Por cierto, tendré tu coche hasta mañana sobre las tres. ¿Te importa?

—No, pero a las seis lo necesito. Así que lo quiero en el garaje antes.

—Lo tendrás. *Ciao.*

Qué va, no lo harás. Estarás calladita. En La Llama hablar más de la cuenta es la mayor de las temeridades y lo estás descubriendo. Ver, oír y callar es el mejor consejo que te puedo dar.

Antes de levantarme, estudio cada una de las pantallas: el inspector Martos y su compañero de aventuras, en las sillas. Cada hora que pasa dan más asco. Mery, de camino a Valencia como si llevara un piloto automático. Esther Ramírez, en su taller, trabajando y haciendo fotografías para las redes sociales. Lemon, en la cocina,

bebiendo agua. Alfonso entrando en el salón, con un cigarrillo en la boca y mirando hacia el techo. Busca. Busca.

Subo el volumen al máximo y me voy a la habitación. Abro el armario de par en par. Paso las perchas y acaricio la ropa. ¿Vestido negro o traje de chaqueta? ¿Botín o tacón? La última vez que fui a un velatorio sufrí la peor experiencia de mi vida, la que me condujo a la muerte y, más tarde, a la resurrección. De Caperucita Roja pasé a ser la abuelita y luego me transformé en el lobo feroz. No me arrepiento. Sentía tanta pena como ganas de morder. Un instinto animal primitivo y de supervivencia floreció en mí como si estuviéramos en plena primavera; sin embargo, no paró de nevar. Aquel invierno duró años. Nunca volví a soplar las velas, pero, irónicamente, entré a formar parte de La Llama. De hecho, me convertí en la llama y nadie me pudo apagar.

23

MERY

He claudicado. Me he tirado en la cama y me he dormido. Mi cuerpo se ha rendido como un soldado desarmado, mi cabeza se ha fundido como una bombilla que lleva un lustro dando luz. Mis ojos no podían soportar la tonelada que pesaban mis párpados. Observo el techo y la lámpara; ¿estará ahí la cámara? Parezco una okupa en mi propia casa. Soy una participante de *Gran Hermano*. Bajo la lupa del ojo que todo lo ve. Nadie es libre cuando lo vigilan veinticuatro horas.

Suena un wasap en mi móvil. Me incorporo y cruzo las piernas. Es de Sara. Reproduzco el audio.

—Perdona, tía, pero no he podido mirarlo antes. Vaya percal esta mañana en el bar. La tal Esther Ramírez vive en Alzira. Está limpia. Pero fíjate en las casualidades. Me ha visto Roberto cuando la estaba buscando y me ha contado que esa tía pasa marihuana a un montón de policías. Igual ha estado con alguno. Seguro, se habrá tirado a media docena. Si me necesitas, me llamas. Besitos.

Me quedo mirando las estrellas estampadas en el nórdico. Tengo a una hippy que pasa droga a la autoridad. Genial. ¿Qué pieza será en el tablero? Me muero por conocerla. Me levanto y abro el armario. Sin tocar la ropa, analizo las prendas de derecha a izquierda y de

izquierda a derecha, como si estuviera viendo un partido de tenis. ¿Y si no voy? Estará lleno, nadie me echará en falta. Resoplo. «Venga, Mery, concéntrate». Sacudo los brazos. «Debes de tener la mente de un asesino, de los que van al funeral con expresión compungida y arropan a la familia después de cometer el crimen». No lo he asesinado, pero siento que he apretado su cuello. Aunque entre los asesinos y yo hay una diferencia. Ellos no tienen empatía ni remordimientos ni pensamientos intrusivos que los señalan cada dos minutos, y yo sí. Aún no he subido de escalón, pero a este paso llegaré al final de la escalera.

Descuelgo un pantalón negro de vestir y una camisa de color berenjena. Desde el marco de la puerta, Lemon observa cómo me desnudo y me visto con el *outfit* de ir a un velatorio. Tengo frío, así que me pongo un jersey negro de punto sobre la camisa y saco del zapatero unos botines planos. Son las seis y media de un martes tétrico, cruel e injusto. La vida sin filtros ni adornos. Sin dobleces.

Antes de salir de casa, le pongo comida y agua a Lemon. Se restriega entre mis piernas a la vez que maúlla y me deja los pantalones perdidos de pelos. Vuelvo a la habitación y me paso el rodillo mientras pienso si debería llevarme la pistola. La cojo, la dejo. La cojo, la dejo.

—A tomar por culo.

Abandono la pistola en el último cajón y me dirijo hacia la entrada. La puerta del salón sigue cerrada y el suelo invadido de objetos rotos. Cierro de un portazo. Oigo a la vecina de arriba y salgo disparada escaleras abajo. Estoy tan triste, enfadada e irascible que no quiero ni que el aire me roce. Cuando salgo a la calle, el aire no me roza, sino que me empuja por la espalda como un cobarde. Se

ha quedado una tarde perfecta para ir a un velatorio. Ha llovido. Un niño pequeño juega en un charco, qué felicidad más simple y añorada. Ahora el cielo está dando una tregua. He tenido suerte y he aparcado el coche a cien metros. Me acerco y lo examino por fuera. No sé si estoy paranoica, pero prefiero pecar de loca que de tonta.

—Sube —murmuro.

Tardo en cruzar parte de Valencia más de veinte minutos y cada uno de ellos pienso en mi padre, en mi tío y en la chica con la que he hablado por teléfono. No me gusta la gente que aparece de la nada. De la nada únicamente salen impostores. Un agujero negro los expulsa con la lección bien aprendida y hay que saber lidiar con estos personajes. Solo tengo una táctica infalible para hacerles frente: ser más falsa que ellos.

Aparco en la calle del tanatorio, junto a un establecimiento de comida rápida. Antes de salir del coche, compruebo la hora y me crujo los dedos. Estoy inquieta. Las siete y cuarto de la tarde y comienza a chispear. Salgo sin pensar. El viento azota con tanta fuerza que me ayuda a caminar. Me subo la cremallera del abrigo hasta arriba y bajo la cabeza hasta que se junta con el cuello. Aun así, a lo lejos, veo a grupos de personas hablando y fumando en la puerta del tanatorio. Menos mal que no conozco a nadie.

Al llegar, sigo mirando al suelo y subo el tramo de escaleras que me conduce al hall. Se abren las puertas de cristal. Es una recepción amplia y luminosa. Me quedo plantada en el centro haciendo caso omiso a las personas que entran y salen, que pasan junto a mí. Al

fondo, distingo el mostrador de madera y una chica uniformada con traje de chaqueta. A la izquierda se abre otra gran sala y leo en un cartel: CAFETERÍA. FLORISTERÍA. ¿Debería comprarle flores? Ni siquiera había pensado en el detalle del ramo. Desde este punto, y dentro de una cristalera, veo arreglos y coronas de distintos tamaños. Una ola de calor insoportable me asedia. Me quito la bufanda y la ato a la bandolera. No puedo comprar flores, no puedo. Me muevo y doy unos pasos hasta una pantalla negra con letras en blanco. Leo: OCUPACIÓN DE SALAS. El número de salas va seguido de nombres propios con apellidos. Hay siete. Siete almas que se han ido a un mundo mejor, porque este es una jodida pesadilla.

«Sala 09. P2. Mateo Torres Gil». Me giro y me dirijo hacia el ascensor. Está bajando. Dos señoras mayores cogidas del brazo llegan y me sonríen con cierta amargura, pero las sonrisas que nacen de la pena valen el doble. Hay una placa dorada y enorme que informa en qué planta está cada sala. Se abren las puertas y sale un caballero de mediana edad. Entramos las tres en silencio. Una de las mujeres, pintada como si fuera a una fiesta, marca la planta uno y yo la dos.

—Por aquí vamos a pasar todos —afirma con resignación.

—Sí —acierto a responder.

Ellas salen sin decir adiós. Se cierran las puertas y me miro en el espejo. Parece que acabo de estar en el hospital y que sigo enferma. Quizá lo esté. Las puertas se abren; para mí se ha abierto el telón de un teatro, porque empieza la función. Esto va a ser improvisación pura, una obra que jamás se ha ensayado y estrenado.

Cuando salgo, veo a la derecha una sala con dos sofás marrones y una mesa baja. Los asientos están ocupados, habrá unas diez

personas conversando. Respiro hondo y camino hacia un pasillo ancho y largo. Está lleno de gente y no levantan la voz en exceso, pero el murmullo sobrevuela la planta. A la izquierda están ubicadas las salas. De la cinco a la diez. Mi corazón se acelera, el calor que sentía se ha duplicado y vuelvo a ver estrellas fugaces frente a mis ojos. Dejo atrás la sala siete y llego a la del señor Mateo. En un primer golpe de vista, advierto abrazos y sonrisas. Caras tristes y lágrimas. Pero no encuentro a Andrea, que es la única persona a la que tengo que ver… y que me tiene que ver. Antes de entrar en la sala, me fijo en un atril que han puesto a la derecha. Hay un libro de firmas abierto sobre él. Nunca había visto esto en un velatorio. Me recuerda al libro de firmas de mi primera comunión. Arriba y en las dos páginas, pone: «Tus palabras para el recuerdo». Han escrito dos personas. Sé que no debería, pero me puede la curiosidad.

Siempre serás un gran amigo y compañero. Nunca olvidaré tus consejos, tu amabilidad y tu corazón inmenso.

JAVIER

Fuiste el mejor tío del mundo. Gracias por tu amor. Te quiero.

ANA

Sabía de la existencia de su sobrina Ana. Lo llamaba por teléfono y estaban en contacto. Es la hija pequeña de su hermana y su sobrina favorita. Dejo de cotillear el libro y entro en la sala.

No es demasiado grande, pero rebosa gente y el ambiente está cargado. Siento que soy un elefante en una cacharrería y que me

miran. De repente, mis ojos se encuentran con los de Andrea. Ella los tiene vidriosos, yo, secos. No me quedan lágrimas. Me las he dejado todas en casa de su padre. Tan pronto como me ve, se acerca y me da un abrazo sentido, tan sentido que me rompe.

—Muchas gracias por venir, Mery.

—¿Cómo estás? —pregunto de forma absurda.

—Bien… Bien. Cargaba con un peso muy grande. Ahora descansa.

—Sí.

—¿Quieres verlo? —Señala el fondo de la sala.

—No, mejor no.

—Sí. —Me coge del brazo y tira de mí—. Despídete, que luego te arrepentirás.

—No, Andrea, de verdad. —Me estoy resistiendo cuando una mujer entra en escena.

—Perdón, ¿es usted la hija del señor Mateo?

Las dos paramos y la analizamos. Tiene un acento francés indiscutible. Nadie dudaría de su procedencia. Es alta y delgada, con melenita rubia, va maquillada de forma elegante y sutil, y desprende un aroma atrayente. Su dentadura es perfecta y su rostro armónico. Alucino con sus largas pestañas y sus ojos claros. Qué color más extraño y bonito. Su presencia nos emboba durante unos instantes. Es de esas mujeres que llaman la atención sin pretenderlo.

—Sí, soy yo.

—Qué pena vernos en estas circunstancias. La acompaño en el sentimiento —afirma y le tiende la mano enfundada en un guante negro de satén.

—Gracias —responde Andrea con una sonrisa—. Creo que no nos conocemos.

—No —contesta la mujer.

La escaneo de arriba abajo. Lleva un traje de chaqueta negro y tacones, y de su brazo cuelga un bolso tipo *bowling* color gris antracita de una marca carísima. No puedo dejar de mirarla. Tiene un magnetismo que nunca había sentido con ninguna mujer.

—Conocí a su padre en la Sorbona, hace muchos años. Era un excelente profesor, sus clases de literatura eran una delicia. Yo también me convertí en profesora y ahora imparto un máster aquí en Valencia.

La musicalidad de su acento se convierte en una melodía por la que te dejas envolver.

—Vaya, mi padre hablaba de la época de la Sorbona con nostalgia y cariño. ¿Cómo se ha enterado de su muerte?

Estoy viviendo la conversación como una espectadora entusiasmada.

—Me ha avisado Marcel Moreu.

—Ah, sí. He hablado con él esta mañana.

—Le transmito de nuevo sus condolencias. Está muy… —se queda pensando la palabra— afectado. Le hubiera encantado venir.

—Sí, me lo ha dicho.

Nos interrumpe un hombre de mediana edad con barba y bigote y avisa a Andrea de que un tal Óscar Manzón está fuera. Le hace un gesto para que salga. No recordaba lo estresante que es un velatorio. Sus protocolos y maneras de proceder. Recibir a la gente, ser atento y que todo salga bien.

—Perdonadme. Gracias por venir…

Nos quedamos las dos esperando su nombre como quien espera el trueno después del rayo.

—Leila. Me llamo Leila.

—Encantada, Leila.

Leila y yo estamos a solas, frente a frente. Nos miramos como estudiándonos. Le hago un retrato facial. Su cara me resulta familiar, pero sé que no la he visto en mi vida. Es una mujer difícil de olvidar.

—¿Y tú eres? —pregunta con amabilidad después de unos segundos que no me han resultado incómodos.

—Mery. La vecina del señor Mateo. ¿Tenías contacto con él?

—No mucho. Nos felicitábamos las fiestas, hablábamos cuando un colega publicaba y cosas así. Llevo dos años en Valencia, pero ha sido imposible verlo.

—No salía.

—Lo sé. ¿Me acompañas?

No sé cómo lo hace, pero pone su mano detrás de mi espalda y avanzo sin pensar. Me arrastra de forma incontrolada sin ejercer fuerza alguna y de pronto me veo con Leila delante de la cristalera, mirando el cuerpo sin vida de Mateo dentro del ataúd de madera, rodeado de coronas de flores y cestas. Contemplo nuestro reflejo. Ella lo observa con fijeza.

—Justo como lo recordaba.

Tengo la boca seca. Me quito el sudor de la frente.

—No te preocupes, Mery —continúa—. La muerte no existe. Ha trascendido a un lugar mejor, él sí. Un lugar más placentero y equitativo. Donde no hay dolor ni culpa. Solo gozo.

Su sonrisa se dibuja en el cristal. Me estoy mareando. Noto el bajón, el temblor de piernas, la angustia, y oigo ese pitido característico que me avisa de un desmayo inminente.

—Perdona —consigo decir en un murmullo.

Salgo de la sala como puedo, con la vista nublada, esquivo personas borrosas, camino hasta el final del pasillo y caigo redonda en el suelo marmóreo del hall de la segunda planta, como si una bala me hubiera alcanzado. Tengo los ojos cerrados y siento una debilidad total. He perdido el poder de mi cuerpo. Hay barullo y revuelo a mi alrededor, una sensación lejana y confusa. Me levantan las piernas, noto mucho frío y acto seguido me envuelve un perfume embriagador y el susurro de una voz melodiosa:

—*Ouvre les yeux, chérie.*

No sé cuánto tiempo pasa hasta que abro los ojos y el marido de Andrea me incorpora. Sigo en el suelo y tres personas —dos mujeres y un hombre— me observan como si estuvieran examinando a un insecto.

—¿Estás mejor, cariño? —pregunta una de ellas inclinándose hacia mí.

—Sí, está mejor —contesta Alejandro—. Bebe un poco. —Me pone una botella de agua en la boca.

—Sí —afirmo después de beber un largo trago.

Alejandro me ayuda a levantarme.

—¿Puedes andar? ¿Quieres que llamemos a un médico?

El marido de Andrea es tan encantador como ella.

—Puedo andar. Estoy bien. Solo ha sido un bajón de tensión; aquí hace calor.

—Ni que lo digas —responde la señora.

Los cuatro regresamos por el pasillo hasta la sala. Al entrar, noto las miradas sobre mí. Ahora me miran de verdad. Media docena de personas se acercan para preguntarme cómo estoy, muestran su preocupación, y Andrea viene hacia mí en cuanto me ve.

—¡Mery! ¿Estás mejor? Qué susto nos has dado.

—Estoy bien. Me he agobiado, solo eso.

—Vete a casa y descansa, cielo. Ah, no te olvides del paraguas.

Entramos en la sala y me tiende un paraguas rosa con corazones rojos. Lo contemplo ensimismada.

—Esa mujer, Leila, se ha dado cuenta de que te lo habías dejado.

Ahora la que no parpadea soy yo. Es mi paraguas, el mismo que olvidé en la pila de la cocina de Julia ayer.

—Joder. Me tengo que ir, Andrea. Nos vemos pronto.

Cuando paso junto al atril, freno. Miro el libro. Una dedicatoria en letras grandes y negras llama mi atención.

> Nuestro pecado es terco, la contrición, cobarde;
> nos hacemos pagar muy bien lo confesado
> y, creyendo lavar con vil llanto las culpas,
> nos volvemos alegres al camino de fango.
>
> L.

—Hija de perra, eres tú.

Hago una foto con el móvil. Mi corazón se revoluciona. Echo a correr.

24

Leila

La misma. Una perra que ha leído en tus ojos hambre de venganza y miedo al fracaso. Pero las guerras no se ganan si no se luchan, *mon amour*. Lo bueno es que tenemos armas y sabemos usarlas. Ha sido como subirse a una barquita y disfrutar de un paisaje de postal. Un viaje emocionante y sin complicaciones, pero demasiado corto, por lo menos para mí. A ti se te ha hecho eterno, una excursión desagradable, con sorpresas y percances. En cualquier caso, he saboreado tu desconcierto y me he quedado con ganas de más.

—¿La dejo en el lugar donde la he recogido?

Este conductor de Uber es de los más amables que me he encontrado. Igual tienen que ver los cincuenta euros que le he dado para que no se fuera y me esperara en la puerta del tanatorio.

—No. Vamos a la avenida Tres Cruces, déjeme en la esquina del concesionario de Kia. He de ver a una amiga.

—Perfecto.

Tengo la tablet sobre las rodillas y un casco puesto en la oreja. Mery corre. Ahora desborda energía. Es la emoción de ir encajando piezas. El entusiasmo de conducir una bicicleta por primera vez. La efervescencia de suspenderte en el aire cuando saltas en una

colchoneta elástica. Lo he vivido. Su cuerpo segrega adrenalina; está activa, bullendo en lo desconocido. Sube al coche y arranca. Llama un par de veces a Julia. No te lo va a coger.

Yo también debo hacer una llamada.

—Peter, ¿la tienes?

—Sí, delante.

—En unos minutos provoca un accidente. Leve, por favor. No quiero ambulancias ni hospitales.

—¿Cuánto tiempo necesitas que la entretenga?

—Como mínimo, una hora.

—Bien. Lo tendré en cuenta.

—Gracias. Estamos en contacto.

Va a ser un pequeño susto, Mery. Llueve, y, cuando llueve, el tráfico está agitado y hay accidentes. Lo siento, de verdad, pero no podemos llegar a la vez a casa de Julia. Por turnos, como en una partida de ajedrez. A lo mejor, algún día, nos toca jugar en el mismo bando y lo hagamos a la vez. Seremos un reflejo.

Observo cómo conduce y sus vistas. Tamborilea los dedos en el volante. Entra en una rotonda y se dirige por la avenida de Cataluña. En realidad, la vida es un accidente, una colisión que te conduce a otra. Se encadenan, como hacen los simios cuando saltan entre los árboles. Un sinfín de accidentes físicos y emocionales. Chocándonos contra muros infinitos y personas disfrazadas. Estamos dirigidos, controlados y manipulados. Marionetas orquestadas que creen ser libres. El ser humano es la especie más tonta y desalmada que conozco.

Veo a través de la pantalla el campo del Mestalla a la izquierda. Y, en un segundo, siento el golpe, aunque no me lo hayan dado a mí.

Pego un pequeño salto y mi cuerpo se inclina hacia atrás. El de ella, hacia delante. Su cabeza ha rozado el claxon. Vamos, incorpórate.

—¡Joder! ¡Mierda! —grita con rabia.

No me extraña, el día de hoy la está arrasando como un tsunami. Un choque tras otro, querida jugadora. Respiro tranquila, está bien. Solo daños materiales.

Mery y Peter salen de los coches.

—Pero ¿eres imbécil, chico?

Peter se acerca a ella con cara de preocupación. Otro que debería ser actor. Bueno, todos somos un poco actores. A veces, protagonistas de la película. Otras, secundarios imprescindibles. Y, a ratos, atrezo, decoración muda que observa la escena. En fin, hay que serlo cuando se vive en un show constante.

—Perdona. Lo siento. ¿Estás bien? —Mi pupilo se lleva la mano a la cabeza.

Mery está tan encabronada que ni siquiera contesta. Se dirige a la parte trasera del coche de su ex. Se agacha y lo analiza como si fuera una obra de arte. Me acerco a la pantalla para ver el destrozo. Venga, que tampoco es para tanto. Pintura, abolladura y un faro roto. Tendrá que llamar a Manu. Toca bronca, papeles y mecánico. Sí, me va a dar tiempo.

A los quince minutos, el Mercedes de color negro se detiene delante del concesionario. Antes de meter la tablet en el bolso, vuelvo a mirarla. Ha aparecido un coche de policía. Ella sigue alterada, lo sé por cómo habla y mueve los brazos.

—Hasta luego. Gracias.

—Gracias a usted.

Cierro la puerta y cruzo los dos semáforos. Voy hacia la derecha. El parque está vacío y las ramas de los árboles vuelan sin rumbo fijo. Cuando estoy llegando, levanto la vista hacia la persiana del segundo piso. Está medio bajada y hay luz. Camino unos pasos y me asomo a través del cristal. Vacío, como de costumbre. Abro con llave y, en cuanto entro, me golpea el olor a sótano y humedad que tanto detesto. Qué ganas tengo de acabar. Necesito dormir veinticuatro horas seguidas en un hotel precioso con una cama enorme escuchando el sonido del mar. Llamo al ascensor y espero. Pienso en Mery y dudo. No sé por qué esta chica me provoca nudos en la garganta; es un presentimiento singular y nuevo. Mi cabeza vacila, pero mi sexto sentido me dice que lo conseguirá. En realidad, aún no ha hecho nada significativo que me regale la certeza de tener delante a una posible integrante de La Llama, quizá ese sea el problema. La incógnita que necesito despejar.

Entro y marco el segundo piso. El ascensor da un pequeño salto y se abren las puertas. Salgo y busco la llave. Llevo en el bolso tres llaveros a rebosar. Tengo la sensación de que parezco más un ama de llaves que una criminal justiciera. Puto trabajo. Cuántas alegrías me proporciona, pero cómo cuesta. En fin, mañana será un día crucial. Mañana no importan las palabras, solo los actos. El pequeño gorrión me demostrará si es capaz de convertirse en una majestuosa águila real. Me pregunto dónde estarán sus límites y dónde quedará su conciencia.

Pego la oreja a la puerta.

Meto la llave y giro.

Dos vueltas.

Vamos a ver qué nos cuenta Julia hoy.

25

MERY

El ascensor se nos queda pequeño. Con él, los silencios sí son incómodos. Te violentan y te aceleran el pulso. Ha cruzado los brazos y se ha apoyado en la pared.

—¿Qué?

—¿Qué tú?

—Te he pedido perdón tres veces. ¿Qué quieres que haga? No he tenido la culpa. Me ha dado él. Si un guiri capullo no sabe conducir, no es mi problema.

Salimos y abro la puerta de casa. Por suerte, no hay nada colgado del pomo ni un regalito en el felpudo. Tendría que dar más explicaciones aún.

Cuando Lemon ve a Manu, se tira al suelo haciéndole fiestas. Me enternece, pero no me dejo llevar por sentimentalismos ni nostalgias.

—No sé para qué has venido. Me voy ya.

Él se queda acariciando al gato mientras camino hacia mi habitación. Oigo cómo le habla y me nace una sonrisa. Me agacho, abro el último cajón y cojo la pistola. Cuando vuelvo al pasillo, lo veo rígido como un capitán y con la puerta del salón abierta.

—¿Qué narices ha pasado aquí, Mery? —pregunta con los ojos desorbitados.

Corro y cierro para que no entre Lemon.

—No ha pasado nada —contesto a veinte centímetros de su cara.

—No me voy a ir hasta que me lo cuentes. Llevas días rarísima y estás nerviosa. Me hablas mal. Me dices que, si aparece el cuerpo de una tía, te avise. Y mira cómo está el salón. ¿Han entrado a robar? ¿En qué estás metida?

—Oye, vengo del tanatorio, estoy jodida y no me apetece una charlita ahora. Además, tengo prisa. —Voy a la cocina, bebo agua, inspiro todo el aire que puedo y salgo—. Si estoy metida en líos, a ti no te importa —afirmo mirándolo—. No estamos juntos desde hace tiempo. No tengo que darte explicaciones.

—Eres una borde de mierda.

Abro la puerta y espero a que salga, pero sigue ahí, de pie, impertérrito.

—¿Sales o te quedas?

Da unos pasos y se sitúa frente a mí, tan cerca que oleré su perfume durante horas.

—Si me necesitas, no me llames, Mery.

Desaparece por las escaleras y me da un vuelco el corazón. Electricidad pura. Siento lo que le estoy haciendo: los desplantes, las malas contestaciones. Siento una pena horrible por no poder desahogarme con él. Lo está pasando fatal, pero intento convencerme de que es lo correcto. No puedo hablar. Cuando abro la boca, cierro otras. Sería una insensatez, un acto de maldad premeditado, ponerlo en peligro. No es lo acordado. Lo único que tengo que hacer es localizar a mi padre. Es mi principal cometido.

Bajo a la calle pensando si lo estarán tratando mal, si le darán de comer y dónde lo tendrán. En ese zulo, cuarto o lo que sea, tiene que hacer un frío polar insoportable. «Papá, te voy a encontrar, aunque me deje el último suspiro en el intento».

Cuando salgo, me pongo la capucha y camino hacia una gran avenida. Está lloviendo, pero tengo suerte y no tardo más de dos minutos en parar un taxi.

—A la calle José María Mortes Lerma con Tres Cruces.

Últimamente, me tocan taxistas taciturnos y asqueados. Están tan agobiados como yo. Cuando tienes muchos asuntos pendientes y rompecabezas entre manos, las palabras no salen. Entras en una especie de mutismo voluntario, complejo y enrevesado. A menudo callarse es más complicado que escupir la rabia y las preocupaciones que nos hemos comido. Seguro que hay personas que mueren de contención. Las palabras no dichas se convierten en un virus que te plaga y arrasa cada órgano vital. Mi madre siempre me decía que no reprimiera mis emociones, que contara mis problemas, que los soltara, que los expulsara de mi cuerpo. Vaya ironía que me lo dijera ella, la guardiana de secretos inconfesables.

La echo de menos, es como si me faltara una extremidad. La tengo día y noche en mis pensamientos, en mis sueños, en cada decisión que tomo. Nuestra última conversación se quedó a medias. Me hubiera gustado hacerle más preguntas, pero nos faltó tiempo. Y yo tengo un sentimiento de orfandad que me pesa y me tortura a diario. No hay que dejar nada a medias porque la muerte aparece y se lleva todas las respuestas.

Me concentro en la lluvia y en las luces de la ciudad. ¡Cómo se ha arriesgado! ¿Será francesa o una buena imitadora? Me la he creído hasta que he visto su letra. Un trazo fino y limpio, inclinado hacia la derecha. ¿Qué esconderá el poema? ¿Y qué me habrá dicho cuando estaba tirada en el suelo? Leila. Leila. ¿Será su nombre real o un alias que se agencia cuando juega? Qué ganas de verla de nuevo. En igualdad de condiciones. Cuando las dos tengamos acceso a lo inaccesible.

—¿Aquí va bien? —pregunta el taxista con voz rancia, sacándome de mis reflexiones.

—Sí.

Le pago ocho euros. Piso la calle, giro la esquina y levanto la vista hacia el segundo piso. La persiana está medio bajada, pero hay luz. Saco el móvil y llamo a Julia. Rezo para que conteste. Y yo solo rezo en contadas ocasiones.

—Mery, perdona, he visto que me has llamado.

—¿Estás bien? —digo con una preocupación que ella percibe.

—Sí, ¿por?

—Tira las llaves, estoy aquí abajo.

—Ah. —Se hace un silencio—. Voy.

Estoy a punto de volver a llamarla cuando la persiana sube y veo un brazo que me lanza las llaves. Entro en el portal y freno. Huele distinto. Ahora el olor a humedad se mezcla con un aroma embriagador y adictivo. No gesticulo, no hago movimientos extraños. Espero con aparente calma el ascensor, pero por dentro estoy a punto de explotar. Soy una hoguera a la que no paran de echarle troncos de leña. Aprieto los dientes y subo en el metro cuadrado que me lleva al segundo piso. Inhalo el olor de perfume caro hasta que

me cala por completo. Jamás olvidaré este aroma fuerte y penetrante. Siento el arma en la espalda. Meto las manos en los bolsillos del abrigo. «Tú puedes, Mery».

Al salir del ascensor veo la puerta cerrada. El olor del perfume se intensifica. Me acerco y toco el timbre.

—Hola —dice mientras yo la analizo. Manta marrón. Bata verde. Gorro gris—. Qué mala cara traes, Mery. ¿Qué te pasa? —Da marcha atrás con la silla para que entre.

—Vengo del tanatorio. Estoy descompuesta.

—Es verdad, lo había olvidado. Cuánto siento lo del señor Mateo. No lo conocía, pero contabas tantas maravillas de él que le había cogido cariño.

Sigue hablando mientras hago una panorámica del salón, un zoom rápido a cada esquina. Reviso el techo, intento localizar algún elemento discordante que haga clic en mi cerebro. Observo el pasillo. Las tres puertas están cerradas. Julia se coloca a la derecha, junto a la estufa. Dejo de mirar y me acomodo en el sofá biplaza que hay frente a ella. Me siento en el borde porque en el centro me hundo.

—¿Estás sola?

—Claro. Mi tía está en el hospital. Mañana le dan el alta.

—Cómo me alegro. ¿No ha venido nadie a verte?

—No. He llegado hace tres horas y he estado sola. ¿Qué pasa? Me estás asustando.

Apoyo los codos en las piernas y la estudio con escrupulosidad.

—¿Sabes lo que más me jode y me irrita de este mundo, Julia? La mentira y la deslealtad. Dar lo mejor y que me traicionen. No soporto la traición.

—¿Qué quieres decir? —pregunta muy quieta.

Me levanto, doy unos pasos hasta la vitrina de madera y cojo un jarrón transparente de cristal. Ella me sigue con la mirada. Lo estampo contra el suelo y Julia se sobresalta, abre mucho sus ojos color miel y me observa contrariada.

—¿Estás loca? ¿Qué haces?

—Romper. ¿Sabes qué sucede cuando se rompe un jarrón en cien pedazos? Que no se puede arreglar. Nunca vuelve a ser igual.

—Quiero que te vayas. Me estás incomodando.

—Y yo quiero quedarme y que me des una explicación.

—¿De qué?

Paseo por el pequeño salón lleno de trastos desparejados e inútiles.

—Puedes empezar contándome cuál es tu papel en La Llama.

—¿En La Llama? Mery, se te ha ido la cabeza —afirma impactada —. No sé qué habrá pasado para que llegues a esa conclusión, pero te estás equivocando. Fuiste tú la que me habló de ellos. Aquí, en mi casa. ¿Lo recuerdas?

Me aproximo y apoyo las manos sobre los brazos de su silla. Estamos tan cerca que casi puedo respirar su aliento.

—No te rías de mí, desgraciada.

—¡Para, Mery! —grita más asustada de lo que está.

—¡No paro! ¿Qué has hecho estos meses? ¿Investigarme? ¿Estudiarme? ¿Tan importante soy para ellos? ¿Tanto tiempo me han dedicado?

Mi voz se eleva en cada pregunta.

—¡Para! ¡No sé de qué hablas! —Una lágrima cae por su mejilla.

—¡No… me… mientas!

Con la misma ira que me devora por dentro, empujo su silla hacia atrás.

—Vete, por favor —suplica entre sollozos.

—Dime, ¿cuánto te pagan por función, Julia?

—¡Que te vayas! —brama enfurecida.

Cierro la mano y le asesto tal puñetazo que su cara vuela hacia la izquierda. Antes de que pueda volver a su posición original, saco la pistola y le apunto al centro de la frente.

—Nos están viendo y escuchando. ¿Qué harán? ¿Cuánto vales para ellos? ¿Van a entrar a detenerme o dejarán que te meta una bala en la cabeza?

—Voy a llamar a la policía y te voy a denunciar —murmura con el labio sangrando.

—Seguro, Julia. ¿Te llamas Julia o también es inventado?

—No me he inventado nada —grita el «nada» enloquecida.

—Tú eres una mentirosa, pero el accidente existió. La muerte del hombre fue real. ¿A quién le has robado la historia? Y, lo más importante, ¿por qué?

No habla. Me mira con inquina y un punto de insolencia. Me desafía.

Bajo el arma y me acerco. Sigue sin moverse. Me inclino y pongo mis manos sobre las suyas, que aprietan con firmeza los reposabrazos. Está helada.

—No quiero volver a verte. Si vuelvo y estás aquí, te meteré la pistola en la boca y apretaré el gatillo. Lo sé desde hace tiempo, Julia —susurro al lado de su cara—. *Game over* para ti. Vuelve al lugar del que saliste.

Me quito los pendientes que me regaló, se los tiro en el regazo y salgo de la casa dando un portazo. Voy directa a la siguiente casilla.

26

Leila

Me toco la boca y contemplo mis dedos llenos de sangre. Me duele la cara. La hija de puta me ha dado con ganas. Me quito el gorro, cojo los pendientes que han aterrizado sobre mis piernas y me levanto de la silla de ruedas. Camino hacia el aseo, pero el móvil que tengo asignado para Morgan suena en la habitación. Me da mucha pereza la conversación que me espera.

—No quiero reprimendas —digo, y me siento en la cama. Frente a mí hay un armario y una de las puertas es un espejo. Hace unos días me rapé la cabeza. No me queda mal, lo que no soporto es verme sin dientes.

—Si no quieres reprimendas, no te sobrepases. Eres muy temeraria y algún día no lo vas a contar. Te ha apuntado con un arma cargada, Leila. Sabes las reglas y el protocolo. Hemos estado a punto de intervenir.

Me encanta su voz. Incluso cuando se pone firme, no pierde la dulzura. Me levanto y cruzo al baño. Cojo un disco desmaquillante y lo empapo de agua oxigenada.

—No iba a disparar, joder —aseguro acariciándome el labio y limpiándome la sangre. Abro la boca y noto una tirantez punzante.

—¿Te duele?

—Claro que me duele. —Pongo el manos libres y dejo el móvil en una estrecha repisa de cristal que hay sobre el lavabo—. ¿Qué está haciendo?

—Caminar. De momento no ha llamado a nadie. ¿Cómo te sientes?

Resoplo y observo las lentillas azules en el estuche.

—Por una parte, liberada. Estaba harta de convertirme en Julia. Ha sido demasiado duro y estresante interpretar a este personaje.

—Te lo dije, Leila.

—Lo sé. Pero también me dijiste que podía hacerlo. Sé que no era lo más práctico, pero sí lo mejor. Había que introducirse en su vida y en su psique, ¿no?

—Sí. Te has superado y lo valoramos. ¿Y por otra parte? ¿No la ves capacitada?

Tiro los discos al inodoro, me quito la bata, el pantalón de chándal y las zapatillas de estar por casa. Cruzo a la habitación y, mientras pienso la respuesta, abro el cajón de la cómoda y saco la dentadura y la peluca rubia.

—Tendría que haberse dado cuenta mucho antes, Morgan. Le he dado mil pistas, joder. Se lo he puesto a huevo.

—Ha dicho que lo sabe desde hace tiempo. Ha jugado y lo ha hecho bien.

—¿Y cuánto es «desde hace tiempo» para ella? ¿Cuatro días? ¿Tres semanas? ¿Un mes? No sé qué pensar. Si lo sabe desde hace dos meses, perfecto, aplausos. Ha mentido como una cabrona y ha jugado. Pero, si lo descubrió antes de ayer, no va bien. Nada bien. A estas alturas del juego, otros tenían armado medio puzle.

Me pongo los vaqueros y las deportivas.

—Su puzle es distinto, extremo y complicado, Leila. Tiene potencial. No seas tan ansiosa ni tan exigente con ella. —Hace una pausa; la frase me enerva—. Lo sabía y no se ha quitado los pendientes. Quería que la escucháramos y que viéramos sus movimientos.

—Es lo que la salva —afirmo mientras me pongo la peluca—. Soy exigente porque debo serlo. Porque es mi trabajo. Porque, si yo me lo curro y dedico tres putos meses a su juego, dejándome los huevos y las fuerzas, ella tiene que jugar y ¡hacerlo bien! Y porque es candidata y tiene que demostrar su valía. Joder, Morgan, que no va a entrar en un grupo de scouts. Tengo un equipo de cinco personas de inmersión total cuando podían estar haciendo misiones.

Me subo la cremallera del plumífero hasta el cuello. Qué ganas de dejar este humedal para siempre.

—Las misiones están cubiertas. Todo está en orden. Sigue, tu trabajo es impecable. Mery cumplirá nuestras expectativas.

—Te veo muy segura.

Meto la tablet, los cargadores y mis cuatro trapos en la bolsa de deporte.

—Llevo trabajando veinte años en La Llama. ¿Quién sabe más del negocio?, ¿tú o yo?

Se ha puesto seria y su solemnidad me tensa. A pesar de la buena relación y el cariño que nos tenemos, ella es la jefa y no deja que se nos olvide.

—Tú, por supuesto.

—Vete a casa y descansa. Y ponte hielo en la cara. Mañana es un día importante. ¿La Nena y Thelmo están preparados?

—Sí.

Me cuelgo la bolsa, cojo el móvil y cruzo el salón.

—Mañana hablamos, Leila.

—OK.

Cuando abro la puerta, veo a Henry, serio e inmóvil, como si fuera un soldado de la Guardia Real británica, solo que con una Coca-Cola en la mano.

—¿Qué haces ahí?

—Esperar. Me has asustado y ha faltado el canto de un duro para que entrara. Hubiera tirado por tierra el juego.

—Si me hubiese visto en peligro, hubiera gritado la señal. Y no he dicho ni mu. Os asustáis muy rápido. Entra y recoge. Luego vete a hacerle el relevo a James. Debe de estar hasta los huevos de esos dos.

—Yo no voy a ser tan agradable como él. Les ha puesto una mantita por encima. ¿Quién se cree que es este tío? ¿Gandhi?

Sonrío mientras le doy la espalda y bajo por las escaleras.

—Una pena que el mundo ya esté ciego. Haz lo que quieras, pero no los mates, por favor.

Se queda murmurando idioteces y yo desaparezco. Henry es sarcástico como la Nena, por eso les gusta trabajar juntos y hacer bromas sobre temas serios. Lleva siete años en La Llama y es metódico y práctico. A veces, chistoso y locuaz. Es una buena pieza del engranaje: cuando el mecanismo se atasca, él hace que vuelva a funcionar. Mi comodín. No sé si me eligió para estar con la Nena o para ver de cerca cómo me sacaba las castañas del fuego. Quizá quería presenciar en primera persona si me quemaba o si resurgía de mis cenizas. Vio lo segundo.

Salgo a la calle, me subo el cuello de la sudadera, me enciendo un cigarro y camino sin prisas. No te echaré de menos, Julia. Por tu culpa sigo sin dientes. Jamás pensé que ir al dentista sería la ilusión de mi vida. Morgan me dijo: «Espera. Solo unos meses. Los pobres e indigentes no tienen la dentadura perfecta». No sé por qué se me ha quedado grabada la frase. Y el pelo…, no la voy a culpar a ella. Podría haberme rapado antes, pero el pelo largo con calvas es más llamativo, da una imagen de dejadez que necesitábamos. Malditos anticoagulantes y maldito estrés. Ahora mi cabello es tan frágil como Mery. En cualquier momento se puede caer. No quiero morir de un ataque al corazón como el repugnante de mi padre, pero necesito que me cambien la medicación que me ha dejado calva.

Hoy le digo adiós a Julia. Me gusta interpretar personajes basados en hechos reales; te calan y te llegan más, como en las películas. Pero no aguantaba este papel; me asfixiaba y mirarme al espejo era una tortura. *Au revoir.* La que sí la echará de menos es Mery. Va a querer tragarse las palabras que le ha dicho. Dentro de unos días, si sigue jugando, rogará por volver a verla. Y la respuesta será «NO».

Me toco el labio. Me arde, me quema, me duele. Aunque nada dolerá tanto como cuando mi hermana me dijo que no quería volver a saber de mí. Nunca.

27

MERY

Mis manos son puro hielo incluso con guantes. Odio la humedad. No sé si es el frío, el cansancio o el sueño atrasado, pero, por más que miro, no veo el pequeño elemento extraño que vi el primer día dentro del capó. Lo cierro y, sin pensar demasiado, entro en el coche. Un vaho infinito sale de mis labios temblorosos. No creo que les interese que salga volando de camino al pueblo. No, no les conviene que hoy las cosas se retrasen y se tuerzan. Ni a ellos ni a mí. Arranco, enciendo la calefacción y conduzco.

Sin darme cuenta, encadeno mentalmente un «lo siento» detrás de otro. Lo siento, Manu. Lo siento, Mateo. Lo siento, mamá. ¿Por qué no me dejaron ver a mi padre ayer? No me puse el arma en la cabeza porque les parecería ridículo; saben que no me voy a pegar un tiro. Pero lo supliqué, lo rogué. Solo un minuto. Y mi móvil no sonó. No me mandaron el mensaje que abre la puerta de la jaula donde lo tienen. Ningún mail. Estoy preocupada. Espero que siga vivo, aunque esté de mierda hasta el cuello. Quizá les jodí los planes al descubrir a Julia y tuvieron que rearmar el juego. No me importa. No aguantaba más sus mentiras, su mirada, sus «eres un ángel», «te quiero», «somos amigas». Venga ya. El papel no lo hacía mal,

pero un mentiroso reconoce a otro muy rápido. El arte de mentir tiene sus códigos. Soporté sus tonterías hasta que descubrirla se convirtió en una necesidad imperiosa. Deben de pensar que soy una tonta sin sexto sentido, y eso me favorece.

Me toco la oreja. ¿Cómo me estarán siguiendo ahora? Ahí sí me tienen descolocada. El móvil suena. Miro de reojo.

—Dime.

—Me dejas preocupadísima y luego ni me llamas.

—Susana, te mandé un audio y te dije que estaba bien. Que lo de la oveja fue una broma pesada.

—¿De quién?

—Pues de alguien con mucho tiempo libre. De Rosa, seguro, que no tiene ni una idea buena. No lo sé, quiero olvidarlo.

—Tendría valor si fuera ella. No. Tu hermano me ha dicho que estás rara. ¿Qué pasa, Mery?

—Nada, de verdad. Lo del chico me afectó, pero estoy bien. Mi padre no tendría que haberme llamado y punto.

—Por cierto, ha hablado esta mañana con tu padre.

—¿Quién?

Me pongo en alerta, mis manos aprietan el volante, mi expresión se tensa. «Padre» es una palabra mágica que abre tantas puertas como dudas y miedos.

—¿Quién va a ser? Pues tu hermano. Tu padre le ha dicho que hoy no iba a salir y que ibas a verlo.

—¿Cómo que hoy no iba a salir?

—No sé, Mery, que no iba a salir de casa porque hace frío y mucha niebla. Y que a finales de semana volvería.

—¿A finales de semana? —Mi tono cambia. Estoy confusa e inquieta.

—Es normal, no sé qué hace allí. Aquello está desierto y hace un tiempo horrible. Lo que tienes que hacer es convencerlo para que se venga contigo.

—Sí.

—Te dejo, que ha entrado gente en la farmacia.

—Vale.

Conduzco porque me sé el trayecto de memoria, pero no estoy atenta a las señales. Esta conversación me ha descolocado por completo. ¿Se habrá echado atrás Alfonso? ¿Habrá abandonado? ¿A finales de semana? ¿Por qué?

Paso el camino pensando, haciendo cábalas. Cuando entro al pueblo, decido no dejar el coche en el aparcamiento junto a la Oficina de Turismo. Atravieso la plaza, desierta y helada, y subo por mi calle hasta que llego al final y estaciono de mala manera en la parte derecha. Antes de salir, compruebo que llevo lo necesario. Cojo la bandolera y la abro. Observo las bridas, la navaja, la cinta aislante y la jeringuilla. Todo por si acaso, por si los planes se tuercen y me engañan. Por él.

—Que sea lo que Dios quiera —susurro sin darme cuenta. Es la primera vez en mi vida que pronuncio esta frase. Nombrar a Dios me hace vulnerable.

Me pongo el gorro, me enrollo la bufanda, me cuelgo la bandolera y salgo del coche. Apenas he bajado diez metros por mi calle cuando una voz suave y dulce grita mi nombre.

—¡Mery!

Levanto la vista sabiendo ya quién es. La señora Ana no entraba en mis puntos de hoy. Se me había olvidado por completo.

—Sube, cariño, que te he hecho tarta de manzana.

Veo su sonrisa, espléndida, entusiasmada y surcada de arrugas. Son las nueve y cuarto y a las diez he quedado con mi tío en el Charco Azul. Si es que aparece…

—Señora Ana, tengo que ir a casa un momento y a hacer unos recados. En cuanto vuelva, subo.

—Vale, hija.

Se queda conforme y contenta. La ilusión se dibuja en su rostro y es como observar a una niña pequeña llena de esperanza. Me recuerda a esa alegría tan tonta que nace cuando ves llegar a alguien que estás esperando.

Camino hasta mi casa y me sitúo en la pequeña carretera que separa los edificios de dos y tres plantas. Sigue como ayer, con las persianas bajadas, como si no hubiera nadie. Me acerco al garaje y abro la puerta. No entro. Desde fuera, con la poca luz que ofrece el día, veo el coche de mi padre. Hago un barrido visual de derecha a izquierda. Tengo buena memoria. No hay nada fuera de lugar. Nada nuevo ni destacable que encienda mis alarmas.

Cierro el garaje y me dirijo a la casa. De mi boca no para de salir vaho. Admiro a las personas que viven aquí todo el año. Lo primero que noto al entrar es el silencio, envuelto en una nube pestilente. Odio el olor a tabaco; se adhiere a cada rincón, al pelo y a la ropa.

—¿Alfonso?

Me asomo al salón. Hay una copa de vino vacía y el cenicero a rebosar de veneno y cenizas. El fuego está apagado. Sobre la mesa

encuentro la nota que le envió mi padre. La vuelvo a leer y la meto en el bolsillo de mi abrigo. Voy hacia la única habitación que hay en la planta baja. La puerta está abierta y la cama deshecha. La rodeo y no encuentro su maleta, tampoco ropa desordenada ni calzado tirado por el suelo. ¿Dónde están tus cosas, tío?

Subo por las escaleras al primer piso y freno en el marco de mi habitación, con el cabecero en rosa y blanco y los peluches sobre la cama. El tiempo se quedó detenido en el cuarto de una niña de doce años, porque, en aquella época y con esa edad, aún éramos niñas y jugábamos con muñecas. No había móviles, solo gritos desde la calle y un verano por delante. Andar descalzos, hacer carreras, bajar al Charco Azul y zambullirnos en su agua helada. Y reírnos, reírnos mucho. Solo se nos oía a nosotros. Cómo han cambiado las cosas, ni siquiera escucho el eco que nos devolvían esas carcajadas.

Saco del armario las botas verdes con la suela marrón. Me las regaló mi padre para hacer rutas. Son raras, pero muy buenas. Una mezcla entre bota de montaña y bota de agua. No me las pongo desde hace siglos. Me las calzo, aprieto bien los cordones y doy un par de pisadas fuertes en el suelo. Con esto no se resbala ni un trapecista borracho. Antes de bajar, me asomo a la habitación de mi hermano. Él quitó los muñecos y los pósteres cuando conoció a Susana. Metió sus pertenencias en cajas, y las cajas, en el garaje. Yo no entendía su nerviosismo y el cambio radical que hizo de la noche a la mañana. Empezó a vaciar el dormitorio antes de comer y a las siete de la tarde su cuarto era totalmente distinto. Mi hermano se hizo mayor en lo que duró mi digestión. En un chasquido de dedos perdí un compañero de juegos y gané una cuñada.

Me crujo los dedos y bajo los escalones. Levanto la capucha y me cubro la cabeza. Estoy preparada para salir ahí fuera y realizar un viaje a una realidad que pocos conocen. Cierro la puerta sin hacer ruido y camino calle abajo. No llueve, pero el cielo se tiñe de blancos y negros que se mueven acompasados. Parece un pueblo fantasma, deshabitado y mudo. Dejo atrás el asfalto y piso la tierra mojada. Me gusta. El aroma es muy fuerte y característico. Un olor a petricor y algarrobo que forma parte de mi historia. Comienzo el descenso a la garganta más bella del mundo. No hay postal más bonita que esta. Las inmensas hoces me arropan y me protegen, lo siento. Aquí no me puede pasar nada malo. Camino unos metros y dejo a la izquierda las esculturas abstractas y reivindicativas de un artista callejero. De forma inconsciente, giro la cabeza y levanto la vista para comprobar que no me siguen. Esta ruta la recorren miles de personas al año, pero no en estas fechas ni entre semana. No con el río crecido y un frío que te corta el aliento. Encuentro el primer poste de madera con una señal que indica que la Peña Judía está a siete minutos y el Charco Azul a dieciocho. A lo largo del camino hay varias de estas marcas. Sigo bajando. El suelo está embarrado. Espero que Alfonso esté en el embarcadero esperándome. Paro un segundo, miro al frente y sonrío. He llegado a «la cara del indio». Es el nombre que le pusimos mi hermano y yo a una parte de la montaña que dibuja el perfil de un rostro. Observo la boca, la nariz y los ojos. La naturaleza es caprichosa e impresionante. Desciendo unos minutos escoltada por los árboles hasta que me encuentro otro poste que indica que voy a entrar en una zona inundable. Y así es; a unos metros veo el puente de madera y el río que, bajando con fuerza, lo cubre unos veinte centímetros, pero la zona no está

inundada. Lo atravieso despacio, clavando bien los pies. El sonido del agua siempre me ha parecido una banda sonora perfecta si no te arrasa y te ahoga. El frío se ha ido y el calor aparece. Tengo el cuello mojado. Llego a la «puerta de la montaña», que no es más que una roca horadada que tienes que atravesar para seguir la ruta. Aquí el suelo está el doble de embarrado. Estoy cerca, pero también cansada. He perdido un poco de fondo. Veo otro poste con una señal blanca y verde, que me avisa que el Charco Azul está a dos minutos.

Los nervios me pellizcan el estómago y el paisaje, una vez más, me abruma. Freno en seco y levanto la vista. La inmensidad. Paredes de sesenta y ochenta metros de altura. Miro al frente. Estoy en el Charco Azul, que en realidad es un verde turquesa, y el ambiente sosegado me envuelve: el pasado, el presente y el futuro se disuelven. Entonces contemplo el embarcadero. Es una pasarela o pasillo de tablas de madera que desemboca en una plataforma rectangular que flota sobre el agua. Ahí está mi tío de espaldas, con los brazos cruzados atrás. Lleva las botas azul marino de mi padre. Joder, parece él. Se me pone el vello de punta.

—¿Te ha costado mucho? —grito.

Alfonso se gira y me observa reticente. Camino sobre la pasarela hasta que llego a su lado, en la plataforma. Estamos rodeados de agua y de silencio. De calma y de paz.

—Pensaba que me cruzaría con alguien por el camino, pero ni un alma. Me ha costado —afirma y alza la vista hacia el cielo—. Tengo algunas hernias y las articulaciones destrozadas. Nos hacemos mayores, sobrina, pero vale la pena. No importa los años que pasen, este lugar sigue siendo especial.

—Era más especial cuando la gente no sabía que existía. Ahora esta foto sale en todas las redes sociales.

—Eso es bueno para la economía del pueblo —dice mientras saca un cigarrillo.

—Imagino que sí.

Expulsa el humo y me analiza. Hasta la voz la tienen parecida.

—Hay que encontrar a tu padre o, si no, los que lo tienen lo matarán.

—Lo matarán a él y después a mí. Los dos sabemos a qué se dedican. Ambos estamos metidos en el fango. ¿Estás seguro de que quieres ayudarme?

—Tu padre me lo ha pedido.

Paseo despacio de un extremo de la plataforma al otro.

—Mi padre te ha pedido muchas cosas y nunca le has hecho ni puto caso. ¿Ahora te urge ser buena persona?

—Deja el tema, Mery, y vamos a lo importante. ¿Cuál es el plan?

—El plan.

Doy media vuelta y vuelvo al centro de la plataforma. Frente a él. Frente al vivo reflejo de mi padre. Tienen los mismos ojos, pero miran distinto.

—¿Ves esto? —Saco la nota manuscrita—. Resulta, tío Alfonso, que no es la letra de mi padre. —Doy un paso hacia delante, y él uno hacia atrás. Estamos tan cerca que ambos podemos respirar nuestro miedo—. Es la letra de una mujer que se llama Leila. ¿Te suena?

—No.

Su cara está pálida y desencajada.

—Piensa —le digo y doy otro paso hacia delante—. Igual has hablado con ella y no lo recuerdas.

—No he hablado con ninguna Leila.

—¿Y con quién has hablado? Te habrán dado directrices.

—Con nadie, Mery. ¡Solo con tu padre!

Comienza a llover. Él ha apagado el cigarrillo y ha metido las manos en los bolsillos de la chaqueta. Avanzo otro paso más hacia él y mi tío retrocede. Nos vamos moviendo, pero no se da cuenta. Lo sé, no tiene el control de su cuerpo, solo el de su mente. Está ocupado pensando qué decir y qué hacer conmigo.

—No has hablado con mi padre. No hablaste con mi padre las navidades pasadas. ¿Sabes por qué?

Me acerco más a él. Él mueve la mano izquierda dentro del bolsillo y recuerdo que es zurdo.

—¿Qué estás diciendo?

—Que mi padre no te felicitó las fiestas después de diez años y no te envió los wasaps que me has enseñado.

—Sí me los envió, Mery. Hablé con mi hermano por teléfono. ¿Qué te pasa? ¿Estás loca?

Va a sacar la mano del bolsillo cuando se la agarro con tanta fuerza que grita. Me acerco y le susurro:

—A mi padre le robaron el móvil en esas fechas y cambió de número. Este… es… el plan.

Lo empujo de forma violenta, con una cólera que me sube desde las entrañas. Cae de espaldas al agua helada del Charco Azul. Observo cómo se hunde mientras grita mi nombre. Ahora soy yo la que mete las manos en los bolsillos. Lo miro con atención, como si fuera una espectadora y estuviese viendo la escena dramática de

una película. Su angustia, su sufrimiento. Se está poniendo muy muy nervioso. Traga agua. No deja de mover los brazos. Sus ojos también gritan. Me pongo la capucha sin apartar la vista de sus expresiones de pánico. Se está ahogando, pero no tiene nada que ver con la agonía de la chica de la pecera. Esta vez estoy tranquila. Inspiro y mis pulmones se llenan de aire puro.

—¡Me… Mery!

No contesto. Examino su desesperación, pero no me alcanza. Se hunde y vuelve a salir a flote. Se cansa. Ya no golpea el agua con tanto ímpetu. Intenta, con movimientos torpes, llegar a la plataforma. Solo está a un metro y medio, pero a él debe de parecerle casi un kilómetro. Las percepciones cambian cuando estás en peligro y te dominan la ansiedad y la perplejidad.

—¡No sé nadar! —grita de forma entrecortada sin parar de tragar agua.

—Por eso te he empujado, tío. Deberías haber aprendido.

Se está yendo. La excitación del principio se ha convertido en sosiego. Llega la asfixia, la falta de oxígeno. Se acabó. Su cuerpo flota boca abajo. La lluvia arrecia. Durante un par de minutos me quedo quieta. No pienso, solo observo.

—Esto es por lo que le hiciste a mi madre, hijo de puta —susurro antes de dar media vuelta, caminar por la pasarela y comenzar el ascenso.

Directa a la siguiente casilla.

28

Leila

Se está comiendo una tarta de manzana jugosa y brillante. Más tranquila que un santo. Abre la boca, da otro bocado. Sonríe a su vecina. Percibo una mueca orgullosa, liberada y calmada. El pequeño gorrión está dejando de ser pequeño, está dejando de ser un gorrión simpático y confiado para convertirse en un águila que planea. Aún no es consciente, pero este juego la va a transformar en una persona que nunca había imaginado. El juego te cambia, experimentas una metamorfosis. Entras con tus andares propios y característicos y sales caminando de otra manera. Ya no eres tú, o quizá lo eres más que nunca.

Me enciendo un cigarro y analizo las pantallas. Me acaricio la cabeza rapada. Mentiría si dijera que no estoy emocionada. Estoy viendo a la verdadera Mery. Calculadora como una guerrera chií, más fría que el hielo, cero emotiva si la ocasión lo requiere. Me ha transmitido la adrenalina que provoca acabar con la vida de un igual, contemplar su última respiración. Su adiós al mundo terrenal. Mi querida jugadora es capaz de hacer cualquier cosa para encontrar a su padre, no me cabe duda. Y ese «capaz» me asusta y me alegra a

partes iguales. Espero que la jugada no se le vaya de las manos porque, cuando coges carrerilla, no hay marcha atrás.

Observo a Henry en el zulo con los dos especímenes. Les ha quitado la mantita que James les había puesto sobre los hombros. El inspector Martos tiene espasmos. Ángel se ha quedado petrificado, no sé si por temor o por agotamiento. Cojo el móvil y le mando un wasap a Henry: «Dales de comer y que beban también, tienen que llegar vivos hasta el final». Lee mi mensaje, mira a la cámara y pone los ojos en blanco.

Cambio de pantalla y estudio el lago. Ayer la Nena instaló cámaras en los árboles que hay en la cima.

Hace diez minutos que el cuerpo no está en el agua. Tengo suerte, mi equipo es el más rápido desmontando la escena del crimen. Y, aunque este haya sido fácil y de sencilla ejecución, saben lo que tienen que hacer. Estoy tranquila y satisfecha. La verdad es que el tío Alfonso se vendió por menos que nada. Un tarambana sin dinero con ganas de tenerlo. Un perdido sin escrúpulos ni familia. Fue tan fácil hacer tratos con él que solo por eso se merece lo que le ha pasado. Uno menos en el tablero. Otra boca sellada.

Vuelvo al salón de la señora Ana. La cámara que instaló la Nena no tiene el mejor ángulo del mundo, pero tuvo que actuar rápido. La anciana sale muy poco de casa y apenas recibe visitas. No me extraña que se le encienda la mirada cuando va Mery a verla.

Subo el volumen y me acerco a la pantalla.

—¿Quieres más, cariño?

—No, no, estoy llena. Exquisita. La mejor cocinera del mundo.

—Ay, hija, antes me encantaba cocinar, pero ahora que estoy sola… ¿para qué? Se me acumulan cacharros que luego me cuesta

mucho fregar.

—¿Por qué no se va con su hija?

La señora Ana niega con insistencia.

—Esta es mi casa y aquí me moriré. No me iré a la ciudad ahora. A la vejez, viruelas.

Mery se levanta del sofá y se dirige a la ventana.

—Está lloviendo. Hoy no podremos ir a dar el paseo, señora Ana.

—No te preocupes, vienes otro día. O iré yo con tu padre. El muy bandido no ha pasado ni a saludar. ¿Está bien?

El pajarillo corre la cortina, da la vuelta y recoge los platos que hay sobre la mesa.

—Sí —contesta sonriente, y se dirige hacia la cocina—. Está bien, pero, cuando viene al pueblo a desconectar, lo único que hace es estar en casa y pasear por la montaña. Le diré que se acerque.

Sí. Seguro que se lo dices si lo encuentras.

Cuando regresa al salón, se pone el abrigo y se cuelga la bandolera. Mi cuerpo se tensa en un instante. Se va a ir y no le ha dado el paquete.

—Un abrazo —dice Mery.

Me pongo de rodillas en la silla y cojo el móvil. Las dos se abrazan con sentimiento. La anciana se deja arropar por el cariño de una niña a la que ha visto crecer y a la que no volverá a ver en mucho tiempo. Nunca sabemos cuándo será la última vez que vemos a alguien. Deberíamos abrazarnos más.

Cambio de plano. Ahora voy en el bolso de Mery. Era más sencillo ir colgada de sus orejas. Apunto con la mirada. Andan con lentitud hasta la puerta. Joder. Busco en la agenda el teléfono de la anciana.

Necesito que le dé el paquete. Mery abre la puerta. Tengo el pulgar en el botón de llamar. Se despiden. Marco.

—Ay, hija, espera. Tengo un paquete para ti.

Cuelgo. La anciana camina arrastrando los pies hasta el aparador que hay en el pasillo. Ojalá pudiera ver la cara de Mery.

—Toma, ayer por la tarde me lo trajo tu amiga Mónica. Me dijo que en tu casa no le abrían y me pidió que lo guardase yo para dártelo. Cómo tengo la cabeza, ya se me olvidaba.

—¿Estuvo mucho tiempo?

—No, unos minutos. Es una niña encantadora. Nunca la había visto por aquí.

—Es una compañera de trabajo.

Me río. Sí que lo es.

—No abra si no es conocido. ¿Cuántas veces se lo tengo que decir? —le reprocha medio en broma, medio en serio—. Y cierre con llave. Nos vemos pronto, ¿vale?

La señora Ana cierra la puerta y Mery sube por una calle más larga que un día sin pan. Debe de llevar el paquete en la mano porque no ha abierto la bandolera.

Mery, Mery. Si todos acatáramos las órdenes, este mundo sería un despropósito. Para bien o para mal, seguimos girando porque desobedecemos. Hay muerte y vida porque hacemos caso omiso a nuestra voz y a voces ajenas. A veces, no escuchamos, no cumplimos mandatos, elegimos caminos que se salen de la norma y así avanzamos. Aunque en ocasiones no sepamos hacia dónde. Imagino que lo hacemos hacia la luz, al menos hacia ahí me dirigí yo. Anduve hasta que encontré una llama que alumbró mi senda. Siempre hay un faro, solo hay que saber mirar con otros ojos.

Cambio de pantalla. Mery acaba de entrar en el coche. Ni siquiera ha hecho una parada en su casa. Deja el paquete en la guantera y se quita el abrigo. Es curioso cómo ha dejado de tenerle miedo a los paquetes. Con el paso del tiempo le pierdes el miedo a casi todo y ya no te achanta nada.

Apoya la frente en el volante. La miro con atención. Pasa así unos segundos, como si estuviera en el Muro de las Lamentaciones. No pienses tanto y actúa, que se te van los minutos y los vas a necesitar. Mientras ella divaga, abro la bolsa y cojo un caramelo de violetas. Por culpa del vecino me he vuelto adicta a estos malditos caramelos.

Vale, la niña reacciona. Se ha incorporado y sostiene el paquete. Es pequeño y ligero. Está envuelto en papel de estraza. Lo rompe y aparece una caja de cartón. La mueve y suena un sonido inidentificable para ella. Abre la caja y… *voilà*. Se acabó lo de adaptarnos a tus ritmos. Ahora eres tú la que se va a adaptar a La Llama.

32 h 38 m 46 s

El reloj digital es rectangular y fino. Lo examina. No tiene botones. Solo una pantalla con una cuenta atrás. Adoro este tramo del juego. Cuando no hay escapatoria y se ven acorralados por el tiempo. *Tempus fugit*, querida. Levanto la cabeza y observo las vigas de madera. Juego con el caramelo de violetas en mi boca. En dos días seré libre.

Mery Martos, corre y agudiza tu ingenio si quieres encontrar a tu padre con vida.

29

MERY

¡Joder! Tiro el reloj al asiento del copiloto y gruño. Me gustaría tener un saco de boxeo delante para descargar la furia, la excitación y la irritación que siento. Las cuentas pendientes y las cuentas atrás me alteran y me ponen muy nerviosa. El tiempo siempre juega con ventaja.

—¿Menos de dos putos días? ¿Estáis de broma? —grito.

Resoplo. Mañana por la tarde se acabará todo y sigo sin saber dónde está mi padre. Tengo las manos heladas. Meto la llave en el contacto y pongo la calefacción. Froto una contra otra como si quisiera hacer fuego. Mi cabeza parece un bombo que tocan diez personas desacompasadas. No sé qué melodía seguir, solo escucho ruido y confusión. Cojo el teléfono y llamo a Julia. Apagado o fuera de cobertura. Lo que esperaba. Hago memoria y recuerdo conversaciones que he tenido con ella. «Sigue o abandona. Y, hagas lo que hagas, asume las consecuencias». Me lo dijo antes de ayer, cuando le hablé de La Llama y fingió asustarse. Pienso. Pienso. No puedo ni quiero abandonar, así que tendré que tirar de los hilos hasta destrozar el jersey.

Arranco y salgo del pueblo. Debería haberme ido antes, pero tenía que actuar con normalidad. Como si no hubiera visto a una persona ahogarse y morir ante mi indiferencia. Mi tío me provocaba repulsión. Una grima elevada a la máxima potencia. Lo mejor o lo peor es que no me siento culpable. He subido otro escalón. Si hubiera podido, lo habría hecho hace años, pero todo llega cuando tiene que llegar. Ni un segundo antes ni un segundo después. Hoy el mundo es un poco más justo gracias a mí.

Conduzco por la pequeña carretera local de doble sentido. A la derecha veo olivos, y a la izquierda, almendros. Estoy teniendo un *déjà vu*, pero esta vez no hay frenazo ni sorpresa; lo que sí hay es una llamada.

—¿Sí? —contesta una voz somnolienta acompañada de un bostezo.

—Buenos días, Esther. Hablamos ayer.

—Ah, sí.

—¿Te pillo mal?

—Me pillas en la cama. ¿Qué hora es?

—Lo siento. Las once y cuarto. Miércoles.

—Odio los miércoles —afirma en otro bostezo—. ¿No habíamos quedado esta tarde?

—Sí, pero me han surgido unos imprevistos. —Observo mi nuevo reloj y el paso de los segundos—. ¿Podemos quedar antes? Entre que llego y aparco, tardaré unas dos horas.

Se queda en silencio.

—Bien, mejor. Así tengo la tarde para trabajar tranquila. Te veo en un par de horas en la plaza Rambla.

—Vale. Gracias, Esther.

Cada vez que pronuncio su nombre, me viene la imagen de la chica rubia y apenada en la cafetería. Y luego la chica rubia ahogándose bajo mi atónita mirada. Trago saliva. No quiero ni pensar que pude salvarla. No. Ninguna de las llaves hubiera encajado en esa cerradura. No estoy aquí para salvar al personal. Tienen cada escena orquestada y preparada. Solo querían ver cómo me desenvolvía, cómo actuaba ante una situación límite. No paran de hacerlo, de probarme y de hacerme saltar. No sé si estoy cumpliendo sus expectativas, pero al menos estoy cumpliendo las mías.

Tardo más de lo que pensaba. Entre la lluvia, la voz del GPS y que no conozco esta ciudad, me da la sensación de que doy vueltas en círculo por las mismas calles. Solo espero que la Esther con la que me voy a encontrar sea la de verdad y no otra impostora. Y, si corre su misma suerte, que no sea delante de mí. Después de diez minutos, llego a mi destino. Es una plaza cuadrada con cuatro bancos, árboles y una alta y escuálida palmera en el centro. Junto a la palmera veo a una chica con rastas bajo un paraguas azul marino con unas siglas. Está completamente sola. Le doy al claxon para llamar su atención. Me mira y, con un gesto expresivo, me señala un hueco para aparcar en la esquina contraria, frente a los contenedores de colores. Vale, vamos allá. El cielo está más negro que mi destino. Esther cruza para guardarme el sitio y me espera en una calle empedrada junto a una cafetería que tiene las mesas de la terraza recogidas.

—Un mal día para visitar Alzira —afirma cuando abro la puerta del coche.

—Sí. Un pésimo día para salir de la cama. —Bajo y cierro de un portazo.

Se muestra alegre y jovial. Nos damos dos besos y me indica que la siga, que su taller está cerca. Voy detrás de ella y me pregunta si me ha costado encontrar la dirección, cuántos años llevo en la policía, si me gusta mi trabajo. Me hace un cuestionario que contesto con poco énfasis. Todo menos mencionar a su hermano.

—¡Es aquí! —la oigo gritar.

Me detengo y analizo qué hay a mi alrededor. La he seguido sin fijarme muy bien por dónde iba. Estoy en una calle estrecha del casco antiguo, frente a un edificio gris y blanco de dos alturas con un balcón. El agua baja como si fuera un río, con fuerza, libre y sin cortapisas.

—Siempre el mismo cuadro cuando llueve. El día que se me inunde la liaré —dice mientras abre la puerta de madera robusta de un bajo—. ¡Pasa!

La atravieso y una nube de aroma dulce, floral y cítrico me rodea. Es placentero.

—Este es mi taller —me explica y enciende las luces—. Hago velas de soja natural.

Miro la estancia y me quedo perpleja. En el centro hay una mesa blanca enorme llena de velas; parecen un ejército de soldados en fila india. Son tarros transparentes y otros de color oscuro que no dejan ver la cera. Debe de haber más de cien. Unos metros más allá, distingo otra mesa más pequeña con moldes y otro montón de *melteds* y velas, estas con etiquetas rosas. No consigo leer qué pone

en ellas. Las paredes están forradas con estanterías de tres, cuatro y cinco alturas. A simple vista, observo jarras, tarros vacíos de distintos tamaños, rollos de papel con etiquetas de colores, tapas doradas y blancas. Las esencias y el ambiente me tienen absorta.

—¿Quieres quitarte la chaqueta?

—No, gracias. Es un lugar increíble —afirmo sin dejar de mirar.

—Sí. Algún día me gustaría montar una tienda física, pero de momento es lo que hay. Habilité el garaje como taller, y ni tan mal.

Se quita el abrigo y lo cuelga en un perchero antiguo de madera. Lleva el pelo semirrecogido, pero las largas rastas le caen sobre el jersey de punto granate.

—¿Tienes una tienda online?

—Desde hace tres años, y me va genial. En navidades hay un montón de trabajo y ahora con las rebajas igual. Me creé una cuenta en Instagram, la gente empezó a conocerme, a recomendarme, y así hasta hoy. ¿Te creías que no daba un palo al agua? —me pregunta mientras se dirige hacia dos taburetes de pino que deja delante de la mesa.

—No, sabía que hacías velas, aunque no a este nivel.

—Vaya, me has investigado. ¿Qué más sabes?

Me observa con los mismos ojos que tenía su hermano, pero sin terror ni angustia. Se parecen bastante y el estómago se me encoge al recordarlo.

—No mucho. —Alargo el brazo y cojo una de las velas que están en fila. Me la acerco a la nariz.

—Hierba recién cortada, olor a campo, a lavanda —se calla un instante—, pero no estamos aquí para hablar de velas artesanales.

—No —afirmo al dejar la vela en su sitio—. Creo que tu hermano sabía más de lo que decía. Y que su muerte ha tenido que ver con la médica asesinada.

Esther respira hondo y fija la mirada en un punto del suelo.

—He llegado a pensar que se volvió loco y la mató él. Luego vuelvo en mí y me repito que es imposible. Mi hermano no mataría ni a una mosca. Le daban miedo las armas. No sé —dice, y clava sus ojos claros en los míos—, no sé qué hizo esa tía con Luis, pero estaba obsesionado con ella. Una mujer inteligente, diez años mayor que él, guapa… Él se enamoró, pero Sandra no. La doctora lo trastornó y lo utilizó. ¿Quieres un café? —me pregunta y se levanta del taburete.

—Sí, por favor. Un cortado.

Analizo su vestimenta y su estilo hippy mientras está frente a la máquina de café de cápsulas. Y luego estudio el techo y las luces. Parece más enfadada que afligida, pero cada uno lleva el dolor como puede.

—¿Qué te decía de ella?

—En resumen, que era un ser de luz —afirma con ironía—. Lo típico. Que se acostaban de vez en cuando, que ella no quería una relación seria, que estaba muy centrada en su trabajo…

Vuelve y me tiende el café.

—¿Tu hermano sabía que se veía con más hombres?

—Claro. Luis era muy suyo y hermético, pero no gilipollas. Además, ella no se cortaba. Le dijo que tenía un rollo en el hospital con un enfermero, el tío que la mató. A la gente se le va la olla.

—¿Cuándo empezó a decirte que lo seguían y lo vigilaban?

Esther saca una pitillera metálica del bolsillo de su pantalón y se enciende un porro.

—¿Cómo lo sabes?

—Fui la última persona en hablar con él. Me lo contó. Me dijo que no podía más. Le ofrecí mi ayuda y se rio.

—Me da mucha pena. El pobre tenía toda la vida por delante, pero empezó con el cuento de que lo espiaban y lo seguían, y enloqueció a lo bestia.

—¿Cuándo?

—Dos o tres semanas después de que la mataran. Decía cosas raras, como que ellos lo sabían. Que sabían todo sobre él, que no lo iban a dejar en paz. Y siempre la misma canción. Al mes y poco, volvió a Valencia. Le aconsejé que se fuera de ahí y, sorprendentemente, me hizo caso. Pensaba que aquí se le irían las fobias y las neuras, pero qué va. Fue a peor, más metido en su burbuja y en su mundo de espías. La muerte de la doctora desató una doble personalidad en él. Se trastornó. Sabía que no acabaría bien. ¿Por qué estás investigando su muerte?

Me dan ganas de decirle que para que no maten a mi padre. Toma un sorbo de café y yo otro.

—Porque no eran paranoias. Lo espiaban y lo amenazaban de verdad, pero aún no sé el porqué. Es lo que intento averiguar.

Me lanza una mirada escéptica. Es muy expresiva.

—A mi hermano no lo seguía nadie, todo eso estaba en su mente. Se montó una película de terror y terminó fatal. Oye, no quiero parecer fría e insensible. Adoraba a mi hermano, pero no se dejó ayudar. Fue imposible. Sus demonios se hicieron más fuertes y grandes que él.

—No he dicho que seas fría. Seguro que lo querías. ¿Quiénes sabían todo sobre él? ¿No le preguntaste?

—Por supuesto que le pregunté, y siempre me daba la misma respuesta: «Ella».

Le pega una calada al porro.

—Ella.

—Sí. Estaba dentro de su locura de ciencia ficción. De hecho, ella era la guionista, eso es lo que me decía. Estaba convencido de que le estaba haciendo la vida imposible una mujer. Cuando le preguntaba que por qué lo sabía, me contestaba que no me lo podía decir, que si me lo contaba me metería en el juego y estaría perdida. Que me matarían. «Lo sabe todo, lo sabe todo», decía. Entraba en bucle y no salía. Se ponía histérico. Tanto que palidecía y, a veces, hasta se mareaba. En fin, la cabeza y sus mierdas. Me asustaba, ¿sabes? Y asustarme a mí es complicado.

—Tu hermano guardaba demasiados secretos.

—Puede ser, pero ¿quién no?

Me lanza una mirada afilada y se encoge de hombros.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—El día de Navidad. Vino aquí a comer. Lo que hay arriba es mi casa. —Señala el techo—. No lo vi más raro de lo habitual. Se pasó media hora buscando cámaras y yo lo ignoré mientras cocinaba.

Esther mira de forma inconsciente el reloj negro que lleva en su muñeca.

—Ya me voy.

—No te preocupes, solo tengo que preparar cuarenta y cinco pedidos. —Sonríe—. A veces me dan aquí las dos de la madrugada, pero no me importa. Trabajo mejor por la noche.

—¿Te regaló algo?

—¿Cuándo?

—El día de Navidad.

—Sí. Un abrazo. No me abrazaba desde que murió nuestra madre. Me llamó la atención, pero no pensé que lo hacía porque no lo iba a volver a ver.

Es la primera vez durante la conversación que se emociona.

—Bueno —me pongo en pie—, gracias por atenderme, Esther. Y siento mucho lo de Luis, de verdad.

—Oye, no me creo que estuviera metido en un asunto turbio y que lo amenazaran, pero, si descubres cualquier cosa, ¿me lo contarás?

—Claro, lo haré.

Le doy dos besos y le pido que mantenga la conversación entre nosotras. Me promete que su boca está sellada. Y, antes de salir a la tempestad, me detiene.

—Espera.

Corre hacia una de las estanterías y coge una vela.

—Toma. Te gustará.

Miro el tarro. La tapa es dorada y el envase transparente. Analizo la pegatina. El fondo es un jardín con árboles y en el centro, en grande, leo: HERAS. Arriba, en letra pequeña, está escrito el nombre de la tienda. Quito la tapa. Hay un trozo de manzana deshidratada.

—Es dulce. Huele muy bien.

—Lleva manzana, caramelo y canela. Una delicia. Es de la colección Diosas.

—Muchas gracias, Esther. Te dejo trabajar.

Me abre la puerta. Sigue diluviando. Cuando cierra, meto la mano en el bolsillo y aprieto con fuerza la pequeña cruz de oro.

30

Leila

Esther se queda quieta junto a la puerta. Deja el vaso de plástico sobre la mesa. La observo con atención. Se dirige hacia la cámara que hay ubicada en lo alto de una de las estanterías. La mira. Me mira y levanta el dedo pulgar.

—Sí, OK, hermanísima, pero no te ha dado el collar y no lo ha hecho por un motivo —murmuro.

Alguna frase, movimiento o gesto le ha chirriado. Tendré que repasar el vídeo. A veces me desconcierta, pero Mery es muy intuitiva y, aunque me complique el juego, su sexto sentido es valioso para La Llama. En esta familia poseemos capacidades que no tienen el resto de los mortales. Estamos más rotos que cualquiera y nos hemos reconstruido una y otra vez. Llegamos a la organización desordenados, en mil piezas, como un lego, y nos rearmamos. Además, somos más solitarios, generosos y empáticos de lo que aparentamos. Matamos gente porque es nuestro trabajo, pero son personas viles que se lo merecen. Prefiero decir que impartimos justicia. La que no existe y la que no es igual para todos. Da pena, rabia y asco que las condenas sean irrisorias, que no se cumplan, que asesinos confesos estén en la calle en menos de diez años y

vuelvan a reincidir. El sistema tiene demasiados fallos y una benevolencia que no entendemos. Y no es que nos creamos dioses, solo nos convertimos en torres, damas y caballos que pueden y deben hacer jaque mate antes de que acabemos en la misma caja. Sacamos las manzanas podridas del cesto. Una labor digna y necesaria.

Enciendo un cigarro. ¿Cómo vas, pajarillo? Abro el plano. Mucha lluvia. Va hacia el coche como alma que lleva el diablo. Mójate, cielo, que bastante me he mojado yo durante meses. Me levanto para prepararme otro café. El simple hecho de pensar que voy a empezar a hacer las maletas me llena de felicidad. Es un sentimiento pasajero que me saca de un presente plagado de cámaras y relojes. Soy una nómada, de un sitio para otro, con los bártulos a cuestas y el equipaje preparado, pero tengo un lugar al que volver. Mi casa, mi *mare*, mi refugio. Estoy loca por volver a Madrid, pisar el suelo de mi hogar y volver a impregnarme de su olor a chai.

Oigo un portazo y vuelvo al salón abrazando la taza humeante con las dos manos. Me inclino sobre las pantallas. Presto atención a las imágenes que me proporcionan las cámaras que hay en el coche. Ha tirado la bandolera en el asiento del copiloto y se está quitando el abrigo.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

Sonrío. Ahora búscate la vida y hazlo rápido porque el tiempo no se detiene. Y cuando el contador llegue a cero… Adiós, juego. Adiós, papá.

Coge el móvil. Después de unos treinta segundos, busca a Julia y la llama. Sabía que la echarías de menos, que querrías volver a

verla, pero Julia no está. Ha desaparecido. Tu Julia no existe. Sigue con el móvil, a ver quién es el siguiente. Uy, esto no me lo esperaba.

—Hola, Rosa. ¿Puedes hablar?

Malditas ganas tienes tú de hablar con Rosa.

—Sí —contesta de forma seca.

—¿Te ha llamado mi padre?

—Sí, hemos hablado esta mañana.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que ibas a verlo. ¿No has ido?

Mery se retira el teléfono y pone los ojos en blanco. No puede con ella.

—Sí, sí he ido, pero lo he notado raro y quería saber qué te ha contado —escupe de mala gana.

—Nada. Me ha dicho que hacía muy mal tiempo y que en un par de días volvería. No lo he visto raro. Ah, y que no sabe por qué, pero se va la cobertura.

—Sí, es verdad. Se habrá roto la antena por el viento. Vale, Rosa, gracias.

Antes de que la mujer pueda hablar, cuelga. Venga, ya sabes que papá está vivo. Sigamos.

Deja el móvil sobre su regazo y arranca. No quito ojo de las pantallas. ¿Adónde vamos, jugadora? Pasan tres minutos en los que solo conduce con los limpiaparabrisas moviéndose sin cesar. No me gustaría estar en su pellejo. Me resulta muy estresante andar, correr o conducir sin tener un rumbo. Frena en un semáforo. Coge el móvil y lo desbloquea.

—Cafetería Astros, dígame —le contestan.

¡Vamos! Doy palmadas sobre la mesa como si fuera un tambor. Buena elección, pequeño gorrión. Me fascina la memoria que tiene. Solo le nombré la cafetería una vez y ahí estaba, en el segundo cajón de su cabecita inquieta. Matar le ha regalado una clarividencia asombrosa. Ha marcado la opción de «cómo llegar». Perfecto, una hora y cuarto de trayecto. Vamos a jugar un rato.

«Es más complicado resolver una desaparición que un asesinato». Me lo dijo Morgan el segundo día en La Llama, después de mi presentación formal. Más que una presentación, a mí me pareció una exhibición intimidante. Un examen que debía aprobar. Una docena de personas que no tenían nada que ver unas con otras me analizaron con tal minuciosidad que me sentí desnuda. Parecían perros de caza esperando la señal de su dueño para atacar. Sabían mi historia y que entraba en La Llama sin haber pasado el juego. Era la segunda vez que sucedía en la historia de la organización. Me estudiaban con cierto recelo, como si fuera la alumna nueva y aventajada. Ellos, con peligros y penurias, habían pasado sus respectivos juegos, y yo no. Me enciendo un cigarro y rememoro aquel día como si hubiera sido ayer, pero fue a principios de febrero, hace ya cuatro años.

Durante el discurso de Morgan, explicando mi incorporación y mi paso directo a la Acción Instrucción, todos se mostraron tan serios que daban miedo. Estaban de pie, desperdigados por el gran salón dorado de la sede. A ninguno le apetecía estar allí. La verdad es que preferimos estar fuera antes que encerrados entre cuatro paredes, y menos si son las de la sede.

No quería entablar contacto visual con ellos. Me sentía fuera de lugar, incómoda, como cuando llevas unos vaqueros dos tallas menos que la tuya. Por dentro, sentía que me iba a dar un infarto, que me desmayaría antes de acabar el acto. Pero luego me confesaron que mostré seguridad y un temple envidiable. Aun así, no sabía muy bien qué hacía allí, en una estancia tan lujosa, rodeada de asesinos, con una gran llama encendida en el centro de la sala. Bueno, sí lo sabía, pero aún no lo reconocía. A veces, nos cuesta reconocer lo que somos. A algunos les cuesta una vida entera; a mí me costó asumirlo un par de semanas. Sacar mi verdadero yo. Despojarme del pasado y liberarme por completo.

Cuando Morgan pronunció la última palabra de su discurso, todos al unísono gritaron: «La Llama». Ahí sí que los miré a los ojos. Salté de uno a otro. Y no sé por qué, imagino que fue un presentimiento o una vibración, pero supe que se convertirían en mi familia y en mi apoyo. Y no me equivoqué. La mayoría se fue sin decir adiós, como si tuvieran prisa y asuntos pendientes. Y los tenían. James y Thelmo me felicitaron y me dieron la bienvenida de forma fugaz, pero solo la Nena se acercó y habló conmigo. Durante la presentación hay pocas sonrisas y mucha solemnidad.

El mismo día, en el despacho de Morgan, firmé el contrato con La Llama. Recuerdo mi vértigo ante los folios que me iban pasando y explicando. Parecía que estaba firmando mi sentencia de muerte, pero yo ya había muerto y no podía volver a morir. Bajo la atenta mirada del notario y del secretario de la institución, firmé docenas de hojas. Estaba dentro. Formaba parte de la organización más buscada, valorada, examinada y peligrosa de la Unión Europea. Conocida en el mundo entero por los grupos criminales de alto

standing. Hasta para matar hay clases. El dinero puede comprar, vender y aniquilar personas, y así será hasta el fin de los días.

—¿Cuál es el siguiente paso? —le pregunté a Morgan.

—Aprender a caminar.

Tenía razón. Dentro de la organización cada paso tiene un sentido y una consecuencia. Aprendes a ser calculadora, los minutos se vuelven tus aliados y las semanas dejan de tener siete días. En La Llama, los tiempos se rigen por juegos y misiones. Aquí no hay vacaciones al uso ni bajas laborales por dolor de espalda. Se trabaja duro, tan duro que acabas consumida, pero la recompensa económica, personal y vital lo vale todo: los peligros, la falta de sueño, el estrés y las caídas. Al principio, La Llama duele. Luego cura.

La Acción Instrucción duró cuatro meses muy intensos. El primero te deja destrozada: diez horas diarias de teoría y análisis de casos prácticos, con un instructor distinto cada jornada, y una hora para comer. Entrar de noche y salir de noche. Dormir en casa y volver a encerrarte en una habitación sin ventanas. Tienes que aprender qué hacen y cómo lo hacen, y, si eres capaz, mejorarlo. Te enseñan movimientos grupales, jerarquías, posiciones, procesos de aislamiento, tipos de armas, balística, análisis del cuerpo y del cadáver, equipos de sonido, grabación y videovigilancia, así como seguimiento de sujetos.

Los días que estudiaba los casos prácticos, salía de la formación alucinada. Recuerdo que mi pregunta estrella era siempre la misma: «¿Eso lo hicisteis vosotros?». No sé cómo no me explotó la cabeza. No veía a miembros activos de La Llama, ni siquiera a Morgan, solo a mentores rígidos que me enseñaban sin descanso.

Cuando llegaba a mi casa, vacía de vida, me tumbaba en la cama y los tres minutos antes de dormirme pensaba: «Es una puta locura». Pero me levantaba y seguía. Aún no tenía ni idea de lo que me esperaba. La instrucción fue solo el aperitivo, saborear un vermut al mediodía, los primeros pasos de baile, pintarse la cara para la batalla. Lo siguiente fue la guerra. Nervios, fallos, sangre… y más de una lágrima.

Mery conduce. No ha pronunciado ni una palabra durante el viaje. Quizá tenga arrestos para superar el juego, pero me pregunto hasta dónde será capaz de llegar si entra en la segunda fase. Cuando no hay felicitaciones y sí muchos interrogantes.

31

MERY

En Benidorm hay trescientos días de sol al año y hoy no es uno de ellos. He dado dos vueltas al parque donde está ubicado el ayuntamiento, un edificio rectangular y acristalado que parece más un museo que un ayuntamiento. No encuentro a casi nadie por las calles, pero todos los aparcamientos están ocupados. El viento arrecia con fuerza. Este Benidorm tiene poco que ver con el que enseñan en la televisión cuando hablan del tiempo, de la playa y de sus rascacielos.

He localizado la cafetería Astros. Está en la avenida L'Aigüera, cerca de una clínica dental, y tiene tres o cuatro mesas en la terraza. Miro el reloj envenenado que me han regalado. Luego reviso la hora en el móvil. Son casi las cuatro. No sé qué pretendo encontrar aquí. De hecho, no sé si voy a obtener respuestas, preguntas o una preciosa hoja en blanco.

Por fin, a la tercera vuelta, un coche se marcha delante de mí. Genial. Estoy a apenas cien metros. Aparco y pago mediante una aplicación. Me da que aquí se paga hasta por respirar. Me contemplo en el espejo del parasol. Joder, parece que me han dado tres palizas tres matones distintos. Tengo los ojos hinchados y estoy más pálida

que una enferma terminal. Saco el cepillo plegable, me recojo el pelo en una coleta y me hago un moño bajo, a la altura de la nuca. Rebusco en el bolso a ver si encuentro un pintalabios. Me vale cualquiera. Premio: uno rosa empolvado. Me lo aplico en los labios y en las mejillas, luego lo difumino. Vuelvo a mirarme en el retrovisor. No tengo solución, pero al menos estoy más presentable.

Salgo del coche y camino calle arriba bajo una bonita arcada que me resguarda del viento y de la lluvia que empieza a caer. Llevo las manos metidas en los bolsillos. Acaricio la cadenita con la cruz. Quizá la próxima vez se la dé, porque hoy no se la ha ganado. Al acercarme veo a cinco personas en la terraza tomando café y fumando. Espero que no haya mucha gente dentro. Cuando llego, analizo la pizarra con el menú del día. No he comido. ¿Cuánto tiempo llevo sin comer? BAR ASTROS. TAPAS – APERITIVOS – DESAYUNOS, leo en el cartel encendido. ¿Cuántas veces has estado aquí, Julia? Siento un escalofrío.

Entro y observo un bar de toda la vida, con pocas moderneces y nulo colorido. En este lugar, el estilo no tiene cabida. La barra y los taburetes son de madera y las cuatro mesas, dos de ellas ocupadas, de color negro. La calefacción está puesta. Me siento en un taburete, me quito el abrigo y observo al hombre que hay detrás de la barra llenando un platito de cacaos. Tendrá entre cuarenta y cincuenta años, entradas pronunciadas y barba de tres días. Lleva unos vaqueros oscuros y una camiseta verde botella de manga corta.

—¿Qué te pongo?

—Un café con leche, por favor.

Mientras veo cómo lo prepara, me pregunto cómo abordar el tema. Igual este chico no tiene ni puta idea de nada y estoy perdiendo el tiempo.

—Aquí tienes.

—Gracias. Perdone, ¿es usted el dueño?

—Sí.

—¿Lleva muchos años con el bar?

Le pego un sorbo al café.

—Seis. ¿Por?

Su cara asqueada y de pocos amigos me indica que voy a tener que mostrar mi comodín, y odio tener que hacerlo. Saco la placa y se la enseño no más de tres segundos.

—Encantada. Soy Carmen. —Le estrecho la mano.

Le ha cambiado el semblante. De hastiado ha pasado a acojonado. Noto su rigidez disfrazada de amabilidad. Otro ocultando cosas que no se deben hacer.

—Jaime. ¿En qué puedo ayudarla?

—Investigo un caso en el que estarían involucrados unos vecinos que eran clientes habituales de su establecimiento. Quiero hacerle unas preguntas.

Apoya las manos en la barra. Sigue sin ser la alegría personificada, pero se muestra colaborativo.

—¿Cómo se llaman?

—Michel y Julia. Se conocieron aquí, tuvieron un accidente hace años y él falleció.

—Hostia, claro. Aún estábamos en pandemia y nos quedamos a cuadros. Nunca entendimos qué hacían por ahí arriba dando vueltas.

—¿A qué se dedicaban? —pregunto con seriedad, esperando que su respuesta concuerde con mi información.

—Él trabajaba en un súper y ella cuidaba a una señora mayor.

No me muevo, pero respiro aliviada. Incluso esperanzada.

—¿Sabe si llevaban mucho tiempo viviendo en Benidorm?

—El Michel toda la vida, pero cuando se cansaba se mudaba de ciudad. Estaba un tiempo y volvía. Era un polvorilla. No podía estar quieto. Y ella… —se queda pensando— no mucho. Era de un pueblo de Madrid. De Parla, creo. Una pena cómo se quedó la chica.

Entra un chaval y le pide dos cervezas. Me hace un gesto para que lo disculpe y asiento. De Parla. Mi Julia nunca habló de Parla. «Chica». Puede que la verdadera Julia sea más joven. Necesito saber dónde está. Jaime sale del bar con los botellines. Y de inmediato se me acerca un hombre de unos sesenta o setenta años.

—Perdone mi indiscreción, pero he oído que le preguntaba por Michel.

—Sí, ¿lo conocía?

—Y tanto. Era un pinta y un maleante. Cambiaba de trabajo porque lo echaban de todos. Un cabrón con dos caras. Se dice que daba mala vida a las mujeres, y no me extraña viniendo de él. No era trigo limpio. A mí me dejó a deber mil euros, eso me pasa por gilipollas. Pero su padre fue amigo mío y me dio apuro. Ahora su hermano me dice que me apañe, que no es su responsabilidad. —Se asoma mirando a la calle—. Este no le va a decir la verdad. Lo último que quiere es meterse en líos.

En cuanto pronuncia la última palabra, da media vuelta y se sienta frente a su copa de ponche. Así que tiene un hermano. No me da

tiempo a preguntarle. Jaime entra en el bar y se mete detrás de la barra frotándose las manos.

—¿Sabe dónde está ella?

—Ni idea, agente. Pero, en su estado, imagino que volvería a Madrid con su familia.

—Hablando de familia, ¿me puede decir dónde vive el hermano de Michel? —Me bebo lo que me queda de café. Él no responde, se ha quedado parado, sin saber qué contestar.

Arqueo las cejas y hago un gesto que le anime a abrir la boca.

—Eeeh… Sí, vive por la calle Arnedo, pasando la gasolinera. Pero no sé el número.

—Perfecto. ¿Cuánto es el café?

—Invita la casa.

Le sonrío.

—Gracias por su colaboración. —Le estrecho de nuevo la mano. Con firmeza, como me enseñó mi padre. Me pongo el abrigo. Al dar la vuelta y colgarme el bolso, le clavo la mirada al espontáneo que me ha dado la información. Sigue sentado a la mesa y su copa está casi vacía.

Al salir, el frío me aturde. Estudio a los dos críos bebiendo cerveza helada. Camino por donde he venido. La noche está cayendo sin compasión. Freno en un punto en el que sigo viendo el bar, aunque estoy bastante lejos. Tengo que ir a la calle Arnedo, pero sé que no lo haré sola.

No tarda ni dos minutos en aparecer en escena. Mira a derecha e izquierda y me busca. Me encanta cuando la gente es tan servicial con la policía. Avanzo un par de metros y me dejo ver. En cuanto me localiza, baja la calle a paso rápido. Lleva una cazadora negra de

piel, vaqueros rectos y mocasines granates. Al alcanzarme, caminamos juntos bajo la arcada.

—La acompaño. Sé dónde vive.

—Gracias. ¿Cómo se llama usted?

—Arturo González Silva, a su servicio.

—¿Y qué me puede decir de ellos?

—Que no son buena gente. Muy agradables de cara al público, pero en el fondo son unos cafres. No entiendo cómo de un matrimonio tan bueno nacieron dos personajes así. Sus padres tuvieron zapaterías. Trabajé en una durante muchísimos años, de ahí mi amistad con el padre. ¿Por qué pregunta por Michel?

—Robos y drogas. Creemos que escondió algo que no le pertenecía —le contesto como si fuera verdad.

—Qué ruina de chico. Hasta después de muerto sigue dando problemas.

—¿Conoció a su última pareja? Julia.

—Sí, pero de vista. Coincidíamos en el bar. Cuando vi que estaban juntos, pensé: «Esta criatura no sabe dónde se ha metido». También pasaba mucho tiempo con su amiga. Una mujer bien guapa. Salían juntas a pasear a los perritos.

—¿Recuerda su nombre?

—Sí, se llamaba Leila.

Freno en seco, como si me hubiera chocado con un muro de hormigón y hubiera sufrido una conmoción pasajera. Un sentimiento poco agradable me recorre de arriba abajo.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Leila? —pregunto manteniendo la compostura.

—Ni idea. Le impactó tanto lo de su amiga que desapareció. Ella también era de Madrid, igual por eso hicieron tan buenas migas.

—¿Y qué hacía aquí?

Me regala una expresión de extrañeza. Tiene los ojos claros y preciosos.

—Daba clases de idiomas, pero en su casa. Si me va a preguntar dónde vivía, no lo sé.

—No —digo mordiéndome la lengua—. ¿Qué puede contarme de Julia? Es importante en el caso. Me gustaría verla.

—No mucho. Solo sé que casi se muere en el accidente y que se quedó fatal. Qué lástima. Te juntas con quien no debes y la vida se te tuerce sin remedio. Igual Ricardo, el hermano de Michel, sabe dónde está. No creo que la muchacha conociera sus chanchullos, que seguro que no eran pocos.

Giramos a la izquierda y avanzamos por una gran avenida.

—¿Y qué hay de Ricardo?

—Puf. —Niega—. Un calco del hermano. Las zapaterías se fueron al garete por su culpa. Si su padre levantara la cabeza, se volvía a morir del susto y de la tristeza que le daría. Arruinó el negocio y se puso a trabajar en un bingo, pero lo echaron porque robaba. Su mujer se llama Marisa y lo ha denunciado por malos tratos. O eso dicen. Tienen dos hijas, aunque no viven aquí. Una está en Valencia y la otra en Londres. Anda que también dejar sola a la madre con tal panorama.

—¿Es ahí?

Señalo la gasolinera que hace esquina al otro lado.

—Sí, es esa calle.

Cruzamos en silencio. Trato de asimilar la información. Miro el móvil: las cinco menos diez. El tiempo empieza a doler. Dejamos atrás la gasolinera y una inmobiliaria, y caminamos hacia abajo. La calle Arnedo es estrecha, con edificios de cuatro y cinco plantas. No hay gente. El frío y el tiempo de mierda no invitan a pasear.

Arturo se detiene y con el índice señala un portal negro y acristalado.

—Que tenga suerte, agente. Es el cuarto piso, la puerta quince. Ojalá el muy desgraciado esté metido en el asunto del hermano y lo encarcelen. Me esperaría, pero tengo hora en el médico y no está la Seguridad Social como para perder las citas.

—No se preocupe. Muchas gracias por la información y por acompañarme.

—Un placer —me dice al tenderle la mano.

El señor Arturo, peculiar y cordial, da media vuelta y me deja en el portal.

No quiero tocar al telefonillo por si no me abren, así que voy a esperar hasta que entre o salga un vecino. Me surgen un sinfín de preguntas, pero hay una que me martillea las sienes: ¿qué hacías aquí, Leila?

32

Leila

Qué suerte has tenido. Se te ha aparecido un ángel llamado Arturo. Hacía meses que no sentía esta emoción tan amarga. Pensaba que no me afectaría, pero me he quedado helada. Entrar al bar y pasear por las calles de Benidorm me ha provocado cierto vértigo. Nunca es el lugar, es lo que viviste en él. Me esfuerzo en volver al presente. Me enciendo un cigarro. A ver si te largas pronto de ahí, Mery, que esto no me trae buenos recuerdos. Compruebo la hora. Qué rápido pasan los minutos. En breve vas a bajar al infierno de la desesperación y tú ahí, esperando en la puerta, como si tuvieras todo el tiempo del mundo a tus pies.

Toca revisar. Tengo que relevar a Henry o le saldrá una úlcera gástrica. No soporta estar encerrado y menos con dos tipos infames que piensan que somos gilipollas. A estas alturas y subestimándonos. A ver, la Nena y Thelmo. Siguen en el pueblo. Los veo dentro del salón, junto a la chimenea, conversando sobre la próxima misión en Portugal y descansando. Se lo merecen después del impecable trabajo que han hecho esta mañana.

—Vamos, equipo. Un poco de paciencia y *c'est fini.*

Activo las dos cámaras perimetrales. Sale alguien del portal. Me aproximo a la imagen. Es un chico veinteañero con una maleta roja. Mery le ha dado las gracias y está subiendo por las escaleras. Oigo su respiración y el traqueteo de la bandolera. Se detiene en el rellano y recupera el aliento. Acto seguido, llama al timbre de la puerta quince. Dirijo mi vista hacia la tercera pantalla. Marisa se ha levantado del sofá como si le hubiera dado un calambrazo en el culo. Se queda en pie, sin moverse. Lleva incorporados el miedo en su cuerpo y el pánico en su pecho. El timbre vuelve a sonar y ella camina hacia la entrada. Vuelvo a la imagen de Mery.

—Buenas tardes, señora. Policía Nacional. ¿Es usted Marisa?

Seguro que le ha enseñado la placa.

—Buenas tardes. Sí, soy yo.

—Busco a su marido. Me gustaría hablar con él.

—¿Qué ha hecho? —pregunta asustada.

—Nada. Quiero hacerle unas preguntas sobre su hermano.

—¿Sobre Michel? Si falleció hace años.

—Lo sé.

—Mi marido no está. Se fue hace una semana y espero que no regrese.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Vuelvo a la tercera pantalla. Las dos han entrado en el salón. Mery está haciendo su habitual rueda de reconocimiento: examina el techo, los muebles y cada esquina del pequeño comedor. Marisa la observa sin saber muy bien qué hacer. Mueve las manos de forma compulsiva, pero intenta disimular.

—¿Por qué se fue?

—Lo he denunciado. Tiene una orden de alejamiento, pero se la saltará cuando quiera. Como hizo la última vez —afirma resignada—. ¿Qué quiere saber de Michel?

Mery se cruza de brazos.

—¿Tenía relación con su hermano?

—La justa. A veces discutían y no se hablaban. Otras veces se necesitaban y volvían a llevarse bien. Según la época. Michel pasaba mucho tiempo fuera.

—Fuera, ¿dónde?

—En Barcelona, en Cáceres, en Madrid… Estaba aquí unos meses o unos años y se marchaba de nuevo.

—¿A qué se dedicaba?

—Si quiere que le diga la verdad, no lo sé. Tan pronto trabajaba en un restaurante como era repartidor o llevaba la seguridad en unas oficinas. Por lo menos, es lo que decía él. Si me permite, voy a por agua. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

En cuanto Marisa desaparece, Mery se dirige a las fotografías que hay sobre la repisa del mueble. Las estudia al detalle y con rapidez. Sujeta uno de los marcos plateados. Me meto un caramelo de violetas en la boca. ¿Qué has visto, pajarillo?

—El de la derecha es Michel —dice a sus espaldas sosteniendo el vaso.

—¿Y ella?

—Su última novia. Se llamaba Julia. Bueno, se llama.

—Le tendría usted cariño si tiene una foto de ella en el salón.

Me aproximo a la pantalla y amplío la imagen. La cara de Marisa es un poema. Venga, que empiece la fiesta. Mery va a poner la

música.

—Bueno, sí. Salimos los cuatro. Es una fotografía bonita. Ricardo las guardó cuando mi cuñado falleció, pero, ahora que no está, he vuelto a sacarlas.

—¿Sabe usted dónde está Julia?

—No. Solo sé que volvió a Madrid después del accidente.

Mery deja el marco donde estaba y mira a Marisa con firmeza. Qué intimidante puede ser cuando quiere.

—Las mujeres maltratadas tienen puntos en común. Uno de ellos es que saben mentir muy bien, o por lo menos lo intentan. Dígale que salga.

—No sé de qué está hablando.

—Sí lo sabe —responde, y le enseña el arma de detrás de su espalda—. Si voy yo a buscarlo, será peor.

—Me va a matar —susurra despacio.

Me he quedado atrapada en su murmullo porque su miedo aún habita en mi memoria. La entiendo porque he llevado sus zapatos. Estas situaciones me indignan y me entristecen. La señora está descompuesta.

—No lo hará. Confíe en mí.

—Ricardo, ven, por favor. Quieren hablar contigo —grita.

La mujer da unos pasitos cortos, casi como una geisha, y se coloca junto a Mery. Su nerviosismo es palpable. Se oye un portazo que sobresalta a Marisa. Entonces se santigua y murmura unas palabras tan bajito que no consigo escucharlas. Ahora lo que sí escucho es un carraspeo asqueroso que viene del pasillo.

—¿Qué pasa aquí?

El hombre ha aparecido por la puerta del salón, donde se ha quedado plantado como un roble, mirando a Mery de forma desafiante.

—Eso me pregunto yo. Siéntese. —Apunta con la pistola el sofá.

Al ver el arma se ha sentado con desgana, pero sin rechistar.

—Si usted tiene una orden de alejamiento, ¿qué hace en esta casa?

—He venido a recoger ropa. Ya me iba.

—Sí, se irá, pero antes me va a contestar unas preguntas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿En qué estaba metido Michel antes de morir? Lo perseguían.

—Recibía anónimos y llamadas amenazantes. No sé más. No hablaba del tema, solo me lo comentó un par de veces. Le pregunté qué había hecho, porque lo veía agobiado, y me dijo que no era asunto mío. No insistí; bastante tengo con mis propios problemas, pero sería un ajuste de cuentas y lo estaban asustando.

—¿Qué hizo usted con el piso en el que vivía su hermano?

—Lo vendí.

—¿Y el dinero de la venta se ha evaporado? Por lo que sé, no anda usted muy boyante —pregunta con una mezcla de intriga e ironía.

—No le tengo que dar explicaciones.

Me aproximo a la pantalla. Mery enarca las cejas y le lanza una mirada que me provoca una carcajada.

—El dinero está en el banco —contesta a regañadientes—. Tengo muchos gastos y estoy sin trabajo.

—Vale. Deme la caja donde su hermano guardaba los anónimos y toda la mierda que le enviaban.

—¿Qué caja?

Sí, señora. Buena memoria. La caja de la discordia. Ni la de Pandora trajo tantas desgracias. Mery se aproxima al sofá y le apunta con el arma.

—No tengo tiempo. Dame… la puta… caja.

Qué enfadada está. Ha dejado de tratarlo de usted. Ricardo se levanta y Mery lo sigue. Pierdo la imagen porque han salido del salón. Me concentro en la cámara del bolso, pero solo veo paredes. Entran en una habitación y oigo la puerta de un armario abriéndose y cerrándose de golpe.

—Esos humos —le dice.

Qué agonía cuando tengo planos que son una birria. Tendrían que haber puesto más cámaras. Marisa sigue de pie sin moverse del azulejo donde está clavada.

—La caja —le dice Ricardo con rabia.

—Coge la bolsa que hay encima de la cama y vamos al salón.

Obedece su orden. De nuevo, veo las paredes del pasillo. Parece que voy subida en un avión con turbulencias. Vuelven a la posición inicial: él, en la puerta del salón con una bolsa de deporte colgada, y ella, enfrente con una caja metálica bajo el brazo.

—¿Ves a esta mujer? —Señala a Marisa.

—Sí.

—Pues como le vuelvas a poner una mano encima, yo misma vendré y te las cortaré. Primero la derecha y luego la izquierda. Estás más vigilado de lo que te piensas. Si la tocas, me enteraré… y

te dejaré dos muñones a la altura del codo. Ni siquiera te podrás limpiar el culo. ¿Me has entendido?

Ricardo asiente con la mirada llena de inquina. Se le marcan las mandíbulas. Está apretando tanto los dientes que se va a partir uno.

—Vete.

Sale del comedor y se oye un portazo que casi desmonta la casa. Muy bien, nena, esto le va a encantar a Morgan. Marisa expulsa el aire que estaba conteniendo, se ha desinflado como un globo. Se lleva la mano a la frente y comienza a llorar. Mery deja la caja sobre el sofá negro de polipiel.

—Ya está —le dice, y le agarra los hombros con dulzura—. ¿Tiene llaves?

—No, cambié la cerradura.

—No te molestará. Cuando venga a pedirte perdón, sé fuerte y no aceptes. No le dejes volver a entrar.

La mujer asiente y se dirige hacia la mesita de cristal donde tiene el teléfono fijo. Arranca un pósit amarillo y escribe con un bolígrafo.

—Encontrarás a Julia en esta residencia —le dice dándole el papel.

—¿Y qué hace en una residencia?

Marisa frunce el ceño.

—Se quedó tetrapléjica. Tiene el grado máximo de dependencia.

—Joder.

Sí, hija, sí. La vida es mordaz e injusta. No es ningún secreto para nosotras. Por desgracia, las dos lo hemos comprobado. Otro lugar al que vas a volar, pajarillo.

Vuela, vuela, vuela.

33

Mery

Ni siquiera sé por qué, pero se me ha caído el mundo encima. «Tetrapléjica». Tenía la imagen de Julia tan sólida en mi cabeza que pensaba que sería como ella, pero el desenlace de la Julia real fue peor. Más duro y dramático.

—Su lesión medular fue gravísima, pero está muy bien cuidada —dice para consolarme, porque ve que tengo la cara desencajada.

—¿Te habló de Michel? ¿De qué le pasaba?

—Era muy discreta. Y tampoco teníamos contacto diario. Solo me dijo que le había cambiado el carácter, que se comportaba mal con ella. Al escucharla, se me partió el alma, pero qué consejo le iba a dar yo. —Hace una pausa y se le vidrian los ojos—. Se le notaba preocupada. Lo único que me contó es que un día le hicieron una pintada en la puerta que ponía «Lo sabemos» con spray rosa. Se ve que Michel enloqueció y se dejó las manos intentando borrarla. «Estaba poseído», me dijo Julia. A saber en qué andaba metido.

—¿Y conociste a su amiga Leila?

—Sí. Me la presentó una tarde que las vi paseando a los perros. Tenían una conexión especial. Me alegró que tuviera una amiga,

porque su trabajo no le dejaba demasiado tiempo libre. Ella seguro que conoce la historia mejor que yo.

—¿Y dónde la puedo encontrar?

—Se fue a Madrid. Sé que la visita en la residencia. Hablo con Julia muy de vez en cuando, pero me lo ha comentado. Yo no he ido porque el impresentable de mi exmarido me hubiera matado. Ahora, si se calman las aguas, me animaré a ir. En el AVE llego enseguida.

—Muchas gracias, Marisa. Ojalá tu situación mejore.

—Sí. Espera, que te doy una bolsa para la caja.

Sí, seguro que Leila lo sabe mejor que nadie. Me guardo la pistola y observo la caja metálica. Es grande y está adornada con un pequeño labrado en las esquinas. Muero por saber qué hay dentro. Estoy cansada, pero por lo menos he obtenido más respuestas de las que esperaba. Hoy me merezco una salva de veintiún cañonazos. Quiero salir de aquí y empezar a montar el puzle. El reloj sigue su cuenta atrás y yo necesito avanzar.

—Toma —me dice mientras abre la bolsa.

—¿Has leído las cartas?

—Nunca. Ni quiero.

Salimos hacia la puerta y nos despedimos.

—Diga lo que diga, no le abras.

—No lo haré.

Cierra con sigilo. En el rellano no percibo sonidos extraños. Solo escucho la fuerte tormenta que me llega a través de las ventanas del patio interior. Bajo con cautela, con mil ojos, porque el infeliz al que he amenazado puede estar escondido en cualquier rincón, esperándome, con ganas de acción. Los hombres detestan las humillaciones verbales cuando vienen de una mujer. Son un disparo

directo a su ego. Pero los maltratadores ni siquiera lo consienten. Se encienden y atacan, porque es lo único que saben hacer. Amedrentan, golpean y degradan. La simpleza de la bestia sin corazón ni conciencia. Y, además, les gusta tener la última palabra para sentirse poderosos. Los conozco bien. Desciendo con reservas cada uno de los escalones, por si su voz surge de la nada.

He llegado al portal sin cruzarme con ningún vecino. El ambiente está en calma. Le doy al interruptor de la luz. El ascensor sigue abajo. Igual este cabrón es distinto y no se ha quedado con ganas de jarana. Me abrocho el abrigo y me cuelgo la bolsa en la muñeca. La tormenta es eléctrica. Se ilumina el exterior, sumido en la oscuridad, y a los pocos segundos escucho el trueno. Casi voy a salir cuando un pálpito me frena ante el panel de buzones verticales y plateados que queda a mi derecha. Busco la puerta del matrimonio.

15
Ricardo Tarancón
Marisa Benito

Me quedo quieta. Tarancón. Tarancón… ¿De qué me suenas? Tarancón. José Miguel Tarancón. Madrid. Edificio Pirámide. Michel. Joder. Le doy un golpe al buzón. Es el mismo. Por eso Leila estaba aquí. Abro y salgo corriendo del portal, pero apenas he dado dos pasos cuando me agarran del brazo izquierdo, tiran de mí con agresividad y me introducen en un cuarto oscuro. Me empujan con tanta violencia que caigo de espaldas y me clavo el arma. La puerta metálica se cierra. No veo nada. No sé dónde estoy. Huele fuerte, a productos de limpieza. Noto el peso de un cuerpo sobre mí. Me hinca la rodilla sobre las costillas como si quisiera atravesarme, y sus

manos grandes y robustas me aprietan el cuello con una fuerza descomunal. Me estoy ahogando. Abro la boca, pataleo, le clavo las uñas en la cara.

—¿Qué has dicho que me ibas a cortar?

Su voz sádica ha llegado. No es distinto. Es de la misma especie. Un perro agresivo sin bozal ni collar. Hundo mis dedos en sus ojos y grita. Afloja la presión en mi cuello. Por fin doy una bocanada de aire.

34

Leila

Me pongo de pie. Mi ritmo cardiaco ha subido a 140 pulsaciones por minuto. Siento que me va a dar un ataque. La pantalla se ha fundido a negro. Me llegan únicamente ruidos, un estruendo monumental. Como si se estuvieran moviendo a trompicones por el habitáculo y hubiesen tirado cubos y armarios al suelo. Entonces me llaman. Es Morgan.

—¡Sácala de ahí, Leila! —vocifera como nunca lo ha hecho.

—¡No! ¡Espera!

Los mismos sonidos persisten.

—¡No vamos a esperar! ¡Que entre Peter! ¡La va a matar!

Sus gritos y mi inquietud chocan como dos coches en dirección contraria.

—¡Si Peter interviene, el juego se acaba!

—¡Si la matan, también se acaba! Da la puta orden o la doy yo.

Cuando pronuncia la última palabra, oigo un disparo. Me siento a cámara lenta en la silla y pongo el móvil sobre la mesa. He dejado de respirar. Un profundo silencio. Pasan segundos o minutos opresivos hasta que me llega el sonido de un jadeo inquietante. Uno

de los dos se repone de la pelea. La pantalla sigue en negro. Morgan permanece en el móvil. No ha colgado. Voy a tener un infarto.

Desconozco por qué no he dado la señal. No sé por qué esperar ha sido mi decisión y por qué sigo sin decirle a Peter que entre en ese jodido cuarto que nos ha pasado desapercibido. Me pego a la pantalla. Oigo actividad. Lo escucho cerca. Por Dios, que esté bien, que sea ella, por favor. De repente, un fogonazo me deslumbra. Es la linterna del móvil de Mery. Lleva una cámara y lo que registra su pantalla lo veo yo. Cojo mi móvil.

—Está viva, Morgan. Está viva.

No responde, pero sigue ahí, al otro lado del teléfono. La oigo respirar. El móvil de Mery enfoca el suelo. Veo botellas, escobas y cubos tirados. La luz se dirige hacia la pared de la derecha. Hay un pequeño andamio y cajas de plástico apiladas. De nuevo, veo el suelo y aparece él.

Me llevo la mano izquierda al pecho, cierro los ojos y trago saliva, pero mi boca está más seca que la suela de un zapato. Está de costado. Le da una patada y Ricardo se mueve levemente; quiere hacerlo, pero no puede. Aún no está muerto, aunque su camiseta está llena de sangre.

—Todo bien, Morgan.

—Has desobedecido la orden de un superior. Es inadmisible. Su vida estaba en peligro y te has pasado un C5 por el forro de los cojones. Tus actos tendrán consecuencias, Leila.

Cuelga sin esperar mi respuesta. La entiendo. Mi respuesta ahora mismo le importa una mierda porque tiene razón, pero el juego sigue y algún día me lo agradecerá. Nunca me había enfrentado a un C5. Una alerta máxima. Campo de visión nulo e inoperante

control sobre la situación. Riesgo alto para el jugador. Un C5 es abortar la misión y que un miembro de La Llama interceda para salvarle el culo a la persona con la que jugamos. Pero, si eso sucede, todo se para. El juego se ve contaminado y no puede continuar. El trabajo de meses a la basura y el tiempo perdido. No estaba preparada para tirar mi esfuerzo por la borda, o quizá es que confío demasiado en ella.

Ha localizado el interruptor de la luz y ha dejado el móvil apoyado sobre una superficie. El techo desconchado es lo único que puedo ver porque el plano se ha quedado inerte.

Percibo sus movimientos, pero desconozco si está herida. De repente, oigo unos gritos que me paralizan. Son agónicos, alaridos de desesperación y dolor. Al minuto, silencio. ¿Qué haces, Mery? Abre la cremallera del bolso. La escucho como si la tuviera pegada a la oreja. Esta mañana ha cogido cinta aislante marrón, bridas y una navaja. Mi nivel de excitación y el temor que me tenía atrapada se han rebajado, pero hasta que no salga del habitáculo no voy a estar todo lo tranquila que se puede estar en esta situación. Despega un largo trozo de cinta. Y luego, otro. Y otro más. Me enciendo un cigarro. El sonido es inconfundible. Recuerdo el primer día que mi instructor me dijo que tenía clases de acústica. Tras dos meses, nada de lo que me explicaban me parecía raro, aunque no le vi la utilidad. Con el paso del tiempo, entendí que las clases de acústica eran elementales. Ahora puedo distinguir mil sonidos distintos y saber identificarlos me ha sacado de más de un atolladero.

Después de cortar cinco largos trozos de cinta, deambula un rato por la estancia. Vuelve a la carga y corta otros tantos. Termina ya, por Dios. Me llaman a uno de los móviles.

—Se te va a caer el pelo.

—No me queda pelo, poco se va a caer. ¿Dónde estás?

—Enfrente, mirando la puerta. Esperando a que la señorita salga —contesta Peter. De fondo escucho los truenos.

—¡Cómo se nos pudo pasar esa puerta!

—Ni idea, Leila. Ni siquiera le di importancia cuando instalé las cámaras. Es más pequeña que la del portal y parece de adorno. Oye, no te tortures, no podemos contemplar todas las posibilidades.

—¡Sí, podemos! Otros no, pero La Llama puede. —Me callo—. En fin, es tarde para martirizarnos. ¿Hay gente por la calle?

—No. Está diluviando. Pero ¿qué hace?

—Manipula al sujeto. No tengo visión, solo escucho. En cuanto salga y veas que está bien, entras y me llamas.

—Recibido.

Mi «falta grave» debe de estar corriendo de boca en boca por La Llama. Tenemos los labios sellados cuando se trata de juegos, misiones y casos. Silencio absoluto. Hermetismo riguroso. Pero cuando alguien pincha, se pasa de la raya o desobedece, las lenguas se aflojan y se disparan dardos sin miramientos. Mi nombre estará siendo pronunciado por decenas de personas. «Leila. Leila. Leila». Por suerte, no me preocupa que hablen de mí, de mi desobediencia insolente ni de mi ambición ilimitada. Que digan lo que quieran, pero Morgan y sus superiores tendrán una seria charla conmigo y me abrirán una investigación, así que adiós a mi expediente casi impoluto hasta hoy. No me van a expulsar, pero sí me retirarán un tiempo. Igual hasta me beneficia. Ver el lado positivo de las cosas se ha convertido en una costumbre.

He dejado de oírla. La imagino con los brazos en cruz contemplando la macabra escena. Se ha colgado el bolso. La imagen ha cambiado y la pared se mueve en la pantalla. Oigo el movimiento de la bolsa y la caja metálica. Coge el móvil y se lo guarda en el bolsillo del abrigo. Fundido a negro. Operación finiquitada. Un cabrón menos sobre la faz de la tierra. Este no se vuelve a limpiar el culo. Me llega el chirrido de la puerta metálica y llamo a Peter.

—Va a salir.

—La veo, Leila. Ha abierto unos centímetros, asoma la cabeza y mira a derecha e izquierda. El objetivo ha salido —explica muy serio. Se pone solemne cuando en la frase está la palabra «objetivo».

—¿Camina con normalidad?

—Más o menos, aunque estoy seguro de que tiene un fuerte golpe en el abdomen. No se ha quitado la mano de ahí. La voy a perder. Está llegando al cruce.

—No te preocupes. Yo la sigo.

Analizo las pantallas. Camina sin detenerse y el vaivén de su bolso es mareante. La cámara solo registra las luces y los coches. No abre la boca ni para lamentarse. Dos muertos en un día. Nada mal, querida jugadora. Oficialmente te has convertido en una asesina con honores. Estarás loca por llegar a casa y esconderte debajo del nórdico. Aunque yo, de ti, no invertiría el tiempo en dormir. Tu padre cada vez está más débil. Observo a los dos miserables. Ángel es un amargado, pero engulle la comida como un reo antes de la inyección letal. Uno va hacia arriba y el otro hacia abajo. Ha llegado James para hacerle el relevo a Henry, le ha dado la medicación al señor Martos y les ha vuelto a poner la mantita por encima. Sonrío. No puede evitarlo.

—¿Cuánto te falta? —pregunto a Peter sin dejar de seguir a Mery.

—Poco. Es una cerradura sencilla.

Un trueno me sobresalta. Mi hermana se reía a carcajadas cuando los truenos me pegaban unos sustos de infarto. Nos reíamos. Echo de menos su risa y su voz. Cuando había tormenta lo pasábamos bien. Es un misterio que te guste tanto algo que te asusta.

—Dentro, Leila. El olor es intenso e insoportable.

—¿Cómo está?

—Te hago videollamada. Míralo tú misma.

Sostengo el móvil y aparece la imagen de la cara de Ricardo en primer plano. Qué coño…

—Tu chica le ha metido un tiro, le ha quemado los ojos con amoniaco, le ha cortado las manos y ha precintado parte de su cuerpo. Una buena candidata.

Sí, lo es. Sigue enseñándome el cuarto. Hay productos de limpieza, cubos de pintura y herramientas. Me enfoca una sierra y luego a Ricardo, que tiene los brazos pegados al torso con la cinta. Lo mismo alrededor de los pies y de la boca. Las manos las ha puesto dentro de un cubo de fregar vacío. No me podré quitar la imagen de sus ojos quemados en mucho tiempo. Qué asco.

—¿Qué hacemos con el paquetito? ¿Lo dejamos aquí? ¿Se lo enviamos a alguien?

—No, que desaparezca. No tengo tiempo ni ganas de lidiar con una investigación, y menos después de lo que ha pasado con Morgan. Te mando refuerzos. Ve preparándolo.

—Recibido.

La videollamada finaliza y coloco el móvil sobre la mesa. Está muy cabreada. Se ha comportado de forma sádica y cruel. Si entra en La

Llama, aprenderá que el trabajo consiste en matar, no en ser despiadada. No practicamos técnicas de tortura. Solo matamos. Cuanto más limpio y rápido, mejor. En ocasiones nos gustaría ver sufrir durante horas al sujeto, mutilarlo poco a poco y contemplar cómo padece. Que sus alaridos fueran música celestial para los oídos del cliente. Pero no es nuestro cometido. No es lo que hacemos. Para eso hay otro tipo de organizaciones criminales y asesinos a sueldo que no se acercan, ni de refilón, a La Llama.

Mery ha llegado al coche. Abre la puerta y cierra de un portazo que me deja sorda. Puedo verla: está empapada. Las gotas resbalan por su rostro. Tira con furia la bolsa y la bandolera en el asiento del copiloto. Se pone el cinturón de seguridad. Está hiperventilando, su respiración es agitada. Agarra el volante con las dos manos y grita. Lo golpea con rabia y llora desconsolada. Es el llanto abrumador del después.

Yo también lloré.

35

MERY

Agarro el volante con tanta fuerza que me hago daño y grito como si estuviera en un paritorio. Grito y lloro. Y, entre medias, intento respirar. La presión y la tensión asfixiante hacen acto de presencia.

—¡No puedo más! ¡No puedo más, hija de puta! ¡Normal que se tirara desde una azotea!

Me llevo la mano al costado. Seguro que tengo una fractura. Me duele el cuerpo entero. Golpeo el volante. Lo he matado. Lloro con más ímpetu. Esto es demencial.

Una chica que camina por mi izquierda se para y me mira. De inmediato, dirijo la vista hacia delante. La luna del coche es una densa cortina de agua, como si me estuvieran tirando cubos. Me muerdo la lengua. «Mery, respira y cálmate. Lo has hecho en defensa propia. Respira». Hincho mis pulmones. Me tiemblan las manos. «Te hubiera matado él. Lo hubiera hecho, Mery. Vete de aquí».

Arranco el coche y acciono el limpiaparabrisas. Saco el móvil y activo el GPS. Aunque me gustaría poner el coche a doscientos cincuenta y llegar a casa en un chasquido de dedos, conduzco con

precaución. No puedo matarme ahora que tengo más de medio juego ganado.

—No vais a poder conmigo. No vais a poder —murmuro.

Me centro en las señales, en la voz femenina y robotizada del GPS y en mi objetivo. «Piensa. Piensa. ¿Qué pasó en el edificio Pirámide?». Estoy viendo solo la parte visible del asunto, como si fuera un iceberg, pero debajo se esconde una gran masa de hielo. Lo más importante. Resoplo y recapitulo. Me hago un esquema mental:

Asesinato de una doctora. Un culpable confeso en la cárcel. ¿Por qué la mató? ¿Celos? ¿Venganza? No me queda mucho tiempo. Tengo que hablar con el abogado, Rafael Blasco. Dos personas amenazadas y desesperadas. ¿Y si lo hizo uno de ellos y el otro lo sabía? Puede ser, pero, si es así, hay un inocente en la cárcel que se ha declarado culpable. Resulta incomprensible. ¿Y si la mató Christian Ibáñez, pero los dos vecinos lo sabían? ¿Puede que se conocieran los tres y Luis y Michel fueran cómplices?

Mi cabeza es una centrifugadora que va a mil revoluciones porque ahora me voy a hacer la pregunta clave: ¿qué tiene que ver La Llama en esta historia? ¿Por qué es la mano que mueve los hilos? La mano que mece esta cuna mortal. ¿Alguno formaba parte de La Llama y traicionó a la organización? Asiento casi sin darme cuenta. Sí, puede ser. No es una hipótesis descabellada. Le doy vida en mi interior a la idea hasta que el móvil suena y me saca de la confusa burbuja que he creado.

Tardo en contestar porque no sé qué voy a decir.

—Dime.

—Llevo esperando tu llamada desde esta mañana. ¿Vives?

Le diría que por los pelos, que casi pierde a su hermana pequeña, pero mejor no verbalizar ciertas afirmaciones.

—Vivo. Y estoy conduciendo.

—¿Ahora sales del pueblo? —pregunta extrañado.

—No, no. De otro sitio, ¿por?

—Te quería preguntar por papá, estoy preocupado. ¿Qué le pasa?

Me quedo muda. Mis temores concentrados en una frase.

—No sé, ¿qué le pasa?

—Que tiene una tos horrible, le falta el aire al hablar y, cuando le he preguntado por ti, parecía disperso, como si no supiera de qué le estaba hablando.

Trago saliva.

—Ah. Es que tiene gripe, pero no te preocupes. Le he dado medicación.

—No, Mery, se encuentra fatal y, además, está solo.

—Mira, de verdad, soy yo la que lo ha visto. Los hombres convertís un simple resfriado en una pulmonía.

—Lo que tú digas, pero mañana voy al pueblo y lo obligo a regresar. No sé por qué Rosa no ha aparecido por allí.

Junto los labios hasta que me hago daño. Mi ansiedad ha aumentado diez grados de golpe.

—Vale —digo tomando aire.

—Venga, hasta luego.

No me quedan fuerzas ni para pensar. Mi padre se ha puesto muy enfermo, y al escucharlo se me ha revuelto la vida que casi pierdo hace una hora. La breve conversación con mi hermano me ha dejado peor cuerpo que cuando he matado a ese tío y le he abrasado los ojos. Estoy como si hubiera descubierto una fuga de

agua y estuviera pegada al suelo con Super Glue sin poder moverme. A estas alturas no sé si todo o nada depende de mí. Soy un puto hámster en un laberinto. Sí, dirijo mis pasos, pero el recorrido ha sido diseñado por otros. Trucos y tratos danzando día y noche. Un reloj que no se detiene y problemas que se multiplican como gremlins. El tiempo se acelera cuando tienes prisa. «Papá, aguanta». Es lo único que pido.

Cuando abro la puerta, Lemon me está esperando y me recibe con una felicidad y una alegría tan desbordantes que me saca una sonrisa espontánea, apagada por el cansancio y por el peso de dos cadáveres a mis espaldas.

—Ven, mi amor.

Cojo en brazos a mi bola de pelo, enciendo la luz y recorro el pasillo hacia mi habitación mientras lo aprieto fuerte contra mi pecho destrozado. Lo beso como si fueran los últimos besos que voy a dar. Sabía que somos efímeros, pero lo he confirmado al jugar con la muerte y con La Llama.

Parece que nadie ha entrado en mi casa, todo sigue igual de desordenado y caótico. Dejo al gato, la caja metálica y el arma sobre la cama. Tiro la bandolera al suelo y hace un ruido tremendo al caer. Debe de ser la vela. Cuando abro el bolso, el aroma dulzón a manzana y canela inunda la habitación. HERAS, vuelvo a leer en la etiqueta. ¿Qué me estás ocultando, Esther? Dejo la vela y la cadena de oro en la mesita de noche. Saco el reloj del bolso. Menos de veinticuatro horas. Lo lanzo al lado del arma. Dos armas juntas haciéndome sombra. Me quito el abrigo y las botas. Después, cojo el

portátil y me siento en la cama con las piernas cruzadas, sin separar la mano de mis costillas.

—¡Quiero ver a mi padre! —grito a la pantalla mientras lo pongo en funcionamiento.

Cómo cambian las cosas cuando te acostumbras a ellas. Sé que me están viendo y escuchando, pero ya no me importa. Unos problemas arrinconan a otros. Antes moría por encontrar las cámaras, y ahora muero por ver a mi padre vivo. Abro nuestro correo secreto, que, por lo que veo, nunca lo ha sido. Tengo un mail nuevo. La ilusión y la esperanza explotan como petazetas en mi estómago.

TÚ NO MANDAS.

En letras enormes, en mitad de la pantalla. Gruño. Si llega el día en que mande, os arrepentiréis de vuestra osadía. Fijo la vista en el teclado. ¿Por qué no me lo quieren mostrar? ¿Tan enfermo se ha puesto? La incertidumbre me provoca desazón.

—¡Dadle medicación, joder! ¿Pensáis dejarlo morir?

Al gritar con tanto énfasis, una punzada de dolor me atraviesa el costado izquierdo. Me paraliza unos segundos. Lo que me faltaba: una fractura. Me levanto y voy a la cocina a por una bolsa de guisantes congelados. La envuelvo en un trapo y la meto debajo del jersey, sin presionar demasiado. Antes de regresar a la cama, me detengo frente al espejo del armario. Tengo marcas alrededor del cuello. Paso los dedos con suavidad por las rojeces que pronto se convertirán en moratones y, luego, en un mal recuerdo. ¿Qué harán con Ricardo? ¿Y con mi tío? Me miro a los ojos y no sé a quién veo.

Una chica delgada, sin brillo. ¿Soy una psicópata o solo alguien que intenta sobrevivir? ¿La del espejo siempre he sido yo o es en lo que me estoy convirtiendo? Tarde o temprano encontraré las respuestas, pero no hoy, no metida en esta vorágine de *loopings* y caídas al vacío.

Vuelvo a la cama y miro en el ordenador. No me han contestado. Una de cal y otra de arena. Así son en La Llama. Ángeles y demonios mezclados y agitados. Un cóctel que no todo el mundo puede beber, porque hay que tener estómago para aguantar la combinación.

Hago una búsqueda en el portátil. Tengo que comprar los billetes de tren para ir a Madrid. Preferiría viajar en mi coche, pero no puedo desperdiciar horas en trayectos. Entro en la página de Renfe: ida y vuelta, un pasajero. Selecciono el primero que sale, a las 6.35 de la mañana. Llegaré a la capital a las 8.40. La página me indica que no permite cambios ni es reembolsable. Analizo las opciones de vuelta. ¿Cuánto tiempo me llevará hablar con Julia y con el abogado? Selecciono la vuelta a las 12.30 de la mañana. Tres horas para encontrar respuestas y abrir puertas. Espero aprovecharlas bien. Pago los ochenta euros y cierro el portátil.

Respiro hondo. Un latigazo me sacude debajo de la bolsa de guisantes. Soy un saco de dolor y siento que mi cuerpo pesa doscientos kilos. Me cuesta respirar. Seguro que estaría mejor si me hubiera atropellado un coche. Alargo el brazo y agarro la caja metálica. Lemon se acerca y la huele. Quito la tapa, que va a presión, y en un primer vistazo observo un montón de sobres de distintos colores y tamaños. El gato mete la cabeza entre las cartas y mis manos. Cojo uno de color marrón. No está escrito el remitente.

«CULPABLE. PERVERSO. MENTIROSO», leo en el folio. El mensaje está formado por letras recortadas de periódicos y revistas, tal y como me contó Julia. Qué gore. Abro otro, blanco y más grande: «TU CONCIENCIA ESTÁ MANCHADA DE SANGRE». Voy dejando las páginas sobre la cama. El siguiente es rojo y tiene mayor consistencia:

Nuestro pecado es terco, la contrición, cobarde;
nos hacemos pagar muy bien lo confesado,
y, creyendo lavar con vil llanto las culpas,
nos volvemos alegres al camino de fango.

Sostengo los dos folios. Me concentro. Esto lo he leído antes. Cojo el móvil y me voy a la galería de fotos. Ahí está. Lo sabía. El mismo párrafo con los mismos versos. Los escribió Leila en el libro de despedidas, en el velatorio de Mateo.

¿Qué coño significa?

36

Leila

Me fascina ver cómo alguien lee por primera vez a Baudelaire. Está encorvada frente al portátil y la oigo susurrar los versos del poema «Al lector», de *Las flores del mal*.

«El diablo es quien maneja los hilos que nos mueven», lo recita acariciando cada letra. Sostengo el libro. En la portada hay dos mujeres desnudas sobre el lecho. Mi edición es del 99. Conozco la obra de memoria. Está manoseada y subrayada, con las esquinas dobladas. Es un poemario vivido, tragado y vomitado. Tú y yo no somos más que flores enfermizas, pequeño gorrión convertido en albatros. Estás a punto de descubrir la belleza en lo que no es bello. Y te gustará. Estar viva te va a resultar fascinante.

Me enciendo un cigarro y recuerdo a mi madre. Aparte de querernos a su manera, realizó una labor fantástica: inculcarnos el amor por la música y la lectura. Mi abuela lo hizo con ella, y ella también con nosotras. Quiero creer que no todo fue malo. Le faltaron huevos, pero nunca palabras. No le perdoné su falta de arrojo y decisión. Sí le agradecí sus ansias de convertirnos en mujeres instruidas, formadas y audaces. «Seréis lo que yo no he sido», solía decir. Su deseo se cumplió con creces. Mi hermana es

profesora de universidad y yo fui ejecutiva de una multinacional. Qué pena que la enfermedad se la llevara antes de licenciarnos. Ojalá nos hubiera visto en la graduación, con nuestra beca y vestidas con trajes de chaqueta. Joder. Hubiera sido la mujer más feliz y orgullosa del mundo.

Al final, me torcí porque mis deseos se torcieron. No entraba en mis planes, pero crucé todas las líneas y empecé a vivir en los márgenes. Ahí encontré mi lugar, casi fuera del folio.

Mery termina de leer el poema y ahora piensa, a saber qué… Clica en otras páginas. Lee un artículo sobre los poetas malditos y el simbolismo. Se recoloca la bolsa de guisantes. Eres un cuadro, querida. Pero también dura como una jodida roca. No sé cómo aguantas con los ojos abiertos después del día que has vivido. Sí, sí lo sé. Son las ganas. Los nervios y el ego. Nadie juega para perder. Te sientes atraída por el olor a victoria y te encanta el aroma.

—¡Quiero ver a mi padre! —grita y retira el portátil de sus piernas.

Pongo los ojos en blanco. Qué insistente eres cuando quieres. No, Mery, no. La próxima vez que veas a tu padre será en persona y, por tu bien, espero que siga respirando. Ahora lo hace con mucha dificultad.

Coge la caja y sigue abriendo sobres. Su cama se ha convertido en un original collage de anónimos amenazantes. Qué panorama más inquietante. Folios con letras de colores pisoteados por un gato hambriento. Se levanta y contempla la escena desde arriba. Su vista salta de una hoja a otra. ¿Qué ves, pajarillo?

—Estáis locos, joder —susurra.

Le dijo la sartén al cazo. Sale de la habitación y se dirige hacia la cocina. Por fin le va a dar de comer al gato. Este animal me estaba

preocupando. Cojo mi móvil personal sin perderla de vista. En este punto del juego no se me puede escapar ni un mísero detalle.

—¡Tía!

Su voz, su tono y su inocencia me llenan el alma.

—Hola, mi vida. ¿Qué haces?

—Cambiándome en el vestuario. He terminado de entrenar y estoy agotada. En tres semanas es la competición.

—¿Nerviosa?

—Sí. Cada vez más. ¿Cuándo vuelves?

—La semana que viene —respondo mientras observo cómo Mery limpia la caja de Lemon y se le rompe la bolsa de las piedras para limpiar el arenero.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer! ¡Qué bien! ¿Vendrás a verme?

—Por supuesto, pero también quiero ver a tu hermana.

—Pues te apañas con ella. Está insoportable. El otro día tuvo una pelea gordísima con mi madre y no se hablan.

Menos mal que las niñas han salido rebeldes y cabezonas.

—No te preocupes, la llamaré cuando llegue a Madrid. ¿Ha visto tu madre lo que te compré?

—Sí, y me dijo: «¿De dónde han salido las mazas nuevas? ¿Y las zapatillas? ¿Y el maillot?». —Es única imitando la voz de mi hermana —. Le dije que lo había comprado con mis ahorros y me acribilló con la mirada.

—Eso se le da genial.

—Sí, pero a mí también.

—Y menos mal. Bueno, como te lo mando al Punto Pack, no hay problema. —Hago una pausa. Mery se está quitando la ropa y se

sostiene las costillas como si se le fueran a caer—. Valeria, mañana es jueves, que no se te olvide.

—Lo sé, lo sé. Antes de ir a clase, me paso. Por cierto…

—¿Qué? —Tuerzo el gesto.

—Dice mi madre que se acabó lo de tener a los perros. Que ya está bien. Que está muy ocupada y que a finales de febrero tienen que salir de casa. No sé si lo dice por joder.

—Valeria, esa boca —la interrumpo.

—Que no sé si lo dice por molestar, porque quiere a los perros más que a nosotras, o si es de verdad. Aunque parecía muy seria. Nos enfadamos muchísimo y le preguntamos por qué, pero su respuesta fue: «Porque lo digo yo».

—Puf. —Pongo los ojos en blanco. Una complicación extra—. Bueno, buscaremos una solución. Vosotras no os preocupéis.

—¡Tía, por favor, habla con mi madre! No queremos que se vayan. Nos moriremos de pena sin ellos, ¡eh!

Lo afirma canturreando con un tono lastimero que puede conmigo. Hablar con mi hermana. Sí. Trago saliva.

—Hablaré con ella —miento—. Te tengo que dejar, cariño. Mañana te escribo. Te quiero.

—Y yo. Hasta mañana.

Me paso la mano por la frente. Resoplo. Esto es lo que peor llevo. La nostalgia. Los abrazos que no les doy. Verlas a escondidas tres o cuatro veces al año, cuando el trabajo me lo permite. Ahora mi sobrina estará borrando mi llamada por si mi hermana le cotillea el teléfono. Clara sabe que las llamo, aunque no tanto como se imagina, pero se hace la tonta. Y mis sobrinas se han cansado de preguntar por qué no tenemos relación. No me nombran en su

presencia. Se han rendido ante el silencio por ambas partes. Mejor así.

El mismo día que asesinaron a la doctora, mi hermana llamó al timbre de mi puerta. Ni siquiera entró en casa. Se quedó ahí, en el felpudo, y me miró con fijeza mientras se le caían las lágrimas. Nos comunicamos un largo rato sin decir ni una sola palabra. Hasta que me preguntó con la voz trémula y luego me condenó sin compasión.

—¿Has sido tú?

No contesté.

—No quiero volver a saber nada de ti, Leila. Aléjate de mí y de mis hijas. No intentes comunicarte con nosotras. Ya no somos tu familia —sentenció.

Y se fue, como se va el sol cada tarde, y yo me quedé a oscuras. Otra vez. Ay, mis pequeñas. Me recargan y me hacen desconectar de una realidad sórdida y brutal. Sobre todo, Valeria, porque sus sueños se han convertido en los míos. Me consuela pensar que, a pesar de la distancia y la situación, no soy una tía ausente. Las adoro y lo saben, y eso es lo único importante. Tomar decisiones significa pagar un precio, y yo lo pago muy alto, con intereses.

Oigo un ruido. Vuelvo la vista a la pantalla. Mery y yo nos sobresaltamos. Lemon ha tirado la caja metálica al suelo y se ha quedado boca abajo. Hago zoom.

Sale de la ducha agarrándose a la pared y se pone el albornoz.

—¿Qué has hecho? —le pregunta como si fuera a responder.

Se agacha a coger la caja y emite un sonido lacerante. Casi me ha dolido a mí. Antes de incorporarse por completo, la sacude. Se oye un sonido metálico. Me acerco al monitor. ¿Qué hay dentro? Las dos estamos igual de intrigadas. Mery retira el portátil y se sienta en la

cama. La cama del horror. Ella abre la caja y yo los ojos. Arqueo las cejas. Ni parpadeo. Extrae una fina lámina, ligera, casi imperceptible. De nuevo hago zoom al máximo y veo un sobre blanco pegado en el fondo.

No… me… jodas.

37

Mery

Un doble fondo, fino y metálico, se ha desprendido con el golpe. Lo examino por ambas caras. Una lámina con unas minipestañas que encajan a la perfección. Hay un sobre blanco de tamaño estándar pegado con celo. «Los mejores hallazgos son fruto de la serendipia», suele decir mi padre. Despego el sobre y lo abro. Saco una hoja cuadriculada. Está escrita a mano en tinta azul y la letra es enana, parecen pequeñas hormiguitas haciendo cola.

La madrugada del 15 de enero de 2019, Christian Ibáñez no mató a la doctora Sandra Burgos. Llegué de madrugada a casa y subí por las escaleras. En el descansillo del tercer piso me crucé con una persona enfundada en un mono negro de motorista. Llevaba botas, un casco integral con la visera levantada y el guante de la mano derecha quitado. No le vi anillos, pero sí tenía las uñas pintadas de granate. Nos miramos. Sus ojos eran de color miel. Le di las buenas noches y no respondió. Bajó corriendo las escaleras y un minuto más tarde oí la puerta del portal. Me llamó la atención por cómo vestía, pero no le di importancia. Llegué a mi casa y me fui a dormir.

Al día siguiente, después de comer, un par de policías acudieron a mi trabajo. Me había enterado de la muerte de mi vecina por las noticias. No dejé de informarme durante toda la mañana. No lo podía creer, porque me había cruzado con el asesino. Lo que no sabían ellos es que era una mujer. Yo

la vi y ella me vio. El destino me jodió la vida. Si hubiera llegado dos minutos más tarde, no estaría escribiendo esta carta. La policía había revisado la cámara del portal y el portero me identificó. Vieron cómo entraba yo, y poco después cómo salía el enfermero. La policía vio y detuvo a un hombre. Me hicieron muchas preguntas: si había escuchado algo, si me había cruzado con la persona en cuestión… No, no, no. Les dije que el ascensor estaba abajo y que subí solo, sin ver a nadie. Mentí. Ojalá hubiera dicho la verdad.

A las dos semanas empezaron a llegar los primeros anónimos y amenazas. Jamás han parado. Esa mujer me ha puesto al límite, me ha vuelto loco, me ha quitado las ganas de vivir. Hoy acabo con todo.

No sé quién estará leyendo esta carta ni cuándo ni por qué, pero, seas quien seas, quiero que sepas que hay un inocente encerrado en la cárcel y un culpable enterrado bajo tierra. Siento meterte en el juego, pero no podía morir sin contarlo. Ella no sabe de la existencia de esta carta. Destrúyela antes de que ella te destruya a ti.

MICHEL TARANCÓN

Aprieto los dientes y arrugo el folio entre mis dedos. Me levanto y voy hacia la cocina. Saco los dos platos sucios, los cubiertos y el vaso que hay dentro de la pila. Actúo como si un león me persiguiera, siento docenas de ojos sobre mí. Abro el primer cajón y cojo las cerillas. Prendo una y la acerco al papel. Cuando el fuego está a punto de alcanzar la yema de mis dedos, lo tiro en la pila. Veo cómo arde una confesión. Miro la llama: sus colores, su fuerza, su baile hipnótico. Abro el grifo y las cenizas y las palabras desaparecen por el desagüe, como si el fuego y la llama nunca hubieran existido y se hubiesen evaporado por arte de magia. Me recuesto sobre la bancada. ¿Habrá sido un hallazgo fortuito también para ellos? ¿Sabía Leila que la carta estaba ahí? No, según él, no.

—¡¿Por qué le quieres joder la vida a todo el mundo?! —pregunto entre mis brazos, con la cabeza colgando.

Suena el timbre de casa y me incorporo como un resorte. Se me escapa un gemido de dolor. Camino descalza y de puntillas por el pasillo. Vuelven a tocar, esta vez acompañando el sonido con un toque de nudillos en la puerta. Me asomo a la mirilla con delicadeza. Joder. Lo que me faltaba.

—¡Voy!

Corro como puedo hasta el cuarto. Guardo los anónimos en la caja metálica sin orden ni concierto. Escondo el reloj de la cuenta atrás y el arma debajo del nórdico. Echo un vistazo rápido a la habitación. Creo que no hay nada fuera de lugar. Lemon salta y juega a mi lado hasta que llego a la puerta. Lleno de aire mis pulmones, cierro los ojos unos segundos y entonces abro.

—¿Qué haces aquí?

Me observa sin disimular.

—¿Qué te ha pasado en el cuello?

—Nada.

—¡Pero si llevas marcas, Mery! —Alarga el brazo para tocarme y yo me retiro.

—No es nada.

—Vale. ¿Con quién hablabas?

—Con nadie.

Resopla hastiado.

—Te he oído gritar.

Enmudezco. No se fía de mi silencio. Sabemos leernos. Manu es la persona que mejor me conoce y eso tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

—¿Qué haces aquí? —repito.

—¿Puedo pasar?

—Sí.

Entra y contempla la puerta del salón. Continúa cerrada. No sé en qué momento limpiaré los restos del naufragio.

—Estoy en la habitación.

Coge a Lemon en brazos y me sigue. Me siento en la cama y apoyo la espalda en el cabecero. Creo que he palidecido del sufrimiento que me provoca el dolor. Él se sienta enfrente. Su rodilla roza la mía.

—¿Qué está pasando? —pregunta recalcando cada una de las palabras, como si hablara otro idioma y yo no lo fuera a entender.

—No sé. ¿Qué está pasando?

—Que no estás bien y, además, tienes marcas en el cuello. ¿Quién te lo ha hecho? ¿Y por qué?

—Nadie, joder. Claro que no estoy bien. Y me cogí la baja, pero no paráis de darme por el culo. Me tenéis controlada y no me dejáis tranquila. No me dais el tiempo que necesito para volver a ser yo.

Tan pronto como termino la frase, advierto que nunca volveré a ser yo. Sé que lo que escondemos nos devora.

—No, Mery. Estás metida en un asunto peligroso, solo hay que verte. —Hace una pausa que se me enquista en la garganta—. Hemos encontrado a la chica.

—¿Qué chica?

—No te cachondees. Esto es serio. Hace dos días me preguntaste por teléfono: «¿Habéis encontrado el cuerpo de una mujer ahogada?». ¿Lo recuerdas?

—Sí. —Se me pone la piel de gallina.

—Me dijiste que, cuando la encontráramos, te llamara. He preferido venir en persona a contártelo. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

Enarco las cejas. Mi estómago se convierte en una canica minúscula. Todo mi cuerpo vibra. No puedo hacerme la tonta delante de él.

—Porque la han encontrado muerta, ahogada, en estado de descomposición, sin dientes y sin dedos. Y en su espalda, con pintura negra, tenía escrito «Mery».

Intento controlar mi respiración, no cambiar el ritmo.

—¿Dónde estaba?

—En la playa de la Patacona. ¿Quién es? ¿Y qué tienes que ver con ella?

El ambiente que se está creando en mi dormitorio es tenso y molesto a pesar de su atrayente perfume dulzón. Qué irónico. El silencio se acentúa como una *mascletà*. Miro hacia la derecha, donde está la mesita de noche. No he guardado el collar con la cruz.

—No sé quién es.

—Se acabó. —Se levanta y me mira desde arriba—. No te voy a cubrir más. Te he salvado y te he protegido muchas veces poniendo mi trabajo en juego. He intentado ayudarte. No te da la gana contármelo, perfecto. Mañana a primera hora tendrás aquí a dos compañeros. Tú sabrás qué les dices, Mery. Ahora el que va a hablar soy yo.

—Maldito cabrón, ¿me estás amenazando?

—No. Te estoy diciendo qué va a pasar, por si te tienes que inventar una historia de las tuyas. —Mete las manos en los bolsillos del abrigo negro y me observa con aire de superioridad.

—Confiaba en ti.

—Y yo en ti.

Sale de mi habitación llevándose el aire. Siento que estoy envasada al vacío.

—¡No lo hagas, Manu!

Su respuesta es un portazo. Ahí va su dictamen. Me dejo caer sobre la cama deshecha. Me acurruco y me tapo las piernas con el albornoz. No puedo pensar. No tengo fuerzas, me domina un sueño y un agotamiento extremo. Así que esto quería La Llama, provocar a mi exnovio resentido para que hable, para que me traicione, para que se me complique la existencia. Que la policía me siga y sospeche de mí.

No lo vas a conseguir, Leila. No voy a ser tu piñata humana. Cuando la vida se pone puta y el cielo no está de mi parte, yo también ardo.

38

Leila

Doy vueltas por el salón como un robot que tiene instalado un solo programa. Rodeo la mesa rectangular de madera maciza de *sheesham*. Me paro. Pienso. Sigo caminando. Si pudiera, bajaría a la calle a andar sin rumbo hasta que me fallaran las piernas y quedase extenuada. Sin cámaras, sin móviles. Libre. El reloj de la cuenta atrás marca veinte horas y cuarenta minutos. Menos de un día, Leila. Una mezcla de euforia e incertidumbre me explota en el pecho. Qué ganas de volver a las misiones y dejar de ver a Mery. La estúpida piensa que tengo una antipatía especial contra ella, que la tengo enfilada y que la quiero joder a toda costa. Qué confundida está. No me importa lo más mínimo. Yo juego, la pongo a prueba, exploro sus límites y examino sus herramientas. Pero, cuando la cuenta atrás esté llena de ceros, me lavaré las manos y que otras personas se ensucien y se pongan de mierda hasta arriba con ella. No será más mi objetivo ni mi pajarillo. Será la diana de otro dardo. Si entra en La Llama, lo entenderá. Vaya, tengo que llamar a Sabater.

—Dime. ¿Dónde toca esta vez? —pregunta al descolgar. Sonrío.

—Perdona las horas. He ido tan liada que se me había pasado.

—Tranquila. Cuando me contratáis, sé que no hay horarios y que suele haber prisas.

—Tal cual. Estación de Joaquín Sorolla, Valencia, en el tren 5065. Sale a las seis y treinta y cinco de la mañana hacia Madrid. ¿Puedes?

Se ríe.

—Puedo.

Claro, cómo no va a poder. Si es ingeniero, hacker, y ha diseñado el ASS (Abacus Smart Security), un software único de videovigilancia. Al tío se lo rifan.

—¿Necesitas control de accesos?

—No. Solo cámaras —le digo mientras me enciendo un cigarro.

—Vale. Conozco el sistema. Tienen un buen equipo de ciberseguridad, pero con agujeros y brechas. Dame… unos sesenta minutos. Te mandaré enlaces al correo e instrucciones. Si tienes dudas o problemas, me llamas.

—Perfecto. Gracias.

Al colgar, pienso lo de siempre. Que a Leandro Sabater le encantan estos encargos. Puro vicio. No sabe mi nombre ni quiénes somos, pero su eficiencia es brutal. Puede entrar en museos, espacios corporativos, bancos… Nunca falla.

Me acerco a las tres pantallas. Henry le ha hecho el relevo a James. El señor Martos está tan jodido que me da miedo que le dé un ataque. Lo han tumbado en un colchón, está tapado con la manta y lleva una buena dosis de medicación en vena. Henry no le quita ojo. Hemos visto demasiados resucitados como para fiarnos de un ser medio moribundo. En la pantalla número uno, veo a Mery durmiendo. Se ha quedado en coma y sin ansiolíticos. Lleva tres

horas en la misma posición. Duerme, duerme…, presiento que la próxima vez que cierres los ojos y los vuelvas a abrir verás un mundo distinto. Tan diverso que te costará acostumbrarte a las luces.

Doy una calada y expulso el humo. Ay, Manu, eres más listo de lo que me pensaba. No hay que subestimar a un ex dolido y utilizado. Las personas sí cambiamos. Somos fenómenos atmosféricos adversos. Lucimos como soles y en un chasquido de dedos nos convertimos en huracanes sin compasión, arrasando con el paisaje que tenemos delante. Tormentas y calmas pasajeras. Solo tienen que tocar donde duele para activar el temporal.

Me concentro ahora en la tercera pantalla. Miro el plano congelado de la carta. Por más que lo intento, es imposible leerla. No hay nitidez suficiente. Veo trazos azules. ¿Qué escribiste, Michel? ¿Tus últimas voluntades? ¿Secretos inconfesables en vida? ¿O has contado que te cruzaste conmigo por las escaleras? Por tu culpa y por tu genial idea he debido hacer media docena de llamadas. Qué maravilla tener contactos en todas partes y qué razón llevaba el amigo de tus padres: hasta muerto das problemas. Bebo un sorbo de la infusión de cúrcuma.

Me provocó más angustia cruzarme con él que matar a la doctora. El acto del crimen lo tenía planeado al milímetro: horarios, edificio, dimensiones, distancias. Un reloj suizo se ponía en marcha cuando reproducía la acción desde el primer minuto. Sí. Mi cabeza era un simulador de alta tecnología. Me preparé física y mentalmente durante semanas. Una buena ejecución se basa en un buen entrenamiento. Y yo me ejercité como si de una competición se tratara. Y, aunque estaba convencida y había adiestrado mis

pensamientos, solo podía salir mal una cosa: que en el instante clave no me atreviera. Que los nervios me paralizaran, que mi cuerpo no respondiera a las órdenes del cerebro, que un rayo de lucidez me bloqueara y saliera corriendo sin realizar mi cometido.

Matar a una persona en la imaginación es sencillo. Eres capaz, tan capaz que hasta te asustas. En la película que diseñas no hay fallos, el rompecabezas encaja y es perfecto. Un plan maestro, sí, pero la realidad es más compleja que un puzle que montas copiando una fotografía. Aun así, lo hice. Sin más. Como si fuera mi rutina habitual. Como un autómata. Como si alguien ajeno dirigiera mis brazos con un mando. No me asusté. No me fallaron las fuerzas. No me temblaron las piernas. Tenía demasiadas ganas de acabar con su vida, de hendir el cuchillo en su torso, notar cómo lo introducía, ver cómo su sangre se derramaba a borbotones. Ansiaba que me mirara a los ojos y me reconociera. Que se ahogara dentro de ellos. Que sintiera mi profundo dolor en cada puñalada. Ni siquiera se defendió. El primer golpe con el casco fue tan fuerte y certero que la sucesión de los hechos se convirtió en una bonita caída de piezas de dominó. Cuando me cercioré de que estaba muerta, de que su futuro no existía, de que su belleza y arrojo eran inútiles, inservibles, no tardé más de tres minutos en salir de su casa. No sin antes arrancarle del cuello la cadenita con la cruz que el imbécil de Luis le había regalado.

La primera vez que Morgan me vio en persona, me preguntó: «¿Cómo te sentiste?». Y lo cierto es que me sentí llena, como cuando te comes una pizza entera que te encanta. Un placer extraño. Sentí que, por fin, algo había terminado. No mi sufrimiento, pero sí mis ansias. Resarcimiento, esa es la palabra. Me resarcí y

respiré tranquila, como si estuviera a solas, sentada en un campo fresco al amanecer, acariciada por una suave brisa de primavera. Tengo claro que, en esa madrugada gélida de enero, una parte de mí murió para siempre y otra resucitó y voló como un ave fénix. No me extraña que La Llama se fijara en mí. Eran los únicos que conocían mis intenciones. Tampoco me sorprendió que Morgan me insistiera. Supo ver lo que nadie hubiera imaginado, ni siquiera yo. Que podía convertirme en una asesina de élite con una buena metodología de estudio y práctica. Que con trabajo podía estar a la altura de los mejores. No se equivocó ni un ápice. Yo no tenía nada que perder y ella mucho por ganar. He vuelto a matar, pero nunca he sentido las emociones que experimenté con Sandra Burgos. Ni paz ni gozo. Solo la adrenalina y la satisfacción de hacer un excelente trabajo. Y el orgullo que provoca la admiración de quienes te rodean.

Apago el cigarro y estudio a Mery. Sigue en posición fetal. Mecida por el sueño. Tan dormida que da gusto ver cómo descansa. Ajena al tiempo, al presente, al dolor.

A las tres y media de la madrugada oigo cómo Mery se despierta sobresaltada. Se queja. Vaya, la realidad y el dolor han vuelto. Siempre vuelven. Desvío la mirada hacia la pantalla. Lo primero que hace es comprobar la hora. No vas a llegar tarde, tranquila. Catorce horas y quince minutos para dar carpetazo al juego. Ni he intentado dormirme. Cuando todo acabe, me acostaré relajada, sin la tablet al lado a todo volumen, sin la presión agobiante por si hay que variar la ruta en el último momento, por si los acontecimientos dan un giro

de 180 grados. Esta noche cerraré los ojos sin ruido mental al meterme entre mis sábanas de mil hilos de algodón egipcio y satén.

Se dirige a la cocina a hacerse un café. Enciende la máquina y mete una cápsula. Háztelo doble, reina, que hoy alguien hará jaque mate y debes tener los sentidos bien despiertos. Reviso los correos enviados y recibidos uno por uno. He de aprovechar estas horas de calma tensa para trabajar. La gente desconoce qué sucede en el mundo cuando apagan la luz y duermen. Un universo paralelo de correos electrónicos, llamadas y acuerdos. De gente que cavila y espía como camaleones y carroñeros. De secuestros y encuentros. Hay mucha vida en la noche. He cerrado la reunión en Marsella para la semana que viene. Tengo que asentar bases y estrechar lazos con colaboradores importantes. Debo ampliar horizontes con personas que tienen dinero, poder y objetivos parecidos a los nuestros. Mery entra al aseo, da cabezadas mientras hace pis. Se lava la cara y los dientes.

Veremos si Morgan me permite seguir adelante con el plan. No he vuelto a tener noticias de ella. Si da luz verde, Pietro me acompañará y la Nena y Thelmo harán de soporte. Jamás vamos solos a este tipo de reuniones. Siempre tiene que haber personal cubriéndote las espaldas. Una frase, una cifra o un gesto mal interpretado pueden ser el desencadenante de un conflicto inesperado. No suele suceder, pero no está de más tomar precauciones.

Vuelve a la habitación y abre el armario. Se queda quieta con la mano derecha sobre la costilla izquierda y hace búsquedas en el móvil. «Hallado el cuerpo sin vida de una mujer, con los dedos cortados y sin dientes, en la playa de la Patacona». Poca información

vas a encontrar. Solo que el cadáver fue descubierto por una pareja de mediana edad, naturales de Cuenca, cuando paseaban por la playa a las siete de la tarde. ¿No tenías tantas ganas de que la encontraran? Investigarán y no sacarán nada en claro. Unos días o semanas en medios de comunicación y, después, a otra cosa. Los muertos también tienen su momento de gloria, y dura poco.

Se creerá muy importante al pensar que ha aparecido por ella, pero en realidad fue la persona contratante la que decidió que se hiciera público. Quería ver el cadáver y también la noticia. Habitualmente, no lo piden, lo que se traduce en menos trabajo para nosotros, pero los deseos de nuestros clientes son órdenes. Esa cabrona no volverá a cometer más delitos.

Mery ha optado por llevar la mochila beis pequeña en vez de la bandolera. Mejor, la cámara que hay en esa mochila tiene una ubicación perfecta. Carga el arma y la deja sobre la mesita. Se viste con los vaqueros rectos, una camisa blanca y los botines planos de piel. Vuelve a la cocina y se toma el café. Se queda pensativa, con la vista fija en el agua y la comida del gato. Después, se dirige al despacho. Es la primera vez que entra en esta habitación en días. De hecho, tengo que localizar la cámara para activarla en la pantalla. Enciende la impresora y abre el armario de dos puertas. A veces, seguir sus movimientos me hipnotiza. Siento que en cualquier momento me puede sorprender, y esa incertidumbre capta mi interés. Saca el cinturón táctico policial con la funda de la pistola y del portagrilletes. Bueno, bueno… La señora policía va a ejercer como si fuera de paisano. Muy bien, Mery, estás en todo. Si comprueban que tu arma no es la reglamentaria, nos vamos a reír

un rato. Se ajusta el cinturón y vuelve a su cuarto. Mete en el cinto la pistola y las esposas.

Va al baño y se mira en el espejo. Te ves muy seria y profesional, nena. Se recoge el pelo en una coleta. Apoya los brazos en el lavabo. No te vengas abajo ahora, que queda un suspiro. El peor, pero es el último.

Me levanto a prepararme un café y a estirar las piernas. Abro y cierro las manos. Siento una rigidez incómoda. Muevo los brazos arriba y abajo. Estoy entumecida, agarrotada como una anciana. Tengo contracturas en el cuello y las lumbares destrozadas. Sin lugar a duda, los juegos te pasan factura a todos los niveles. El estrés tensa músculos que no sabías que existían. No volveré a meterme en otro en años. Me negaré, aunque Morgan me lo pida de rodillas, me bese el culo y acepte cada una de mis condiciones. No volveré a picar el anzuelo. Haré oídos sordos por mucho que me diga lo que quiero escuchar.

Comienza a salir el café. El borboteo y el olor me deleitan. Oigo cómo Mery llama a la compañía de taxis mientras imprime un par de folios. Imagino que serán los billetes. Lo ha pedido para dentro de diez minutos. Qué sueño, por Dios. Bostezo y se me humedecen los ojos. Me sirvo el café en una taza que me regaló mi sobrina Alma. TÍA: GRACIAS POR TODA TU ALEGRÍA, reza la taza. Solo dejo que me vean alegre y jovial. Si no fuera así, el mensaje sería otro.

Vuelvo a mi lugar de trabajo. Se ha puesto un jersey negro que tapa el cinturón. Mete en la mochila el monedero, el cargador, las gafas, unas bridas, un pañuelo, los folios y una botella de agua. Venga, que nos vamos de excursión. Recibo un wasap. Me asomo a uno de mis móviles: «Confirmado». Sonrío. Me gusta que las cosas

salgan bien. Se pone el abrigo y se enrolla una bufanda verde oliva en el cuello. Activo la tercera pantalla, veo las imágenes de las cámaras que lleva en la parka acolchada y en la mochila. Subo el volumen al máximo. Bebo un sorbo de café.

Hoy voy a escuchar joyitas y veré a personas que detesto. Hoy un pajarillo va a volar y a planear. A ver dónde aterriza. El día promete.

39

MERY

Cierro la puerta del baño. Cruzo a mi habitación y me analizo en el espejo del armario. Estoy bien. Realizo tres respiraciones profundas que rebajan mi ansiedad. Ciertos movimientos y acciones hay que hacerlos sin pensar, incluso con miedo. Si te paras a reflexionar, no lo haces. Te bloqueas como un móvil y dejas de funcionar.

—Ayúdame, mamá.

Doy media vuelta y cojo de la mesita el reloj digital. Trece horas y quince minutos. Van a ser las trece horas más duras, inciertas y satisfactorias de toda mi vida. Las que van a marcar mi destino y, en consecuencia, el de otras personas. Cambiamos nuestro sino con cada decisión, con palabras no pronunciadas y llamadas perdidas. No somos demasiado conscientes de los efectos inmediatos y a largo plazo que tienen nuestros actos, de cómo transformamos nuestra vida y la de los demás en un instante. Hoy soy más consciente que nunca. Meto el reloj en la mochila. Prefiero no ver cómo pasa el tiempo; me crea un estrés indescriptible. La duda arrastra y ahoga con más fuerza que una ola de cinco metros. Me cuelgo la mochila al hombro y apago la luz de la habitación. Lemon me sigue por el pasillo. Cuando llegamos a la puerta de casa, lo abrazo y lo beso. Me

lame la cara. Le digo que lo quiero, por si la suerte juega en mi contra y no vuelvo. Con La Llama no sabes cómo vas a acabar. Hace unas horas casi la palmo en un asqueroso cuarto de limpieza. Lo recuerdo y me estremezco. Hubiera sido una manera absurda y ridícula de irse. Me ha costado tiempo, pero sé cómo quiero vivir y también cómo quiero morir.

Dejo a Lemon en el suelo y salgo. Espero el ascensor. El señor Mateo, su rostro amable y su voz apacible irrumpen en mi cabeza. Me entran unas ganas de llorar incontrolables. Salgo del ascensor con los ojos empañados y la tristeza a cuestas. Cuando piso la calle, el helor me despierta de golpe. El taxi me espera en la puerta. No hay apenas tráfico ni gente. Solo el frío de una madrugada cualquiera para el resto del mundo.

—¿María del Carmen Martos? —me pregunta.

—Sí. Buenos días. A la estación del AVE.

No tardamos más de cuatro minutos en llegar. De madrugada, las ciudades tienen un halo especial, de misterio y sosiego. Es lo que se percibe, pero lo cierto es que bajo el cielo oscuro y su aparente serenidad se cometen las mayores atrocidades.

Le pago y el taxista me desea que pase una buena jornada. Sí, va a ser espectacular e inolvidable. Entro en el vestíbulo de la estación. Hay bastante gente sentada en los dos largos bancos que preceden la explanada principal con acceso a las vías. Observo decenas de maletas y personas absortas en sus móviles. Me acerco a los monitores informativos que hay sobre los bancos. Mi tren sale a su hora, pero aún no han indicado la vía. Las luces de la cafetería La Pausa ya están encendidas, y veo a dos camareras que caminan con brío para colocar las neveras y preparar desayunos. Quiero un café,

pero hasta las seis menos cuarto no abren. Me llevo la mano a las costillas y me acerco a la gran escultura blanca en homenaje a las mujeres ferroviarias. Se llama *Camino* y representa a una mujer vestida con uniforme de trabajo, sentada sobre una vía en vertical. Pocos homenajes nos hacen. Este mundo no giraría sin nosotras.

Entro en la explanada de la estación y me sitúo delante de la parafarmacia, que también está cerrada. Desde aquí tengo una buena perspectiva. Necesito estudiar el espacio y a las personas que lo ocupan. Paso minutos observando. Pasajeros haciendo cola para atravesar los arcos de seguridad. Empresarios con trajes de chaqueta. Dos mochileras extranjeras sentadas en el suelo; por cómo se ríen, parece que disfrutan de la vida. Una familia con dos niños pequeños que han debido de desayunar *speed*, porque no paran de correr y gritar. Y, lo más importante, la seguridad de la estación: tres hombres que deambulan por las distintas áreas, paran, hablan entre ellos, dan vueltas… «¿A cuál elegimos, Mery?», pienso. Los tres van uniformados y llevan el chaleco amarillo fosforito en el que leo ADIF y el nombre de la empresa de seguridad. Analizo los pinganillos y el cinto con los elementos necesarios para reducir a los gilipollas o kamikazes de turno. Vale, la gente se mueve y empieza a dejar sus pertenencias en las bandejas de plástico. El ambiente se revoluciona y las voces se elevan. Se nota la algarabía. Observo el panel de salidas: mi tren sale de la vía dos.

Le hago un gesto al vigilante de seguridad bajito, calvo y regordete. Parece que tiene unos cincuenta años y más sueño que yo. Me acerco a él.

—Buenos días, Policía Nacional. —Le enseño la placa y me levanto el jersey para que vea el arma—. Estoy de servicio. Salgo en el primer AVE a Madrid. Lo digo por el arco.

—¡Ah! No hay problema. Venga conmigo.

Perfecto. Sin preguntas y con facilidades.

—¿Quiere que pase la mochila?

—No hace falta, agente.

Asiento y lo sigo hasta las puertas acristaladas, coronadas por el cartel de color rojo que reza: NO PASAR. Mi expresión es neutra. «Seriedad y firmeza» es el lema de mi padre. Le da la orden a un compañero que está en la otra parte y las puertas automáticas se abren.

—Buen servicio —dice.

—Muchas gracias.

No hay que serlo, también parecerlo. Si muestras confianza en ti misma, esa es la percepción que reciben. Una perfecta imagen de serenidad y credibilidad. Me dirijo hacia la cola para enseñar el billete. Habrá unas quince personas. Quiero rapidez. No miro hacia atrás. Prefiero no saber si hablan entre ellos. Si analizo sus movimientos, me pondré más nerviosa de lo que estoy. Los pasajeros van desfilando y llego hasta la chica que está dentro de la garita. Es pelirroja, con el pelo ondulado. Me da los buenos días, pero no me presta atención.

—Buenos días —respondo, y le muestro el móvil y el DNI.

—Pase —me dice. Sonríe y yo le devuelvo la sonrisa más falsa del mundo.

A paso rapidito busco el vagón número siete. Voy detrás de un hombre de negocios. Uno de esos *men in black* de manual con

maletín negro incluido. Localizo mi asiento: 5A. De momento, hay poca gente en el vagón. Me quito la mochila y me acomodo como puedo. Me da un latigazo en la costilla y aprieto la mandíbula. No voy a estar mucho tiempo sentada. Faltan catorce minutos para salir. Abro el macuto y compruebo la cuenta atrás. Once horas. Papá, ¿dónde estás? Demasiada codicia. Querías coronarte en la cima y te quedaste en el primer puerto. ¿Cómo llegaste a pensar que eras más listo que ellos? Ojalá te lo pueda preguntar antes de esta noche o la oscuridad caerá sobre nosotros. Observo mi reflejo en la ventana. Mi cara ya no es mi cara; recuerdo que yo era guapa, pero el maldito juego me ha consumido.

—¿Me deja pasar? Voy a su lado. —Una señora de unos setenta años, con el pelo blanco y corto, me saca del bucle.

—Sí. —Me levanto y ella se quita el largo abrigo de paño marrón antes de sentarse.

—Qué horas, ¿eh? ¿Placer o trabajo? —pregunta al instalarse.

—Por desgracia, trabajo.

Tendría que haber elegido el vagón del silencio.

—Yo voy a casa de mi hermana, una semanita. Se quedó viuda hace unos meses y la pobre no lo lleva bien. Pero es lo que le digo: ley de vida, si aquí no nos vamos a quedar.

—¿Y se va tan temprano?

—Sí, porque apenas duermo y me entran muchos nervios cuando tengo que viajar. La tarde del día anterior empieza la inquietud… y hasta ahora.

—A mi madre le pasaba lo mismo —le digo con nostalgia.

—Es un incordio. Pensamos que llegaremos tarde, que no nos vamos a aclarar con el tren. Un sinfín de desgracias, un no parar.

—Sí. Un no parar.

Nos callamos. Me asomo al pasillo. El vagón se está llenando. El sonido del trajín va en aumento. Un niño berrea como si lo estuvieran matando. Unos chavales se ríen de un vídeo que ven en su portátil. Otro habla por teléfono en inglés. Llevo mal viajar en transporte público. No me importa en absoluto la vida de los demás, ni lo que dicen ni lo que hacen. Me molestan.

—¿Y en qué trabaja, joven?

—Soy consultora en nuevas tecnologías.

—Ah.

—Asesoro a empresas para que mejoren su eficiencia y crezcan.

—Muy interesante.

Asiento y sonrío. El tren se mueve de forma pausada y salimos de la estación. Pienso en qué voy a hacer cuando llegue. No sé si ir primero a ver a Julia o presentarme en el despacho de abogados de Christian Ibáñez. Están a diez o quince minutos en coche, aunque en Madrid cualquier trayecto puede convertirse en una hora. No aguanto estar sentada. Cojo la mochila del suelo y me levanto.

—Voy a la cafetería. ¿Quiere que le traiga algo?

—No. Gracias. Muy amable.

Estoy paranoica. He llegado a pensar que la anciana podría trabajar para La Llama y me estaba poniendo a prueba. Vigilando mis movimientos y estudiando mis palabras. «Frena, Mery, o te volverás más loca de lo que estás». Para llegar a la cafetería solo tengo que atravesar dos vagones que también están a reventar. Al entrar veo a dos hombres de mediana edad, charlando animadamente en una de las barras junto a la ventana. Demasiada energía y entusiasmo para ser tan temprano. Me acerco a la

trabajadora y le pido un café largo con leche. Es guapísima y va maquillada a la perfección. Tiene el pelo rubio, casi platino, recogido en una coleta tirante y un pañuelo anudado al cuello. Entra una chica joven al vagón y se pone a mi lado. La miro a los ojos, negros y profundos, como una región infinita del espacio.

—Su café.

Le pago y me sitúo en una esquina de la barra. El paisaje desaparece a toda velocidad ante mi vista cansada. Pienso en el valor del tiempo, en su rapidez, en su control. Mi cuñada dice que no por correr más vas a llegar antes, que llega primero el que sabe adónde va y no se asfixia delante de la meta. Y tiene razón. Susana es práctica, sentimental y analítica. Una especie de gurú al que admirar por su filosofía de vida.

Los dos tipos con traje de chaqueta que están en la cafetería charlan con un tono de voz excesivo. Tanto que puedo escuchar cómo critican a un compañero de trabajo. Le están dedicando unas lindezas increíbles. La cotidianidad.

Saco el móvil y entro en mi cuenta de correo. Rezo para encontrar un mail de La Llama. «Por favor, por favor», pido en mi interior. Nada. Bandeja de entrada sin nuevos mails. Maldita zorra. Cierro la sesión y busco noticias de la mujer ahogada. ¿Quién serás? Bebo un sorbo de café. Navego por distintos diarios. En todas las noticias dicen lo mismo: se desconoce la identidad de la víctima, fue encontrada por una pareja en la playa, el cadáver ha sido trasladado al Anatómico Forense. Clico en una página y justo me entra una llamada de mi hermano. A ver qué narices quiere ahora.

—Dime.

—Estoy en el pueblo.

Se avecina otro problema.

—¿Y?

—¿Y? ¡Que papá no está! Que son las siete y media de la mañana y aquí no hay nadie y el coche tampoco está en el garaje —afirma desesperado.

—Rubén, tranquilo. Se habrá ido a desayunar o a dar una vuelta. Él madruga.

—¿Me tomas el pelo, Mery? Estaba malísimo cuando hablé con él y hoy diluvia. ¿De verdad piensas que se ha ido a dar una vueltecita? Esto es alucinante.

—¿Lo has llamado?

—¿Tú qué crees? Tiene el móvil apagado.

Mi hermano se muestra histérico. No lo notaba tan alterado desde que mi padre se compró el chalet con la arpía aprovechada. Debe de ser intuición de hijo. Un mal presentimiento.

—Llama a Rosa.

—Lo he hecho. No ha hablado con él desde las tres de la tarde de ayer. Voy a denunciar su desaparición y tú vendrás conmigo y te quedarás a mi lado hasta que sepamos dónde está papá.

Arqueo las cejas.

—Estoy en el tren camino a Madrid. ¿Denunciar su desaparición? Lo veo un poco precipitado, pero haz lo que creas conveniente.

—¿A Madrid? ¿A qué?

—Trabajo. Volveré esta tarde.

—¡Pero si estás de baja! Qué difícil eres, Mery. Papá desaparecido y tú te vas tan tranquila a Madrid.

«¡Sí, la hostia de tranquila!», me gustaría gritarle, pero tengo que mantener el temple y restarle importancia aunque la situación se ha

salido de madre. No sé por qué La Llama ha apagado su móvil. Espero que mi padre esté bien y lo único que pretendan sea joderme, preocuparme.

—Vale, Rubén. Hazlo. Pon la denuncia y me avisas, pero estoy segura de que hoy va a aparecer. Te estás llevando un disgusto sin necesidad.

—Adiós.

Me cuelga enfadado. Apoyo los codos en la barra y me llevo las manos a la cabeza. Me gustaría gritar, pero me muerdo la lengua. «Que lo busquen si quieren, solo yo puedo encontrarlo», pienso.

40

Leila

Llamo a Henry. Lo veo en la pantalla, sentado en el sillón reclinable, leyendo un libro del científico Joe Dispenza. Cuando ya no sabe qué hacer, se pone a leer. Si lo dejara otras veinticuatro horas ahí metido, le daría un ataque de ansiedad, pero saldría más instruido e inteligente.

—Henry al aparato.

—¿Interesante?

—Sí. «Entre el cerebro y el cuerpo se da una sincronicidad a cada momento. En realidad, cuando nos empezamos a sentir de acuerdo con lo que pensamos, comenzamos a pensar de acuerdo con lo que sentimos. El cerebro está controlando continuamente cómo se siente el cuerpo». La mente, Leila —dice y asiente a la cámara.

—La mente y sus misterios. Cuando lo termines, me lo dejas. Te pongo al día. A Mery le falta media hora para llegar a Madrid. Se ha pasado el trayecto en la cafetería. Y su hermano ha denunciado la desaparición de su padre. En breve tendremos el rostro del señor Martos en internet. ¿Cómo va?

—Mejor. La medicación y los cuidados de James están haciendo su efecto. Le he dado agua y un zumito de naranja, para que no te

quejes —me explica como si no lo estuviera viendo—. Pero no ha querido comer. En un rato lo volveré a intentar. Y el otro, bien. Eres un tipo duro, ¿verdad? —Ángel le lanza una mirada de asco y desprecio—. Nadie se ha interesado por él. Ni llamadas ni mensajes. ¿No te quieren, Ángel?

El susodicho se encabrita e intenta decir algo, pero con la cinta no lo entiendo.

—¿Qué has dicho? —Henry se acerca y lo agarra del cuello.

—Para, por favor.

Lo suelta, mira a la cámara y vuelve a enfocarlo a él.

—La próxima vez que me llames hijo de puta, te arranco los dientes uno a uno.

—Vale. Se acabó, Henry. Déjalo.

—Ya. Cómo se nota que no estás aquí. —Veo cómo se recompone y regresa al sillón reclinable—. Si ha denunciado la desaparición, empezarán a buscarlo. ¿Tengo que preocuparme por la poli?

—No. No tenía la localización activada y no es un Apple. Además, Thelmo hizo su magia. No lo pueden rastrear.

—¿Cómo van ellos?

—Han acabado. La Nena está cerca del Anatómico Forense y Thelmo en el lugar de los hechos. Esperando que pasen las horas y que los acontecimientos transcurran según lo previsto. Como todos. Si las cosas no salen bien, pasaremos al plan B.

—Si pasamos al plan B es porque la señorita la ha cagado.

—Pues esperemos que no la cague. Te llamo luego.

—Vale.

El viaje no está siendo muy ameno. Me conozco mejor ese vagón que mi piso. Tengo ganas de que lleguemos a Madrid. Reviso las

últimas noticias en la tablet: incendios, asesinatos, robos… Un mundo perfecto, pero aún no han publicado lo que quiero leer. No tardarán. ¡Dios, por fin Mery sale de la cafetería! He perdido la cuenta de los cafés que llevamos entre las dos. Me meto un caramelo de violetas en la boca. Observo la pantalla. En la mitad superior veo qué transmite la cámara de su chaqueta, que no se ha quitado desde que ha subido al tren, y en la parte inferior, la cámara de la mochila. En la otra pantalla tengo pinchada la cámara de su vagón. ¿Sabrán los pasajeros que los están mirando y que controlan cada uno de sus movimientos?

Odiaba la asignatura de Sistemas de grabación, era soporífera, pero también una de las esenciales. Siempre me pregunté cómo se llamaría ese señor bajito con tirantes que parecía salido de un cómic. Pero los instructores de La Llama no tienen nombre.

Mery ha llegado al vagón. No le quito ojo. La señora se ha esfumado, pero ha dejado un folio doblado por la mitad en su asiento. Juego con el caramelo en mi boca.

—Perdona, ¿sabes dónde está la mujer que había aquí? —le pregunta al chaval que viaja en el asiento de detrás.

—Se ha bajado en Cuenca —le responde.

—Gracias.

Qué mentirosa la tía, ¿eh, Mery? Me río sola. Joder, se me está yendo la cabeza. Necesito acción y dejar de mirar estas pantallas como si fuera un vigilante de seguridad o trabajara en la Dirección General de Tráfico. El pequeño gorrión se sienta y coge el folio.

97. El macero

Todo hombre dentro del pecho
una serpiente amarilla oculta
como instalada en su trono:
si él dice: «¡Quiero!», «¡No!» contesta…

Hunde tus ojos en los fijos
de Satiresas y de Ninfas,
dice: «¡Piensa en tu obligación!».

Planta árboles, engendra hijos,
pule tu verso, esculpe mármoles,
dice: «¡Tal vez no pases de hoy!».

Viva en la espera o el proyecto,
no pasa un instante del hombre,
sin padecer las advertencias
de esa víbora insoportable.

No tarda ni un suspiro en buscar el texto en Google. Ya tienes faena hasta llegar a Madrid. Interpreta, querida jugadora. Devánate los sesos un ratito si quieres encontrar a tu padre. «Es primordial. PRI-MOR-DIAL. Interpretar las señales y los gestos. Hay que leer entre líneas. Darle la vuelta a lo evidente. Concentrarse en cada signo y en cada indicio. En lo oculto se descubre la verdad. Es primordial interpretar». Lo decía en cada clase, al principio y al final, y la muy cabrona me hacía copiar una por una sus palabras. Terminaba exhausta. Era la instructora más pesada y cargante, pero sabía de lo que hablaba y sus frases escondían grandes lecciones. La

miraba, con sus gafas cuadradas de montura negra y la vestimenta chic, y me la imaginaba dando clases en una escuela de negocios o siendo la mano derecha de una gran empresaria. ¿Cómo se llamaba la materia? Sí: Comunicación y comprensión del entorno. Ahora lo pienso y creo que no podría volver a pasar por la Acción Instrucción. Fue una auténtica locura. Estudiar, memorizar, comprender. Todos los días desfilaban ante mí cinco o seis instructores distintos. Yo solo quería dormir y despertarme en un lugar remoto donde nadie me conociera. Dudé tanto durante aquel tiempo de enclaustramiento… Algunas mañanas me despertaba y me sentía con fuerzas para decir: «No sigo con vosotros ni con vuestras clases de mierda». Pero una vocecilla gritaba desde mi interior: «Venga, un día más, Leila. La Llama quizá te rescate. Quizá eches raíces. No desperdicies esta oportunidad». Y la escuchaba a regañadientes.

Mery se levanta y se cuelga la mochila al hombro. Se dirige hacia la puerta de salida. El efecto contagio hace que otros pasajeros empiecen a recoger sus bártulos y se preparen. ¿Qué planes tienes, pajarillo? Bebo un sorbo de café y enciendo un cigarro. Lo que tengo claro es que vas a conocer a Julia. Mi inspiración, con ciertas variaciones. Pobre Julia, no pude salvarla del bárbaro que tenía al lado. Dios sabe que lo intenté con todas mis fuerzas y por todos los medios. Y que por intentarlo me gané dos multas, perdí puntos en el carnet y recibí un rapapolvo tremendo por parte de La Llama. La primera gran bronca del comité.

Me sentí culpable, tanto que durante la siguiente semana al accidente caminé como si llevara piedras en los bolsillos. Estaba desolada, abatida. Lo intenté y fracasé. En esta vida tienes que estar más preparado para perder que para ganar. Así estaba escrito y así

sucedió. En cuanto vi que Michel la sacaba de casa de malas formas y entre gritos, bajé corriendo a por mi coche. Estaba fuera de sí: un energúmeno con taras, un monstruo con una careta. Cuando los localicé, me calmé. Lo iba a parar como fuera. Una contradicción en toda regla porque quería que sucediera, pero no con ella dentro del coche. Eso no estaba en los planes, al menos en los míos. Conduje a mil por hora por Benidorm. Las calles estaban desiertas y la ciudad parecía un set de rodaje abandonado. Me desvié porque no quería que Michel me viera. Una mala decisión, porque los que me vieron fueron dos coches de policía que me dieron el alto. Ignoré la señal y comenzaron a seguirme. Después de unos minutos de huida, no tuve escapatoria. Me cortaron el paso por delante y por detrás. Dos agentes se acercaron al coche. Me vieron llorando, histérica, con la cabeza apoyada en el volante mientras susurraba: «La va a matar. La va a matar». No la mató, pero le jodió la vida. La especialidad de Michel: destrozar presentes y arrasar futuros. Para Julia fue un punto final y un nuevo comienzo, en el que estuve y en el que sigo estando.

Mery baja la primera del tren. Son las nueve menos cuarto de la mañana y la estación es un polvorín. Veo a personas fugaces subiendo y bajando. Conversaciones, gritos, barullo, megafonía. El caos y la rutina que genera Atocha. Estoy en casa. Me gusta este sentimiento de pertenencia a un lugar. Sentirte arropada y acogida por unas calles y un ambiente que forman parte de ti, de tu esencia y de tu singularidad. Esté donde esté, tengo la capital tatuada en las entrañas.

Me acerco a la pantalla. Mery sube por las escaleras mecánicas. No ha parado de caminar ni un instante. Tiene que estar rabiando de

dolor. Con una lesión como la suya debería estar tumbada, haciendo reposo, y no corriendo por una estación, pero los acontecimientos mandan y no entienden de dolores. Sale a la superficie. En Madrid también está nublado. Gracias a su fuego interno, no va a notar el frío, pero hay seis grados de temperatura. Veo de refilón las cuatro colas de taxis.

—¿Es usted la última? —le pregunta a una mujer morena que le contesta que sí.

No te preocupes, va rápido. Qué nervios. ¿Adónde iremos primero? Le doy una calada al cigarro y expulso el humo con la vacilación entre los dientes. Tengo preparadas todas las cámaras. En tu mano está tu destino, querida. Tira bien los dados, que vamos a por las últimas jugadas. Mery cruza al ver la señal que le hace un taxista con el brazo.

—¿No lleva equipaje? —le grita.

—No.

Sí, sí lleva. Lo tiene incorporado y le pesa una tonelada. Entra al coche, se quita la mochila y se pone el cinturón. Al hacerlo, se le escapa un quejido. Hago un redoble de tambores con las palmas de las manos sobre la mesa.

—A la calle del Rosario, por favor.

¡Vamos! Buena elección. Esto se va a poner interesante.

41

Mery

El taxi huele a ambientador de frutos rojos y en la radio suena una canción de Queen. A mi padre le encanta Freddie Mercury. Cuando éramos pequeños lo imitaba en el salón, hacía movimientos exagerados y ponía caras superexpresivas. Mi hermano se partía de risa hasta encanarse. Se tiraba al suelo. Le faltaba el aire entre carcajada y carcajada, y mi madre reñía a mi padre: «¡Deja de hacer payasadas, que el niño se ahoga!». También se reía.

No sé en qué momento desaparecieron las risas y los bailes en mi casa. No sé cuándo dejamos de escuchar «Bohemian Rhapsody» a todo volumen.

No tengo ni idea, no ubico fecha ni estación, pero un día dejamos de bailar.

Miro por la ventana. Comienzan a caer las primeras gotas. El tráfico es desesperante: frenamos y volvemos a arrancar. Como suelen decir, éramos felices y no lo sabíamos. Voy a cumplir treinta años y solo arrastro nostalgias, desengaños y anécdotas que no volverán. Una condena invisible.

—¿Trabajo o placer?

Espero que nadie me vuelva a hacer esa pregunta hoy.

—Trabajo. Un par de reuniones.

—A ver si sacas tiempo entre reunión y reunión y visitas San Francisco el Grande. Está al lado y es una maravilla. A mi mujer le encanta ir. Tiene la cúpula más grande de España.

—Lo intentaré.

Tendría que ir, pero a rezar, a entonar el *mea culpa* y confesar mis pecados. Aunque a estas alturas no me darían la absolución. No hay penitencia para lo que estoy haciendo.

—Le suena el móvil. —Se gira y me avisa.

—Ay, gracias.

Abro la mochila. Mi hermano. Joder, qué pesadilla.

—Dime.

—He denunciado, he vuelto y todo igual —grita.

Está fuera de sus cabales.

—Rubén, relájate y respira. Lo más probable es que, como te he dicho, esté por ahí desayunando o vete tú a saber, porque este hombre tiene ideas de bombero. ¿Te acuerdas de cuando se fue a almorzar a Cuenca sin avisar? Tampoco nos cogía el teléfono y el señor estaba tan tranquilo dando una vueltecita por allí.

Mi hermano resopla. Me pregunto qué coño está haciendo La Llama.

—No sé, Mery. Tiene el móvil apagado.

—Ayer no había cobertura por el temporal. Mira, igual está volviendo a casa y tú, mientras tanto, nervioso perdido.

—¿Y si lo han secuestrado?

Abro tanto los ojos que se me van a salir.

—Por Dios, Rubén. ¿Por qué iban a secuestrarlo?

—Sabes cómo es papá, tiene enemigos. Hay gente que se la tiene jurada. Se mete en todos los fregaos.

—No digas estupideces. —Me están entrando los calores de la muerte—. ¿Acaso te han llamado para pedir un rescate?

El taxista me mira por el retrovisor. Debe de estar alucinando.

—No, pero puede que lo tengan retenido y hayan apagado su móvil.

Me abanico con la mano.

—Qué películas te montas. Tómate una tila y reflexiona porque dices tonterías. Has hecho lo que tenías que hacer. Vuelve al trabajo y espera, que aparecerá. En cuanto vuelva, te llamo.

—Vale.

Cierro los ojos y apoyo la frente en la ventana helada. No se pueden estar quietos. Tienen que ponerme un obstáculo, y otro, y otro más. Hasta el final con la soga al cuello, metiéndome en callejones sin salida. Maldita desgraciada, qué bien te lo estás pasando. Pero en este cuento el que ríe el último ríe mejor. Compruebo la hora en el móvil: las nueve y diez.

—Perdone, ¿falta mucho? Llego tarde a la reunión.

—No, qué va. Cinco minutos.

Cinco minutos es una eternidad en mi situación. Odio Madrid. Qué asco de prisas y de estrés. No viviría aquí ni aunque me regalaran la casa. Veinte años para llegar a cualquier sitio. Espero que no me esté dando una vuelta extra para sacarme diez miserables euros más. Saco el folio del bolso, vuelvo a leer el poema: «Hunde tus ojos en los fijos de Satiresas y de Ninfas, dice. ¡Piensa en tu obligación!». En eso estoy. ¿Qué son satiresas? Lo tecleo en Google.

> Los sátiros (en griego, Σάτυροι, *Satyroi*) son criaturas masculinas —las satiresas son una invención posterior de los poetas— que en la mitología griega acompañaban a dioses similares, como Pan, Sileno y Dioniso, vagando por bosques y montañas.

Pienso, pienso, pienso. Vuelvo a leer sin levantar la vista del móvil y del folio. ¿Qué me quieres decir?

—Hemos llegado.

—Genial. Muchas gracias.

Le pago en efectivo veintidós euros y salgo del coche. Guau. Parece que no esté en el centro de Madrid. Huele a hierba mojada. Enfrente hay un parque precioso y, un poco más lejos, la magnífica cúpula de la basílica de San Francisco el Grande. Apenas hay ruido y gente por esta calle, angosta y de un único sentido. Los edificios son antiguos, de no más de cinco plantas. Dejo atrás una cafetería y una tienda de alimentación, y llego a mi destino. Paro delante de un bloque con la fachada de ladrillo caravista de cuatro alturas. Todas las viviendas tienen balcones menos las plantas bajas. La puerta es estrecha, de madera y de color granate. No hay placa identificativa del despacho. Marco el timbre de la puerta tres. Me abren sin preguntar. El portal es de techos altos y, por supuesto, no hay ascensor. A la derecha veo una puerta y a la izquierda otra. Subo sin perder demasiado el tiempo. Huele a limpio y los escalones son más altos de lo normal. Me llevo la mano a la costilla. El dolor es tan insoportable que me deja sin respiración. La puerta número tres está un palmo abierta. Doy unos golpecitos con los nudillos y entro.

—Buenos días —le digo a una mujer que está sentada tras una mesa blanca de Ikea. A mi derecha se abre un pasillo con dos

puertas en la parte izquierda y otra habitación cerrada al fondo. Ambiente diáfano. Piso antiguo.

—Buenos días, ¿a qué hora tenías la cita? —me pregunta mientras pasa las hojas de una agenda.

—A ninguna, pero necesito ver a Rafael.

La mujer, de unos cincuenta años, vestida con un suéter negro de cuello de cisne enorme, levanta la cabeza. Me mira por encima de las gafas *cat eye* de montura roja que hacen juego con sus labios.

—No atendemos sin cita. Además, ha habido una urgencia y tiene que salir ya.

—Yo también tengo una urgencia.

La puerta del fondo se abre y aparece un señor con traje de chaqueta azul marino y camisa blanca. Tiene una calvicie avanzada y es un hombre alto, medirá más de uno noventa. Me dirijo hacia él como un misil y me observa confundido.

—¿Rafael Blasco?

—Sí.

—Carmen Martos. —Le enseño la placa. El señor abogado la analiza—. Vengo a hablar de su cliente Christian Ibáñez.

—¿De su suicidio?

Me quedo fría y desubicada.

—¿Qué suicidio?

—Se ha quitado la vida en su celda esta madrugada.

—Joder —me lamento, frustrada. Adiós a mi plan de hablar con él —. Pasemos al despacho, por favor.

—No puedo, agente. Me están esperando en la prisión.

Saco el arma y le apunto. Por las buenas no saben colaborar.

—Shhh. Entra al despacho y no hagas tonterías o la pija de la entrada no sale hoy andando de aquí. Dile que no moleste, que vamos a tener una reunión y que salga a tomar un café —susurro.

—Estela, voy a atender a esta chica. Vete a desayunar si quieres.

Nos llega un «vale». Rafael respira hondo y se le marca la mandíbula. Entra de medio lado sin dejar de mirarme.

—Date la vuelta y quítate la chaqueta.

Me obedece y se pone de espaldas. La chaqueta cae al suelo. Abro la mochila y saco las bridas. No se resiste al atarle las manos.

—Siéntate.

Bordea la mesa y toma asiento en el sillón giratorio de polipiel. Detrás de él hay un balcón; tiene varios maceteros con flores moradas. Espero que no le dé por abrirlo y saltar. No es una sala muy amplia, pero el espacio está bien aprovechado. Hay un escritorio, dos sillas, una palmera artificial, muchas carpetas y un montón de estanterías negras.

—¿Qué quieres? —Tiene la voz grave.

—La verdad. Tú y yo tenemos prisa, así que vamos a ir al grano —le digo mientras su móvil suena.

Me acerco y cuelgo.

—¿La verdad de qué?

—Del caso de Sandra Burgos. ¿Quién te contrató para defender al acusado?

Me clava sus ojos de color verde grisáceo como si quisiera aniquilarme.

—Su familia.

—Meeeeeec. Empezamos mal, Rafael. Perdiendo el tiempo. Christian no tiene familia. Sus padres murieron hace años y es hijo

único.

—Tiene un primo —apunta.

—Oh, sí. Su primo. El que está en el paro, con dos hijos, y que cobra un subsidio de cuatrocientos euros. ¿Ese?

—Sí. Él sabrá de dónde saca el dinero, pero a mí me ha pagado mis honorarios. Eso es lo importante.

—Lo único importante, ¿no? Porque a ti te ha importado una mierda saber que era inocente.

—No era inocente.

—Meeeeeec. Los dos sabemos que sí. Que prepararon la escena para acusarlo. El chaval era un blanco fácil. Se aprovecharon de él y de su pésimo currículo: drogas, alcohol, una vida desordenada, problemas en el trabajo… «Sandra, necesito verte. Estoy muy agobiado. Llevo días sin dormir. Esto me va a matar. ¿Puedo pasarme por tu casa?». Él no escribió los wasaps. ¿Qué te contó?

—Que no recordaba los mensajes ni haber ido a casa de Sandra, que no recordaba la moto ni matarla a puñaladas. ¿Cómo podía acordarse? ¡Iba drogado y alcoholizado! No sé cómo seguía trabajando en el hospital.

—¡No lo recordaba porque no lo hizo! —Me acerco a la mesa. Estamos levantando demasiado la voz—. ¿Se puede conducir una moto de cien kilos puesto hasta arriba? ¡Ni siquiera podría mantenerse en pie! En las cámaras se ve que camina a la perfección, no pierde el equilibrio y, por lo que se supone que hizo, pensaba con lucidez. Su defensa fue un jodido chiste. ¿Investigaste al entorno? ¿A sus múltiples rollos? ¿A sus camellos? ¿Debía dinero?

La rabia y las ganas de estrangularme se dibujan en el rostro de Rafael.

—Hice lo que pude. Hasta recurrí la sentencia.

—¡Solo faltaba! Qué acto de caridad, señor abogado.

—Sus huellas estaban en el cuchillo que se encontró en el contenedor, el mismo cuchillo que faltaba en la colección que tenía en su casa. Había sangre de la víctima en el mono y en los guantes, y le escribió antes de ir. No había nada que hacer.

Arrastro una silla y me siento.

—No me vaciles o te meto una bala entre los ojos. ¿Por qué estaba agobiado y llevaba días sin dormir? «Esto me va a matar», le dijo a Sandra. ¿El qué? ¿Qué pasó? ¿Qué habían hecho?

Me dedica un profundo silencio.

—Insistí, pero no me lo quiso decir.

Cojo aire y lo expulso con vehemencia.

—Rafael, Rafael, me estás irritando. Llevo una semana complicada y no la estás arreglando.

—Te juro que no me lo contó.

Su móvil vuelve a sonar. Me levanto y lo estrello contra el suelo.

—Te lo juro por mis hijos —susurra.

—Tus juramentos y tus hijos me importan tanto como tú. ¿Quién te compró para que hicieras una defensa de mierda y obviaras que era inocente?

—Nadie —responde con lentitud, provocador.

Cojo un abrecartas dorado que hay en una bandejita de cuero. Me acerco y se lo clavo en el hombro. Grita. Es un grito seco y cortante. La camisa blanca se llena de sangre. Un cerco cada vez más grande y redondo. Sostengo el abrecartas manchado delante de sus ojos.

—O me cuentas la verdad o te hago cien agujeros con esto en sitios que no te van a gustar.

—¡Puta loca!

Sonrío.

—Por tu culpa, un inocente ha perdido la vida en prisión. Prefiero ser una loca antes que un canalla despreciable. Repetimos. ¿Quién te ha comprado?

—¡Nadie! —vocifera con mala leche.

Apoya la cabeza sobre la mesa. Respira de forma acelerada. Se incorpora y mira hacia el techo. El tipo resiste con aplomo. No tenía intención de llevar a cabo esta pequeña tortura, pero con mentirosos patológicos no hay otra salida. Me sitúo detrás de su silla y coloco la punta del abrecartas en el lado derecho de su cuello. Está más quieto que una estatua viviente.

—¿Lo notas? —murmuro en su oído.

—Sí.

—¿Quieres que tus hijos se queden sin padre?

—No.

Aprieto.

—No te lo voy a volver a preguntar. No tengo tiempo. ¿Quién te ha comprado? —grito.

—¡Una mujer!

—¿Qué mujer, Rafael?

—No lo sé. No sé cómo se llama. Solo hablábamos por teléfono, menos una vez que vino al despacho y llegamos a un acuerdo.

—¿Cómo era?

—Melenita rubia, alta, elegante.

—¿Y con acento francés?

—Sí —afirma confundido.

—¿Qué te ofreció?

—Más pruebas que lo incriminaban y treinta mil euros.

Pongo los ojos en blanco. Sigo apretando.

—Fue un montaje, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Sí! Él nunca salió de su casa. Falsificaron sus análisis toxicológicos. Alguien lo dejó KO con un medicamento. —Comienza a berrear.

Odio cuando hacen este espectáculo de lloros y moqueos. Igual no es tan duro. De apariencias vive el hombre. Retiro el abrecartas de su cuello y regreso a mi posición delante del escritorio. Cara a cara con este vendido.

—En mala hora aceptaste. Pactaste con el mismísimo diablo. Eres un corrupto asqueroso. Espero que la muerte del chico no te deje vivir ni dormir por las noches.

Flexiono las piernas como puedo y cojo su chaqueta. Limpio el abrecartas con una de las mangas.

—Me lo llevo, ¿vale? Es muy bonito.

42

Leila

Expulso el humo con lentitud creando un túnel tan perfecto que se podría transitar. Cierra de un portazo y baja las escaleras como si no le doliera. Dejo de mirar unos instantes porque parece que voy subida en una atracción de feria. Sale del portal; el día sigue nublado y el cielo está tan negro como el presente de Rafael. Pobre abogaducho de tercera. Sigue sentado en la silla con las muñecas atadas a la espalda. No sé si está asimilando la escena que ha vivido o si se ha meado encima del susto. Yo misma instalé dos cámaras cuando fui a verlo y me dejó sola cinco minutos en su despacho. Fue sencillo y agradable tratar con él.

A ver, Mery, qué haces tú ahora. Se dirige a la Gran Vía de San Francisco. Frena en seco. Saca el móvil del bolso, abre Google y teclea: «Madre de Sandra Burgos, decoradora de interiores».

—No… te… creo —murmuro.

Tengo que llamar a un colaborador. Es urgente. No hay cámaras en el estudio de interiorismo y arquitectura de Marga Prieto y, visto lo visto, el gorrión es capaz de hacer cualquier cosa. ¿Para qué querrá a su madre?

—Vladimir. ¿Te encuentras en Madrid? ¿Estás libre?

—Sí. En Madrid centro. ¿Un trabajo?

Me llevo la mano al pecho y lleno mis pulmones de aire.

—Sí. Ahora y muy sencillo. No te llevará más de media hora. Trescientos. Dime que puedes, por favor.

—Vale. Puedo.

Respiro aliviada.

—Dirígete a la calle Tirso de Molina, bajo treinta y dos. Es un estudio de interiorismo. Entra como si fueras un cliente que quiere redecorar su ático. La dueña se llama Marga Prieto. Asegúrate de que está en la oficina. Está yendo una chica hacia allí; alta, rubia, con coleta y mochila. Es de las nuestras, pero puede ser peligrosa y quiere ver a la jefa. Va armada. Asegúrate de que nadie salga herido y actúa si la situación se complica, pero que no llamen a la policía.

—Hecho.

Confío en mis colaboradores. Son audaces, rápidos, camaleónicos, pero lo paso realmente mal cuando no tengo una situación controlada y estudiada. Me ha costado más de media vida saber delegar. Y con esfuerzo, terapia e infusiones he aprendido, pero mi estómago sigue contrayéndose ante los imprevistos. Las adversidades y las dudas me acechan como fantasmas aterradores en plena madrugada. Cada uno es como es. Yo soy perfeccionista y controladora. Mery es impulsiva y analítica. Tengo ganas de perderla de vista, pero juntas formaríamos un binomio indestructible. Si es que no lo destruye todo en los próximos minutos y el caos no se multiplica por cien. Quedan pocas horas y un camino por descubrir.

Tamborileo los dedos sobre la mesa. Mery se está desesperando. Vomita improperios y maldice su suerte. Los taxis están ocupados y hay un tráfico espantoso. Comienza a llover. ¿Cuándo terminará este

temporal? No recuerdo un invierno tan gélido y lluvioso en España desde hace años. Por Dios, Mery, llama a un Uber o no saldrás de ahí. Incluso tardarías menos andando. Aunque, por cómo te sostienes las costillas, no creo que te apetezca andar.

Actualizo las noticias. *Voilà.* Ahí está el gran titular: «El asesino confeso de Sandra Burgos se quita la vida en la cárcel». Letras grandes y negras. Me recreo en cada palabra, las saboreo, las interiorizo. Soñaba con leer este titular. Se me humedecen los ojos. Una lágrima rueda por mi mejilla. Hecho, mi amor. Lo he conseguido. He cumplido el juramento que te hice la última vez que te acaricié la mano y te besé en la frente.

Una sensación de tranquilidad y gozo me invade, como si levitara. Podría morir en este instante y no me importaría. Ya no tengo cuentas pendientes y no le debo ni un mísero favor a nadie. Me iría feliz, ligera como una pluma que danza al son del viento. He cruzado tantas líneas peligrosas. He corrido, me he caído, incluso he pensado en abandonar. Siempre es tentador tirar la toalla cuando esperar es la clave, pero ha valido la pena. Sí. Vale la pena lo que te hace feliz. Alcanzar mi personal línea de meta es lo más satisfactorio que he experimentado. Mi abuela decía que reír te daba años de vida. Cumplir objetivos, también.

De pronto, suena el móvil personal. Lo cojo y se me cae de las manos temblorosas al leer su nombre en la pantalla. Lo vuelvo a coger y contesto.

—¿Qué ha pasado? —pregunto alterada.

—¿Qué ha pasado? —mi hermana susurra—. ¡Se ha suicidado, Leila! Un inocente se ha colgado.

Tengo taquicardia. El calor me invade. No por lo que me dice, sino por oírla.

—No era inocente. Igual tenía remordimientos de conciencia.

—¡Yo también los tengo! Porque fuiste tú y yo lo sé. Y voy a tener que vivir con ello hasta el fin de mis días —vuelve a susurrar enfadada.

—Jamás te dije que fui yo. La última vez que nos vimos ni despegué los labios.

—Porque no hacía falta, pero lo hiciste. Lo verbalizaste hasta la saciedad: «Quiero matarla, quiero matarla». Era tu único maldito pensamiento.

—¿Qué harías tú si mataran a una de tus hijas, Clara?

—¡Joderme! Y llorar y maldecir y hundirme, y luego salir adelante, como hacen todas las madres que pierden hijos, Leila. Yo no soy una…

—No lo digas —la corto. Escucharlo de su boca va a doler demasiado—. ¡Puede que no sea como todas las madres! Si no hubiera pasado, ahora mismo la muerta y enterrada sería yo. Te escribí una carta de despedida. Estaba decidida a hacerlo porque no aguantaba más tanto sufrimiento. No veía ninguna salida. Mi cuerpo y mi mente no podían seguir.

Se hace un silencio. Estoy llorando.

—¿Qué escribiste en la carta?

Tengo la boca seca y el pulso acelerado. Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano.

—Que te quería más que a nadie, que me perdonaras, que hablaras a las niñas de mí, de nosotras. Te daba las gracias por ser

mi compañera de vida, por ser mi faro y mi apoyo incondicional. Y que estaba orgullosa de ti. Eso escribí.

—Tampoco te hubiera perdonado. —Hace una pausa—. Nos vamos de Madrid.

—¿Adónde?

—Me ha salido un trabajo en Salamanca. Empiezo en marzo. Iré y volveré hasta junio. Luego nos mudaremos las tres. Tú y yo no vamos a volver a hablar. Te escribiré para que sepas dónde dejo a los perros y te encargues de ellos.

—¿Las niñas lo saben? —pregunto haciéndome la tonta.

—Aún no. Se lo diré en unos días. —Se hace otro silencio. Estoy expectante y confundida—. ¿Cómo estás del corazón?

—Mal. Me mandaron una medicación que me ha dejado calva y con muchos problemas en la boca.

Mi hermana suspira.

—Cuídate, Leila.

Y me cuelga. Me quedo en Babia mirando las cámaras. Qué rápido he pasado de las lágrimas de felicidad a las de tristeza. Su voz sigue haciendo eco en el salón y en mi estómago. No esperaba la llamada y estoy en trance, en shock, pero tengo que volver a la realidad. Luego analizaré cada una de sus frases y repetiré la conversación hasta gastar las palabras. Tengo que continuar. «Sé fría, Leila. Concéntrate».

Me levanto y me estiro. Subo y bajo los hombros con movimientos circulares. Mery acaba de entrar en un taxi. Dejo caer la cabeza hacia delante y luego hacia los lados hasta que oigo varios cracs de mis articulaciones. Sí, voy a celebrar que mi hermana me ha llamado, que mi juego ha terminado y el de Mery está a…, miro el

reloj, ocho horas y diecisiete minutos de finalizar. Saco una botella de vino de la nevera. Voy a desayunar un chardonnay, medalla de oro en la categoría sin barricas, y triángulos de queso semicurado.

Sigo nerviosa y consternada. Vuelvo con mi queso y mi vino a la mesa de trabajo. Intuyo que voy a presenciar una buena escena desde un mal ángulo. No se me había ocurrido que iría a ver a la madre de Sandra. Ni siquiera había barajado esa posibilidad. A ratos, sus pensamientos son más veloces que los míos y hace un triple salto mortal que me deja catatónica. Me gusta que me sorprenda, aunque me acelere. El taxista intenta entablar una conversación que ella no quiere seguir. Pienso en Morgan. No ha dado señales desde ayer. Abandonada a mi suerte. Castigada por un látigo invisible. Me va a caer una buena, pero cuando el castigo me alcance estaré lejos de Valencia, con las maletas deshechas y el sueño recuperado. Aceptaré las consecuencias de mis actos. Recibo un wasap.

Estoy aquí. ¿Ha llegado?

Dos minutos. Está en el taxi.

OK.

No conozco a un colaborador residente en Madrid más rápido que Vladimir. Con él los trabajos son limpios, fáciles, la formalidad personificada. Otro que desconoce para quién trabaja. Tampoco le importa. Sigue las órdenes y cobra al instante. Eso es lo único que quiere. Nunca lo he visto en persona, pero sí en decenas de fotos. Vivió la guerra de Kosovo, pasó meses en un búnker, perdió a sus amigos y a su familia. Aún tiene pesadillas y habla en sueños. En La

Llama todos tenemos una historia que contar, incluso los colaboradores. Se podrían escribir trilogías y rodar películas con nuestras vivencias, cada cual más excepcional y espeluznante. La realidad supera la ficción.

El taxi se detiene. Ha llegado al destino. Bebo un trago de vino. Qué pocas ganas de ver y oír a Marga Prieto. He estado un par de veces en su oficina. Es un bajo acristalado de dos alturas. Desde fuera se ve el interior; es diáfano y, como es lógico, está decorado con un estilo moderno y minimalista. Mery llama al timbre. Una joven se levanta de su escritorio, ubicado a la derecha de la entrada. Me acerco a la pantalla. Viste una camisa blanca con una lazada enorme en el cuello. Parece un regalo. En el negocio se respira pijerío y dinero. A la izquierda, unas escaleras al aire de madera llevan al primer piso, donde hay espacios de muestra y está el despacho de la jefa. Desde que asesiné a su hija, pasa los días ahí encerrada, sumergida en el trabajo y en los recuerdos. No me da pena. Yo no le di pena a ella.

—Buenos días. Pase.

Mery le devuelve los buenos días y entra. Conociéndola estará haciendo una rueda de reconocimiento al lugar.

—¿Tiene cita?

Sonrío y me como un trozo de queso. Ella no necesita cita, querida.

—No. —Seguro que está sacando la placa—. Quiero hablar con Margarita Prieto.

—Ah. Un segundo. No sé si está ocupada. Espere aquí, por favor.

—Claro. Gracias.

La chica, esbelta y delicada, sube las escaleras. Mery la sigue con la mirada. Lleva un pantalón negro de vestir y unos taconazos de infarto. El timbre suena. La joven frena casi en el último escalón.

—¿Abro? —pregunta Mery.

Sí, abre, que es uno de los nuestros. Estás tan chalada que ahora te tengo que poner guardaespaldas.

—Sí, por favor.

Cuánto ajetreo de buena mañana. Mery abre y mi colaborador entra dándole las gracias. Me encanta su acento. Venga, ya estamos todos. Que empiece la fiesta.

43

MERY

El hombre que ha entrado me estudia de forma intermitente. Es atractivo. Tiene pinta de ser del Este. Quizá sea un ruso con pasta y con ganas de reformar su apartamento, o puede que forme parte de La Llama. Muchas de mis paranoias acaban siendo ciertas. Es fácil pensar mal y acertar con esta gente. La chica de anuncio no baja. Puf. ¿Tan difícil es decirle que hay una policía que quiere hablar con ella? Estará ocupada desde que ha salido la noticia. Medios de comunicación, familiares, abogados. ¿Cómo se sentirá? ¿Aliviada porque el supuesto asesino de su hija se ha colgado en su celda? ¿O apenada porque no va a cumplir su condena?

—Perdone —me dice desde lo alto de las escaleras—. Puede subir.

No me gustan las escaleras de diseño sin barandilla. Subo disimulando mi dolor, sin hacer muecas. Sé que el hombre me observa, lo noto, tengo sus ojos clavados en la nuca. Cuando llego arriba veo tres despachos acristalados del mismo tamaño y una decoración de revista. A la izquierda, hay una cocina y un saloncito de muestra. Cada silla costará mil euros.

—Está en el segundo.

—Gracias.

La chica sin nombre baja las escaleras. Su despacho se sitúa a unos siete metros. Es la pecera que tiene las persianas laterales echadas. Me acerco. Desde fuera advierto que está hablando por teléfono. Hace gestos. Pensaba que sería mayor, pero tiene un aspecto juvenil y elegante: peinado de peluquería, maquillada, con anillos y pendientes de oro. Vestida con americana de color gris y un suéter fino y negro. Levanta la vista y con la mano me indica que entre. Oigo al tipo de abajo, que conversa animado y entre risas con la empleada. El despacho tiene un sofá biplaza junto a una mesita ovalada. Al fondo está su escritorio con dos sillas de formas sinuosas delante. «Venga, Mery». Abro la puerta de cristal. La señora cuelga y se levanta.

—Buenos días. —Me estrecha la mano, la tiene helada. Su perfume huele a lujo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días. Soy Carmen Martos. ¿Nos podemos sentar?

—Sí —afirma, pero su cara no dice lo mismo.

Las dos tomamos asiento.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, trabajando.

—¿Quién le ha informado de la muerte de Christian Ibáñez?

Marga frunce el ceño y me lanza una mirada interrogativa.

—Mi abogado.

—¿Qué le ha dicho?

—Que se ha ahorcado en su celda con una sábana. ¿Por qué?

—Porque le van a practicar la autopsia, pero sospechamos que ha sido un homicidio, no un suicidio. Quería que lo supiera de primera mano.

—¿Un homicidio? ¿Quién querría matar a ese? —dice con desprecio y osadía.

La miro sin hablar. Esta señora es de las que intentan poner puertas al campo.

—¿Nosotros? Por ahí no paso, agente —alza la voz.

—No se altere. Se abrirá una investigación y, por supuesto, hablarán con usted y con su marido. Tranquila, es el protocolo. No sería la primera vez que un familiar se pone en contacto con un reo para acabar con otro. La ira y la pena no tienen límites, pero sí muchas salidas que asustan y asombran.

Se levanta y me da la espalda. Una sonrisa se dibuja en mis labios. Se sitúa frente a una estantería con fotografías, premios y esculturas pequeñas.

—Vaya estupidez. No gastaría ni un céntimo en él —suspira—. Mata a mi hija y la investigada voy a ser yo. Esto no se va a acabar nunca.

—¿Qué hicieron?

Se gira como si le hubieran dado una bofetada. Se quita la americana y la deja en el respaldo de su sillón de cuero marrón.

—¿Quién?

—Ellos. Christian le dijo a su hija que estaba muy agobiado, que no dormía y que *algo* que no sabemos iba a acabar con él. Sandra le contestó que no se preocupara, pero él insistió. Y fue a su casa. ¿Qué hicieron? Él estaba nervioso y alterado, y, sin embargo, ella se mostraba tranquila.

Me escucha atenta. Se expresa sin moverse.

—No lo sé. No sé de qué hablaban.

—Usted se llevaba muy bien con su hija, ¿no? Tenían mucha confianza. Un trato cercano. Siempre que podían estaban juntas.

—¿Me va a interrogar? Si es así, quiero que esté presente mi abogado —sentencia de forma altiva.

—Es una especie de interrogatorio, pero entre usted y yo. Un encuentro íntimo. En *petit comité.*

Su gesto se va transformando en una mezcla de rabia y temor.

—Quiero que se vaya.

—Me iré pronto. ¿Se puede sentar?

—No, quiero que se marche.

Respiro hondo sin pensar y una punzada me atraviesa el esternón.

—Vale, pues por las malas.

Me levanto, saco el arma y la apunto.

—No abra ni un milímetro la boca o su otro hijo se quedará sin madre. Sería un drama. Los hombres de su vida hundidos y destrozados. ¿Se puede sentar ahora?

Toma asiento sin apartar la mirada de la pistola. Las armas imponen y las personas disponen.

—Las palmas de las manos sobre la mesa —le ordeno.

Su manicura es preciosa y el pedrusco de su anillo también.

—El juego es sencillo, Marga Prieto. Sota, caballo y rey. Pregunto, usted contesta la verdad y me voy. ¿Entendido? Sin tonterías ni sustos.

Asiente. El arma la ha dejado muda.

—Sandra y Christian cometieron un delito grave. Y su hija se lo contó. Porque la adoraba, confiaba en su madre y sabía que no hablaría. Un gran secreto entre madre e hija. —Se le caen las lágrimas mientras hablo—. Inconfesable pero compartido. ¿Sabe?

Tres personas y un secreto suele ser una ecuación complicada. Y lo fue. ¿Qué hicieron los angelitos? ¿Por qué esos mensajes de desesperación?

—No lo sé.

—Qué poca suerte tengo. Hoy nadie sabe nada.

Me acerco y la encañono en la sien izquierda. Tiembla como una gelatina. Cojo un folio de un soporte que hay en el escritorio y un bolígrafo, y los dejo frente a sus ojos.

—Despídase de su hijo y de su marido. Hoy habrá dos suicidios.

—No —susurra.

—Vale, se acabó la educación. Coge el puto bolígrafo.

Casi no puede sostenerlo. Qué poco me gusta amedrentar a la gente, pero no me dejan otra vía. Le doy un golpecito en la cabeza con el arma.

—¡Escribe!

Escribe, temblando, dos palabras: «Querido hijo». Para. Llora.

—Escribe o habla. No me pongas nerviosa, que no estoy sobrada de paciencia.

—Ha… Hablo.

—Muy bien, Marga, empezamos a entendernos.

Le quito el bolígrafo y vuelvo delante del escritorio sin dejar de apuntarla. Hago un gesto para que hable.

—Era una madrugada de enero y mi hija se encontraba en la UCI pediátrica. Había poco personal. Unos compañeros estaban de baja por la gripe y otros en huelga por los recortes. Sandra me contó que era una noche rara, que todo parecía demasiado tranquilo. Una de las enfermeras se había puesto enferma con vómitos y fiebre y se fue a casa. La otra estaba en el descanso y

había bajado a fumar y a por un café. Mi hija se había sentado a la mesa y apareció Christian. La visitaba a menudo. Sobre todo, si coincidían en el mismo turno.

Las lágrimas le brotan y se calla.

—¿Y?

—Hablaron, tontearon. —De nuevo enmudece.

—¿Y?

—Entraron en un despacho o en una habitación para mantener relaciones. Después de un rato, no sé cuánto tiempo, las máquinas de un niño comenzaron a pitar. Creo que al principio no se dieron cuenta, hasta que ella lo oyó y corrió hacia la puerta, pero Christian había cerrado con llave. Se pusieron nerviosos; no sabía dónde había dejado la llave. Cuando la encontraron y lograron salir, corrieron hacia su cama, pero el niño ya estaba muerto. La enfermera entró y vio cómo le estaba haciendo la reanimación cardiopulmonar. Fue un accidente, no tenía que haber sucedido.

—No fue un accidente, sino una negligencia. Quizá se hubiera salvado, pero ellos se entretenían follando.

—Mi hija era buena —balbucea con una tristeza que no me conmueve.

—Sí. Una santa que pasó página en veinticuatro horas. Pero él se quedó tocado. La muerte del niño lo perseguía, lo torturaba. Él sí sentía culpa, pero Sandra era fría y calculadora, como tú. —Su semblante se endurece—. Cuando te lo confesó, ¿qué le aconsejaste?

No responde.

—Habla —le digo muy seria.

—Que jamás lo contara y que siguiera su camino.

—Maravilloso consejo. ¿No te pusiste en la piel de la madre de la criatura?

—Sí, cuando el muy cabrón mató a mi hija —afirma con los ojos llorosos.

Me quedo en silencio. Me gustaría decirle que él no lo hizo, pero no puedo. Si yo fuera la madre del niño, hubiese hecho lo mismo.

—Juan 8:32. Y la verdad os hará libres. Gracias por la charla.

Me guardo la pistola y salgo del despacho. Bajo las escaleras. Ni siquiera me despido. Piso la calle y echo a andar.

Leila.

44

Leila

¿Un accidente, hija de puta? Tendría que haberte cosido a puñaladas a ti también, pero quería que sufrieras tanto como yo. Mi niño estuvo solo y abandonado mientras moría asfixiado. Un fallo respiratorio le provocó un paro cardiaco, y esos dos no se enteraron hasta que fue tarde. Se hicieron dos rayas de cocaína. Se reían y follaban, ajenos al exterior. No se pusieron nerviosos, no padecieron. Se reían mientras buscaban la llave. El propio Christian me lo contó al detalle después de una noche de sexo y drogas. Es lo que pretendía al iniciar una relación con él. Tardó seis semanas en confesar. Lo acuné, lo consolé, le dije que fue un infortunio, pero la realidad era muy distinta. Soñaba con acabar con él, abrirle la garganta, hacerle sufrir, pero no podía. No era la mejor opción ni el máximo culpable. Sandra sí lo era. Al final, los dos pagarían.

Me costó cuatro largos años quedarme embarazada. Dejé a mi pareja porque no quería ser padre, un hombre al que adoraba y que me quería, pero el sentimiento y la necesidad de ser madre me pudieron. Fue un largo periplo de clínicas, pinchazos, miedos, obsesiones, *in vitro* y medicación, pero lo deseaba tanto… Le veía la carita a mi niño y ni siquiera estaba embarazada. Lo mecía en brazos

en mi imaginación. Hasta que un día, derrotada y sin demasiadas esperanzas, el test dio positivo. Lloré abrazada a mi hermana. Solo puede entenderme quien lo ha vivido.

Cuando la tragedia ocurrió, mi hijo tenía tres años y estaba sin vigilancia, desamparado, muriendo solo. Y seguro que pensó en mí… Tomo aire por la boca. La mataría un millón de veces más y observaría cómo se desangra durante horas mientras como pipas y le escupo las cáscaras encima.

Recuerdo que Morgan me preguntó: «¿Te arrepientes?». Nunca, jamás. Matarla no me devolvería a mi hijo, pero dejarla viva y feliz tampoco. Mis actos me sirvieron para empezar a reconstruirme. Los dos me destrozaron, me arrebataron lo que más amaba, me rompieron en pedazos tan pequeños que no veía ni un mísero resto de mi persona. Leila no existía. Leila se evaporó en una habitación con las persianas bajadas. Por suerte, no me suicidé, porque lo único que quería era estar con mi hijo. Pero un día mi cabeza hizo clic. Un clic mágico. Ir a por ellos, prepararme, liquidarlos. Eso me dio fuerzas para levantarme de la cama. Matar o morir. Tenía un objetivo, una diana, sed de venganza. ¿Soy un ejemplo? No. Pero tampoco nací para serlo.

Bebo un sorbo de vino. Mery ha conseguido un taxi y se dirige hacia la residencia de Julia. Activo la otra cámara y se abre la imagen en la tercera pantalla. La han dejado mirando hacia la puerta de la habitación. Pipo corretea por el cuarto, se sube encima de ella y le chupa la cara mientras Julia se ríe. Es un pequeño peluche blanco. Fue una gran idea llevarlo para que se vieran. El jueves es el día fijo; mi sobrina le acerca a Pipo a primera hora y lo recoge

cuando termina el instituto. Si mi hermana lo supiera, nos mataría a las dos. Pero Valeria se las ingenia muy bien para que no la pille.

Sé que es el día preferido de Julia. Cuando abrió los ojos después del accidente, me dijo: «Encárgate del perro, por favor». Es lo mínimo que podía hacer. Aunque hice mucho más.

Mery sostiene el reloj con la cuenta atrás: seis horitas para la libertad. Le faltan diez minutos para llegar a la residencia. No vas muy bien de tiempo, pajarillo. Echo la cabeza hacia atrás y miro el techo. No volveré a ver estas vigas ni este salón. El fin de semana lo pasaré en casa. Concepción ha limpiado y ha llenado la nevera. Qué ganas de volver. De ir al dentista, de ver a mis sobrinas, de visitar a Julia y pasear a los perros por el Retiro. A ver ahora qué hago con ellos. Y qué pocas ganas de enfrentarme al comité. Aguantar sus miradas acusatorias y reprimendas estudiadas. Me limitaré a asentir y les daré la razón. Incluso les diré que lo siento y que me arrepiento. Morgan me clavará sus ojos y sabrá que estoy mintiendo, porque en realidad volvería a dejar que Mery entrara en el trastero y se defendiera hasta matar.

—Muchas gracias.

Me incorporo como un resorte. Mery sale del taxi. Se queda parada estudiando el complejo de arriba abajo, de izquierda a derecha. Bonito, ¿eh? No encontré un lugar mejor. Habitación grande e individual. Cuidados las veinticuatro horas del día. Jardines para que la puedan pasear y respire aire puro. Espacios amplios. Fuentes. Personal cualificado. Parece un hotel de lujo más que una residencia y me gusta que sea así.

Entra a la recepción. Veo el mostrador alto y de color negro. Hoy está Elena, es una niña jovencita y encantadora. Cuánto tiempo sin

ir. Mery espera paciente a que una señora mayor termine de contarle sus dramas a la recepcionista. Se gira hacia la derecha y contemplo los dos sofás azules de tres plazas, la mesita grisácea brillante con un ramo precioso de flores de colores y los ascensores. Es un hall agradable y acogedor.

—Buenos días. He venido a ver a Julia Sancho.

—¿Eres Mery?

Puedo imaginar su cara.

—Sí.

—Genial, te está esperando. Un segundo, llamo a una compañera y te lleva a su habitación.

—Gracias.

Pasea de un lado a otro. Después de las dos visitas de hoy debe de tener la adrenalina por las nubes. Ella no podía terminar la partida sin saber la verdad, sin descubrir mis múltiples secretos. Cuando la vea, le daré las gracias. Sin ella, este juego no hubiera sido tan divertido. Duro pero productivo. Eliminando piezas que estorbaban y no servían. Morgan me dijo: «A su debido tiempo». Y ese tiempo llegó con Mery, con su astucia y sus ganas de jugar.

—¿Qué tal está Leila?

Mery se gira hacia Elena como un torbellino. Le has preguntado a la mejor persona.

—Bien. Está bien. Trabajando mucho.

Sonrío.

—Sí, menos mal que pronto tiene vacaciones y vendrá a ver a Julia.

—Seguro que se pone muy contenta.

—No sabes cuánto. Mira, mi compañera. —Mery se vuelve. Es Mónica, una de las responsables de Julia—. Ella te acompañará.

—Gracias.

Las dos caminan en silencio y salen a un gran patio exterior con árboles, bancos y fuentes. Ya está analizando el nuevo escenario.

—Qué grande.

—Sí, tenemos casi doscientos residentes más las estancias diurnas. Ahora no ves a mucha gente porque llueve y están haciendo sus actividades y rehabilitaciones. Aquí nunca se para. Es una residencia para mayores, pero con Julia se hizo una excepción. Es un entorno perfecto para ella. Hemos conseguido que sea feliz y los ancianos la adoran. Pasa. —Mónica abre una puerta y se dirigen hacia la izquierda—. Me ha dicho Leila que no la conoces en persona.

—No, pero es como si la conociera.

Suben a uno de los ascensores. Me encantaría saber qué está pasando por la cabecita de Mery. Salen y caminan unos metros por el pasillo de la derecha. Le debe de estar pareciendo un laberinto. Es lo que se percibe la primera vez que vas. Llaman a Mónica al móvil y las dos frenan el paso.

—Tengo que bajar. Es urgente. ¿Ves la última habitación con la puerta abierta? Es ahí.

—Gracias. No te preocupes.

Es la habitación más bonita y con mejores vistas. Vamos, Mery, vas a conocer a Julia, la de verdad. Yo solo era una desastrosa y pésima imitación.

45

MERY

El pasillo huele a un aroma cítrico. En este lugar hay pasillos por donde mires, no sé cómo se aclaran los ancianos. Pues sí. Deben de estar todos haciendo actividades porque no se oye ni una mosca. Eso o son muy silenciosos. Me quedo parada. De la última habitación ha salido un perrito blanco y pequeño que me contempla con una expresión que me saca una sonrisa espontánea y sincera. Creo que es un bichón maltés.

—Hola —le digo con voz de tonta.

Hace un gesto muy gracioso y se mete enseguida en la habitación. ¿Aquí dejan tener perros? Estoy llegando y aún no sé qué le voy a decir. Me asomo con torpeza. Una chica con los ojos grandes, melenita castaña y dos hoyuelos en las mejillas me observa con curiosidad. No parece la joven que vi en la fotografía cuando estuve en casa de Marisa. Su silla de ruedas es muy distinta a la que tenía la Julia que yo conocí. Nada que ver. Y dudo que le haya puesto nombre. El perro está acurrucado en su regazo, pero ella no mueve los brazos. No lo acaricia, le es imposible.

—Hola. ¿Eres Mery? —me pregunta, rompiendo el silencio. Me he quedado muda al verla.

—Sí, encantada. —Me acerco y le doy dos besos. Lleva un perfume avainillado.

—Puedes sentarte si quieres. —Señala hacia la entrada con los ojos. Hay un sillón azul junto a una cómoda baja, sobre ella hay libros colocados en distintos montones. Tomo asiento. El perro y ella no me quitan la mirada de encima. Me siento más analizada que por La Llama. A la derecha, está la cama articulada y una pantalla sale de un lateral. En la mesita tiene a Alexa y otros dispositivos.

—¿Cómo se llama? —Joder, Mery, vaya pregunta absurda.

—Pipo. —El perro se incorpora y las dos sonreímos—. Es mi peluche. Sabe que ahora no le puedo tirar la pelota, pero no le importa, ¿verdad? Corre, llévale la pelota a Mery.

El perro baja de un salto de sus piernas y busca su pelota amarilla. Me fijo en las manos de Julia. Las tiene metidas hacia dentro, rígidas, y lleva una pulsera elástica con un botón rojo. El perro me mira con la pelota en la boca.

—¿Se la tiro al pasillo?

—Sí, porfa.

Me levanto y le lanzo la pelota hasta el final. Parece una bolita de nieve. Vuelvo a mi asiento.

—Solo puedo mover los dedos —me dice—. El botón es para una emergencia. Aunque a veces me cuesta darle. —Hace una pausa—. ¿A qué has venido, Mery?

Su pregunta me rompe, me deja fría.

—Quería conocerte.

—Leila me ha dicho que vendrías, que te ha hablado de mí y de mi historia. Y que estás pasando por un mal momento.

—Te ha dicho la verdad, no estoy pasando por el mejor momento. Y sí, me ha hablado tanto de ti que parece que te conozco.

Sonríe.

—Te daría mil consejos, Mery, pero el mejor es verme. Ver cómo sigo viviendo y respirando a pesar de mi situación. Si yo puedo, tú también puedes. Te ha traído hasta aquí tu intuición. A mí me pasó el día del accidente. Mi intuición me decía que no subiera al coche, que si lo hacía no saldría de él o lo haría fatal. Hay que hacer caso a nuestro sexto sentido. —El perro entra y me deja la pelota en los pies—. No está aquí siempre, ¿eh? La sobrina de Leila me lo trae los jueves. Estoy contenta porque sé que su hermana y las niñas lo cuidan fenomenal. Además, tiene al perrito de Leila como compañero de juegos.

Hermana y sobrinas. Ni siquiera había pensado en su familia.

—¿Cómo definirías a Leila?

—Como una persona buena, generosa y muy inteligente. Gracias a ella estoy cuidada y con mis necesidades cubiertas. Si no fuera por Leila, no sé qué hubiese sido de mí. Habría muerto en vida. Mi padre no hubiera podido pagar la residencia ni en sueños.

—¿Por qué no huiste de esa casa? De él.

—Por miedo. No hay otra explicación. Mis sentimientos cambiaron del amor al miedo en un minuto. Mi realidad dio un giro de 180 grados cuando abrí la caja y vi los anónimos. —Hace una pausa y me mira con fijeza—. Tranquila, sé que lo sabes. Lo que yo nunca sabré es quién era Michel, qué había hecho ni quién lo amenazaba.

«Lo que no sabes tú es que la caja la tengo yo», pienso.

—Puede que algún día lo descubras.

—¿Tú crees?

—Sí. Perdona la indiscreción, pero ¿Leila paga la residencia?

Ella se ríe. Tiene una risa melódica.

—No. Me dan una paga que ni de broma cubre los gastos, pero Leila habló con Ricardo, el hermano de Michel —el vello se me eriza —, y llegaron a un acuerdo. Fue muy comprensivo. Vendió el piso, que era de los dos hermanos, y con lo que sacó paga casi la totalidad del importe mensual. —Sonríe—. Dice que es lo mínimo que puede hacer.

—Ya. Un acto muy… bonito. ¿Viene Leila a verte?

—Sí. Antes venía a menudo. Íbamos al cine o a comer por Madrid, pero con el nuevo trabajo es imposible. Pasa meses fuera, viaja o está ocupada. Aun así, siempre que puede, viene, y hablamos a menudo. Me ha dicho que trabajáis juntas.

Arqueo las cejas sin darme cuenta.

—Sí. En la misma empresa, pero en distintos departamentos. Es una compañía muy grande. Es la responsable de equipo, pero desconozco sus funciones. En este trabajo hay mucho secretismo —afirmo convencida. He empezado a sudar.

—Es cierto, tiene a decenas de personas a su cargo. Leila recluta personal, cierra acuerdos con países de la Unión Europea y gestiona presupuestos. El trabajo de su vida. Antes daba clases de idiomas, pero esto es otro nivel. Tiene que estar muy concentrada para tomar decisiones importantes.

—Ni que lo digas.

El perro reclama mi atención. Me agacho a por la pelota, con la mano en las costillas, me levanto y se la tiro por el pasillo.

—¿Te gusta leer? —Sobre la cómoda hay una veintena de libros.

—Mucho. Siempre me ha gustado. Echo de menos pasar las páginas. Sentarme en el sofá, cruzar las piernas y sostener el libro. —La observo con cierta tristeza—. Acciones cotidianas que no apreciamos cuando estamos… bien. Que hacemos de forma instintiva. No sabes cómo extraño la rutina de la que antes tanto me quejaba.

—Somos unos inconscientes.

—Lo somos. Que no te tenga que pasar una desgracia para darte cuenta y valorar cada uno de tus pasos, Mery.

Enmudezco. No puedo responder a su advertencia. Cojo los libros. Son novelas históricas y de misterio. Clásicos y thrillers.

—¿Dónde lees?

—En la pantalla. —Señala con la cabeza el televisor que hay colgado encima de la cama—. Paso las páginas con la voz. No está mal, pero no es lo mismo.

Sostengo uno de los libros y me quedo mirando el siguiente de la pila. *Las flores del mal*, de Charles Baudelaire. Una sensación inusual me recorre el cuerpo. Me he puesto en alerta.

—¿Y este? —le pregunto con el libro en la mano.

—Me lo regaló Leila. Es su favorito. A mí también me encanta. ¿Quieres leerme un poema?

—Claro. ¿Cuál?

—Página 141. Poema «El juego».

Me quedo quieta, paralizada, sin hablar, como si me hubiera golpeado con una farola. Solo la miro. Vuelvo en mí, abro el libro por la página que me ha dicho y comienzo a leer.

114. El juego

En raídos sillones, las viejas cortesanas,
pintadas cejas, pálidas, insinuantes miradas,
mimoseando y dejando de sus flacas orejas
sonar un tintineo de piedra y de metal;

rostros sin labios junto a los verdes tapetes,
descoloridos belfos, desdentadas mandíbulas
y dedos temblorosos a causa de la fiebre
registrando el bolsillo o el seno palpitante;

bajo sucios plafones un conjunto de arañas
y de enormes quinqués proyectando sus luces
sobre las sombrías frentes de poetas ilustres
que, sin tasa, malgastan sus sangrientos sudores;
tal es el negro cuadro que, en un sueño nocturno,
contemplé dibujarse frente a mi ojo tenaz.
Yo mismo en un rincón del cargado recinto
me he visto, frío, de codos, acechante, en silencio.

Enviada a esa gente su pasión persistente,
a esas antiguas putas su fúnebre alegría;
Tanta arrogancia en todos, traficando en mi cara,
el uno con su honor, la otra con su belleza.

Y mi alma se turbaba de envidiar tales seres,
corriendo con fervor al abismo entreabierto
y que, ebrios de su sangre, siempre preferirían
el dolor a la muerte y el infierno al no ser.

—Gracias. —Asiente—. Recitas muy bien. ¿Preferirías el dolor a la muerte y el infierno al no ser?

—Sí. De hecho, vivimos en el infierno. Terrenal y mundano. Con demonios en cada esquina.

—A veces es fácil convertirse en uno. —Hace una pausa—. Leila dice que la traducción es regulera, pero yo lo disfruto igual. A muchas señoras de la residencia les gusta venir a leerme libros. Es agradable escucharlas. ¿Habías leído antes a Baudelaire?

—Algún poema suelto.

—Llévatelo y léelo con calma. Un regalo, para que no te olvides de mí.

—Jamás me olvidaré de ti, Julia. Gracias.

—Ven, Pipo —le dice al perro, que de un salto sube a su regazo—. ¿A qué hora sale tu tren?

Saco el móvil. Las doce. Joder.

—Ya. —Me acerco y le doy dos besos—. Ha sido un placer. Volveremos a vernos.

—Ojalá, Mery. Gracias por la visita y sigue tu intuición, no la ignores.

Asiento y salgo de la habitación. Estoy confundida, removida como si acabara de salir de un huracán, y un poco alterada, aunque ella haya desprendido serenidad en todo momento. Julia tiene un punto enigmático que atrae e inquieta. Me llevo la mano al costado. Ricardo pagando la residencia. ¿Con qué lo amenazaste, Leila? Ahora la va a pagar desde el averno, cabrón. Pienso en que tiene una hermana, sobrinas y un perro. Y somos compañeras de trabajo. Qué aguda. Llego al ascensor y marco el botón. Abro el libro por la

primera página y me quedo estática al leer mi nombre en la dedicatoria.

Querida Mery:

A través de las olas del mar profundo llegaron a la hermosa isla de los dioses, allí donde las Hespérides tienen su casa de oro.

Las puertas del ascensor se abren. No doy ni un paso. Seguimos con las adivinanzas. Te odio, Leila.

46

Leila

Qué estrés, pequeño gorrión. Un minuto más y te quedas en tierra. Se ha subido al primer vagón, así que ahora atraviesa todo el tren hasta llegar al suyo, que es uno de los últimos. Va rápido, cualquiera diría que está buscando una bomba porque tiene cinco minutos para desactivarla y el futuro de doscientos pasajeros está en sus manos. En realidad, solo está el destino de uno.

Paso a la segunda pantalla. Henry lo ha ayudado a incorporarse, se ha sentado en el colchón y bebe agua como si estuviera sediento. Mejora. No me extraña, el cóctel molotov que le ha metido James resucitaría a un muerto. Ay, señor Martos, verás qué alegría si tu hija lo consigue y te encuentra. No me perderé ese instante mágico. Cinco horas y media. Tictac, tictac. Me enciendo un cigarro. El último día es el mejor. La fiesta final. Es como la noche antes de irte de vacaciones. Los nervios en la boca del estómago, la maleta medio hecha, las alarmas programadas en el móvil y un pasaje entre los dientes. Qué ilusión nos hace irnos de donde estamos.

¿Te subirás a una nueva vida llena de luz o bajarás a ese infierno del que hablas? Es curioso cómo tu existencia se puede decidir en un chasquido de dedos, en un golpe de minutero. Lo bueno del

juego es que el jugador es el único responsable de sus movimientos. Espero que elijas la dirección correcta. Hasta ahora has estado bastante acertada, excepto por tu sadismo. Te conviertes en una salvaje y no tienes freno. Como te ha dicho mi querida Julia, vas a tener que confiar en tu intuición, pero tu inteligencia y rapidez mental van a determinar tu rumbo. Qué ganas de verte y mirarte a los ojos, aunque rebosen rabia.

Pincho la cámara de su vagón. Tres, dos, uno. Ahí tenemos en el plano a nuestra jugadora. Se quita la mochila y la bufanda. En el asiento de al lado no hay nadie. Pequeños placeres de la vida. Las ausencias a veces nos hacen muy felices. Se sienta y baja la mesa plegable. ¿Vas a estudiar un rato? Saca el teléfono, el folio con el poema, el libro de Baudelaire, la botella de agua y un lápiz. Abre *Las flores del mal*, dobla la esquina superior y comienza a leer el poema 114, «El juego». Lo lee una y otra vez como si quisiera aprendérselo. No sé qué narices está subrayando. Tamborileo las uñas sobre la mesa. Como no descubras el misterio en este trayecto, estás jodida, Mery. Cojo uno de los móviles y llamo a Henry.

—¿Cómo va el tema? ¿Cuándo viene James a hacerme el relevo?

Está asqueado y agobiado. Es puro nervio.

—El tema va adelante. Está en el tren de camino a casa. Y no, James no irá, así que no hay relevo. Te quedas tú hasta el final. ¿No te emociona ver cómo termina?

—¿En serio? —Se dirige a la cámara con expresión catastrófica—. Lo que me emocionaría es salir de aquí y tomarme una cervecita en alguna terraza de mi pueblo. Pero, ya que me he comido horas y horas aquí dentro, ni tan mal ver en directo cómo ese puto reloj llega al cero, cero, cero —grita—. ¿A qué hora vendrás?

—Cuando Mery llegue al punto B, me cambio y voy. No verás la función tú solito.

—Igual no vemos nada. ¿Crees que nos encontrará? Igual ni localiza el punto B.

—No lo sé. ¿Recuerdas que Bruno acabó el juego cuatro horas antes? Y nadie daba un duro por él.

—Yo sí. Gané la apuesta. Me llevé mil trescientos pavos.

—También perdiste cuando apostaste por Maica. Me lo chivaron.

—Puf, me dio pena, era una tía válida. —Me mira y asiente.

—Sí, pero llegó tarde. No completó el juego. Bueno, te llamaba para decirte que no te muevas de ahí y para que controles bien al sujeto, que veo que se está espabilando. No quiero sorpresas.

—Vale, jefa.

—Te voy informando. *À plus.*

Bruno, Bruno. Me concentro en Mery mientras expulso el humo como si fuera una cortina que me lleva al pasado. Bruno fue mi primer juego. Llevaba un año en La Llama y me negué. No quería, no me sentía preparada. El pavor me hacía tener pesadillas horribles, pero el comité me empujó y me tiré a la piscina sin saber si había agua. No tuve opción. Guiar a un amplio grupo de personas, coordinar horarios, contemplar todas las opciones posibles, colocar los sistemas de grabación, estudiar al sujeto y su entorno… Lo pienso y me agobio. Se me hizo un mundo. Recordaba los casos prácticos que me enseñaron durante la Acción Instrucción, pero una cosa es verlo, estudiarlo y escucharlo, y otra muy distinta, jugar. Bruno y yo nadábamos, pero a contracorriente. Él era rápido actuando, pero nada ágil pensando. Se perdía por caminos que no lo llevaban a ninguna parte. Cuando yo daba dos pasos hacia delante,

él daba dos hacia atrás. Fuimos a trancas y barrancas hasta que los dos últimos días despuntó y fue tan resolutivo que nos quedamos completamente a cuadros.

Una de las reglas del juego es que el organizador tiene que estar *in situ* en la última jugada. Y ahí estuve. Nunca se me borrará de la memoria su mirada agitada. Su gesto de satisfacción mezclado con un punto de duda que incluso me llegó a asustar. Le di la mano, mi enhorabuena, y después estuve una semana vomitando y con fiebre de la presión y el agotamiento que había padecido. Observo a Mery leyendo otro poema. Se está fijando en el contenido y no en el continente. Creo que ella no mostrará ni un ápice de recelo.

Suena su móvil. Amplío la imagen y subo al máximo el sonido del audio.

—¿Dónde estás? —le pregunta el hermano de forma cortante.

—En el tren, de vuelta. He llamado de nuevo, pero su móvil sigue apagado. En cuanto llegue, voy directa a la comisaría a hablar con los compañeros.

Qué mentirosa eres.

—He hablado con Manu.

—El que faltaba.

—Con alguien tenía que hablar, ya que tú no te mueves y estás tan tranquila.

—¡A ver cuándo entiendes que Manu no forma parte de nuestra familia! Y no es que esté tranquila, estoy igual de agobiada que tú. Pero sé que va a aparecer y, cuando lo haga, le diré que eres tú el que ha montado este circo.

Di que sí, muy contundente.

—Ojalá se lo digas, Mery. Me he puesto en contacto con dos asociaciones de desaparecidos. Les he pasado una foto y su descripción. Estarán a punto de compartir el cartel. Rosa ha ido al pueblo y yo he vuelto a casa.

—Vale. Luego te llamo.

Cuelga y arroja el móvil al asiento de al lado. Apoya la frente sobre la mesita auxiliar.

—¿Por qué es tan importante este puto libro? Voy a enloquecer —susurra casi al cuello de la camisa.

Cojo el libro y paso las páginas amarillentas. Lo huelo. Es un olor único, característico de los libros antiguos. Y huele a ella, a mi abuela, a su biblioteca, a un toque de vainilla y pasado. Es el primer poemario que me regaló y después se fue. Demasiado pronto, como todas las personas a las que queremos.

Con los años he entendido mejor los poemas, he buceado en ellos, me han abierto los ojos, he bailado entre sus líneas. Baudelaire era único y lo será siempre. La muerte, la soledad, la sensualidad, la belleza, el poder del mal… Lo esencial e intrínseco se esconden en las páginas de este libro. Lo dejo sobre la mesa y ella levanta la cabeza. Te acabarás enamorando de *Las flores del mal*, Mery, y te verás danzando entre esos poemas que ahora ni sientes ni entiendes, pero que necesitas. Hay llaves que no tienen forma de llave, pero abren puertas que debes cruzar. La Llama fue mi particular llave hacia la libertad.

Le da la vuelta al folio y escribe. No puedo leerlo. La cámara del vagón está de frente y la de la parka no lo capta. Mi móvil suena. La música de Chopin me ha hecho vibrar. Morgan tiene su propia melodía.

—Dime.

—¿Qué tal va Mery? —pregunta de forma seca. Sabe la respuesta igual de bien que yo.

—Le falta una hora para llegar. Y cuatro horas y media para finalizar. Henry lo tiene todo controlado en el refugio. James está cerca del punto B. Thelmo y la Nena, preparados para actuar si la jugada sale bien —le canto como si fuera un telegrama.

—¿Estás nerviosa?

—¿Y tú enfadada?

—Sí, dejaré de estarlo cuando cumplas las reglas y no lleves las situaciones al límite, como hace el resto del equipo —responde cual reprimenda.

—«Siempre me he identificado con Lucifer porque él quería ser Dios y no iba a aceptar las reglas de otros. Entonces, lo echaron del cielo y creó sus propias reglas. Si la otra parte hubiera escrito la Biblia, Lucifer sería nuestro salvador».

—¿De dónde has sacado eso?

—Me lo dijiste tú cuando terminé mi primera misión, pero luego descubrí que era de Marilyn Manson. Y añadiste: «Nunca volverás a estar sola, Leila». Te creí y repetí la frase decenas de veces cuando llegué a casa. Me metí en la cama pensando que había hecho lo correcto.

Oigo su respiración profunda, estudiada. Incluso puedo visualizar su semblante. La dureza y el enojo que se suavizan hasta convertirse en una ligera sonrisa nostálgica.

—Y no mentí.

—Ya. Por suerte no tenemos la costumbre de mentirnos. Gracias por dejarme llevar este juego al terreno personal.

—Te lo prometí. Llámame cuando estés con Mery.

—Lo haré.

Cuelgo y me recuesto sobre la mesa. Clavo la vista en la botella de vino que he dejado en la bancada de la cocina. La primera misión fue un antes y un después. A Sandra la maté por venganza, por dolor, por ese afán desesperante de recuperar la paz. A Carlos Reinosa lo maté por trabajo. Un disparo rápido, limpio, sin gritos en la oscuridad de la noche. Se desplomó ante mí. Él cayó y yo me convertí en un sicario oficial de La Llama. No sentí placer. Ninguna sensación de gozo. Tampoco me invadieron la necesidad y las ganas de volver a hacerlo. El ser humano es tan simple y a la vez tan complejo. No me sentí culpable ni tuve remordimientos de conciencia. El disparo fue certero. Hice lo debido y lo hice bien. A las tres de la madrugada, Morgan validó mis pensamientos con sus palabras.

47

MERY

Me faltan cuarenta y cinco minutos para llegar y no entiendo qué quieren decirme los poemas que ha seleccionado ni el libro en sí. En el vagón hay un grupo de adolescentes que no paran de gritar y reír. Me enerva el jolgorio ajeno cuando yo estoy sumida en un laberinto sin encontrar la salida. Resoplo. Me estoy agobiando. Sostengo en alto el folio plagado de notas sueltas sin sentido aparente.

Al lector
Tornamos alegres al lodoso camino.
El diablo es quien maneja los hilos que nos mueven. ¿?
Río invisible. Apagado llanto.
El tedio. Hipócrita lector. Mi prójimo. Mi hermano.

97. El macero
Serpiente amarilla en el pecho.
Satiresas y ninfas. ¡Tal vez no pases de hoy!
Planta árboles. Esculpe mármoles.
Piensa en tu obligación.

114. El juego
Quinqués proyectando sus luces sobre las sombras de *poetas ilustres.*

Abismo entreabierto.
Ebrios en su sangre.

Me llevo los dedos al arco de la nariz. Necesito cerrar los ojos y no despertarme hasta el año que viene. ¿Qué adivinanza es esta? Tengo hambre y, a la vez, una angustia que me revuelve y me nubla la visión. Me encuentro mareada y con un pie puesto en el abismo entreabierto del que habla el poema. Tal vez no pase de hoy; es la única certeza que palpita en mi interior. Abro el libro por la segunda página y leo la dedicatoria. ¿Quiénes son las Hespérides? Tecleo en Google. Me aparecen una tienda de muebles y un perfume. Deslizo con el dedo y entro en Wikipedia:

> En la mitología griega, las Hespérides (en griego antiguo, Ἑσπερίδες / *Hesperides*) eran las ninfas que cuidaban un maravilloso jardín en un lejano rincón de Occidente, que la tradición mayoritaria situaba cerca de la cordillera del Atlas, en el norte de África, al borde del océano que circundaba el mundo.

Analizo la imagen de un cuadro que hay junto a la definición: *El jardín de las Hespérides*, de Frederic Leighton. Se ve a tres mujeres apoyadas en un árbol rodeadas por una serpiente. Regreso al folio. Noto una sensación de adrenalina, la agitación se instala en mi estómago. Serpientes, ninfas y árboles. Frunzo el ceño. Salgo del artículo y bajo en los resultados de búsqueda. Aparece un buque de investigación oceanográfica llamado Hespérides de la Armada española. Continúo y, al leer uno de los titulares, mi corazón se acelera de primera a quinta en una milésima de segundo. «El Jardín de las Hespérides: un secreto en el corazón de Valencia». Pincho y entro. Es un artículo de 2018. «A espaldas del Botánico, las ninfas

siguen teniendo un espacio exclusivo […] que pasa desapercibido para locales y turistas […], en su interior se refleja el mito griego […], el árbol de las manzanas de oro, las esculturas de las ninfas y su metamorfosis en árboles».

Esther Ramírez. La vela que me regaló. La diosa Hera y la manzana deshidratada. Me tiemblan las manos. Vuelvo a teclear y leo: «La historia nos describe un bello jardín perteneciente a la diosa Hera. Este jardín poseía un árbol que producía manzanas de oro que proporcionaban la eterna juventud. El árbol había sido un regalo de boda de parte de la diosa Gea para Hera, quien encargó a las Hespérides, tres ninfas de Occidente, que cuidaran del jardín».

Joder. La hermana de Luis también está metida en el juego. Lo sabía. Estoy helada. Se me han secado los labios.

—¿Tienes a mi padre escondido en el jardín, hija de puta? —pregunto al móvil.

48

Leila

Siempre dedicándome piropos. Bebo un sorbo de vino y termino de almorzar mientras ella entra, lee y sale de decenas de páginas de internet. Se está haciendo un máster rápido en mitología y jardines. Cómo te gusta perder el tiempo e irte por las ramas, Mery. Si formas parte de nuestra entrañable familia, te enseñaremos que en esta profesión el tiempo es oro, como las manzanas que robó Hércules a las ninfas para conseguir la inmortalidad. Pobres Hespérides, que se convirtieron en árboles al ver desesperadas que perdían las manzanas. Tú también te vas a desesperar, y me muero por ver en qué te conviertes.

Se levanta, se cuelga la mochila y se dirige a la puerta de salida. Queda un cuarto de hora para llegar, pero los minutos la van consumiendo. Tictac, tictac. Me ha gustado esta mañana tan disparatada y, a la vez, productiva. Sé que no te quedan fuerzas, Mery, lo sé. Días sin comer, sin dormir, con miles de pensamientos en ebullición, pero el esprint final es crucial. Ahora no puedes fallar ni caer. El tren aminora la marcha hasta que se detiene. Sale la primera del vagón. Se lleva la mano a la costilla y corre como puede entre la gente hasta que llega al edificio techado.

—Puto dolor —dice, acompañándolo de un gemido.

Esquiva maletas y pasajeros y frena de súbito frente a la parafarmacia de la estación. Qué jodida debes de estar, pajarillo. Espero que el cabrón no te la haya fracturado porque con un ala tocada no se puede volar mucho tiempo. Entra y espera detrás de una señora que, por su vestimenta, parece que va a la nieve. Tamborileo los dedos en la mesa y de reojo observo las otras pantallas.

—Hola. Ibuprofeno, paracetamol y una crema antiinflamatoria. La más fuerte que tenga, por favor.

Medicación para principiantes, pero por algo se empieza. Si hoy te veo, te daré un buen chute de opioides.

Abandona la farmacia con la bolsa en la mano, camina unos metros hacia la izquierda, deja atrás media docena de comercios y un restaurante de comida rápida, y sale de la estación. Hace un viento horrible y chispea. El cielo está tan negro que parece que ha anochecido, pero solo son las tres de la tarde. Corre, nena, no vaya a ser que cierren el parque por el temporal y la liemos. Llega hasta la cola para coger un taxi. No hay demasiada gente. Unas diez personas delante de ella. Saca la botella de agua de la mochila. Qué meneos inhumanos me pega y qué mareos me entran. Estas cámaras me van a matar, por no hablar de lo quemada que tengo la vista. No sé cuántas pastillas se ha metido en la boca, pero dos o tres seguro. Le van a sentar fenomenal con el estómago vacío. Un taxista alto, escuálido y con gafas llama su atención. Cruza a la segunda línea de taxis y entra en el coche. Por fin, quietecita.

—Al Jardín de las Hespérides. ¿Sabe dónde está?

—Sí. ¿Le viene bien entrar por el paseo de la Pechina?

—Perfecto.

—Mal día y mala época para visitar el jardín. ¿Lo conoce?

Claro que lo conoce. Lleva media hora estudiándolo, sabe hasta las variedades de árboles que hay.

—No, pero tengo que ir a hacer un trabajo.

—Mi hija mayor ha ido alguna vez a dibujar. Estudia Bellas Artes y, por lo visto, hay esculturas.

—Sí, hay tres —afirma.

Necesito un café. Los oigo de fondo mientras meto la taza en el microondas. Qué largos son los minutos cuando te fijas en la cuenta atrás. Tengo que hacer maletas y empaquetar lo que he comprado en el tiempo que he estado aquí. La cantidad de objetos que acumulamos, y eso que el piso estaba amueblado y disponía de lo necesario para vivir. Siempre queremos más. Nos llena la opulencia. Maldito consumismo. Al segundo pitido abro el microondas. Oigo un «la dejo aquí» y corro hacia la mesa. En dos clics veo las imágenes que me proporcionan las cámaras del jardín.

Se despide del taxista y baja con la mochila en la mano. A paso rápido entra y gira a la derecha por un pasillo flanqueado por cipreses. Se detiene junto a una gran maceta, de más de un metro de altura. Está haciendo una panorámica del jardín. No hay ni Dios y el suelo está embarrado. A la derecha de la explanada central, visualiza tres hileras de árboles y palmeras movidas por el viento. A la izquierda, tres terrazas separadas por vegetación, donde se encuentran dos de las esculturas y una fuente rectangular. Frente a Mery, una preciosa pérgola cubierta por hiedras y buganvillas. No hay muchas en esta época, pero las que se mantienen son de un

rosa vivo precioso. Estuve hace una semana. ¿Dónde vamos, pajarillo?

Se cuelga la mochila en la espalda y atraviesa la explanada con la agilidad de una gacela en peligro. Sube los tres escalones y entra en la pérgola. Frío, frío, Mery. Corre hacia la izquierda. Al final, hay cuatro puertas blancas cerradas con candados. Comienza a aporrearlas.

—¡Papá! ¡Papá! —grita como una condenada, pasando de una a otra.

—Eres imbécil. ¡¿Te crees que La Llama va a tener a tu padre escondido en los baños?! ¡¿En la sala de herramientas de un… puto… jardín… público?! ¡Por Dios, Mery! —grito tanto como ella.

La furia que me asalta hace que me levante de la silla. Resoplo y doy vueltas alrededor de la mesa del salón. Ella sigue erre que erre con las jodidas puertas, dándoles patadas.

—¡Eh, eh, eh! —Escucho a mis espaldas y vuelvo a las pantallas.

Genial. La responsable del jardín, vestida con un impermeable verde militar, camina hacia Mery con los brazos en alto.

—¿Qué haces, chica? ¿Te has vuelto loca?

Loca y tonta. Qué manera tan absurda de llamar la atención.

—Perdón, perdón. Me he puesto nerviosa, creo que mi padre se ha quedado encerrado dentro —explica casi llorando.

—No puede ser. He cerrado hace una hora y no había nadie.

—Es que tiene principio de demencia y a menudo se desorienta y se esconde.

La buena mujer, de estatura bajita, con gafas y coleta, saca un manojo de llaves y abre una de las puertas. Dentro hay una mesa llena de trípticos del jardín y herramientas.

—¡Papá!

Seguro que te contesta, estúpida. Vas a perder un tiempo necesario de la forma más inútil que he visto.

—Lo siento, pero no está —dice la mujer después de cerrar la cuarta puerta—. ¿Quieres que llamemos a la policía?

Cierro los ojos e inspiro profundo. Intento tranquilizarme.

—No, no. Voy a dar una vuelta por el jardín y volveré a casa. Igual ha regresado. Mil gracias. Ha sido muy amable.

Camina unos metros y baja los tres escalones hasta la explanada de tierra. ¿Y ahora qué, lumbreras? Te quedan dos horas, así que date prisa porque tus compañeros de trabajo suelen pasar por el jardín a controlar.

—Mery, piensa. No estoy aquí para encontrar a mi padre, sino para encontrar otra cosa. Las tres ninfas se convirtieron en tres árboles. En un olmo, en un sauce y en un álamo —reflexiona en voz alta y mira hacia cada uno de los árboles que están en el jardín.

Se acerca hasta los álamos; secos, sin hojas, majestuosos. Son tres grandes gigantes desnudos. Los examina con detenimiento. Estudia los troncos, el suelo y las raíces que sobresalen. Se aleja y levanta la vista. ¿Cuánto medirán? Bebo un sorbo de café y me enciendo un cigarro. Los rodea una vez más y, al no encontrar nada significativo, corre por la explanada hacia el sauce. Está diluviando. Me encantan los sauces. Sus livianas ramas se balancean de un lado a otro. Lo bordea. Lo examina. Lo toca. Se tira al suelo de rodillas, se arremanga la parka hasta el codo y empieza a escarbar la tierra con las manos. Jadea del esfuerzo que está haciendo.

—¡¿Qué tengo que encontrar?! —grita angustiada.

Aún en el suelo, se gira y de rodillas se acerca hasta la fuente rectangular. Está al lado y parece una piscina. Mete los brazos para limpiarse, los lleva llenos de barro. Se levanta como buenamente puede. Llora. No sé si por el dolor o por la desesperación. Con las manos en la cintura, camina unos pasos y se pone delante de la escultura de la metamorfosis. La diosa Venus y Hércules me gustan, pero la metamorfosis de una ninfa en árbol es mi favorita. Mide más de tres metros y es de bronce. Fabulosa. Miklos Pàlfy hizo un excelente trabajo.

Los pies de la ninfa se han convertido en troncos y las manos en ramas. Se acerca y la toca. Se detiene, reflexiona. Da la vuelta y se coloca frente a la espalda de la escultura. La recorre con la mirada de arriba abajo. Ay, Mery, daría lo que fuera por leer tus pensamientos. Amplío la imagen. Caliente, caliente. Sonrío.

Clava las rodillas sobre la base, una piedra rectangular donde se posa la escultura. Estira el brazo y mete la mano entre los troncos de bronce. No llega. Se tumba entera boca abajo. Alarga el brazo y grita de dolor. La madre que la parió. Me levanto de la silla. Saca el pequeño paquete envuelto en papel de burbuja. Lo tiene.

—¡Eso tenías que encontrar, pajarillo! Lección aprendida. Buen análisis de la información. Ya sabes: si quieres algo, tírate al barro y ensúciate las manos.

Suspiro. Hora de cambiarse. Tengo una cita.

49

MERY

Respiro a intervalos cortos, fatigada. Aprieto tanto el paquete que reviento las burbujas. Me estoy clavando el arma. «Mery, levántate. Levántate». A duras penas me incorporo. La chaqueta me pesa, estoy empapada. Apoyo las rodillas y, sujetándome en la ninfa de bronce, me pongo de pie. Lo tengo, sea lo que sea, lo tengo envuelto en mi mano. Miro hacia todas las direcciones por si me están observando. No veo a nadie. Tampoco a la mujer de mantenimiento. «Mery, camina y vete». Paso por delante de la estatua de Hércules, giro a la izquierda y salgo del parque.

¿Dónde voy? Necesito sentarme y recuperarme. Echo a andar calle abajo. Oigo mi móvil en la mochila. No lo voy a coger. Será mi hermano dando por el culo, pensando que estoy en la comisaría hablando con mis compañeros. Déjame en paz, Rubén. Déjame en paz.

Estoy saturada y ni siquiera sé cuánto tiempo me queda. El paquetito no mide más de cinco por cinco centímetros. Quito el papel de burbuja y lo dejo caer al suelo. Es una cajita metálica de color dorado. La muevo y luego la abro. Otra maldita llave. Las llaves no me han traído suerte en este juego. Pienso en Mateo y en la

chica de la pecera. En la parte redonda hay escrito un número con permanente negro: treinta y nueve.

—¡¿Treinta y nueve qué?! —grito, y sin querer se me saltan las lágrimas.

Me siento agotada, confundida, con miedo y una presión demoledora por si no lo encuentro. ¿Cuánto falta? Me descuelgo la mochila y meto la mano hasta localizar el reloj rectangular. Una hora y veintisiete minutos. Estás jodida, Mery. Camino más rápido. A lo lejos, en una esquina, veo el cartel de un bar. Hay mesas apiladas fuera, en la terraza. Treinta y nueve. Tengo la boca seca. Bar Arcos. Entro y las cinco personas que hay, incluida la camarera de mediana edad, me observan sin disimular. Parece que vengo de una guerra y que he salido derrotada. O que soy la última superviviente de una catástrofe. Estoy llena de mierda y de barro. Normal que me miren. Me acerco a la barra.

—Madre mía, estás como una sopa —afirma la camarera.

—He salido temprano de casa y se me ha olvidado el paraguas.

—Espera, te saco una toalla.

—Gracias.

Seguro que esta mujer es madre, tiene instinto de protección. Dejo la mochila sobre el taburete. Se está calentito y huele bien, a guiso. Me quito la chaqueta, que chorrea tanto como mi pelo. También me estiro el jersey para que no se vea el cinto con la pistola.

—Toma —dice, y me da por encima de la barra una toalla azul marino.

Me limpio las manos y la cara, e inspiro el olor a suavizante. Me paso la toalla por el pelo y estrujo la coleta.

—¿Qué te pongo, cariño?

—Un café con leche y una botella de agua.

Cojo la mochila y voy hasta la última mesa del local. Está en un rincón discreto, a mi derecha se encuentra el aseo. Abandono la mochila en una silla y la cajita con la llave sobre la mesa. Me siento y cierro los ojos unos segundos. Siento la humedad penetrante. Los vaqueros se me han pegado a la piel. También los calcetines están empapados, y noto los pies helados.

—Aquí tienes, cariño.

Abro los ojos.

—Gracias.

Bebo un sorbo de café que me sabe a gloria. Tengo que activarme. Saco el libro, el folio, el lápiz y el móvil. Es lo único que tengo. Treinta y nueve. Paso las páginas y busco el poema treinta y nueve en *Las flores del mal*. Se titula «El balcón». Lo leo. Otra vez salen el puto abismo insondable y los mares profundos. Apunto en el folio.

> Al lector.
> 97. El macero.
> 114. El juego.
> 39. El balcón.

Tecleo en Google: «Lector. Macero. Juego. Balcón». Aparecen conjuntos de mesas y sillas, y unos apartamentos en Sacramento, California. Sé que la respuesta y mi padre se encuentran detrás de esas cuatro palabras. Miro el reloj. Una hora y doce minutos. Sostengo la llave. Tú tienes que abrir una puerta, ¿no? Me tienes que llevar a una casa o a un comercio. O quizá a un buzón o una

caja fuerte. Pienso. No. La llave es de tamaño estándar. Me viene Luis a la mente. «Te volverás loca y acabarás en una azotea». Me lo dijo antes de tirarse. ¿Abrirá la puerta de una azotea? No, no los tienen en una azotea, están en un puto cuarto. Me estoy poniendo histérica. Si no resuelvo el enigma, terminarán con él. Bebo agua. Tengo taquicardia. Leo de nuevo el folio. Estoy en una *escape room* mortal de la que no voy a escapar.

¿Y los números? Noventa y siete. Ciento catorce. Treinta y nueve. Abro Google y los escribo. Aparece la ley 39 del BOE, artículo 114. Fin de la vía administrativa. No. Este resultado no tiene ni pies ni cabeza. Tomo un poco más de café. ¿Son coordenadas? Sí. Sí. Sí. Podría ser. Me voy a Google Maps y escribo los números. Espero la dirección con fe ciega. Brasil.

—Una maldita dirección de Brasil —susurro entre dientes.

Oigo tres fuertes pitidos que salen de mi mochila. Qué coño… La abro y veo una potente luz. La pantalla del reloj se ha puesto de color rojo. Quedan cincuenta y nueve minutos. Me tenso. Noto una ola de calor sofocante que empieza en las mejillas y me baja hasta los pies. Bebo un sorbo de agua. La camarera me mira de reojo. Me tiembla la vida. No lo podéis matar, joder.

Vuelvo al folio con los números y los nombres. Estoy segura de que forman parte de unas coordenadas. Voy a probar con otro orden. Tecleo y espero. ¿México? Estamparía el móvil contra el suelo y gritaría con todas mis fuerzas. No se me ocurre nada. Es como si estuviera en un examen y me hubiera quedado en blanco y bloqueada. Cojo la llave y la vuelvo a estudiar. ¿Abrirá el número treinta y nueve de una dirección? Me duele el pecho de la ansiedad que me está entrando. No puedes montar un numerito aquí, Mery.

No te puede dar un ataque de pánico. Respira. Me sostengo la costilla. Contemplo la calle. Sigue diluviando. No. Solo es el número del poema.

La camarera se acerca con una tila.

—Te vendrá de maravilla —explica y mira el folio.

—Sí. Muchas gracias.

Debe de pensar que tiemblo de frío, pero es el horror que me está destruyendo, tambaleando mis cimientos. Me sube una arcada y me tapo la boca con la mano. Me levanto y corro hacia el aseo. Abro la puerta descontrolada, me agacho sobre el retrete y vomito lo poco que he ingerido: café y bilis asquerosa. Del esfuerzo siento tanto dolor que me entra aún más angustia. «Respira, Mery. Respira». Veo una pastilla en el fondo del inodoro. Corto un trozo de papel higiénico y me limpio. Me apoyo en la pared. Mi pecho sube y baja de forma acelerada. Enfrente está el espejo. Estoy más blanca que los azulejos. Tengo los ojos llorosos y rojos, como si me hubiera atropellado un tren y me acabara de levantar de las vías. Tiro de la cadena y salgo del baño. Me siento y me bebo la tila. De nuevo los tres malditos pitidos. Me asomo a la mochila: cuarenta y nueve minutos. Vale. Pita cada diez.

—Dadme una pista, por favor —susurro, y se me caen las lágrimas.

No la he visto venir, pero de repente tengo a la camarera sentada a mi lado.

—¿Te encuentras bien? —pregunta con ternura.

—No. Me he caído bajo la lluvia y me duele el cuerpo. Además, creo que estoy incubando un virus.

—Es posible. Estamos en la época de gripes y virus. Tienes mala cara, cariño.

Le quiero dar puerta, pero es tan amable que no sé cómo hacerlo. La llaman al móvil y contesta, pero no se mueve de la silla.

—¿Otra vez? He avisado porque el fijo no funciona. Llevo dos días sin línea y el internet va y viene —explica de mala leche y me guiña el ojo—. ¿El tiempo? El tiempo que tardáis en arreglarlo será. ¡Que no es el móvil, que es el fijo!

La escucho, pero no dejo de mirar el folio.

—Sí. 96 387 65 112. Llama si quieres y lo compruebas.

Levanto la cabeza de golpe. La mujer se va a la barra porque han entrado dos clientes.

—¿Es un número de teléfono? Sí, sí. Puede ser.

De forma repentina me ha dado un subidón. De cero a cien. Cojo el móvil y pruebo una primera combinación con los números de los poemas: 96 397 39 114. Solo un resultado: una tienda de Indonesia. Bebo agua. Mi garganta es puro esparto. Pruebo con otra. «Parece que no hay resultados muy buenos para tu búsqueda». Joder. El reloj pita tres veces. Treinta y nueve minutos. Pruebo con otra más y al ver el resultado se me cae el móvil a la mesa. Se me para el corazón. Me falta el aire. El Refugio de los Libros. Una librería en pleno centro de Valencia y el teléfono coincide. Intuición. Me levanto y meto todo en la mochila a lo bruto. Sí. Libros. Al lector. *Las flores del mal.* Saco el monedero y al abrirlo se me caen las monedas al suelo.

Me da igual. Las dejo ahí y salgo volando de la cafetería. Voy calle abajo con el brazo extendido para coger un taxi, pero no viene ninguno. Corro con tal dolor que grito. «Un taxi, por favor. Un taxi,

por favor», suplico. Paro en la esquina de un cruce. A lo lejos me parece ver una luz verde. Bajo a la calzada con el brazo izquierdo en alto. Dos coches me pitan para que me suba a la acera y no muera bajo las ruedas de un coche. Sí. Sí. Sí. El taxi frena a mi lado y entro.

—Que te van a atropellar, muchacha —me dice mientras me pongo el cinturón.

—Al Mercado Central. Tengo mucha prisa.

—Como todos —afirma y bosteza.

—¿Cuánto tardamos?

—Unos diez minutos.

Otra eternidad. Mi móvil no para de sonar. Abro la mochila y compruebo que es mi hermano. ¿Cuántas veces me ha llamado? Ahora no puedo, Rubén. Cuelgo y lanzo el teléfono al fondo. Rebusco hasta que encuentro la llave y la aprieto en mi mano. Veo tráfico y lluvia y el tiempo pasando a la velocidad de la luz.

—Lo que no llovió el año pasado está cayendo esta semana.

—Sí.

Que me lo digan a mí, que no he parado de mojarme. Tengo un tembleque en las piernas imparable. Parece que van por libre. El reloj emite los tres pitidos. Veintinueve minutos y sigo en la misma Gran Vía. Sin saber por qué, me persigno. «Mamá, por favor, ayúdame». El taxista pita y lanza improperios a otros conductores. Avanzamos y paramos. La calefacción me está agobiando. Leila debe de estar disfrutando como una niña en el día de Reyes. Creo que mi agonía le provoca una felicidad indescriptible.

No sé si son mis ganas o la realidad, pero me da la sensación de que circulamos un poco más rápido. Miro el reloj: veinticinco

minutos. Voy a llegar. Tengo que llegar. Sé dónde está la librería, he pasado por la puerta. Incluso recuerdo que había un librero de mediana edad, moreno y desgarbado. Espero por lo más sagrado no estar equivocándome. Entramos en la avenida del Oeste. Vamos. Vamos. Joder, en esta avenida hay mil semáforos. Paramos en uno. No aguanto más.

—Me bajo aquí.

—Muy bien.

Le pago con tarjeta. Salgo del coche y corro bajo la lluvia. Esquivo paraguas y transeúntes. Aunque tengo un dolor de mil demonios, solo pienso en llegar. Llegar. Llegar. Bordeo el mercado por la derecha. Bajo por la calle Palafox. Oigo los tres pitidos. Diecinueve minutos. Empujo sin querer a una pareja de guiris. Me llevo la mano al costado y aprieto. Estoy a treinta segundos de la calle. Mi móvil suena y vibra. Veo la cruz verde de la farmacia. Es ahí. Corro. Me falta el aliento. Llego a la calle. Dejo atrás una tienda de souvenirs y otros comercios. Observo el antiguo cartel de madera: EL REFUGIO DE LOS LIBROS. La verja está echada. Hay un folio pegado dentro de una funda plastificada. Recobro la respiración mientras leo: «Cerrado por reformas. Disculpen las molestias». Me agacho y me arrodillo en el suelo. Es una calle estrecha y está cayendo la mundial. Sostengo el candado, pero tiemblo tanto que no atino a meter la llave. «Vamos, Mery. Entra. ¡Entra!». Exhalo como si me hubiera quitado cincuenta kilos de encima. La giro dos veces y el candado se abre. Se me saltan las lágrimas. Es aquí. Apoyo la mano en la verja y me incorporo. Esto va a doler. Con un esfuerzo supremo la subo más de un metro y medio. Siento que me han atravesado el costado. Me agacho de nuevo y entro. A unos treinta centímetros está la puerta.

La abro y me arrastro hasta el interior del local. Suena una campanita. Gateo. A mi derecha toco el mostrador de madera; sobre él hay un quinqué blanco que alumbra parcialmente el establecimiento. Huele a libro, a papel, a tinta. Si no fuera por mi situación, diría que estoy en el paraíso. Me pongo de pie y analizo el local. Una maravillosa locura. Las paredes están forradas de libros hasta el techo y en el centro hay una mesa enorme con pilas y pilas desordenadas de ejemplares. Aquí el tiempo se ha parado. Cojo el quinqué y camino por uno de los pasillos.

—¡¿Papá?! —grito.

50

Leila

Henry y yo nos miramos. Me inunda una sensación de calma y descanso, como sucede justo en el instante después de parir entre dolores.

—El pajarillo ha encontrado el nido. Espero que apostaras por ella —le digo.

—Quedan trece minutos. Cuando mi amigo —señala el reloj— llegue a cero, hablamos.

Oímos cómo Mery grita «papá» de forma insistente. El señor Martos abre los ojos y se endereza. Le cuesta mantenerse recto en la silla, aunque está atado al respaldo y al asiento.

—¡Mery! ¡Aquí! ¡Abajo! —vocifera con la poca voz que le queda. La neumonía está haciendo estragos, pero el cabrón saca fuerzas.

La sigo en la tablet. Lo ha escuchado. Nuestra jugadora desciende las escaleras con un vaivén inquietante, sosteniendo el quinqué. Fijo la vista en la manivela plateada de la puerta. Tres, dos, uno. Abre. Henry y yo nos levantamos. Da unos pasos hacia su padre, ni siquiera nos mira, y se arrodilla ante él. Llora con tanto brío que sus ojos parecen dos fuentes a pleno rendimiento.

—Hija, lo has conseguido. Mery, mi niña, levántate. ¡Soltadme! —nos ordena.

Mery alza la cabeza hacia el techo y cierra los ojos. Las lágrimas recorren sus mejillas y mueren en su cuello.

—Mery, once minutos y el juego termina —le advierto.

Se gira y me lanza la mirada más llena de rencor y odio que he visto en mi vida. Apoya sus manos en las piernas de su padre y se levanta. Deja caer al suelo la mochila y el abrigo. La llaman al móvil de forma insistente.

—¿Y él? —pregunta señalando a Ángel, que está sentado de cara a la pared, con unos cascos enormes puestos y cinta tapándole la boca.

—No te preocupes por él. Nosotros nos encargaremos.

—¡Ya está bien, soltadme! ¡Mi hija me ha encontrado! Mery, desátame. Vámonos. Se ha acabado.

Como establece el reglamento, Henry y yo nos mostramos serios y en alerta. Nunca se sabe qué puede pasar con el jugador. Mery arrastra una silla y la pone frente a su padre. Se sienta y desvía la vista hacia el reloj. Diez minutos.

—Lo… sé… todo —le dice vocalizando.

La mueca del padre se transforma.

—¿Qué, Mery?

—Me lo contó mamá antes de morir. Saberlo me quemó las entrañas. Quince putos años mordiéndome la lengua hasta sangrar. Manteniendo la compostura y poniendo buena cara. Quizá por eso nada nos unía y había un muro infranqueable entre tú y yo, porque ni siquiera eres mi padre. De hecho, un padre, un buen padre, jamás pondría en peligro a una hija.

Al señor Martos le tiembla el labio.

—Mery, fue un accidente. Te lo juro. Yo te quiero mucho.

El reloj que hay en su mochila emite tres pitidos.

—¿Un accidente? ¿Drogar, violar y matar a una chica de dieciocho años fue un accidente? ¿Quemar su cuerpo fue un accidente?

Espera una respuesta que no recibe.

—Se prostituía para darme de comer, para pagar un cuchitril compartido en un barrio de mierda. ¡Yo era un bebé de cinco meses! Pero tuvisteis que llegar tú y ese desgraciado —señala con la vista hacia Ángel— una madrugada con ganas de fiesta. ¿Os lo pasasteis bien? ¡Ah! Y tu querido hermano, cómo no, que se sumó a la juerga y os ayudó a deshaceros del cadáver. ¡Era una cría! —grita—. Una niña confiando en dos policías que debían velar por su seguridad. Joder, imagino su desesperación y…

—Fue un accidente —la interrumpe.

—¡Cállate! A los días de matarla descubriste que tenía una hija y ahí se removió el poco corazón que tienes. ¿Te sentiste mejor cuando me adoptaste? ¿Silenciaste tus remordimientos de conciencia? Mamá me dijo que estabas muy ilusionado. Que habías encontrado a un bebé abandonado porque su madre había muerto por una sobredosis. «Vamos a adoptarla, por favor», le dijiste. Y la convenciste. Claro que sí. Me contó que moviste mil hilos para tenerme, que no paraste hasta conseguirlo. Un cabrón con suerte. Te casaste con una santa que no te merecías. Que aceptó tu traslado a Valencia sin peros. Qué bien. Una vida nueva, en una ciudad nueva, con una niña nueva.

—Te quisimos y te cuidamos desde el minuto uno.

—¡Oh! Gracias. ¿Qué cara puso mamá cuando le contaste la verdad antes de irse? Pobre mujer, medio moribunda y escuchando tus delitos y tus miserias. Mejor si te hubieras callado la puta boca y te hubieras llevado el secreto al infierno. Porque ahí vas a ir.

—Perdóname, por favor —solloza entre respiraciones cortadas.

—No. No te perdono. Esta semana he pasado mucho miedo. ¿Adivinas por qué? —Se levanta y retira la silla—. Por si no podía volver a mirarte a los ojos y tener esta conversación. Por si morías antes de encontrarte. Por si no pasaba el juego y no llegaba a tiempo y ellos acababan contigo y conmigo. He vivido día y noche con una angustia y una presión insufribles.

—¿Qué quieres decir?

—Cinco minutos —le aviso a Mery.

—Que eres un estúpido arrogante y siempre te has sobrevalorado. Te has creído un ser supremo. Quiero decir que tú no me metiste en el juego, me metí yo. No eres el único que sabe tirar los dados y mover fichas. Me has llevado por el camino de la amargura. Tenía claro que no quería estar en tu bando. Esta vez no me ibas a arrastrar.

—No puede ser —niega.

—Sí, papá, sí. Cavaste tu propia tumba. Hablé con ellos e hicimos un pacto. Acepté el juego y sus condiciones. ¿Y sabes cuál es el requisito indispensable para superar el juego y entrar en La Llama? —Hace una pausa que me pone el vello de punta—. Vengar la injusta muerte de un familiar, de un ser querido. Y es lo que voy a hacer. «Espera lo inesperado», tu consejo favorito.

Saca el arma del cinturón.

—Mery, ¡¿estás loca?!

—El problema no es que esté loca, sino que estoy muy cuerda.

Mery me mira. Es la primera vez que tenemos un gesto de complicidad. Le doy el silenciador.

—¡Mery! ¡No! ¡No!

El señor Martos berrea y se mueve como una culebra en la silla. Los ojos se le salen de las órbitas.

—Lo siento por Rubén, pero no por ti.

Levanta el arma, toma aire y dispara. Le mete una bala entre ceja y ceja. Baja el brazo y deja caer la pistola al suelo. Ha sido rápido, sin vacilaciones. Henry se acerca y cubre el cadáver con una sábana.

—En tiempo. Juego finalizado —digo levantando la voz.

51

MERY

La firmeza que he tenido hace unos segundos ha desaparecido, se ha esfumado, y vuelvo a poseer un tembleque involuntario. No quiero contemplar su cuerpo sin vida, así que me centro en ella. Analizo su discreto maquillaje y la melenita rubia. También sus ojos. Me fijo en sus ojos. He visto antes esa mirada penetrante y viva.

—Sé que me odias y que estás exhausta. Y, aunque no lo creas, confundida y en shock, pero se te pasará.

Saca un cigarro del paquete, lo enciende y le pega una larga calada. Ha perdido el acento francés. Su voz me resulta muy familiar.

—Sí a todo.

Sonríe enseñándome la dentadura blanca y perfecta.

—Enhorabuena, has hecho un gran trabajo. Un juego agotador pero fabuloso. Yo te he ayudado a avanzar y tú me has ayudado a cerrar ciclos. Te lo agradezco. —Mira hacia la esquina derecha de la habitación. La imito. Es una cámara—. A partir de este instante, las cámaras que han estado activadas durante el juego quedan fuera de servicio y se desinstalarán en un plazo de veinticuatro horas. Tal y como se refleja en las bases del juego, los archivos audiovisuales y de voz se borrarán en el transcurso de las siguientes dos horas.

Se calla y abre una bolsa de tela que tiene colgada en la silla. El tipo de al lado no deja de estudiarme. Es incisivo e indiscreto.

—Tu nuevo móvil —dice, y me da una caja—. En un rato recibirás una llamada. Solo puedes utilizarlo para asuntos laborales.

Mi teléfono no para de sonar. Me giro hacia la mochila.

—Escúchame. Tenemos que seguir. Cuando acaba el juego, se abre una puerta que debes cruzar. Tu hermano te está llamando para darte una mala noticia. Tu padre ha tenido un accidente con el coche y ha fallecido.

—¿Qué?

—Junto a su cuerpo encontrarán sus pertenencias: documentación, llaves, móvil… Todo. Se ha salido de la carretera y ha volcado. Su coche ha aparecido en una acequia. Nadie notará la diferencia. Mi equipo se ha encargado hasta del más mínimo detalle.

Mi cabeza va a mil. Me cuesta asimilar sus palabras.

—¿Mi tío?

—Sí.

—Estáis locos. Le harán la autopsia y lo descubrirán. Verán que no es él, joder. ¡Me vais a meter en un lío!

—Primero, si quieres trabajar con nosotros, deja de pensar que somos imbéciles. Segundo, te dijeron que durante el juego no te preocuparas por cuestiones secundarias, y La Llama cumple lo que promete. Tercero, tenemos personal infiltrado en el Anatómico Forense desde hace días. Y cuarto, dará negativo en drogas y alcohol. Tu padre ha muerto de un ataque al corazón, por eso se ha salido de la carretera mientras conducía. Caso cerrado.

Me restriego los ojos. Estoy aturdida.

—Tengo muchas preguntas.

—Y yo las respuestas que necesitas, pero no es el momento ni el lugar. Ahora tienes que ir a llorar la muerte de tu padre. El sábado será tu presentación en la sede.

—¿Qué sede? ¿Dónde está?

—La sede central de La Llama. No puedo decírtelo. Es confidencial. A petición de los altos cargos, yo te acompañaré en el viaje. El sábado a las siete y media de la mañana te esperaré en la puerta de tu casa. Sé puntual. El lunes estarás de vuelta y otras personas se encargarán de ti.

Me estrecha la mano.

—Bienvenida a La Llama.

—Gracias.

—Levántate la camisa.

La obedezco sin pensar. Irradia un magnetismo difícil de describir.

—Tiene mala pinta.

—No me digas. El hijo de puta casi me traspasa con la rodilla. Apretó tanto que escuché cómo se me rompía la costilla mientras vosotros no hacíais nada.

Me lanza una mirada desafiante y me da dos cajas de pastillas y un vendaje elástico.

—Tómatelas después de comer, cada ocho horas, y ponte crema y hielo. No te preocupes, las próximas semanas no vas a hacer esfuerzos físicos. De todas formas, te verá un médico. Sé que será complicado, pero intenta dormir y descansar lo que puedas. Vete, Mery. Tu hermano está desesperado y te necesita.

Voy a por la mochila, recojo del suelo el abrigo, el quinqué y la pistola. Por el rabillo del ojo veo la figura cubierta por la sábana blanca. Es un fantasma. A partir de hoy será un espectro que no da

miedo, que no ordena ni asusta. Abro la puerta y camino por el pasillo.

Siento paz, una extraña ligereza que nunca había experimentado. He impartido justicia. Hoy el mundo es un lugar mejor. «Sí, Mery, has hecho lo que tenías que hacer». Subo las escaleras. Seguro que abusó de más mujeres. Lo conozco y tengo la convicción de que ha obrado mal una y otra vez, sin mirar atrás, sin arrepentimientos, con el ego por las nubes, ondeándolo como una bandera. Escudado por un uniforme y un arma, guiado por la ambición. Qué rechazo me has provocado siempre.

«Mamá, no te enfades conmigo. Sentiste la necesidad de contármelo y yo de actuar. Tenía que encontrar mi oportunidad. Todo llega, mamá. Todo».

Dejo el quinqué sobre el mostrador lleno de libros y saco el móvil de la mochila. Abro la puerta de cristal y la campanita tintinea. Me tiro al suelo y me arrastro hasta la calle. Sigue lloviendo, pero sé que pronto pasará el temporal. Mi móvil suena mientras me levanto. Tomo aire a pesar del dolor.

—Lo siento, Rubén. Ha habido un problema en el AVE y hemos llegado con retraso. Y tengo muy poca batería —le explico de carrerilla sin dejarlo hablar.

—Mery.

—¿Qué?

Comienza a llorar y yo también, porque lo quiero.

—¿Qué? ¡Rubén!

—Papá ha tenido un accidente.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Lo han encontrado en la acequia de Pinedo. Puede que llevara ahí desde esta mañana. Ha fallecido, Mery —afirma entre hipidos y lágrimas.

—No.

—Sí. Ven al Anatómico Forense, por favor.

—Voy.

Cuelgo y camino bajo la lluvia.

52

LEILA

Llegamos cinco minutos antes. El chófer aparca en segunda fila. Qué raro ha sido dejar de ver y oír a Mery a través de las pantallas, descifrar sus pasos y observar qué camino elige, pero qué bien he descansado. El Gran Hermano ha cerrado los ojos. Se acabó. He dormido la noche entera y no he tenido pesadillas. Ni Luis ni Michel me han amedrentado en sueños. Y el señor Martos ha sido incinerado. Estoy eufórica. Mis maletas y la docena de cajas que he embalado están viajando hacia mi casa, y esta chica dejará de ser mi problema en cuanto lleguemos a la sede. Lo pienso y me embarga un placer semejante a cuando te bañas en el mar a primera hora, cuando amanece un nuevo día: sin espectadores, solo con el sonido de las olas como banda sonora. Mis chakras se han alineado. Me queda aguantar un tribunal, un castigo ejemplarizante y una amonestación, pero ganan los pros. Hay que ver el vaso medio lleno o te acabas ahogando en la orilla.

Mery abre la puerta del patio. Lleva gafas de sol y una bolsa de viaje negra colgada del hombro. El pajarillo emigra a otras tierras donde el fuego está tan presente como la muerte. Primer fichaje del

año. A ver cuántos goles mete y cuántas tarjetas recibe. Más de una, intuyo.

—Buenos días —dice mientras deja la bolsa entre las dos y se pone el cinturón.

—Buenos días. Toma. —Le doy un café y un cruasán. Lo coge sin rechistar—. Invertimos los papeles. Ahora soy yo la que te da de desayunar. Gracias por alimentarme. —Mery se queda estática—. Podemos irnos.

El coche arranca y ella se quita las gafas de sol. Me observa con recelo.

—¿Tú? No —niega insistente.

Acciono un botón y sube un cristal opaco que separa a Marc de nosotras.

—Solo cinco minutos, Marc.

Cuando el cristal llega hasta el techo, me quito la peluca. Está tan alucinada como cuando llevaba a mi hijo a la feria y se quedaba pasmado mirando las luces.

—Me quitaría la dentadura, pero no procede. Ayer tenía dentista y por ti he tenido que aplazarlo al lunes.

—Tu voz y tu mirada. Joder, lo pensaba, pero me resultaba tan… imposible.

—En La Llama, nada es imposible, Mery. No debería contestar tus preguntas, solo lo puedo hacer en la sede y con un miembro delante supervisando. Así que aprovecha los minutos que vamos a estar solas. Quizá no se vuelvan a repetir y no nos veamos en mucho tiempo. Tú una pregunta y yo otra.

Le miento. Sí nos están escuchando.

—Mateo, ¿por qué? Casi abandono.

—Muerte natural. Falleció en su butaca con un libro. Uno de los que le llevaste de la biblioteca. Nosotros solo preparamos el escenario. Aprenderás que el arte de la puesta en escena es una ciencia. Nos lo pusiste a huevo. ¿Por qué se lo contaste? De La Llama no se habla.

Comienza a mover los brazos y a llorar de felicidad, a balancearse. Se ha quitado otra losa de encima. Va a salir del coche flotando.

—Me impactó la muerte de la chica en la pecera. Estaba en shock y Mateo era mi persona de confianza. Necesitaba vaciarme, pero también poneros a prueba. ¿Hasta dónde llegará La Llama si los nombro? Me lo dejasteis claro. Lo de Mateo me hundió y me sentí culpable, pero tenía que seguir.

Da un trago al café. Corroboro que es muy sibilina y eso me asusta, pero a Morgan le va a encantar.

—¿Has actuado en alguna ocasión?

—Leila, sabes que sí.

—¿Por qué?

—Porque estábamos jugando. Tú con tus armas. Yo con las mías. ¿Cómo entraste en La Llama?

Me quito los guantes y el cuello de pelo.

—A través de un contacto de otro contacto supe de ellos. Quería que trabajaran para mí. Tuvimos dos reuniones para negociarlo. Les conté mi historia y aceptaron. Yo les pagaría y La Llama acabaría con Sandra Burgos. Luego me arrepentí y hablé con ellos para que dejaran el tema. Me di cuenta de que quería matarla yo misma. Presenciar su último aliento. Me daba igual si salía mal y acababa en la cárcel, así que me preparé y lo hice. Al día siguiente de su muerte, una de las máximas responsables de la institución se puso

en contacto conmigo. Me querían dentro. El resto es historia, una larga historia. ¿Hubieras matado a tu padre si no nos hubiéramos cruzado en tu camino?

Se queda pensativa.

—No. No lo sé. Me tenía asfixiada y harta. Me molestaba hasta su forma de respirar. Cada vez que discutíamos me venía a la mente lo que mi madre me había contado y me entraban unas ganas locas de acabar con él. Sacaba lo peor de mí. No lo sé, Leila. ¿Cómo supiste que tu hijo había fallecido por una negligencia?

Que otra persona nombre a mi hijo me altera.

—El informe, sus explicaciones, la hora a la que ocurrió, la falta de testigos… Lo intuí. Tenía un pálpito demasiado fuerte y me juré no parar hasta averiguarlo. Me acerqué a la única persona que estaba allí con Sandra cuando sucedió.

—Christian Ibáñez.

—Sí. Lo investigué, lo seguí. Vi por dónde se movía. Hasta que coincidimos en el gimnasio y empezamos a hablar. Cambié de look, me arreglé y me inventé un nombre, un trabajo, una hija y un exmarido. Nos dimos los teléfonos y una noche quedamos para cenar. Me fui ganando su confianza. Hice de tripas corazón porque estar con él me revolvía muchísimo. Y una madrugada, cuando iba hasta el culo de coca, me lo confesó. Todo. —Bebo agua y miro por la ventanilla—. Nadie sabe con la sed que otro bebe. No me hagas más preguntas sobre mi hijo. —Cruzo una pierna sobre la otra y me giro hacia ella—. Julia. ¿Cuándo supiste que Julia estaba relacionada con La Llama?

Sonríe de forma pícara.

—Cuando me regaló los pendientes. Ahí sospeché. Luego analicé cada una de nuestras conversaciones y cómo había aparecido en mi vida. Lo tenía prácticamente claro y le seguí la corriente, pero la mañana que llegué con la mano hinchada y no me preguntó qué me había pasado, confirmé mis sospechas. Si no preguntó, es porque lo sabía. Ahí pinchaste —dice, y le pega un bocado al cruasán.

—Y aun así no te los quitaste.

—¿Para qué? Queríais que los llevara. Además, no hay que aparentar ser demasiado lista, se te complica la existencia. Cuanto más válida eres, más te aprietan y te exigen. Ya tenía bastante. ¿Por qué matasteis a la chica de la pecera?

—Era un trabajo, el encargo de un cliente. Iba a morir de todas formas, así que aprovechamos sus últimos días. Decía que era actriz y la contratamos, pero la realidad era muy diferente. Había maltratado y envenenado a dos ancianos provocándoles una muerte lenta y cruel.

—Qué zorra. Lo pasé mal viéndola. Me contagió su agonía, pero ahora me da menos pena.

—Tu exnovio —afirmo, y a ella le cambia el gesto.

—No. A él dejadlo tranquilo porque sigue enamorado y sé que está sufriendo. Sabe que ando metida en asuntos turbios. Ni siquiera me ha descubierto y me amenazó con hacerlo. Es demasiado bueno y está muy rayado.

—No es demasiado bueno. En realidad, es demasiado listo. Te mintió.

Frunce el ceño.

—¿En qué?

—La chica que apareció en la playa no llevaba tu nombre escrito en la espalda. Se lo inventó para sacarte información.

Sonríe.

—Entonces no lo hice tan mal.

Miente y finge desinterés, pero soy un radar de mentiras. El tiempo y las experiencias me han regalado ese don. Lo voy a dejar pasar. Que se encargue el equipo.

—Por cierto. —Abre su bolsa—. La dichosa caja, tu libro y la maldita cruz. Dásela a Esther. ¿Otra vendida?

—Sí. —Guardo en el bolso la caja y la cruz—. Algo sin importancia, pero lo que te contó es verdad. El libro es para ti. Aún te quedan poemas por leer y por entender.

Pasa las páginas rápidamente.

—No me gusta Baudelaire.

—Te gustará.

—Seguro. ¿El juego iba de números y llaves? —pregunta posando la vista en una de las páginas del libro.

—Sí. Seguir patrones siempre ayuda. Llevamos más de cinco minutos y me van a llamar la atención. Última pregunta.

—¿Por qué fuiste a cuchillo a por Luis y Michel?

Me descompongo.

—Los dos me vieron la madrugada de los hechos. Me miraron a los ojos, supieron que era una mujer. Es lo único que falló en mi magnífico plan. Dos putos vecinos danzando por las escaleras a esas horas. Michel venía de la calle. El otro no sé adónde narices iba. Igual a casa de Sandra o a la azotea. Luego descubrimos que era asiduo a subir al terrado. Había que amenazarlos para que no hablaran. Se lo dije a La Llama y comenzaron a investigarlos. Todos

tenemos secretos y somos esclavos del pasado, pero estos se llevaron la palma. Un hacker entró en el ordenador de Luis y encontró material pornográfico de hasta cuarenta menores. Había vídeos pedófilos para dar y vender. Nos dieron arcadas al verlos. Sospecharon por las conversaciones que, al menos, había agredido sexualmente a dos menores de un pueblo de Barcelona. Tenía por dónde tirar y conseguí lo que pretendía, que se quitara del medio. —Hago una pausa y bebo agua—. Michel era otro cabrón en potencia: asuntos de drogas, robos, peleas… Estaba fichado, pero ahí no se quedó la cosa. La Llama descubrió que había abusado de su sobrina pequeña desde los doce hasta los diecisiete años. Por eso, cuando cumplió la mayoría de edad, la chica hizo la maleta y se fue a vivir a Londres. A cada cerdo le llega su San Martín.

Se ha quedado con un trozo de cruasán paralizado entre sus dedos.

—Este mundo es pura hipocresía y está lleno de maldad y de injusticias. Plagado de personas perversas que se esconden bajo caretas y sonrisas. Mi última pregunta: ¿qué hiciste en el garaje del pueblo? Durante un minuto perdimos la imagen. No vimos tus movimientos y en el garaje no encontramos nada.

—Normal, Leila, porque no hice nada. Jugaba a despistar.

El cristal opaco baja hasta que se esconde por completo.

53

Mery

Me despierto sobresaltada y con brusquedad. Me toco el costado.

—Shhh. Tranquila, te has dormido unas horas —afirma como si estuviera hablando con una niña—. ¿Te duele mucho?

Apoyo la espalda en el respaldo y levanto la vista hacia el techo del coche. Durante un microsegundo, La Llama ha sido un sueño.

—Sí. Es horrible.

—Esta tarde te verá el médico, pero te va a mandar reposo —dice mientras rebusca en el gigantesco bolso de una marca carísima.

—¿Y podré hacer reposo?

—Tres o cuatro días, sí.

—¿Y luego? ¿Tendré que dejar mi trabajo?

Deja de buscar y me mira fijamente.

—Tu vida, tal y como la conoces, ha terminado. Como dijo Max Lucado: «Para poder dirigir una orquesta hay que dar la espalda al auditorio». No creo que sea compatible, pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Por ahora sigues de baja y te va a venir muy bien para realizar la nueva fase: Acción Instrucción.

Si la primera fase ha sido dura, no quiero imaginar cómo será la segunda. Me muero por saber cuánto cobra esta gente.

—Me contó Julia que tienes una hermana, sobrinas y un perro. ¿Esa vida terminó?

Me observa con inquina.

—Esa vida mutó. También tengo jardín y un excuñado, por si te interesa.

—Ha llegado el momento, Leila —dice el conductor.

—¿El momento de qué? —pregunto con cierto temor.

Leila saca del bolso un antifaz negro, de seda, como los que se utilizan para dormir.

—Póntelo. Falta poco para llegar y no puedes ver el trayecto. Confía —me pide, al ver mi cara de incomodidad. No me hace ni puta gracia ponérmelo—. Eres muy desconfiada, Mery.

—Me sobran los motivos. Cada uno tiene sus dones.

Me coloco el antifaz. Fundido a negro. Espero que no me peguen un tiro en la cabeza y acaben conmigo. ¿Cómo no voy a ser desconfiada? No serlo sería una insensatez. Las personas confiadas son muy inocentes.

—¿Estás nerviosa?

—No, solo impaciente. ¿Tú lo estabas?

—Mucho.

Se calla. La he mandado directa al pasado. Estoy expectante. Quiero ver dónde me llevan y ponerle cara a La Llama, quiero explicaciones y también bajarme de este maldito coche. No aguanto más sentada y encerrada. ¿Cuántas horas llevamos aquí metidas? El trayecto se me está haciendo eterno.

Aminora la marcha y giramos a la izquierda. Empiezan las curvas y creo que estamos subiendo. No tengo ni idea de dónde estoy. Hemos dejado la carretera asfaltada y ahora transitamos por un

camino de tierra. El cambio ha sido drástico. Hay baches y el vehículo avanza despacio. Me da el sol en la cara. Se acabaron los truenos y los diluvios, por lo menos durante un tiempo. Necesito calor y dormir doce horas seguidas abrazada a Lemon. Un buen chute de serotonina para reflexionar con claridad y organizar mis pensamientos, que se mueven haciendo *loopings*. El vehículo frena por completo.

—¿Hemos llegado?

—Sí. Ya puedes quitarte el antifaz.

Al hacerlo, veo árboles y vegetación. Salimos del coche. El chófer se queda dentro. Guau. Observo el caserón enorme de tres plantas; la última es abuhardillada. Me parece una fantasía. A unos metros a la derecha hay otra construcción más pequeña. Parece un hotel rústico perdido de la mano de Dios. Estamos rodeados de naturaleza y habrá seis o siete grados de temperatura, pero poca humedad. Puede que esté en la sierra de Madrid. Este olor a campo es gloria. Hay un montón de coches frente a la casa, aparcados desordenadamente.

—Vas a tener bastante público. Venga, luego coges la bolsa.

Caminamos unos veinte metros y bordeamos la casa. En esta parte también hay dos coches: un Audi y un todoterreno. Deben de tener cincuenta cámaras de vigilancia. Las puertas de entrada son antiguas, labradas y de madera. Antes de llegar, una de ellas se abre y aparece un señor de mediana edad con una sonrisa espléndida.

—Benditos los ojos, Leila —le dice de forma cariñosa.

—Sí. Ya tocaba.

—Buenos días, Mery. Bienvenida.

—Gracias.

No sé por qué me sorprende que este desconocido sepa mi nombre. Se han reunido aquí por mí. Entramos a un amplio hall que me deja impactada por su diseño y belleza. Unas largas y anchas escaleras centrales se bifurcan en un par de escaleras laterales: una de ellas conduce a la izquierda y la otra a la derecha del piso superior. Qué puñetera pasada.

—¿Dónde está Morgan, Julio?

—En el salón dorado. Os está esperando.

Leila sube y yo la sigo. Los cuadros que hay colgados son del tamaño de la pared de mi piso. Al llegar a la primera planta, nos dirigimos hacia la derecha. Al fondo veo a una señora vestida con un traje de chaqueta color borgoña y camisa blanca.

—¿Es ella?

—Sí. No te preocupes, está enfadada conmigo y contenta por ti.

No le pregunto el porqué, estamos demasiado cerca. Tiene el pelo corto y castaño y unos ojazos verdes que hacen juego con el pedrusco que lleva en el dedo corazón. Es muy atractiva y estilosa, de joven habrá sido una belleza. Le echo más de sesenta años.

Extiende los brazos.

—Tenía ganas de verte —le dice a Leila, y le da un abrazo fugaz y distante—. Bienvenida y enhorabuena, Mery. —Me estrecha la mano —. Como te comenté ayer, ha sido un juego difícil, pero has salvado los obstáculos de forma magistral y audaz. Te espera un día largo. Espero que hayas recobrado las fuerzas.

—No muchas, pero intentaré estar a la altura.

Las tres sonreímos.

—¿Vamos? —pregunta, y yo asiento. Estamos frente a una puerta alta, grande y dorada.

Abre y me encuentro con un salón enorme lleno de gente, unas veinte o treinta personas. Las lámparas y las paredes son doradas. Quiero analizarlo al milímetro, pero me estoy aturullando. Se escuchan conversaciones. En el centro hay dos largas mesas rectangulares llenas de bebidas y copas, y entre ellas distingo una especie de recipiente con fuego. Parece el pebetero olímpico. Leila va directa hacia una chica menuda, de melenita morena, y le da un fuerte abrazo. En una panorámica rápida observo que los asistentes son muy distintos, de edades, físicos y estilos diferentes. Son más hombres que mujeres, pero aquí la que manda es la que tengo al lado. También está el chico que acompañaba a Leila en la librería. Me analiza como hizo hace dos días. ¿Cuántos juegos harán al año? ¿Para qué se reunirán aquí?

Morgan carraspea. Las voces se acallan hasta que el silencio es total. Tengo decenas de ojos apuntándome. Me examinan sin disimulo, como cuando llegas a un nuevo instituto y sin querer llamas la atención.

—Muchas gracias por venir —dice Morgan alzando la voz—. Que un juego finalice con éxito siempre es motivo de alegría y de celebración porque alguien se une a nuestra institución.

Aplauden y Morgan se dirige hacia un pie de micro que hay a la izquierda, a un par de metros. La luz que entra por los ventanales es perfecta y acogedora. Coloca el micrófono hasta que se encuentra a la distancia perfecta de su boca y comienza a hablar:

—Todo lo que sabemos de la luz nos lo ha enseñado la oscuridad. Cada uno de nosotros ha encendido la luz de La Llama. Trabajamos para que no se apague. Hacemos equipo para que nos caliente y nos cobije. La Llama significa refugio, es el calor que un día perdimos, es

darle sentido a lo que no lo tiene. Nuestro buen hacer nos avala, nos distingue, nos engrandece. Hoy la luz brilla con más fuerza porque Mery se une a la familia.

»Somos personas íntegras, honradas, capacitadas. Vemos belleza en la justicia, valoramos la palabra "equidad", aunamos esfuerzos para seguir adelante sin amedrentarnos ante las tormentas. Todos remamos en la misma dirección, formamos parte de un mecanismo que no puede parar. También pagamos nuestras deudas y cumplimos nuestras promesas. Somos más legales que cualquier ley y juez. Y osado será el que intente traicionarnos, el que pretenda extinguir la llama de la justicia y debilitar nuestra unión, porque arderá en su propia hoguera.

»Dicen que nadie te golpea más fuerte que la vida, pero sabemos que no es cierto. El peor golpe nos lo da la muerte de los que nos rodean, de aquellos que amamos y necesitamos. La Llama son las cenizas de la maldad. Cada uno de nosotros vibra a su alrededor, adopta su color, entiende su idioma. Cada uno de nosotros tiene razones para matar; por eso seguimos viviendo. ¡En el nombre del fuego!

Todos, al unísono, gritan: «¡LA LLAMA!». Estoy sobrecogida e impactada. Mi vista se dirige hacia Leila. Me devuelve la mirada y asiente con complicidad. Morgan se acerca y me aprieta el hombro de forma cariñosa. Sonrío y fijo los ojos en el fuego que hay en el centro de la sala, en la potente llama anaranjada y violeta que danza sutil de un lado a otro. Panda de tarados, no sabéis a la Judas que vais a sentar a vuestra mesa. Soy la pólvora que va a hacer que esto explote. Ahora empieza el juego.

Epílogo

Un mes después

Vuelve al coche, arranca y lo mete en el garaje. El lugar parece tranquilo. Es temprano y apenas está amaneciendo. Quita las llaves del contacto y sale a cerrar las puertas. Se queda a oscuras, pero no enciende la luz. Posa la mano en la pared de la derecha y la acaricia hasta que llega al final. Una vez en la esquina, se arrodilla. Con los dedos corazón y pulgar mide tres palmos hacia la izquierda. Presiona y uno de los azulejos se abre como si fuera una pequeña puerta. El señor Martos lo diseñó como una caja fuerte. ¿Quién miraría ahí? Es discreto y perfecto, y no se distingue del resto de los azulejos blancos. Introduce la mano y palpa tres fajos de billetes, un arma, una cajita de madera y un folio doblado varias veces. Siente un alivio que le provoca la sonrisa. Coge el papel y cierra. Después, lo guarda en el bolsillo del vaquero. Se levanta, toca el capó del coche y se dirige hacia el maletero. Lo abre y coge las tres pesadas bolsas del súper. Sale del garaje y camina calle abajo unos veinte metros. Cuando llega al número quince, se detiene, llama al timbre y espera.

—Hola, corazón. Qué ganas tenía de verte. ¿Cómo estás? —le dice la anciana con alegría y le planta dos besos.

—Estoy bien, señora Ana. Le traigo la compra.

—Pasa. Pasa a la cocina, que hace frío.

Al llegar, deja las bolsas sobre la encimera y se sienta en una de las sillas junto a la mesa redonda.

—¿Te pongo un cafelito?

—Sí, por favor. Tengo un sueño horrible —afirma y bosteza.

—Verás cuando llegues a mi edad. Los ojos como platos toda la noche.

Mientras la anciana prepara la cafetera, saca el papel de sus vaqueros y lo desdobla por las líneas ya marcadas.

> Hoy es martes 18 de enero y estoy en pleno juego. Si lees la nota, es que lo hemos conseguido. Estoy dentro de La Llama y he firmado mil y un contratos llenos de cláusulas. No puedo extenderme porque me vigilan las veinticuatro horas. Lo estamos haciendo bien, muy bien. Perdona mis palabras y mis desplantes. Muero por abrazarte y decirte que te quiero. No te preocupes. No tengo miedo y confío en mí. Vuelve aquí la segunda quincena de marzo. Te dejaré por escrito mis impresiones y cómo están transcurriendo los acontecimientos. Lo primero que quiero es ganarme su confianza y descubrir quién los financia. No bajes la guardia, Manu. Vamos a acabar con ellos. Tú desde fuera y yo desde dentro. Caiga quien caiga. Juntos, hasta el final.

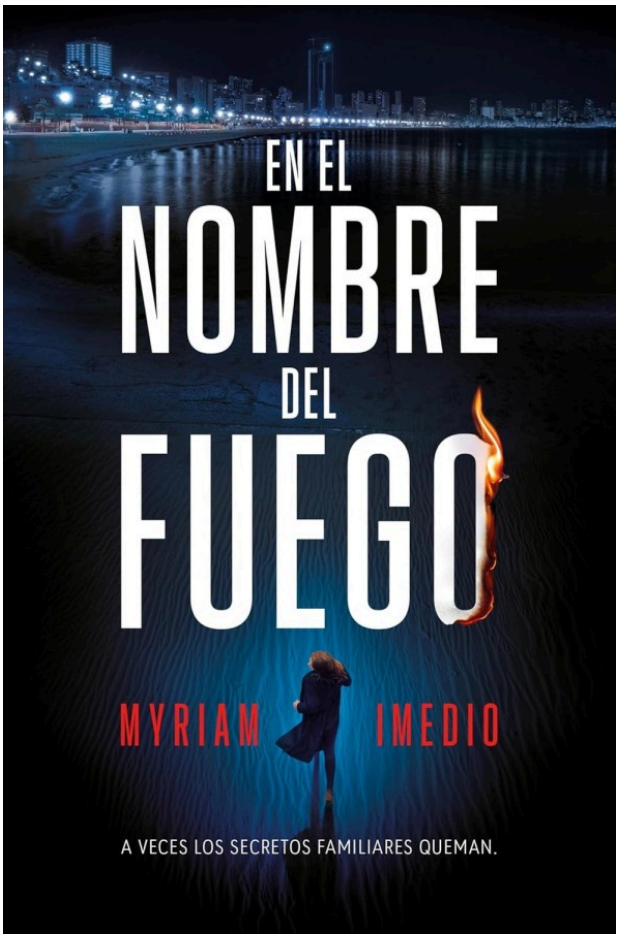
—¿Cómo está mi niña? —le pregunta la anciana y él guarda el folio.

—La verdad es que no lo sé. Solo me dijo que se iba a Madrid a desconectar una temporada y que el hombre que le trae la compra se ha puesto enfermo. Me pidió que, por favor, viniera yo.

—Sí, pobre, está muy malito. Cómo te lo agradezco, Manu. —Deja la taza de café sobre el hule azul—. Qué buenos sois los dos. Ojalá estuvierais juntos.

—Ojalá algún día, señora Ana. Ojalá.

Un thriller lleno de conspiraciones.
Una cuenta atrás que marca un juego mortal.



El inspector Martos está a punto de jubilarse, pero no estará dispuesto a hacerlo hasta terminar con la obsesión que le ha perseguido durante años: desmantelar La Llama, una organización criminal formada por los mejores sicarios de Europa. Tras varios intentos sin éxito, su única opción es poner en peligro aquello que más quiere, su familia.

Desde que Mery se infiltra en la institución, pasa a formar parte de un juego perverso condicionado por el tiempo en el que tendrá que superar pruebas que le harán arriesgar su vida y descubrir enigmas y secretos ocultos para llegar hasta La Llama.

Leila Leclerc, una de las integrantes más polémicas de la organización, será la encargada de dirigir el juego y se convertirá en el azote y la sombra de Mery, que desconoce quién guía sus pasos. Sin piedad ni remordimientos, hará de la partida una pesadilla para la jugadora y una diversión para ella.

Suicidios, asesinatos, mentiras arriesgadas
y dos mujeres con personalidades arrolladoras
que luchan por su pasado y por su futuro.
Y todo… en el nombre del fuego.

Myriam Imedio (Valencia, 1984) es licenciada en Periodismo y ha desarrollado su carrera como redactora en páginas web, prensa escrita y gabinetes de comunicación, así como en la televisión valenciana. También trabajó en Malta en tareas de investigación y comunicación de proyectos culturales entre los países de la Unión Europea. Además, imparte talleres de prensa y coordina un club de lectura de novela negra y thriller. Es autora de las novelas *El Séptimo punto de Selleck* (2016), *La esperada Lluvia* (2019), ganadora del Premio Internacional de Narrativa Marta de Mont Marçal, y *La isla más remota del mundo* (2022).



Primera edición: febrero de 2026

© 2026, Myriam Imedio
Autora representada por IMC, Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Los fragmentos citados
pertenecen a *Las flores del mal* (Editorial Alianza, 1997),
de Charles Baudelaire (traducción de Antonio Martínez Sarrión).

Diseño de portada: Penguin Random House
Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Imagen de portada: composición fotográfica de
Leo Flores a partir de las imágenes de © Mark Owen /
Trevillion Images, © iStock y © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley

24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-91-0

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

En el nombre del fuego
1. Mery
2. Leila
3. Mery
4. Leila
5. Mery
6. Leila
7. Mery
8. Leila
9. Mery
10. Leila
11. Mery
12. Leila
13. Mery
14. Leila
15. Mery
16. Leila
17. Mery
18. Leila
19. Mery
20. Leila
21. Mery
22. Leila
23. Mery
24. Leila
25. Mery
26. Leila
27. Mery
28. Leila
29. Mery

30. Leila
31. Mery
32. Leila
33. Mery
34. Leila
35. Mery
36. Leila
37. Mery
38. Leila
39. Mery
40. Leila
41. Mery
42. Leila
43. Mery
44. Leila
45. Mery
46. Leila
47. Mery
48. Leila
49. Mery
50. Leila
51. Mery
52. Leila
53. Mery
Epílogo
Sobre este libro
Sobre Myriam Imedio
Créditos